
**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939 - 1966**

MANUEL DE SANTA CRUZ

**TOMO 2
1940**

MANUEL DE SANTA CRUZ

**APUNTES Y DOCUMENTOS
PARA LA HISTORIA
DEL
TRADICIONALISMO ESPAÑOL
1939 - 1966**

TOMO 2

1940

I.—FIJACION DE ORIENTACIONES

La Comunidad Tradicionalista empieza el año 1940 con la difusión de un documento importante, el más importante desde la «Manifestación de los Ideales Tradicionalistas a S. E. el Generalísimo y Jefe del Estado Español», de 10-3-1939, es decir, de aproximadamente un año antes. Se titula «Fijación de Orientaciones». No tiene destinatario.

De este documento he conocido tres ediciones distintas, pero de textos exactamente coincidentes. Una, en un folleto de 120 páginas, titulado «El Pensamiento Carlista sobre cuestiones de actualidad», impreso en Buenos Aires por el Centro Tradicionalista Español situado en la calle de Bernardo de Irigoyen, 483, cuyo «secretario-administrativo» era don Melchor Lluró; le acompañan en el folleto una carta de Fal a Franco de 28-8-1937, y la «Manifestación de Ideales» de 10-3-1939. Numerosos ejemplares de esa edición fueron introducidos en España, que era su verdadero destino, en pequeños paquetes postales. Hay otra edición del documento solo, dignamente presentado e impreso clandestinamente en Guipúzcoa con el pie de imprenta falso y desorientador de «Artes Gráficas - Buenos Aires», según me contó Olazábal. Finalmente, he visto varios ejemplares mecanografiados con distintas máquinas.

Estas tres ediciones muestran la severidad de la persecución oficial contra la Comunidad Tradicionalista, y la amplia difusión que, a pesar de todo, tuvo este documento.

Encierra tres temas: Uno, acusatorio de la situación política creada, en la que la Comunidad Tradicionalista no ha tenido parte alguna, discrepa y es víctima; después, el gran tema de la prevención de una restauración monárquica liberal; finalmente, la propuesta de un plan político de altos vuelos, la Regencia.

Esta concepción, en cuya redacción se reconoce la pluma de don Manuel Fal Conde, presidirá, con más o menos lógica y vigor, la política de la Comunidad Tradicionalista hasta la proclamación de Don Javier como Rey en Barcelona, en 1952, durante el Congreso Eucarístico Internacional. Este período es cubierto totalmente por la Jefatura Delegada de don Manuel Fal Conde, que le precede y rebasa. Es, pues, esta «Fijación de Orientaciones» un hito en esta historia.

Pero este proyecto de Regencia tuvo en el seno del pueblo carlista grados de aceptación diversos y fluctuantes, que en grupos extremos, con otras concausas importantes, determinó cismas y divisiones positivas, a saber: Aparición y seguimiento de Carlos VIII, reavivándose el «Núcleo de la Lealtad» de tiempos de la Segunda República. Adhesión a Don Juan de Borbón del Conde de Rodezno, del Barón de Cárcer, y otros. Esbozo de la

Regencia Nacional Carlista de Estella que se constituirá y crecerá más adelante. Se estudiarán extensamente en sus momentos.

Otros grupos y personas teóricamente adictos siempre a Don Javier y a su jefe-delegado don Manuel Fal Conde, a pesar de las escisiones citadas, se resintieron a temporadas de gran apatía por faltarles la idea fuerza del Rey, y resultarles la Regencia una especulación apta quizás para políticos de cultura superior, pero poco estimulante para el pueblo. Además, señalaban, y no sin razón, que la ortodoxia política tradicionalista de tal Regencia se desvirtuaba con su prolongación (1).

Las gestiones internas para salir de ese proyecto de Regencia proclamando Rey a Don Javier, que era lo que el pueblo carlista necesitaba, llenan muchas páginas de este período.

Nótese en este documento el intento de acercamiento a Franco en estos tres puntos: La exquisita amabilidad en las formas que se extiende hasta el último párrafo. En el fondo, cuánto le beneficiaba, indirecta pero claramente, la oposición carlista a la restauración alfonsina. La fórmula de una Regencia con un Consejo de Regencia de tres miembros, uno de los cuales podría ser, evidentemente, Franco.

Aún se esperaba en 1940 lograr este acercamiento y acuerdo con Franco, como se deduce de las palabras: «Mientras no se vea desplazada de la realidad española la instauración en España de la Regencia tradicionalista». A continuación se le insinúa a Franco que los dirigentes carlistas no pueden hacer más a su favor porque su gente no les sigue —«hemos de seguir ahogando fervores carlistas»—, y se incluye una velada amenaza de dotar a esa gente de la idea-fuerza de un Rey pretendiente que las lanzará a una oposición unida peligrosa.

Franco no quiere oír nada de eso y corresponde con «una persecución más dolorosa que ninguna otra de las que ha sufrido (la Comunión Tradicionalista) en su historia», de la cual espigaremos algunas noticias breves.

A lo largo de todo el documento se repiten conceptos expuestos anteriormente en la «Manifestación de los Ideales Tradicionalistas» de 10-3-1939. Durante todo el resto del año 1940 no se produce ningún otro estudio político importante, a pesar de la ocasión que ofrecía para ello la promulgación de la Ley Sindical del 6 de diciembre. Solamente hay otra cuestión notable, la dinástica. Lo demás, son episodios sueltos.

(1) Véase en el epígrafe II de este año la intervención de don Luis Hernando de Larramendi en la preparación de la respuesta de Don Javier a Don Juan, y el penúltimo párrafo del acta.

Fijación de orientaciones

La orientación actual es positivamente mala y el descontento llega a grado sumo alarmante. En lo uno y en lo otro hay que separar lo que es inevitable de lo que urge gravemente evitar y corregir. Porque, ciertamente, en un período de crisis de las instituciones y de honda reconstrucción, la previsión gubernativa es insuficiente o lenta, y tampoco puede creerse que ha de haber una general satisfacción cuando hay que pedir a un pueblo redoblados sacrificios.

Pero la expresión de que hay muchísimo que se puede evitar y que es imputable a la mala orientación es esa exclamación unánime que se escapa a cada momento de todos los labios: «Para esto tanta sangre».

Porque hay en la conciencia colectiva dictados de justicia invariables y universales. Uno, el de la proporcionalidad entre los sacrificios y el fin para el que se orientan; y otro, el de la categoría de esos diversos fines, concediéndose los primeros puestos en importancia o gradación a los fines sociales, a los que se refieren al orden espiritual y moral.

Lejos de existir en España, en esa conciencia colectiva, la satisfacción de que los sacrificios inmensos realizados han redundado en provecho de altos fines espirituales, la verdad es que constantemente se levanta la queja contra la injusticia imperante, contra la elevación de los mismos dirigentes de los peores tiempos republicanos, contra la entronización de los métodos socialistas, contra las persecuciones despiadadas de los mejores, y ni siquiera se puede tranquilizar a los descontentos con bienes del orden material, porque la política económica rebasa toda medida de irregularidad, y mucho más de lo que es inherente a estas circunstancias graves, el malestar en lo económico se ve claramente que es en gran parte imputable a la política partidista.

Y ese descontento social llega a tal extremo que la odiosidad contra el partido oficial registra grados que nunca en España se han conocido, y en el desgaste del régimen y de sus hombres, día a día, se va llegando al Generalísimo. Sobre este último punto conviene señalar la disminución de prestigio ante esos tres sectores: El Clero, el Ejército y las clases productoras económicas.

Ni podía ser por menos. No era, en verdad, fácil vaticinar este desdichado final, sino desde las inspiraciones de la Ciencia o Escuela Tradicionalista, porque todo lo demás, por muy inspirado que se creyera en los más nobles y generosos impulsos, y por muy desprovisto de aficiones personales, no podía determinar más que una incondicional aceptación de una política personalista y adulatora que ha representado para la Nación, un manifiesto

engaño y, para el Generalísimo, un gravísimo mal, quizás incurable.

Era agradable cerrar los ojos y dejarse arrastrar por la corriente; pero, repetimos, a quienes no tenían las inspiraciones de estas profundas verdades del Tradicionalismo, no se les podía pedir más. Quienes estábamos obligados a declarar con seguridad este vaticinio, éramos aquellos que, gracias a Dios, teníamos la evidencia de que, una vez más, había de suceder que las mismas causas producen los mismos efectos. Y, dando de lado, a toda aspiración personal, desoyendo las provocaciones que la incesante persecución desde arriba nos hacía y, desdeñando la constante maledicencia contra nosotros, hemos estado avisando y declarando la verdad.

Téngase en cuenta que no hay político alguno fuera de esta incontaminada Comunión Tradicionalista, que entregue a sus adversarios las soluciones de gobierno. Y es, porque, comúnmente, esas soluciones consisten en la acción personal de gobierno de sus autores; mientras que las verdaderas y solidísimas concepciones del Tradicionalismo, en teoría al menos, pueden ser ejecutadas por quien las quiera llevar a la práctica, si tiene competencia y alturas de miras.

Ya va siendo hora de que levantemos la voz para clamar contra la injusticia que se nos ha hecho y para hacer ostentación tan gallarda como nobilísima de nuestro servicio. Y no es el menor, haber tenido la austeridad de negar la colaboración en la función política a un régimen que teníamos la evidencia de que sería contrario al propósito de la guerra y a la conveniencia nacional.

Y, ¿qué han conseguido los que han colaborado? ¿Qué han conseguido los que han puesto tanto empeño en arrancar a las filas del Carlismo, hombres desdichados que habían de caer después, sin más paga que la que, se dice, da el diablo a quien le sirve? Si algo han conseguido, ha sido aprender, a fuerza de desengaños, lo que nosotros teníamos aprendido por la verdad de unos principios y por la experiencia de un siglo.

Con esa misma experiencia y con la posesión de soluciones de gobierno, volvemos a avisar los peligros del porvenir. Como siempre, con absoluta serenidad.

Que no se nos hable de optimismo ni pesimismo, impresiones, sentimentalismos propios de espíritus inquietos, de criterios vacilantes, de almas, en fin, poco curtidas en el sacrificio.

Serenamente y con toda nuestra responsabilidad afirmamos que, en España, hay un problema de régimen y nada más. Pues que, en el acto mismo, instantáneamente, de resolverse ese problema de régimen, se produciría tal bienestar social, tal paz en los espíritus que, para la consecución de todo lo demás, se habrían

ganado las mayores probabilidades y conseguido los mayores recursos.

Y, serenamente también afirmamos con toda nuestra responsabilidad que, mientras no se aborde, una vez más, el único y exclusivo punto capital aludido, los males de España no tendrán remedio y fracasarán cuantos hombres y capacidades tengan la inconsciencia de mezclarse en esta desorientada y turbia acción política.

EL HORIZONTE QUE SE DIBUJA

Es unánime la sensación de interinidad. En vano la propaganda ha querido endiosar a un hombre para que la sociedad no mire el día de mañana y se crea perpetuamente bien gobernada. Antes del Año de la Victoria, se ha adueñado de todos los espíritus esta verdad: Estamos en interinidad.

No se nos oculta el gravísimo peligro que existe en España, efecto de la inconsciencia padecida en la antigua orientación alemana, que hoy se está rectificando. La «gestapo», toda la red del espionaje alemán, en propaganda (sólo en propaganda de la guerra tiene la Embajada alemana un presupuesto de varios miles de duros diarios), y las células del comunismo francés, fomentados en España y desarrollados por la misma «gestapo», representan el valimiento para cierto factor falangista en acuerdo con los comunistas españoles (1).

Pero no es éste el punto a que nos queremos referir, porque lo que parece que tiene más horizonte es la Monarquía. Y, así para tirtios y troyanos, lo que va a venir es la Monarquía. La demanda en lo exterior, la necesidad de robustecer nuestro crédito moral y económico ante las potencias que hoy sustituyen el papel alemán en nuestras relaciones, y, en lo interior, la angustiosa necesidad de pacificación espiritual.

Una política absurda ha dado la sensación pública de amistad con Alfonso XIII, y, en telegramas **dulzones** y en la ley de reconocimientos de ciudadanía, ha declarado una compatibilidad que nos parece injusta e impolítica.

De otra parte, las maniobras del grupo monárquico Sainz Rodríguez, pudieron llegar a movilizar las logias inglesas para que intentaran estorbar las bodas «ahora hace un año» del Príncipe Don Luís Parma con la Princesa María de Italia, queriendo ver en la misma —ilusión o suspicacia— un peligro para la restauración alfonsina en España. En las redes de esta maniobra quedó prendido el propio Generalísimo, cuando se dirigió en carta al Duce mostrando «inconscientemente» **su desagrado** por aquella boda.

A dicha boda de notoria importancia en la vida informativa se le hizo en España el mayor vacío (2).

En París, sin cesar, se ha estado abriendo un amplio horizonte monárquico, con utilización de toda clase de medios, sin excluir los intentos alfonsinos para interponer en las soluciones de concordia entre Inglaterra y España, o de transacción entre nacionales y rojos —conferencias de Lausanne—, actuando esa turbia diplomacia a dos manos; con una ha ido manejando los intereses del Estado español para presentar en el mundo una incompatibilidad entre el Generalísimo Franco y la desacreditada persona de Don Alfonso, y con la otra ha hecho concebir esperanza y hasta se dice que ha atraído el reconocimiento por las siniestras figuras de Negrín y Prieto.

Aquí, en España, el efectivo rector de nuestra política se dio prisa para situar su signo en ese horizonte monárquico, y, también laborando a dos manos, hizo concebir esperanzas a Don Juan, y ha producido el hecho público que cualquier incauto creará significativo, de una promesa, de poner al lado de Don Juan a un secretario de nuestra carrera diplomática (3). Y, con la otra, con la mano izquierda por lo visto, parece como si hubiera creado lazos y puesto estribaciones en la C. N. T. cerrando los ojos a sus cotizaciones, a sus actividades en los campos de concentración y a sus aspiraciones a los nuevos «fondos de reptiles».

¿Qué ha pasado? Que Inglaterra —la diplomacia maestra— se ha interpuesto en todos esos hilos y la política anglófila de ciertos elementos del Estado, por un lado y, paralelamente, la acción masónica, firme y segura, la han adueñado de la forma hoy posible —posibilista, mejor dicho, de la restauración monárquica española, de antemano admitida por los sectores hasta hace diez meses en guerra. Monarquía del Rey que sepa lavarse las manos en la cuestión de esa guerra y declararse el nuevo —Pacificador—.

Las consignas que se están recibiendo en los núcleos vitales del izquierdismo español, son verdaderamente alarmantes y las maquinaciones masónicas, como dichas consignas, orientadas a la restauración monárquica que viene fraguada desde fuera, inspiran una seria preocupación.

LA GRAVEDAD DE UNA FALSA RESTAURACION MONARQUICA

La gravedad de una falsa restauración monárquica estriba, precisamente, en que el anhelo de la monarquía es vehemente y unánime y, por tanto, sería recibida clamorosamente, y, como quiera que la Monarquía es, de suyo, instrumento político aptísimo, si se le aplica al mal, es tan eficaz y corruptor, como bueno, óptimo, cuando se le aplica al bien común de la sociedad.

De ahí es que la impaciencia por salir de los presentes males —al fin y al cabo soportables, si se recuerda, que estamos en situación interina—, puede acarrear una gran fuerza de atracción hacia esas formas perversas de la Monarquía.

Hay que notar el grave mal de la confusión pavorosa que rodea este proyecto:

1.º Es confuso todo lo que rodea a la dinastía caída el 14 de abril: confuso por la naturaleza política, por el signo político que representan. La más leve luz que se proyecte sobre esa estirpe arroja tales responsabilidades que, de candidatos al Trono, tendrían que pasar, tendrán que pasar, a reos de alta traición. Y confuso, además, por los propios métodos personales, por el desbridamiento de todo el sentido moral, por las ambiciones sin medida, por espíritu nepotista y de camarilla, por el afán de impunidad a sus anteriores y, desgraciadamente, demasiado olvidados errores. Sin una enmarañada confusión en España, honorablemente, no se podría ostentar el nombre de esos Príncipes, al igual —y quién sabe si con más razón— que no se pueden ostentar los nombres de los políticos republicanos, ni aún de aquéllos que han permanecido ajenos a la guerra.

2.º Confusa con fórmula por la imprecisión de su contenido, por la ausencia de programa, por el abuso que se hace de la fraseología monárquica y patriótica, incluso de vocablos tradicionalistas; porque se le busca por pura pasión de huida de lo actual, por puro negativismo, igualmente al del 18 de Julio, cuyo grito, negativo contra la República, no constituyó, conscientes, razonables y bien meditadas afirmaciones. Se busca esa fórmula monárquica por esta inquietud del carácter político, vacilante, de zigzag, que obra por reacciones y así viene a depositar su confianza en el Rey, fuere el que fuere, sin meditar que si el Generalísimo ha fracasado políticamente, con más razón fracasará cualquiera de esos supuestos Reyes, porque no le igualan en virtud ni en dotes y porque nunca habrá hombres que logren la plenitud de poderes y la delirante confianza que en sus manos se está malogrando.

3.º Y, de donde más se desprende y con caracteres más alarmantes, la confusión que envuelve a ese enmarañado proyecto, es de la observación de las heterogéneas fuerzas que concurren a propugnarlo, alguna de las cuales anda los pasos de la conspiración:

a) Ese conjunto desacreditado de viejos políticos, restos del naufragio de Renovación Española que fingieron la unificación para sabotearla.

b) Un pequeño grupo, digno, bien intencionado, pero frenético, que se llama **Acción Española**, anatematizadores de los ante-

riores doctrinarios, y ciegos confiados en que Don Juan, una vez ungido, va a ser el redentor, porque lee **Acción Española**, está casado con una Princesa excelente y se deja inspirar de ese grupo de jóvenes estudiosos (4).

c) Cierta aristocracia que, también, se fingió falangista y se encuentra incómoda en lo nuevo, porque, amante del valer —muy cierto y estimabilísimo valer— de lo rancio y de abolengo, no se aviene a la plebeyez y al espíritu innovador de estos improvisadores.

d) Algunos generales dignísimos, con una tradición de servicio personal a la familia.

e) Otros generales monárquicos, que han servido lealmente al nuevo orden y que sufren tremendo desengaño.

f) Ciertos generales apolíticos, que fueron incluso republicanos, generosos, patriotas, que ven con estupor esta situación.

g) Otros generales, jefes, y una masa de oficialidad, falangistas, incorporados a Falange por obediencia al Caudillo que, ante el abismo que presienten quieren buscar una forma estatal que recoja lo que se pueda de lo actual y encauce el porvenir.

h) Los separatistas vascos, que, a través de los compromisos ingleses con Aguirre, ven en la monarquía, amnistías y tolerancias estatutistas o autonomistas.

i) El orden financiero inglés y los intereses de sectores catalanes y bilbaínos, que ven abrirse horizontes riquísimos para las finanzas del tipo que caracterizó el reinado de Don Alfonso.

j) Cierta tendencia del alto clero español, profundamente desengañado, y, podríamos decir, que hasta avergonzado de haber extremado sus adulaciones y condescendencias con los nuevos modos, ritos y mitología de estos tiempos.

k) Y, para acabar: la masonería y los rojos, seguros de la impunidad y esperanzados en las futuras agitaciones.

¡Con qué distintas y contrarias intenciones anhelan esos elementos la monarquía! Salvas personalidades aisladas, la Comunión Tradicionalista es el único sector español que ve clara esa confusión en que aquéllos andan sumidos y sus dirigentes observan esa diversidad de miras con que es deseada la monarquía por aquéllos, porque cada uno quiere influir en su propio sentido.

Total: que el grito ¡Viva el Rey!, **interesa** a toda esa turba-multa de elementos heterogéneos y contradictorios, al mismo tiempo que levanta generosos —no interesados, repetimos— movimientos de pasión en el noble pueblo español y a la cabeza del mismo, aún en los Requetés, a los que cuesta sobrehumano esfuerzo sujetar en sus impacencias por tener un titular del Derecho Soberano a lo Carlista y sin sombra de complicidad con los caídos el 14 de abril.

Bueno es anotar ese sacrificio que se está haciendo en los sentimientos carlistas para mantener en pie la fórmula de la Regencia que, así como es la más perfecta para el momento español, hay que reconocer que es insuficiente para el corazón de esta juventud ardiente.

De ahí es que la nota, acabada de observar, impone una aclaración. Mientras no se vea desplazada de la realidad española la Instauración en España de la Regencia de esencia tradicionalista, habremos de seguir ahogando ardores realistas; más, apenas se viere alejada esa coyuntura y relegando el carlismo a posición de nueva espera histórica, ipso facto, habría que declarar quién era el Príncipe Carlista porta-estandarte de la Legitimidad ideológica y tradicional.

Item más: La Comunión Tradicionalista, que nunca dejó de existir como tal Comunión, aunque, noblemente, rompiera sus cuadros de partido, hoy está fortalecida y vigorizada, por pura autodeterminación de exigencia biológica, más unida que nunca. Queramos o no queramos sus dirigentes. Porque uno de los muchos errores que se han cometido en la dirección política de España, ha sido, el de atavismo liberal, de creer que, arrastrando a algunos destacados carlistas a la unificación, iban a conseguir el arrastre de nuestras masas. Y la experiencia dolorosa ha demostrado que, cuando un carlista ha ido a la unificación, no ha llevado consigo otra cosa que su propio descrédito.

Pues esa Comunión Tradicionalista, incomprendida y padeciendo una persecución más dolorosa que ninguna otra de las que ha sufrido en su historia, ha servido y sirve al Generalísimo con abnegación y lealtad insuperada, en cuanto al Generalísimo y Jefe de Estado, no como Caudillo político en cuyo sentido se equivocó al proclamarse tal, y la Comunión manifestó por cuantos medios tuvo, el error y avisó las fatales consecuencias.

Con esa misma caballerosa lealtad y con esa misma desusada claridad, a trueque de captarse nuevas enemistades, no desaprovecha ocasión para consignar que, así como sabe esperar días mejores para la Patria, no colaborará y, antes al contrario, se opondrá con toda la pujanza de sus decisiones heroicas, a todo intento de restauración monárquica del tipo antes denunciado, ya venga concertado por el actual Estado Español, ya sea fruto de la criminal intentona de cualquier audaz conspirador. Porque está segura de que, así como esta situación actual es todavía sanable, esa Monarquía caerá en tremendas aberraciones, por inercia política de sus titulares, por el ambiente corruptor que le rodea, por la acción de los colaboradores secretos y de las fuerzas imponderables del mal, y por el propio equilibrio en que, como motivo determinante

de la restauración, habrán de constituir la, inestable equilibrio de mixtificación entre los bandos hasta hace poco beligerantes.

Ante la contemplación de estos fundados temores, ¿qué pueden valer los infantiles sueños de los que todo lo fian a la simpatía personal de un Príncipe inexperto y a la fuerza de unas promesas y declaraciones selladas o no con juramento?

LA REGENCIA

Ya hemos dicho que es la única solución que tiene el problema español. De ella vamos a dar una idea sucinta, porque su desarrollo es tarea ardua y estas notas no tienen más aspiración que la de unas pinceladas sobre estos temas. Quien quiera explicaciones más amplias las puede tener, gustosamente, para los que no tenemos más interés que el de la Patria.

Vamos a fijar tres bases previas:

1.^a Que el régimen de partido es contrario al bien común. Nos remitimos al trabajo presentado al Generalísimo en 10 de marzo del año 1939, en vísperas de la Victoria, o sea, cuando se estaba en la ocasión ideal, desgraciadamente desaprovechada.

A estas alturas, ya es del dominio público el convencimiento de que hay que rectificar y reconstruir el Estado sobre órganos de auténtica raíz social, o sea, gremial o corporativa, y con la supresión absoluta de toda casta política interpuesta entre los gobernantes y los gobernados.

2.^a Los poderes del Generalísimo, por su misma naturaleza, son circunstanciales. Circunstanciales en cuanto al tiempo, porque nadie pudo pensar seriamente, que un hombre es eterno y que en él pueden fundarse las mismas instituciones del Estado. Y circunstanciales en cuanto al objeto, porque su misión, acabada la guerra, nunca pudo ser otra que la de poner en marcha las instituciones del Estado, quedando él como pieza de la máquina, si cabía, o cesando, para representar un vigía y una reserva.

3.^a Eso supuesto, la situación actual tiene que cambiar por rectificación radical en la orientación, desaparición del partido político, declaración del régimen monárquico y Gobierno fundado en un orden social, orgánico, o como quiera llamarse, pero no de concepción panteísta, estatolátrica, sino, al contrario, de acudísimo sentido nacional, regional, municipal, gremial, o sea verdadera fuerza popular. Eso no quita para que la autoridad sea con toda propiedad autoridad, que nunca lo es tanto, como cuando se desliga de camarillas políticas y busca al pueblo en sus organizaciones y naturales fuerzas vitales.

Todas esas características tiene que recoger la Regencia y las recoge, ciertamente, pues que sólo caben en la Monarquía y la Regencia es forma monárquica.

La Regencia es la forma monárquica creadora de las instituciones estables de la Monarquía tradicional. Enseña la historia que ello representa la máxima eficacia y tiene precisamente —como institución típica de momentos heroicos— un quid especial de fecundidad y acierto.

La Monarquía es un maravilloso conjunto de órganos en los que el Rey es la cabeza rectora, pero en coordinación orgánica con las demás instituciones, complementarias de su capacidad y limitativas de su albedrío. No hay régimen de tan encantadoras perfecciones. Y se funda en la característica dinástica. Porque un Rey no es un individuo surgido al acaso, sino un eslabón de una personalidad histórica continua, con tradición del pasado e impulsos del porvenir. Más, en las crisis dinásticas, no puede ser un Rey, normalmente, el restaurador de las instituciones, aparte otras razones, por la más vulgar de que no va a ser él quien levante los muros de contención de su albedrío. La historia enseña que esos grandes y sabios muros fueron resultado de las incesantes luchas entre el poder regio y los pueblos. A menos que esa restauración se haga por el resultado de la conquista del Rey, como caudillo militar y, a menos que esa restauración sea fruto de la audacia de un político, como en regímenes liberales, y se funde en el absurdo concepto democrático del poder. En tesis normal, como los pueblos no son para los Reyes, sino los Reyes para los pueblos, la aparición en el Trono de un nuevo monarca, tiene que ser efecto de una institución adecuada monárquica, pero arbitral, creadora de las instituciones. Esa, la constitución de la Regencia, es la misión histórica que corresponde al Generalísimo.

Sus líneas generales son:

1.º Estudiar, con los debidos y competentes asesoramientos, la Ley fundamental constitutiva de la Regencia. Ley funcional y orgánica.

2.º Definir en ella los órganos de la Regencia que después señalaremos, estatuyéndola y designando los hombres para los cargos.

3.º Fijación del mandato que se les da, en cuanto al objeto —el arriba señalado— y en cuanto al tiempo. En uno o dos años, ciertamente, se logra el propósito.

4.º Especial mandato de reunión de Cortes Generales del Reino, pero representativas y orgánicas y de carácter consultivo, y, excepcionalmente, legislativo, absolutamente apolíticas, en el sentido de partido. Ante esas Cortes habrá de jurar el nuevo Rey.

5.º Mandato de determinación del Rey, cabeza de su estirpe. La Regencia, en función verdaderamente soberana, habrá de hacer los llamamientos de rigor, con fijación de las condiciones a decidir, de manera judicial, quién es el legítimo Rey.

6.º Sujeción forzosa a juicio de residencia de cuantos hombres figuran en la institución de la Regencia, de tal modo, que no podrá ninguno cesar, ni menos, desempeñar otros cargos, sin ser absueltos, en juicio correspondiente, en el que puedan ser oídos en agravio, cuantos quieran querrellarse.

Las instituciones consultivas de la Regencia son:

1.º El Regente, si fuere un Príncipe o, en su defecto, la Junta de Regencia, compuesta por tres o cinco miembros. Con tres basta. Tres figuras representativas de lo nacional, desprovistas de aficiones personales y de sectarismos partidistas, cuya función es la soberanía en su alta dirección, pero acompañada del dictamen del Consejo.

2.º El Consejo de la Regencia. No es razonable el ejercicio de la autoridad si no tiene la garantía del dictamen de Consejeros expertos. El Consejo tiene una doble misión. El asesoramiento del Soberano y el de los Ministros. Los Consejeros han de ser elegidos entre capacidades en las ciencias o en los sectores de la vida nacional. Consejeros responsables, con dictámenes escritos individuales, distribuidos por secciones y aplicados, también por secciones, al asesoramiento de los Ministerios.

3.º El Gobierno propiamente dicho, compuesto de hombres versados en las ciencias políticas o técnicas en la Administración General del Estado, porque el Gobierno tiene dos distintas funciones básicas: La primera, la de los intereses que al Estado corresponden, como persona jurídica. Y la otra, la de encauzar, fomentar y proteger las actividades sociales para cuya mejora existe el Estado.

De ahí que unos son los Ministerios de interés estatal, y otros los de interés directamente nacional. A los primeros corresponden, para su servicio, los Cuerpos del Estado, jerarquías de funcionarios, que parten del poder Soberano y descienden hasta la ciudadanía. Y, los otros Ministerios, son a los que corresponden las Corporaciones, o sea, los que tienen que fomentar y encauzar los múltiples organismos en que vive la sociedad y que son aquellos llamados a recoger las necesidades de los pueblos, sin que les haga falta, pues al contrario les estorba, la aglutinación amorfa del sentido partidista de los ciudadanos.

La Ley fundamental de la Regencia, acompañada de todas las disposiciones necesarias para deshacer súbitamente o del modo que la prudencia política permita, todo este artilugio estatal, es obra tan grande, tan grande y eficaz, que no hay otra comparable.

Estas notas son iniciación al tema. Repetimos: Prontos estamos a dar pormenores, y, sobre todo, prontos a llevar, una vez más, al supremo Poder del Estado, aunque tantas veces ha des-

estimulo nuestros buenos deseos, cuanto de nosotros se necesite. Porque nos debemos a nuestra fe religiosa y española y nos jactamos de que no somos servidores de ningún hombre.

Enero de 1940.

(1) Véase esta noticia más ampliamente en el epígrafe XVII, «El Pacto Germano-Soviético de 23-8-1939» en el año 1939.

(2) Don Luis de Parma era hermano de Don Javier, el Príncipe Regente de la Comunión Tradicionalista. La Princesa María de Italia era hija del Rey de Italia, Víctor Manuel. Ya se comprende cuánto podía potenciar esta boda al Carlismo. Franco hizo divulgar a sus «crispines» que su oposición a la boda se debía a que él deseaba el matrimonio de la Princesa María con Don Carlos VIII, del que a veces daba a entender como que era su candidato al Trono. No parece verosímil.

En el archivo de Valde Espina hay una carta manuscrita en francés que muestra la concepción que tenía de nuestra guerra Don Luis de Borbón Parma, y el interés con que toda la familia Borbón Parma la seguía. La escribe Don Luis al Marqués de Valde Espina, con motivo de la muerte del comandante Vilanova, jefe del Tercio de Navarra donde había combatido Don Gaetan. La traducción de sus principales párrafos dice así: «Castillo de Heenockerzeel.—Bravant.—Bélgica, el 11 de octubre de 1937.

Querido Marqués: Por una carta de Romero Raizabal que mi madre nos había comunicado desde Italia, habíamos sabido que el comandante Vilanova había sido herido gravemente, pero que había buenas esperanzas de que se curara.

Ayer noche la Voz de España nos ha informado de su muerte.

Mis hermanas, la Emperatriz Zita e Isabel, mis sobrinos y yo, todos hemos sentido igual dolor y esta mañana se ha dicho una Misa de difuntos por su intención y en ella hemos comulgado todos.

Un héroe más caído por la más grande y santa Causa por la que haya sido dado a unos hombres combatir y morir: la Causa de toda la Cristiandad y de toda la civilización moral del mundo entero.

Os ruego, querido Marqués, que transmitáis a los oficiales del Tercio de Navarra que conocemos los profundos sentimientos de pésame de mi hermana Isabel así como los míos, y que les digáis cuánto nos afecta la muerte de su heroico comandante, héroe de la más pura tradición moral y guerrera de España.»

(3) Don Ramón Padilla, primero, y después, además, don Juan Tornos.

(4) Véase la carta de Don Juan a Pemán, en las notas a la «Manifestación de Ideales», de 1939.

II.—LA PROPAGANDA CARLISTA ES PROHIBIDA POR LA CENSURA

La severísima censura del año 1939 continuó durante los años siguientes y se exacerbó en el que nos ocupa. Afectaba muy directa e intencionadamente no ya a publicaciones carlistas, que no pudieron existir, sino a cualquier escrito inserto en publicaciones de otro género y que tuviera cierto aire carlista. Por eso, pareció un sarcasmo desde el punto de vista de los intereses carlistas, la Orden de 19 de abril de 1940, del Ministerio de la Gobernación (Aranzadi de 1940, núm. 696) por la que se incluyen la propaganda oral, conferencias, disertaciones y demás formas de expresión oral del pensamiento, en cuanto sean ajenas a la intervención inmediata de la Iglesia, Universidad o el Partido, en el artículo 2.º de la Orden de 15-7-1939. Vid en el año 1939, el epígrafe «Reafirmación del Totalitarismo.—5. Endurecimiento de la censura».

Nada nuevo añadía esta Orden a la realidad. De cuál era ésta nos van a informar unos párrafos del conocido escritor tradicionalista don Francisco López Sanz, director de «El Pensamiento Navarro» durante casi 50 años, entre ellos los de la Cruzada. Pertenecen a un artículo publicado en dicho diario el 25-6-1974 con el título, «Por qué no se editó en su día la historia de cada Tercio de Requetés».

«Con pesar, tengo que confesar que el Carlismo tuvo otro enemigo además del que representaban las hordas rojas: el enemigo ingrato que se movía en las covachuelas y entre los nuestros. Por eso se han publicado tan pocas cosas o poquísimos trabajos exaltando la meritoria acción de los requetés, con lo voluminosa que fue su obra y sus abnegadas heroicidades. Aunque parezca mentira.»

«Quiero recordar algo que aunque hayan pasado muchos años, como la verdad no pasa y cada uno queda con aquello, bueno o malo, a que se haya hecho acreedor, voy a refrescar la memoria de tantos amigos o de personas que no dejaron de extrañarse de que con tanta grandeza como sobresalto en la auténtica Cruzada, no se hubiera hablado con mayor insistencia y con razón y verdad de sus generosos protagonistas, los requetés, sobresalientes entre los que sobresalieron, en aquellas homéricas jornadas de sacrificios, de dolor y de victoria.»

«Hubo algo, que aunque parezca mentira, lo impidió. Pero un algo en que faltó la nobleza y sobró la pequeñez enana. El año que terminó nuestra guerra, varios amigos carlistas, que lo fuimos siempre y estuvimos en el mismo puesto, y sentíamos admiración por la historia verdadera de nuestros Tercios (...), quisimos que como resumen enaltecedor de tanta heroicidad, con

la historia verdad de cada Tercio se publicaran tantos volúmenes como unidades de Requetés hubo en la Cruzada, que fueron muchos. Pero nuestra intención noble, sin ofensa para nadie, fue brutalmente machacada por quien no estuvo en la guerra, aunque sí en la covachuela.»

«Era diciembre de 1939, el año de la Victoria y el primero de las Navidades de la paz. El grupo de amigos carlistas que teníamos la ilusión de que quedara escrito el recuerdo y la gloria de los Tercios de requetés, quisieron que del primer Tercio de que se hablara fuera el de Montejurra. Tenía que ser una cosa correctísima, historia de cada Tercio, y nada más. Ya sabíamos que unos tuvieron más intervenciones que otros (...). Se me requirió para que el primer ejemplar, sobre el Tercio de Montejurra, lo hiciera yo, y que lo escribiera pronto.»

«Habían llegado las Navidades. A los amigos les dije que en cuanto pasaran las fiestas de aquellos días, inmediatamente pondría manos a la obra. Y así lo hice y a mediados de enero de 1940 mandé el trabajo a Madrid para que lo presentaran a la Censura, aunque no creía, ni mucho menos, que hubiera nada impublicable, tratándose de lo que tenía el contenido, con un Tercio, el segundo en número de bajas.»

«Era ministro de la Gobernación don Ramón Serrano Súñer, y sus dos primeros directores nacionales de Prensa, los hermanos Jiménez Arnau, todos de Zaragoza, con los que ya había tenido algunos rozamientos sin ninguna cordialidad y con hostilidad manifiesta, varias multas y llamadas al Ministerio, cuando todavía estaba en la Diputación de Burgos. Recuerdo que Serrano, que era el que me había señalado día de visita, me hizo esperar varias fechas pero me trató con afecto. No sé si por aquello que, como consejo, dijo Maquiavelo al Príncipe: «No trates mal de palabra a quien después piensas maltratar de obra». Y eso que todavía estábamos en la guerra y aún había que luchar y aceptar no pocos sacrificios de todos.»

«El original de mi obra, que debía ser la primera de la serie, no se pudo publicar y fue rechazada con tanta injusticia como agravio y cinismo. Conservo la hoja para refrontársela por las narices al arbitrario autor de la prohibición. Llevaba este encabezamiento: «Ministerio de la Gobernación. Subsecretaría de Prensa y Propaganda. Dirección General de Propaganda. CENSURA. EDICION.»

«Clase de impreso: Libro.

Título: «El Tercio de Montejurra entre los salvadores de España».

Autor: Francisco López Sanz.

Editor: Rivadeneira.

Volumen: Noventa y seis páginas.

Formato: Octavo.

Tirada: Dos mil quinientos ejemplares.

Clase de papel: De edición.

Entrada: 24-1-40.

Salida: 5-2-40.

Resolución: SUSPENDIDA SU PUBLICACION.»

El jefe de censura. Aquí, para firma venía un garabato de niño que todavía no había aprendido a firmar.

(...) Los amigos de Madrid, que tan gran interés habían puesto en divulgar con justicia la acción de los Tercios, no salían de su asombro por aquella cobardía del atrincherado en el parapeto de la mala fe. Y ante la alevosa cox, hubo que desistir con dolor de aquel noble empeño de dejar para la posteridad el recuerdo escrito de la vida, hazañas heroicas e historia brillante de los Tercios de Requetés.»

Ayudarán también a conocer mejor aquella situación que imposibilitaba cualquier propaganda auténticamente carlista los extractos que siguen de un artículo publicado por don Miguel Delibes en «ABC» de Sevilla de 11-3-79, bajo el título «La Prensa Española en los años 40».

«... al periodista se le brindaba la magnánima alternativa de obedecer o ser sancionado. Las disposiciones de la nueva ley no dejaban el más mínimo resquicio a la iniciativa personal. Lustros más tarde, cuando se promulgó la ley de Fraga, un periodista me preguntó si consideraba ésta un avance respecto de la situación anterior. Mi respuesta fue la que cabría esperar: «Antes te obligaban a escribir lo que no sentías, ahora se conforman con prohibirte que escribas lo que sientes; algo hemos ganado» —dije—. Hoy, después de revisar centenares de papeles que se conservan en el archivo de mi periódico, observo que el montaje censor de aquella primera etapa de la posguerra civil fue tan meticuloso que cuesta trabajo imaginar un aparato inquisitorial más intimidador y maquiavélico. De la Delegación Nacional de Prensa llegaban a diario consignas referentes no sólo a lo que era ineludible publicar sino también a la forma en que debería hacerse y a lo que de ninguna manera debería ser publicado. De este modo la prensa española de los años cuarenta fue convirtiéndose en el más eficaz instrumento propagandístico del nuevo Estado, de una uniformidad monótona y aburrida, sometida a un control rígido y minucioso.» (...)

«Pero algo como una mala conciencia debía existir en los altos rectores de la Prensa nacional cuando, con ocasión de una convocatoria para cubrir cincuenta plazas del Cuerpo Técnico de Secretarios Sindicales (...) encarecía de los diarios la redacción de una nota triunfalista en cuyos términos «no se hiciese evi-

dente que se trataba de una consigna». La tarea del periodista se hacía así más difícil aún: había que escribir al dictado parodiando la apariencia de que aquello era espontáneo, de que lo escrito le salía al periodista del corazón.»

«Espigando entre las consignas de los cuarenta resulta obvio que ningún asunto de la vida nacional le era ajeno a la Delegación Nacional de Prensa. Tanto en el aspecto político como en el económico, el cultural o el deportivo, el referido organismo se creía en el deber de intervenir, de fijar su criterio e imponerlo sin contemplaciones. Sorprende que el citado organismo no solamente sentaba que cuántos debían de ser éstos y cuántos aquéllos y cuál su disposición en el periódico (plana, columna, etcétera). Como es natural, dentro de los temas políticos las consignas sobre la figura o las palabras de Franco eran las más frecuentes. He escogido como ejemplo, una, que excepcionalmente viene sin fecha, aunque puede corresponder al año 43. Dice así: «Ese periódico publicará en los próximos quince días nueve artículos firmados por sus mejores colaboradores en la primera plana comentando el discurso pronunciado por Su Excelencia el Jefe del Estado el día 1 de octubre ante el Consejo Nacional. El discurso quedará dividido para estos fines en diversos apartados que se detallan a continuación, debiendo ajustarse cada articulista al tema correspondiente y con sujeción a la orientación fundamental dada por el Generalísimo. Deberá comentarse el sentido del discurso con referencias e ilustraciones adecuadas al tema eligiendo las frases fundamentales, pero sin agobiar el artículo con numerosas o largas transcripciones del propio discurso. Que el comentario tenga aire original y que no se limite a subrayar frases con tono de compromiso periodístico.»

«A continuación, el delegado determina los títulos o el contenido de los nueve artículos y las frases de Franco que deberán apoyarse.» (...)

«Naturalmente, no siempre las consignas políticas versaban sobre temas de tan altos vuelos. Bastaba (...) un discurso de un delegado nacional de Sindicatos para que la máquina se pusiera inmediatamente en movimiento: "Todos los periódicos del día 17, mañana y tarde, publicarán artículos editoriales glosando el discurso del delegado nacional de Sindicatos... Se aludirá a la necesidad de una organización sindical en la vida moderna... y se llegará a la consecuencia de que en España la organización Sindical ha desear inspirada por la Falange", etcétera.»

III.—LA CUESTION DINASTICA

Carta de Don Juan de Borbón y Battemberg a Don Javier de Borbón Parma el 8-3-1940.—Actas de preparación de la respuesta.—Carta de Don Javier a Don Juan de Borbón el 24-6-1940.—Notas: Juramento de Don Javier en la inhumación de Don Alfonso Carlos.—Apuntes biográficos de Don Gaetán de Borbón Parma.—Carta de Don Alfonso Carlos a Don Javier de Borbón Parma el 10-3-1936.

Carta de Don Juan de Borbón y Battemberg a Don Javier de Borbón Parma el 8-3-1940 (1).

Roma, 8 de marzo de 1940

Querido Javier:

Tardíamente y después de alcanzar una publicidad sin duda más amplia de lo que se propusieron sus autores, ha llegado a mis manos una copia de los escritos presentados al Generalísimo por tu representante en España, el señor Fal Conde, y profusamente circulados después dentro y fuera de la Comunión Tradicionalista.

Hay en ellos una parte doctrinal y orgánica a la que prestamos asenso todos cuantos hemos vivido el naufragio de una España huérfana de las Instituciones que le dieron vida y la engrandecieron. Hay otra, consagrada a exponer y ahondar discrepancias dinásticas, que seguramente muchos y buenos tradicionalistas habrán lamentado tanto como los inúmeros monárquicos que, fuera de sus cuadros, han luchado por los mismos principios; porque, si puede satisfacer y exaltar a ciertos núcleos dignos de toda nuestra estima, viene a complicar una situación ya poco satisfactoria, desorientando muchos esfuerzos y alejando la posibilidad de una España sincera y definitivamente unida.

En los escritos a que me refiero, se discuten mis derechos desde el doble punto de vista de la legitimidad de origen y de la legitimidad de ejercicio. Un sentimiento de propio respeto me veda entrar en el examen de las razones alegadas para negar la primera: desprovistas de base histórica y desconocidas por Don Jaime y Don Alfonso Carlos (q. s. g. h.) cuando celebraron con mi padre acuerdos que te son conocidos, me considero dispensado de atribuirles el más mínimo valor. ¿Puedes tú, en conciencia, asignarles alguno? ¿Crees justo y lícito que quienes han asumido tu representación se lo asignen? (2).

Se me niega también la legitimidad de ejercicio, considerándome incurso en una supuesta responsabilidad dinástica y vinculado a un ideario liberal por ley de herencia y por adscripción voluntaria; se formulan reservas sobre mis condiciones físicas y morales; se afirma que mi educación política y mi formación intelectual han sido liberales; y, finalmente, se dice que el ambiente que me rodea es el de una Corte frívola.

Todas estas aseveraciones —tú lo sabes bien— son absolutamente gratuitas. Es muy pronto para examinar en justicia —y con información suficiente— la responsabilidad histórica del Rey en los males de España hasta 1931. Si algo hay evidente es que El ha pugnado por aminorar las consecuencias del régimen liberal heredado; puesto que se le ha acusado de ejercer un poder personal, de haberlo empleado en sostener y llevar a término la empresa de Africa, de haber sostenido al general Primo de Rivera en su generoso intento... Ciento estoy de que algún día se hará justicia a su buena voluntad. En cuanto a mí, tercero de sus hijos, sometido desde niño a una disciplina escolar más severa que la de cualquier otro de mi edad, viviendo al margen de la Corte, ¿qué participación podía tener en la vida pública? Es bien frecuente confundir la culpa con el infortunio. Yo acepto y comparto plenamente el que, por designación del Señor, ha sobrevenido a mi familia, como a otras Casas Reales europeas: pero no creo pueda alcanzarme culpa alguna. La ley de herencia que me llega de mi Padre, me une también a mis abuelos Austrias y Borbones que con mejor fortuna vivieron al servicio de Dios y de España.

No se me alcanzan tampoco las razones que abonan sus reproches a mi ideario y a mi formación. De cuál fue ésta y de lo aportado a ella por insignes pensadores tradicionalistas, algo he dicho en mi carta de 11 de octubre de 1935, dirigida a los colaboradores de «Acción Española» y publicada después en esta Revista. Convencido de la existencia de una verdad objetiva y testigo de los estragos que acarrea a los pueblos el desconocerla, al pensar en España como un haz de pueblos unidos por un vínculo histórico glorioso y en marcha hacia un alto destino común, no puedo concebir para ella otro Estado que un Estado católico, ni otra forma de Gobierno que la monárquica, ni otra Monarquía que la tradicional, con sus Consejos y sus Cortes, como aquélla que sabía conciliar la autoridad y la firmeza en los grandes designios, con la espontaneidad en la vida regional y con la cristiana libertad para el bien de los individuos. La Monar-

quía tradicional, que sabía sentir las necesidades de los pueblos, sabrá también en su día, recoger el supremo anhelo de justicia que inquieta las conciencias y convulsiona las sociedades, promoviendo una mayor difusión de los bienes económicos, exaltando el Trabajo a la categoría de deber social o incorporándolo a los demás elementos productores en una gran ordenación corporativa nacional, que canalice hasta el Estado aspiraciones e iniciativas. Y que de él reciba las altas consignas que llevan a España hacia su eterno destino (3).

Estas eran, en 1935, mis ideas y éstas son hoy. Pero de las ideas sinceramente sentidas dicen más las conductas que las palabras: así, persuadido de que la reforma de nuestra caduca sociedad ha de iniciarse con la restauración cristiana de la familia, he procurado que la mía se constituyese —y cuido se desenvuelva— en un ambiente de sencillez y reserva ajeno a toda agitación; y espero en Dios que, cualquiera que sea la situación a que me llame, ni María ni yo desmayaremos en el cumplimiento de los deberes de ejemplaridad que nuestro nacimiento, y, sobre todo, nuestras conciencias, nos imponen. En la convicción de que los deberes de servicio a nadie obligan tanto como a los Príncipes, quise al principio del Movimiento ser un soldado anónimo, y como tal entré en España: no me fue permitido continuar. Poco después solicité ser admitido como oficial de la Armada en el «Baleares» y sí, en ratificación de mi Fe y en el cumplimiento de mi deber, no he quedado sepultado en su casco con mis compañeros, no ha sido porque yo rehusara al sacrificio, sino porque con honrosas y muy benévolas razones me fue denegada la autorización para embarcar (4).

No he pensado al escribirte —de más está el decirlo— en hacer una declaración de principios: menos aún en sincerarme de cargos que nadie tiene derecho a reprocharme (5). He querido solamente solicitar tu atención sobre el hecho de que amigos y representantes tuyos en España me atribuyen ideas y tendencias que nunca he manifestado, que ninguno de ellos puede haber advertido en mí, y que tú sabes me son ajenas.

Por lo demás, no está en manos de los hombres el satisfacer o negar mi única aspiración, sea cualquiera el puesto a que el Señor me lleve: El ha querido que, por herencia de mi Padre, viniesen a converger en mí los derechos de las dos ramas dinásticas: El trazará los destinos de mi vida, que emplearé en Su servicio y en el de España (6).

De corazón le pido te guarde de todo riesgo y con el más sincero afecto, etc.

(1) Vid. nota 42 de la página 110 del tomo de 1939.

(2) Sobre tales acuerdos ver el libro exhaustivo de Tomás Echeverría, «El Pacto de Territet, Alfonso XIII y los Carlistas», distribuidor Rubiños, Madrid.

(3) La carta a los colaboradores de Acción Española se reproduce en la nota 43 de la página 111 del tomo del año 1939.

(4) El Boletín de Información de la Comunión Tradicionalista de Andalucía Occidental, de septiembre de 1964 publica una narración «recogida de labios del Excmo. señor don Manuel Fal Conde», a la que pertenecen los párrafos siguientes relativos al intento de Don Juan de Borbón de alistarse en un Tercio de Requetés.

«El día de Santiago del 36 [...] cruzando yo la plaza [del Castillo, de Pamplona] desde la Diputación al Hotel La Perla para ir a comer, me paró Juan Tornos, que salía del hotel en mi busca. [...] Al encontrarme en mitad de la plaza del Castillo me dijo que no llegara al hotel si no me interesaba saludar a Don Juan que estaba allí en busca del Conde de Rodezno.

Nos fuimos a un café de la plaza y me contó cómo había llegado Don Juan deseando ver al Conde que algo indispuerto estaba en su habitación, circunstancia que alegó en razonable excusa para no recibir su visita. Al Conde no le gustaba una entrevista que (fuera para lo que fuera, o tal vez porque los acompañantes del Príncipe le hubieran anunciado tuviera la finalidad de alistarse en nuestros Tercios) tocaba a los organismos dedicados al reclutamiento o más bien al Jefe Delegado, dado la categoría del solicitante.

Tornos traía el aviso, tanto por sí mismo como por encargo del Conde, al que estaba ligado por amistad, por ideario y algún parentesco.

Viendo claro que no era a mí a quien interesaba pedir la admisión en nuestras filas, creí discreto y prudente no presentarme en el hotel.

De otra parte, ¿qué menos merecía la ilustre personalidad carlista, navarra, española, del Conde de Rodezno que mi plena confianza para que procediera mejor y más convenientemente a la Causa?

En tal sentido fue mi recado a Rodezno por medio de Tornos, encargo reiterativo de que hiciera lo que creyera mejor.

Se levantó Rodezno, saludó con su proverbial cortesía al Príncipe y oyó los deseos de éste de alistarse en alguna unidad del Requeté. El episodio tiene derecho a una página de la Historia de la Cruzada.

El Conde, sin mengua de la cortesía y respeto propios de las personas y del tema, contestó a Don Juan estas o muy semejantes palabras, pero de rigurosa exactitud de fondo: «Es muy plausible el deseo de V. A., pero V. A. no puede ponerse esa boina como cualquiera de los jóvenes que en número de millares están alistándose en nuestros Tercios. Porque esa boina no es una prenda de uniforme, sino que tiene un hondo significado de ideas, entre las que está la legitimidad dinástica, que todo eso puede suscribirlo un joven cualquiera al alistarse. Pero V. A. no puede hacerlo sin ir a Viena y a aquel venerable anciano, Rey de Derecho y Jefe de la Familia, pedirle permiso para cubrirse con la boina roja aceptando todos sus significados.»

A los pocos días, y aseguro que sin haber ido a Viena, ni escrito a Viena, ni acatado el significado de la boina que estaba copiosamente testimoniándose con la mejor sangre, Don Juan, con sus mismos acompañantes de la vez aquélla, apareció en Somosierra con «mono», boina y flechas. A las pocas horas, órdenes de Mola le pusieron en la frontera.»

Actas de la Preparación de la Respuesta

En Madrid, a 27 de mayo de 1940, se reúnen bajo la presidencia de don Rafael Díaz Aguado Salaberri, delegada por don Manuel Fal Conde, los señores don Manuel Senante y Martínez, don Amancio Portabales, don Luis Hernando de Larramendi, don Federico Bertodano, don Jesús Cora y Lira, don José María Lamamie de Clairac, don Calixto González Quevedo, don Jesús Elizalde, don José María Valiente y don José Luis Zamanillo.

El señor Salaberri, cumpliendo el encargo del señor Fal Conde, da lectura ante los reunidos de la carta dirigida por Don Juan de Borbón y Battemberg al Príncipe Regente Don Javier de Borbón Parma, y de la que asimismo S. A. dirige al señor Fal Conde, solicitando que con el asesoramiento de los leales que crea conveniente oír, le envíe un proyecto de contestación a la de Don Juan, y por último, de un anteproyecto que con tal finalidad envía dicho señor Fal Conde, elaborado después de escuchar algunas opiniones.

Complementando este anteproyecto se acompaña una carta del llorado Rey Don Alfonso Carlos al Príncipe Regente, de fecha 10 de marzo de 1936, cuya copia se propone que sea enviada por S. A. con la contestación que dirija a Don Juan de Borbón.

Invitados los reunidos por el señor Salaberri para que cada uno exponga su opinión, expresa la suya el señor Larramendi en los siguientes términos: 1.º Entiende que la contestación a Don Juan de Borbón que se proyecta, pretende tener carácter oficial como lo demuestra el hecho de esta consulta que se hace y del proyecto de levantar un acta de esta reunión; 2.º que dicha contestación es a su juicio absolutamente ineficaz para la exclusión de Don Juan y lejos de tener utilidad práctica prolonga la subversión revolucionaria del diálogo entre el derecho y la usurpación y hasta de que la usurpación interpele y recrimine a la Legitimidad; 3.º que además la contestación es comprometedora en cualquier forma, y en la que se ha redactado también en conjunto, y

(5) Con derecho o sin él, no haber hecho una declaración de principios tradicionalistas se le venía reprochando desde el destronamiento de su padre, y especialmente en la carta de Don Alfonso Carlos a Don Javier, de 10 de marzo de 1936, en la que le comunica haberle nombrado Regente. Hace constar en ella que los hijos de Don Alfonso (XIII) no han «realizado acto alguno de repudiación de los principios políticos representados por su padre».

(6) Posteriormente ya no quedaron dudas acerca de las ideas y de la conducta política de Don Juan de Borbón.

especialmente en la declaración de que la sucesión está abierta por no haberse determinado aún la persona del Sucesor, y en la indicación del procedimiento para llegar a la Monarquía que es por demás de mala doctrina antitradicionalista; 4.º que la única fórmula de excluir a Don Juan, cerrar la cuestión, cumplir el deber, servir a España y no tener sin nuestra solución a la Patria dando testimonio de no solucionar ni lo más primordial nuestro, y sacando del confusionismo al país y a los leales, es determinar y publicar la designación del Sucesor; 5.º que si como parece más probable, la heroica adscripción militar del Príncipe Regente al Ejército combatiente francés merma la neta y plena autoridad de S. A. como Regente, ya que en nada modifica la voluntad neutral decidida de la Comunidad Tradicionalista, que más se expresa en prevenciones antialiadas y hasta entre reservas, con algún muy somero y poco claro matiz germanófilo, será indispensable que la designación de Sucesor lleve fecha anterior o se complemente con alguna otra fórmula sin salir del pensamiento de S. M. el Rey Don Alfonso Carlos, en el texto de su institución de la Regencia, y 6.º que cada minuto que ha pasado sin designar Sucesor es una desgracia, y desde la guerra es una desgracia mayor y un error incomprensible, sin que hubiera razón política que pudiese prevalecer en contra, pues la dificultad no es razón y hasta presenta el desconsolador aspecto de parecer pretexto.

En disconformidad con la opinión del señor Larramendi que queda consignada, los restantes reunidos unánimemente convienen en que la contestación del Príncipe Regente a Don Juan de Borbón es convenientísima, por no decir necesaria y plenamente eficaz en orden a dejar sentada de una vez la exclusión del mismo, sin que ello entrafie diálogo alguno sino la resolución por quien puede hacerlo sobre la pretensión de un aspirante a la sucesión. Prestan su más caluroso y entusiasta asentimiento al anteproyecto de contestación remitido por el señor Fal Conde, y únicamente se permiten indicar que sería prudente suprimir toda alusión relativa a una instauración de Regencia, ya que esta idea podría comprometer y atar las manos a S. A., en caso de no ser viable dadas las difíciles circunstancias actuales del mundo y de España, creando con ello una dificultad para llevar a cabo la designación directa, para lo que está autorizado S. A. en el documento de institución de la Regencia. Proponen por ello que el párrafo que comienza diciendo: «El bien común suprema ley reguladora...» sea sustituido por el siguiente:

«El bien común suprema ley reguladora de la sucesión en la Soberanía y postulado fundamental de la Legitimidad, ha reclamado de Mí aplazar durante la guerra española y período de tiempo inmediato a ella la determinación del Sucesor en los derechos

de los legítimos Reyes de España, sin que por ello haya dejado de meditar y trabajar en orden a tal determinación.»

Sin que proceda añadir a esta redacción como antes se expresa, nada relativo a instauración de Regencia.

Los reunidos, al emitir este dictamen se permiten indicar a S. A. el Príncipe Regente, la conveniencia de que por los medios que su prudencia estime adecuados, se acelere la designación concreta del Sucesor, aprovechando el momento y coyuntura que estime más oportunos.

Y reiterando sus sentimientos de acatamiento, adhesión y entusiasta servicio a S. A. en la defensa de la santa Causa de la tradición y de España, firman este acta en el lugar y fecha al principio expresados.

A S. A. el Príncipe Don Javier de Borbón-Parma

Señor:

Después de celebrada la reunión cuya acta se envía a V. A., recibimos aviso de don Manuel Fal Conde, quien nos comunica que en una obra de gran importancia que se está editando con el nombre de «Historia de la Cruzada Española», aparecen publicadas en el último fascículo unos supuestos manifiestos de 1932, de Don Alfonso Carlos y de Don Alfonso, y hasta, con caracteres de pacto, una de tantas fórmulas como entonces se propusieron sin resultado alguno.

Con tal motivo, entiende el señor Fal Conde que debe reforzarse en el proyecto de contestación que se envía a V. A. el párrafo referente a este particular de los pactos.

Cumpliendo este encargo, nos permitimos, en la dificultad de volver a reunir a los consultados, proponer a V. A. la siguiente modificación del proyecto de contestación:

Se suprimirá el párrafo de la quinta hoja que comienza: «Réstame consignar...» hasta su final con las palabras «ningún derecho».

El párrafo «quien, como yo...» subsistirá íntegro, e inmediatamente después de él, como párrafo aparte, proponemos que se intercale el siguiente:

«De intento he dejado para el final el rechazar con toda energía tu indicación sobre la existencia de pactos entre Don Alfonso Carlos y tu padre. Jamás entre ellos hubo ninguno. Si existió uno entre tu padre y Don Jaime, fue un acto condicional, sin que la condición de que se reunieran unas Cortes, que reconocieran a uno

o a otro, se llegase a dar nunca, por lo que ninguna virtualidad tuvo, ni de él pudo arrancar ningún derecho. Pero además es que, muerto Don Jaime a los pocos días de firmarlo, Don Alfonso Carlos se negó terminantemente a sucribirlo; y si en el año 1932 partidarios de una y otra rama pretendieron encontrar zonas de coincidencia, preparando unos manifiestos y buscando fórmulas de pacto, es lo cierto que ni la publicación autorizada de aquéllos tuvo lugar, ni acuerdo consignado en pacto ha existido jamás, ni menos sido firmado, entre Don Alfonso Carlos y tu padre. En la carta a que antes aludo, y cuya copia te envío, puedes ver con qué energía y en qué términos tan absolutos, rechaza el Rey Don Alfonso Carlos la especie de que llegase jamás a pacto alguno.

Te he contestado desde el orden...» (Todo igual hasta el final.)

Perdone V. A. que empleemos para mayor claridad y menos posible confusión, la escritura a máquina en esta carta.

Siempre a las órdenes de V. A. con la mayor lealtad y acatamiento.

Madrid, 30 de mayo de 1940.

Carta de Don Javier de Borbón-Parma a Don Juan de Borbón y Battemberg

Mi querido Juan:

Te ofrecí en mi carta del 15 de marzo último, con motivo de la que me dirigiste el 8 del mismo mes, contestar a los diversos puntos que abarca la tuya, en la que te diriges a mí sin otra finalidad que la de llamar mi atención sobre el hecho de que te atribuyen ideas y tendencias que dices te son ajenas, leales y representantes míos en España, que como don Manuel Fal Conde, merecen la mayor confianza por su capacidad y abnegación y por no haberse plegado a la adopción de filiaciones y signos extraños (1).

Ello quiere decir que te diriges a mí, como abanderado de la Comunión Tradicionalista y debo hacer notar que aquel cargo con que me honró el llorado Rey Don Alfonso Carlos (q. S. G. h.) no puede separarse del que esencialmente ligado a él, me confirió, a la vez, de Regente, en su Solemne documento de 23 de enero de 1936, encargándome de proveer, sin más tardanza que la necesaria, la sucesión legítima de Su dinastía conforme a las leyes y usos históricos y princi-

pios de legitimidad que ha sustentado durante más de un siglo toda la «Comunión Tradicionalista». Este fue el cargo que acepté en vida del Rey, con juramento que reiteré solemnemente ante su cadáver y que obliga mi conciencia con gravísima responsabilidad (2).

La dolorosísima ocasión de la muerte del Rey, mi queridísimo Tío, estando España en plena guerra de salvación y las subsiguientes circunstancias, han demorado la determinación por mí de quién sea el Príncipe «en quien concurran tanto por imperio del derecho, como por su segura y deliberada adscripción y pública aceptación, todos los requisitos indispensables de principios y de política garantía».

El bien común, suprema ley reguladora de la sucesión en Soberanía y postulado fundamental de la Legitimidad, ha reclamado de mí aplazar, durante la guerra española y período de tiempo inmediato a ella, la determinación del Sucesor en los derechos de los Legítimos Reyes de España, sin que por ello haya dejado de meditar y trabajar en orden a tal determinación.

La causa de la Legitimidad es ésta y ésta es mi gravísima misión que por puro amor a la Tradición eché sobre mis hombros, con el más absoluto desprendimiento de todo interés personal. Y, bien claro está, que es a esta nobilísima Causa de los Reyes proscritos y a esa misión legitimista mía, a las que no acudes, porque del Tradicionalismo no ves, según se comprende, otra cosa, ya que no participes en los odios seculares de los liberales, que un partido político bueno si te aceptara o digno de ser combatido si te resiste.

Ha sido necesario una espantosa guerra para salvar a España del liberalismo, cuyos errores la aniquilaron y ha sido necesario que los mejores soldados sellen de nuevo con sangre las verdades del Tradicionalismo, para que pase a constituir postulado indeclinable del nuevo orden el antiliberalismo que la protesta Carlista sostuvo frente a todo el pasado. Así es que ante esa estupenda realidad tú no podías por menos de tener que formular una declaración, tantos años procurada por el sector tradicionalista de tus partidarios.

Por primera vez te has decidido a proclamar que estás convencido de la existencia de una verdad objetiva que preside la constitución de los Estados. Esa fue la sostenida con las armas y con inúmeros sacrificios, destierros y confiscaciones por los Carlistas, y pues te declaras, «testigo de los estragos que acarrea a los pueblos el desconocerla», así es natural que veas la gravedad de la culpa —que no es infortunio— de tus antecesores.

Y ¿cómo siendo así, cómo reconociendo una norma objetiva y superior al libre examen liberal, acabas sustentando derechos provenientes de herencia de tus padres?

Porque a esa verdad objetiva repugna todo confusión entre las líneas familiares hasta ahora contendientes y repugna que puedas afirmar que «convergen en ti los derechos de las dos opuestas ramas dinásticas». Si son opuestas, una tendrá el derecho y la otra la responsabilidad, mas, nunca, derechos las dos. Y si, en hipótesis, se concibe el caso de una coincidencia de determinación sucesoria en el orden de la sangre, jamás se podrá hablar de convergencia del derecho, sino, en todo caso, del derecho de opción, si el que pueda hacerla entre una y otra causa, no está excluido de alguna de ellas.

Excluidos por tus abuelos, en las Constituciones que tenéis juradas —esas Constituciones desconocedoras y conculcadoras de la verdad objetiva— estamos todos los Príncipes, nacidos y por nacer, que traemos causa de los Reyes y Príncipes sustentadores de las verdades objetivas del Derecho Público cristiano. Y excluidos están por las leyes y por declaraciones de nuestros Reyes, todos aquéllos que sirvieron o reconocieron la dinastía liberal.

Y si tu condición de Infante, tu vida de familia desenvuelta con desconocimiento de los derechos, de Don Alfonso Carlos, último Rey, y Jefe, además de la Casa de Borbón, no fueran bastantes a polarizarte del lado de allá, esta misma carta tuya te acaba de colocar ante el Regente de la Causa del Carlismo en trance inequívoco de herederos de tus padres, que tú invocas.

Sobre esa base me hablas de Legitimidad, que no es este momento de discurrir, mas sí, el de pensar si la invocas como un derecho patrimonial e incondicional no sujeto a una norma superior ordenada al bien común. ¿Y qué origen genealógico pueden invocar que no esté ligado a la suerte del liberalismo? Porque si aludes a la Sucesión de Don Francisco de Paula, liberal fue de ideario y de proceder, como su hijo Don Francisco de Asís, y tu abuelo, y todos combatieron a la Auténtica España encarnada en la Protesta Carlista, con las armas y en la política.

¿Cómo te podría llegar, pasando por ellos y transmitiéndotela tu padre, una legitimidad de origen, que dejó de serlo, que se truncó, que se perdió por haber combatido a los reyes legítimos, que es causa de exclusión según las antiguas leyes?

Como no pueden ser medio adecuado ni congruente para lograr una condonación de esas causas de exclusión en el

orden de suceder la manifestación que haces sobre tus convicciones, por qué tu mismo quieres que no tengan el valor de una declaración de principios, ni los hechos que invocas de tu vida familiar —que con mucho gusto te reconozco ejemplar— ni los de conducta patriótica al haber intentado servir a España con las armas.

Tanto yo, desinteresadamente, quise acudir a los frentes de batalla de la gloriosa guerra al lado de los requetés, y también a mí se me impidió, añadiendo una orden de extrañamiento fuera de España que me tiene apartado de los leales de la Causa. Y mi hermano el Pp. Don Gaetán también en campaña estuvo, tocado con la gloriosa boina roja, sin mixtificación con ningún otro signo ajeno a la causa de la Tradición peleando en un tercio de Requetés hasta que la metralla enemiga, al herirle gravemente descubrió su hasta entonces incógnita personalidad (3).

Por otra parte tus partidarios en España son los mismos de tu padre, que oportunistamente presentan su persona o la tuya para una Restauración Monárquica, que con tal motivo aparece más confusa en cuanto a su carácter.

Quien, como yo ha prestado un juramento solemne ante el cadáver del Rey, y siente sobre sí el peso de la responsabilidad de tamaño encargo, con todo el antecedente de tanta sangre y tanto renunciamiento, no puede por menos de contestarte con toda lealtad, sinceridad y firmeza.

Y puedes creerme que las ideas que expreso responden fielmente al pensamiento del Rey Don Alfonso Carlos, que de palabra y por escrito a mí dirigido consignó en forma inequívoca y terminante (4).

De intento he dejado para el final el rechazar con toda energía tu indicación sobre la existencia de pacto entre Don Alfonso Carlos y tu padre. Jamás entre ellos hubo ninguno. Si existió uno entre tu padre y Don Jaime, fue un pacto condicional, sin que la condición de que se reunieran unas Cortes, que reconocieran a uno o a otro, se llegase a dar nunca, por lo que ninguna virtualidad tuvo, ni de él pudo arrancar ningún derecho.

Pero además es que, muerto Don Jaime a los pocos días de firmarlo, Don Alfonso Carlos se negó terminantemente a suscribirlo; y si en el año 1932 partidarios de una y otra rama pretendieron encontrar zonas de coincidencia, preparando unos manifiestos y buscando fórmulas de pacto, es lo cierto que ni la publicación autorizada de aquéllos tuvo lugar, ni acuerdo consignado en pacto ha existido jamás, ni menos ha sido firmado, entre Don Alfonso Carlos y tu

padre. En la carta a que antes aludo podrías ver, con qué energía y en qué términos tan absolutos rechaza el Rey Don Alfonso Carlos la especie de que llegase jamás a pacto alguno.

Te he contestado desde el orden de la Legitimidad cuyos postulados son irrenunciables y sin más aspiración personal que el cumplimiento del sagrado deber. Mucho cuesta al afecto personal que te tengo, creer que estas ideas y sentimientos te resulten insoportablemente ingratos.

Quiera Dios inspirártelos y que algún día llegues a entender la grandeza del Carlismo. Entonces te darás cuenta del dolor que me ha causado esta contestación que tú has motivado.

De corazón afectuosísimo tuyo

Francisco Javier

(1) Es decir, a la Unificación.

(2) El texto de este juramento, hecho por Don Javier en la capilla del palacio de Puccheim en el momento de inhumar en ella el féretro de Don Alfonso Carlos, decía así:

"En solemne y público cumplimiento de la promesa que hice a V. M. nuestro bien amado Rey D. Alfonso Carlos, vengo en este momento inolvidable a renovar mi juramento de ser el depositario de la Tradición legitimista española y su abanderado hasta que la sucesión quede regularmente establecida. Mi juramento de sostener y guiar a la Comunión Tradicionalista Carlista española, debe cumplirse en la época más grave de su gloriosa existencia; pero así como la vida del Rey que lloramos nos estuvo consagrada hasta su último trágico suspiro, así lo estará la mía hasta que Dios me otorgue la merced de terminar la misión de que estoy investido, tal como lo hubiera hecho el mismo Rey, Alfonso Carlos.

Al tomar la bandera que el Augusto finado ha puesto en mis manos me dirijo a todos, recordando que la Comunión Tradicionalista es católica antes que nada, patriota en la unidad intangible de las variedades regionales, y esencialmente monárquica a través del curso fecundo de una historia milenaria y auténticamente española.

La sangre de nuestros mártires de otros días ha hecho brotar generosa la de una muchedumbre de nuevos mártires que, ante el mundo desequilibrado de nuestros días, han mostrado a España levantándose en un arranque admirable de abnegación. La España que salvó a Europa rechazando a los moros; la misma que llevó a América la Cruz y la civilización; la que impidió el dominio turco, en la memorable ocasión de Lepanto. La misma que hoy llama con magnífico ejemplo a toda Europa para batir las hordas de los sin Dios y de los sin Patria, que intentan el asalto y la destrucción de la civilización y de la Cristiandad.

Vuestros gritos, "Dios, Patria y Rey", han unido a todas las fuerzas saludables en colaboración con el Ejército; unión que, por la fe y el valor

de los requetés, tendrá ya bastante garantía de no romperse jamás, restaurando por la amistad inquebrantable de los combatientes, la armonía más fuerte que la vida, que es base de la justicia y sagrada utilidad del Ejército y cimiento de la verdadera vida de las naciones.

Subyuga el honroso ejemplo de energía de la joven generación, ahora en armas, queriendo, con plenitud de viril voluntad, reconstruir la inmortal España creyente en Dios y en sus destinos universales, sobre las bases incommovibles de la justicia, del orden moral y material y de la seguridad de todo bien, en prosperidad de la Patria común.

El llamamiento del Rey y el mío se dirige a todos, y espero que sea escuchado más allá de las trincheras y de los odios.

De todos modos, por duros que puedan ser los combates futuros, venceremos. Diríase que sólo cuando ya ha visto que la aurora de la victoria dora las cimas de la Patria, ha conseguido tomar descanso en la tumba el Augusto anciano cuyo cuerpo tenemos aún presente y que fue el último vástago directo de la gran dinastía carlista de los legítimos Reyes de España. La victoria es ya segura, y sobre ella se asentará la paz fecunda; el porvenir está asegurado, y no tardaremos en volver a este lugar para decir ante el sepulcro de V. M., presentando armas: Señor, os hemos obedecido; la victoria está acabada. Os damos gracias porque habéis sido el padre vigilante y el guía prudente que nos ha preparado esta victoria. La Dinastía Carlísta, primera rama de la Casa de Borbón, al extinguirse directamente, ha dejado cumplida su misión de salvar a la España eterna.

Al ascender al seno de Dios, no dejará V. M. de continuar guiando a España."

(3) Ahora que se menciona por primera vez en esta historia al Príncipe Don Gaetan, creo oportuno dar algunas noticias acerca de él. Están tomadas del libro de Ignacio Romero Raizabal, «El Príncipe Requeté».

Don Cayetano de Borbón Parma era hijo del Infante Don Roberto y el hermano menor de Don Javier, que hizo siempre las funciones de padre porque el de ambos murió cuando Don «Gae» tenía dos años. Era ahijado de su primo el Rey Don Jaime III. En 1936 tenía treinta años, estaba casado y tenía una hija de cuatro años. Murió de un accidente de automóvil en los Alpes franceses hacia 1955.

Al comenzar la Cruzada estaba enfermo de un pie y esto retrasó su incorporación como voluntario al frente nacional hasta fin de año. Llegó a San Juan de Luz, donde por aquellas fechas tenía su puesto de mando su hermano Don Javier, unos días después de que el jefe delegado don Manuel Fal Conde fuera desterrado a Portugal por orden de Franco el día 22 de diciembre de 1936. Esto hizo dudar acerca de su incorporación, que al fin se hizo, de riguroso incógnito bajo el seudónimo de «Gaetan de Lavardin», como requeté del Tercio de Navarra, en enero de 1937. Se eligió este Tercio por las circunstancias que concurrían en su comandante don Luis Villanova, aristócrata tradicionalista famoso, después muerto en combate, que era el único que conocía la identidad de su voluntario.

Antes de su incorporación al frente estuvo quince días en San Juan de Luz poniéndose al tanto de las cosas y costumbres españolas y aprendiendo el castellano que pocos meses después dominaba. Traía al cuello un relicario de oro con un «lignum crucis» que le dio para el caso su madre, y que su padre había llevado en la batalla de Lacar en la segunda guerra carlista.

En mayo de 1937 recibió en el frente de Vizcaya catorce heridas de metralla, siendo especialmente grave una que le atravesó la laringe. Fue hospitalizado en la clínica de San Ignacio, de San Sebastián, propiedad de don Benigno Oreja, acreditado como cirujano y como carlista. Los periódicos donos-

tierras dieron la noticia el día 13 y hubo un incesante desfile de visitas por la clínica; entre ellas, la de su hermana la Princesa Isabel, que servía como enfermera en el hospital de «Don Alfonso Carlos», de Pamplona. El día 22 de junio fue operado de la laringe por el doctor Tapia, famoso especialista que había huido del Madrid rojo y estaba refugiado en San Sebastián. A mediados de julio fue trasladado al hospital de «Don Alfonso Carlos», de Pamplona, y en él, y en la casa de los Baleztena, en Leiza, pasó la convalecencia.

Durante todo ese período encontramos la paradoja, «constante» en nuestra historia, de que los periódicos publicaban relatos sobre el ilustre herido, sus antepasados y el valor de los carlistas en la batalla de Lacar en el siglo pasado, mientras que la acción política tradicionalista propiamente tal estaba bloqueada, el Príncipe Regente, Don Javier, tenía que estar en San Juan de Luz sin poder entrar en España, y su jefe delegado don Manuel Fal Conde estaba desterrado en Portugal.

En el archivo de Valde Espina he encontrado una tarjeta manuscrita por Don Javier que relata lacónicamente la muerte de Don Gae:

«Paris 19 de mayo.

Muy querido Marqués de Valde Espina,

Tantos agradecimientos para tu pésame y la de la Marquesa y de tu familia. Gayetano ha muerto de un accidente en la carretera hielada. Transportado en una clínica de Cannes ha muerto pocas horas después de sus graves heridas. Había recibido los Santos Sacramentos. En el entierro sobre el ataúd había puesto su boina de Requeté, como lo había deseado. Ahora está con el gran ejército carlista de arriba.

Con tantas gracias para las oraciones y la Misa quedo tuyo afectísimo

Francisco Javier

(4) Esa carta de Don Alfonso Carlos a Don Javier dice así:

“A S. A. R. el Príncipe don Javier Carlos de Borbón-Parma y Braganza.

Mi muy querido sobrino: Al instituir en tu persona la Regencia para el caso de que llegue mi muerte sin haberse resuelto todavía el problema de mi sucesión, he descargado en ti, mi querido Javier, la gran preocupación de los últimos años de mi vida, no quedando huérfana la Comunión Tradicionalista, ni dejando a la Nación en el peligro de una restauración monárquica en príncipe que no ofrezca la garantía plena de observancia de los salvadores principios tradicionalistas.

Mas para evitar la menor sombra de confusión que oscurezca el claro juicio que tienes sobre la necesidad esencial de subordinar, según las leyes españolas, la sucesión genealógica a la fidelidad, a los principios doctrinales en el ejercicio de la soberanía, quiero dejar consignadas las siguientes declaraciones:

1.ª Al advenimiento en España de la República, mi antecesor don Jaime (q. e. p. d.) y don Alfonso de Borbón y Habsburgo firmaron un pacto de unión y sucesión dinástica, que yo me negué a suscribir y aceptar cuando a la muerte de aquél me fue presentado, porque contenía condiciones liberales y descuidaba la adopción de garantías en la sucesión de la corona.

2.ª Por mi partido se sostuvieron con mi sobrino don Alfonso conversaciones encaminadas a hallar alguna fórmula que permitiera, sin quebranto de la doctrina, la continuidad dinástica en la persona de don Juan de Borbón y Battemberg, exigiéndose siempre por mi parte, sin sombra de tolerancia, que quedasen a salvo los principios antiliberales, sin que jamás haya transigido en cuestión tan capital.

3.ª Pero no se llegó “nunca” a pacto alguno, porque don Alfonso no consintió jamás en la aceptación solemne de los principios, en el reco-

nocimiento de mis derechos soberanos ni en la abdicación en su hijo, que hacía concebir algunas esperanzas de que podría ser el continuador de la dinastía legítima si previamente se hacía por mi parte amplia condonación de las causas de exclusión en que la dinastía liberal incurrió.

4.^a Después de esos intentos conciliadores nunca más he vuelto a acceder a conversaciones, y mientras don Alfonso ha dejado pasar los años sin reconocer la causa de la legitimidad, sus hijos tampoco han realizado acto alguno de repudiación de los principios políticos representados por su padre ni declarado su voluntad de no aceptar la sucesión dinástica liberal.

5.^a Actualmente, en consecuencia, ni don Alfonso ni sus hijos han adquirido las condiciones esenciales de la legitimidad de ejercicio, sin la que no es admisible en buenos principios la soberanía. No es de esperar de Dios Nuestro Señor el auxilio de Su providencia para salvar la Patria por esa rama. Quedando, por tanto, en duda cuál sea el orden sucesorio, excluida la línea de don Francisco de Paula, he creído procedente la constitución de la Regencia, bien para que con el concurso de todos los buenos españoles restaurar la Monarquía tradicional legítima y en su día, con las Cortes representativas y orgánicas, declarar quién sea el príncipe en el que concurran las dos legitimidades; bien "si esa hora tarda", puedes tú llamar a sucesión a quien corresponda y seguir todo el orden sucesorio hasta llegar al príncipe que de veras asegure la lealtad a la Causa Santa, que no esté al servicio de una sucesión de sangre, porque es ésta la que ha de servir a aquélla, como ordenado ante todo al bien común de los españoles.

Esta Regencia no debe privarte de ningún modo de un eventual derecho a mi sucesión, "lo que sería mi ideal", por la plena confianza que tengo en ti, mi querido Javier, que serías el salvador de España.

Te advierto, así como lo declararé en mi manifiesto de 29 de junio de 1934, que tan sólo podrá sucederme quien unido a la doble legitimidad de origen y de ejercicio (entendida aquélla al modo tradicional) preste juramento solemne a nuestros principios y reconozca la legitimidad de mi rama.

Te prevengo además que, según las antiguas leyes españolas, la rama de don Francisco de Paula perdió todo su derecho de sucesión por rebeldía contra sus reyes legítimos, y lo perdió doblemente don Alfonso (llamado XII) para él y toda su descendencia por haberse batido al frente de su ejército liberal contra su rey Carlos VII, y así lo perdieron los príncipes que reconocieron la rama usurpadora.

Te abraza muy de corazón, muy querido sobrino Javier Carlos, tu afectísimo tío,

ALFONSO CARLOS

Desde el destierro, diez de marzo de mil novecientos treinta y seis."

IV.—EL CARDENAL SEGURA, EL GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA Y LOS CARLISTAS

Notas intercambiadas entre el Cardenal y el Gobernador Civil de Sevilla acerca de la inscripción de los Caídos y otras notas del Cardenal sobre símbolos y doctrinas totalitarias.—Un precedente ridículo.

La monotonía política propia de la dictadura se vio interrumpida a fin de abril por unos rumores de que el cardenal Segura había tenido una fricción con el Gobierno por negarse a que se pintaran en los muros de la catedral los nombres de los «Caídos». Tan sólo la prensa de Sevilla y un diario de Madrid hablaron algo del asunto; la prensa de provincias nada dijo. Esta fricción corresponde a otra historia, a la de las relaciones de la Iglesia y del Estado. Pero algo diremos de ella por dos razones: porque refleja el ambiente y los métodos del Gobierno y de algunos falangistas que no solamente tenían que padecer el cardenal Segura, sino, a fortiori, los carlistas, que eran bastante más débiles que él. Y también, porque los carlistas, jubilosos de que alguien a quien no se podía invalidar con los calificativos de rojo ni de masón se enfrentara con la situación, difundieron y realzaron cuanto pudieron, que era más bien poco, el episodio.

Don Sancho Dávila, falangista famoso, en una larguísima carta política manuscrita a don Manuel Fal Conde le dice muy cordialmente que él, Fal Conde, fue el que movió secretamente todo este asunto del cardenal Segura.

En Valencia fue detenido el joven Pepe Soria Sebastián, popular requeté, cuando pintaba un letrero que decía: ¡Viva el cardenal Segura!

Veremos también la ductilidad de la política vaticana, que desautorizó al cardenal; años adelante le sacrificará al poder político. En otro ámbito era el mismo fenómeno de no apoyar al Carlismo que defendía el Derecho Público Cristiano frente al Estado Totalitario, por el mero hecho de ser el más débil.

Desautorizado el Cardenal por el Nuncio, escribió una Pastoral en la que se justifica sin mencionar el desenlace impuesto al asunto por el Vaticano. Resulta por ello algo entrecortada y como deslabazada, y es larga. Pero algunos párrafos sí nos interesa reproducir aquí, como muestras de un ambiente y de una situación política insuficientemente explicados por los documentos unilaterales de entonces. Nótese especialmente en ellos las alusiones a la impregnación «nazi» en el «estilo» del Partido Único; eran compartidas por la literatura tradicionalista clandestina de la época, que a veces, les añadía algunas gotas de humor.

A partir de estos episodios y hasta su muerte, ciertas enseñanzas del cardenal, especialmente las contrarias a los protestantes, no tienen más caja de resonancia que la literatura clandestina de los carlistas.

La Segunda República desterró de España al cardenal Segura por su diligente oposición a la política anticristiana. Fue, a partir de entonces, símbolo y signo de contradicción. Los carlistas y los católicos, le exaltaban, y los liberales y demócratas cristianos le relegaban a su suerte de la que habían sido cómplices, y no solamente por omisión. Recordaré brevemente un episodio famoso y paradigmático. Fue el 23-8-1931 y en Burgos, de donde era natural el cardenal. Don Angel Herrera Oria, a la sazón seglar y director del diario vaticanista «El Debate», fue a dar una conferencia en el Teatro Principal. Lo más selecto de la sociedad burgalesa ocupaba el patio de butacas; los socialistas se instalaron en el gallinero. Al adelantarse a hablar don Angel Herrera —después sacerdote, obispo y cardenal—, el dirigente carlista don Martín Garrido Hernando gritó con toda su alma un estruendoso «¡Viva el cardenal Segura!», que fue acogido con una fervorosa ovación de una parte del público, pero a la vez sofocado por la gritería y el pataleo de los socialistas. A tal punto llegó el alboroto que el delegado de la autoridad gubernativa se vio en la precisión imperiosa de suspender el acto.

Al empezar la Cruzada, el cardenal, desterrado en Roma por la República, vino en seguida a la zona nacional, y se instaló en un convento de monjas de Azcoitia (Guipúzcoa) hasta que fue nombrado arzobispo de Sevilla. El escritor carlista don Ignacio Romero Raizábal dice de pasada en su libro «El Príncipe Requeté» (pág. 121) que el cardenal Segura llevaba en zona nacional, durante la guerra, una escolta de requetés. Hay que recordar que estas escoltas, mezcla de lo militar, lo honorífico y lo oficinesco, eran entonces muy frecuentes incluso a nivel de personajes; de todas formas, confirma las buenas relaciones y la gran afinidad entre los requetés y todo lo religioso.

Al convento aquél fue a visitarle don Mauricio de Sivatte, Jefe Regional Carlista de Cataluña; le informó del desplazamiento y desprecio de las ideas políticas carlistas en zona nacional, y de la orientación política que en ella se empezaba a seguir. El cardenal le dijo que él, desde su observatorio, veía las cosas aún peor; que el árbol político se estaba plantando inclinado hacia la izquierda y que todo árbol termina cayendo hacia el lado a que se inclina. Pero que él personalmente, creía en la misión providencial de España, y que se salvaría cuando Dios quisiera, mediante un milagro moral.

Coincidiendo con su derrocamiento, don Manuel Fal Conde escribe en una carta particular a don José María Arauz de Robles, el 21-11-1954, los siguientes párrafos: «No olvido el encargo que me hiciste de decirte algo sobre el caso eclesiástico sevillano. Hasta hace unos días no he podido ver al señor Cardenal. Te aseguro que he salido impresionadísimo. Me ha dado una pena inmensa ver ese coloso derribado en tierra y lleno de resignación y de espíritu sobrenatural. Verdaderamente que no se ha caracterizado su estancia en Sevilla por atenciones que nos haya tenido a nosotros. Antes al contrario, veló con exageración por no tener contactos con los carlistas (1). Y consecuentemente nosotros hemos estado completamente apartados de todo. Pero llevamos en el alma dos virtudes: la una admirar a los hombres de ideales que por los mismos saben sacrificar todo, y en esos ideales el para nosotros tan querido de la independencia sagrada de la Iglesia. Y la otra virtud, la de estar con los caídos.

En lo primero, ciertamente que la Iglesia de esta época no ha tenido otro representante más característico que el cardenal Segura. Y es por lo que cae. Está convencido de que todo dimana de una maniobra política, y ciertamente que su adversario se apunta una de sus mayores victorias en el terreno eclesiástico.

Acata dócilmente todo lo resuelto por la Santa Sede que es nada menos que plenísimos poderes al coadjutor para censurar los escritos y predicaciones y aun los actos de gobierno. El que profesa la teoría de perseguir sin hacer víctimas sabe muy bien hacer esclavos o esclavizar a los que coge en cautiverio.

Esto enseña que atravesamos una época hondísimamente mala para la Iglesia. ¿Qué grandeza puede tener la Iglesia bajo los poderes civiles? ¿Qué genero de peligros no ha de correr por este subyugamiento a través del cual los Estados Unidos pueden influir de un modo nefasto?

Cuanto a nosotros, no hemos de cansarnos de repetir que, aun con más razón que en el orden de las ideas, aceptamos cordialmente todo lo que la Santa Sede resuelva en materia disciplinaria. Pero tenemos que dolernos de las influencias políticas por lo que tienen de mal para la Iglesia y para la misma política de la Nación.»

El cardenal Segura murió en el sanatorio de Nuestra Señora del Rosario, de la calle General Mola, de Madrid. La prensa apenas recogió la noticia. Pero su capilla ardiente fue un ininterrumpido desfile de boinas rojas y lugar de cita de todos los carlistas de Madrid. Uno de ellos, famoso, don José Sanz de Diego, pasó largas horas recogiendo rosarios que tocaba al cadáver del cardenal y los devolvía con unción.

Las pequeñas coincidencias entre el cardenal Segura y el Carlismo, que acabamos de relatar, y otras muchas y constantes, no eran tan accidentales como pudiera creerse. Eran manifestaciones de una comunión profunda, que afloraba ocasionalmente, entre dos fidelidades a una misma ortodoxia. Al velar por la seguridad del Depósito de la Fe, el cardenal asumía inseparablemente, e inevitablemente, la postura más medular del Carlismo. Y viceversa.

[1] Estos párrafos explican las reticencias que se aprecian en la carta de Fal a Carmen Lamamie (pág. 132 del tomo 1) acerca de la situación canónica de la Cruzada de Oraciones por la Paz y el Reino de Cristo.

JEFATURA PROVINCIAL Y GOBIERNO CIVIL DE SEVILLA

Nota Oficial del Jefe Provincial y Gobernador Civil de la Provincia

Con el propósito de dedicar la Fiesta de la Victoria a honrar especialmente la memoria de los Caídos, esta Jefatura Provincial ha dirigido a su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo de Sevilla el siguiente oficio:

«Eminentísimo señor: Para dar cumplimiento a lo dispuesto en el Decreto, dado en Burgos a 16 de noviembre de 1938, según el cual, previo acuerdo con las autoridades eclesiásticas figurara en los muros de cada parroquia una inscripción que contenga los nombres de los caídos, ya durante la Cruzada o víctimas de la revolución marxista, ruego a S. E. que como expresión de su asentimiento, tenga la bondad de designar la persona que deba convenir con la nombrada por el que suscribe los detalles relativos a la ejecución de dicha disposición, el primero de abril próximo, día de la Victoria, grabando el nombre de José Antonio Primo de Rivera en uno de los muros de la Santa Iglesia Catedral y la relación de los Caídos de las parroquias en la fachada de la del Sagrario.

Beso el anillo pastoral de Vuestra Eminencia.

Por Dios, España y su Revolución Nacional sindicalista.

Sevilla, 28 de marzo de 1940.—El jefe provincial: Firmado, José Tomás Valverde.—Eminentísimo y Reverendísimo señor don Pedro Segura y Sáenz, Cardenal Arzobispo de Sevilla.»

Su Eminencia ha contestado al gobernador civil de la provincia en los términos que a continuación se reproducen exactamente:

«Excmo. Sr.: Contestando la comunicación de V. E. de fecha 28 de los corrientes, hemos de significarle que a raíz del Decreto a que se refiere del mes de noviembre de 1938, hubimos de dar

las instrucciones al caso pertinentes, y que, de conformidad con las disposiciones existentes en el Código de Derecho Canónico, eran que, según el canon 1.178 teníamos grave obligación de impedir fuese utilizada la Iglesia para todo lo que desdijese de la Santidad a que estaba destinada; esta misma obligación Nos imponen los Decretos 733 y 4.376 de la Sagrada Congregación de Ritos, doctrina que se encuentra todavía más concretada en los cánones 169 y 170 del Concilio Provincial VIII Hispalense.

En su virtud, y en cumplimiento de grave deber de conciencia, haciendo uso de las facultades que Nos competen en virtud del canon número 1.495 del mismo Código de Derecho Canónico, Nos vimos en la necesidad, en la que permanecemos, de no poder conceder Nuestra licencia solicitada. Dios guarde a V. E. muchos años.

Sevilla, 30 de marzo de 1940.—Pedro, Cardenal-Arzobispo de Sevilla.—Excelentísimo señor gobernador civil de la provincia.—Hay un sello en tinta que dice: Arzobispado de Sevilla.»

Al mismo tiempo, el Arzobispado ha hecho llegar al Gobierno Civil la comunicación de que sí, contra su negativa, los nombres de los Caídos por Dios y por España se graban en los muros de la Santa Iglesia Catedral o de las parroquias del Arzobispado, Su Eminencia fulminará las más graves penas canónicas contra quienes, directa o indirectamente, puedan considerarse autores de tal homenaje.

Esta Jefatura Provincial se cree en el deber de poner los hechos en conocimiento de las autoridades, el Ejército y el público, que se disponían a rendir honor ante las gloriosas inscripciones conmemorativas, las cuales, por excepción en España, no figuraban todavía en las paredes de las iglesias sevillanas.

Ante la resolución de S. E. R. el Cardenal-Arzobispo de Sevilla, la Jefatura Provincial ha decidido aplazar el cumplimiento de su orden y poner lo ocurrido en conocimiento de sus mandos superiores.

Al mismo tiempo, este Gobierno Civil declara que con mucho gusto acoge los deseos de Su Eminencia Reverendísima en el sentido de que no exista vigilancia cerca de los rótulos que, como una espontánea manifestación del entusiasmo de los sevillanos por el Caudillo de España, aparecieron inscritos en los muros del Palacio Arzobispal, ya que ante la petición formulada está segura de la eficaz y celosa custodia que Su Eminencia Reverendísima otorgará a tan honrosos vítores.

Sevilla, 30 de marzo de 1940.—El Jefe Provincial del Movimiento y Gobernador Civil de la Provincia. Firmado: José Tomás Valverde.

(Publicada oficialmente en la prensa local, el día 31 de marzo de 1940 y en «Arriba», de Madrid, el día 2 de abril.)

COMUNICACION DEL M. ILTRE. SR. SECRETARIO DE CAMARA Y
GOBIERNO DEL ARZOBISPADO AL EXCMO. SR. GOBERNADOR
CIVIL DE LA PROVINCIA Y JEFE PROVINCIAL DE F. E. T. Y DE
LAS J. O. N. S.

ARZOBISPADO DE SEVILLA

Secretaría de Cámara y Gobierno

Excmo. señor:

Quedé comisionado por Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi Señor, que está practicando la Santa Visita Pastoral en la Archidiócesis, para la ejecución del Decreto de excomunión que dejó extendido y con orden de que se publicase inmediatamente en todas las parroquias de la ciudad, si para las diez de la mañana del domingo, día 31 del pasado mes, no se habían cumplido todas y cada una de las condiciones exigidas en la comunicación de Su Eminencia Reverendísima dirigida a Su Excelencia, el día 30 del mismo pasado mes, al notificarle por escrito su resolución de aplicar las penas canónicas.

Como se recibieron en este Palacio las Comunicaciones de Vuestra Excelencia el mismo día, domingo 31, a las nueve de la mañana, creí conveniente dejar pasar estos dos días. Mas debo advertir a Vuestra Excelencia que queda sin cumplir una condición esencial, y es la de que se borren los letreros y signos pintados en los muros del Palacio Arzobispal: cosa que se hizo no en la «mañana del sábado de Gloria», sino en la noche del lunes al martes de Pascua, a las tres de la madrugada, estando militarmente tomada a este fin la Plaza de Nuestra Señora de los Reyes.

Consiguientemente, exigiéndose por Su Eminencia Reverendísima la «plena restitución in integrum» quedando las cosas como antes estaban; me veo en conciencia obligado a publicar el referido Decreto, si en el plazo de veinticuatro horas, o sea antes de las ocho de la tarde de mañana, día 3 de abril, no están borrados los aludidos rótulos y signos colocados en los muros de la fachada del Palacio Arzobispal: fijando, en la mañana del día 4 del mes en curso, el referido Decreto de excomunión en el sitio oficial, comunicándolo a todas las parroquias para conocimiento del pueblo cristiano.

No cumpliría en mi deber de fidelidad, si no rechazara como inexactas e injuriosas a la persona sagrada de nuestro amadísimo Prelado, dechado de virtudes, las afirmaciones que contienen los últimos párrafos del comunicado oficial de Vuestra Excelencia, publicado en la prensa del día 31 del pasado mes, y que vienen a agravar la ofensa y a complicar la situación.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.
Sevilla, 2 de abril de 1940.

El Secretario de Cámara y Gobierno,
Dr. Manuel Rubio

Excelentísimo señor Gobernador Civil de la Provincia y Jefe Provincial de Falange Española Tradicionalista y de las JONS.
Sevilla.

CARTA DEL EXCMO. Y RVDMO. SR. NUNCIO APOSTOLICO AL
M. Iltre. SR. SECRETARIO DE CAMARA Y GOBIERNO
DEL ARZOBISPADO

El día 3 de los corrientes el M. Iltre. Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado recibió de Su Excelencia Reverendísima el señor Nuncio Apostólico la siguiente comunicación:

NUNCIATURA APOSTOLICA
EN ESPAÑA

Madrid, 2 de abril de 1940.

M. I. Sr. Secretario de Cámara y Gobierno del Arzobispado de Sevilla.

Muy ilustre señor:

Acabo de tener conocimiento de la comunicación dirigida por V. al Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, dándole noticia del Decreto de excomunión que ha dejado preparado el Emmo. señor Cardenal Arzobispo, subordinando la no aplicación de dicho Decreto al cumplimiento de determinados requisitos, entre ellos el de que sean borrados, antes de las ocho de la noche del día tres del actual, los rótulos que fueron inscritos en las paredes del Palacio Arzobispal.

Como de este asunto ya está informada la Santa Sede, en su nombre manifiesto a V. que debe suspender la ejecución de dicho Decreto de excomunión, hasta tanto que por la misma Santa Sede se haya adoptado la resolución conveniente.

Entretanto procuro ponerme al habla con Su Eminencia, quien no dudo aprobará esta suspensión, teniendo en cuenta la razón expresada.

Bendiciéndole, le reitero mis sentimientos de estima.

GAETANO CICOGNANI,
Nuncio Apostólico

Fragmentos de la Pastoral «Por los Fueros de la Verdad y de la Justicia», de 2-4-1940, con que el cardenal Segura dio por terminado el asunto.

a) LA LIBERTAD DE LA IGLESIA

Por oponerse a la libertad de la Iglesia de enseñar hubimos de reprobamos las disposiciones civiles que prohibieron la publicación en nuestra Patria de la Encíclica «Sumi Pontificatus» del Pontífice reinante, la reproducción en la prensa de la Carta Pastoral del Emmo. Cardenal Arzobispo de Toledo «Lecciones de la guerra y deberes de la paz», la inserción en la prensa diocesana de muchas de Nuestras enseñanzas pastorales, de Cartas y Alocuciones y aun del mero anuncio previo de Nuestra predicación en Nuestra Santa Iglesia Catedral Metropolitana.

Por oponerse a la libertad de la Iglesia, en el ejercicio de Nuestra jurisdicción eclesiástica, hubimos de prohibir, bajo la conminación de penas canónicas por sus circunstancias agravantes de ofensa a Nuestra autoridad, la inserción de rótulo y signos políticos en los Templos católicos y en Nuestro Palacio Arzobispal.

b) LA INTEGRIDAD DE LA FE Y LA FUERZA DE LAS COSTUMBRES

Precisamente por el riesgo que implica para la santa fe católica, condenamos los intercambios culturales, pactados por nuestros poderes públicos con otras naciones oficialmente distanciadas de la fe católica, y los viajes, en misiones de carácter político o cultural, de grupos principalmente de juventudes expuestos más fácilmente a la perversión de su fe o sus costumbres.

Por esta misma causa hemos deplorado, y deploramos vivamente, el que ejerciéndose una tan rigurosa censura civil en todas las publicaciones, circulen muchas, de reciente edición, en que se difunden errores perniciosos contra la fe y buenas costumbres: incluso en alguna revista para niños.

Del mismo modo teniéndose establecida la censura oficial del cinematógrafo no hemos podido menos de denunciar los peligros gravísimos para la fe y la santidad de la vida cristiana que encierran multitud de películas que circulan en los públicos espectáculos con incalculable detrimento para las almas.

c) LA FORMACION CRISTIANA DE LA NIÑEZ Y DE LA JUVENTUD

Esta doctrina de la Cátedra de la verdad, que es al mismo tiempo una ley, Nos ha obligado, considerando exclusivamente la cosa desde el punto de vista moral y religioso, a mirar como Prelado con prevención las Organizaciones Juveniles e Infantiles de

carácter político, fundadas de un modo oficial en nuestra Patria y que no ofrecen las debidas garantías para la formación cristiana de la niñez y de la juventud.

Bien están, y son dignos de elogio, los actos religiosos en que toman parte estas Organizaciones; mas esto no basta. Dichas Organizaciones, no obstante el que algunas tengan sacerdotes adheridos que figuran con el título de Capellanes, están completamente bajo sus mandos políticos y fuera de Nuestra eficaz vigilancia e intervención tal como nos la prescribe el Papa Pío VII.

Repetidas veces la Sagrada Jerarquía se ha visto en la precisión de llamar la atención sobre Organizaciones análogas, existentes en otras naciones, sintiendo mucho no disponer de tiempo para citarlos tan importantes y aleccionadores Documentos eclesiásticos.

En Nuestra misma Archidiócesis hemos recibido numerosas denuncias sobre este punto, que crecieron en número e importancia con motivo de la Concentración Nacional de estas Organizaciones Juveniles tenida en Nuestra ciudad episcopal.

d) EL CULTO CATOLICO

Deber es, por lo tanto, de la Sagrada Jerarquía mantener la libertad de disponer todo lo referente al culto católico sin ingerencias extrañas, amoldándose a lo dispuesto por la Sagrada Liturgia.

Violan, pues, los derechos sagrados de la Iglesia las disposiciones emanadas de la potestad civil en las que, sin haber contado antes con la autoridad eclesiástica se prescriben las ceremonias que han de tener lugar en un acto de suyo sagrado como es un entierro católico.

Se coacciona la voluntad de la Iglesia cuando se organiza por la potestad civil un acto patriótico o político incluyéndose en él, sin haber antes oído a la respectiva autoridad eclesiástica, la celebración de una Misa llamada de Campaña. Principalmente cuando debe de tenerse en cuenta la doctrina de la Sagrada Congregación de Sacramentos que en su Instrucción de 26 de julio de 1924, dice: «Está fuera de duda que no se tiene causa justa y razonable para la celebración de la Misa fuera de la Iglesia, cuando se pide con ocasión de conmemoraciones profanas o para dar realce a fiestas de carácter político; en tales circunstancias la celebración de la Misa queda prohibida de un modo absoluto por el canon 822».

Se habla en esta Instrucción de la Sagrada Congregación de Sacramentos «de la desviación de la sana disciplina del culto católico», y acerca de este peligro creemos deber de conciencia, amadísimos Hijos, llamaros la atención nuevamente.

Una cosa es el culto católico y otra cosa, esencialmente diversa, son los actos y homenajes de carácter cívico.

El culto católico no puede quedar ni a merced de disposiciones políticas ni a las exigencias de iniciativas particulares.

Son actos y homenajes de carácter cívico, entre otros: las Cruces llamadas de los Caídos, evocaciones de los muertos, desfiles militares o civiles ante dichas Cruces, discursos profanos, ofrecimientos de coronas de flores, saludos y gritos reglamentarios.

Nos, como muchas veces lo hemos manifestado noblemente en calidad de ministro de Jesucristo entre vosotros, no hemos tomado parte en dichos actos por evitar confusiones que inducirían a errores graves entre los fieles menos conocedores de la de la Iglesia.

Dichos actos y homenajes, que antes que en España se practicaron en otras naciones, donde tuvieron su origen, pueden libremente, bajo su responsabilidad, ser organizados por las autoridades civiles: mas siempre cuidando de que no sufra en ellos menoscabo la doctrina católica, tal como se contiene en el Símbolo de la Fe y se enseña en la Doctrina cristiana.

Todos los que mueren en pecado mortal, donde quiera y como quiera que mueran, van al Infierno para ser en él eternamente atormentados. Los que mueren en gracia, sin haber enteramente satisfecho sus pecados, van al Purgatorio para ser allí purificados con terribles tormentos. Al Cielo... sólo van los justos ya plenamente purificados.

La Iglesia, única que puede prescribir oraciones, y a cuya aprobación deben someterse las verdaderas oraciones que se hayan de hacer en público, no usa la palabra «caídos» en su Liturgia. La Iglesia, cuando ora por los muertos, ora tan sólo por los fieles difuntos. No pueden estar unidos después de la muerte los que no han estado unidos en vida por la misma fe en Jesucristo.

Ved por qué Nos hemos creído en el deber de no conceder, para evitar confusiones peligrosas, el que dichas cruces se erijan adosadas a las iglesias ni en terreno que pertenece a los templos.

Es necesario distinguir perfectamente lo que por su naturaleza es un acto cívico o político, de lo que es acto estrictamente religioso.

e) LAS ASOCIACIONES CATOLICAS PROFESIONALES

Es un derecho de la Iglesia, que dimana de su misma constitución divina, el de fundar Asociaciones católicas profesionales. Lo ha ejercitado tranquilamente en todo tiempo, a excepción de las épocas de persecución, y del ejercicio de este derecho se

han seguido grandes bienes para la sociedad y para la misma Iglesia.

No se explica cómo tomando pretexto de una unificación política o de milicias se ha llegado a la conclusión de la exclusión por la vía legal de determinadas Asociaciones católicas profesionales, tales como la de Estudiantes Católicos, la de Maestros Católicos y la de Obreros Católicos.

Con mucho tiempo a los primeros atisbos de la violación de este derecho de la Iglesia os lo advertíamos en Nuestra Instrucción Pastoral de 14 de enero de 1938.

Nos limitamos a recordaros la naturaleza de estas Asociaciones y las Enseñanzas pontificias precisamente de las tres Asociaciones católicas profesionales hoy más combatidas.

Aunque dada la forma providencial en que se desarrollan los acontecimientos hemos de acariciar la esperanza de tiempos mejores, sin embargo sería pueril creer que ya no habrá dificultades que vencer para la vida cristiana en el nuevo orden de cosas.

Terminamos estas indicaciones repitiendo las mismas palabras que hace dos años en la Instrucción pastoral citada escribíamos.

f) LA CARIDAD CRISTIANA

Reservado estaba a estos tiempos en los que «refrigescet charitas multorum» (Mat. XXIV), «se había de resfriar la caridad de muchos», el menospreciar la caridad cristiana como humillante para la condición de los hombres de nuestra época. En la organización moderna y laica de las sociedades a la caridad había de reemplazar en absoluto la justicia; y así hasta al mismo nombre de la caridad se ha declarado la guerra.

Vestigios de estas tendencias tan erróneas y nocivas, desde el punto de vista religioso y aún social, se notan entre nosotros y Nos creemos obligado a denunciar este nuevo peligro para la piedad.

Las instituciones creadas por la caridad cristiana se van sustituyendo por otras que llevan el nombre de auxilio social, cuya dirección lleva, según ya se hacía en otras naciones, el partido político.

No enjuiciando las nuevas instituciones mas que desde el punto de vista religioso, advertimos no pequeños riesgos que Nos preocupan.

Tampoco en estas obras tiene la Iglesia intervención directa y eficaz, como en otros tiempos la tuvo: y, si bien no se excluyen de ellas determinados actos de piedad, según la cualidad de las personas que en ella intervienen, se echa de menos la vida inten-

sa sobrenatural, que comunica a estas obras la caridad de Jesucristo.

Por mucha justicia que se trate de imponer, si no hay caridad le falta algo vital.

g) PROFANAS NOVEDADES EN EL HABLAR

Si grave es el consejo de no usar de estas profanas novedades en el hablar, más grave es la razón en que se fundamenta de que encierra peligros de la impiedad y de perder la fe. No se trata, pues, de simples ligerezas de jóvenes que buscan lo nuevo y lo raro en el decir; se trata de que por esas expresiones exóticas, que no tenemos por qué reproducir aquí, ya que son de todos sobradamente conocidas, se corre riesgo de extraviarse en la fe y en la piedad.

Santa Visita Pastoral de Montellano, en la fiesta de San Isidoro, Patrono principal de Sevilla, a 2 de abril de 1940.

† PEDRO, Cardenal SEGURA Y SAENZ,
Arzobispo de Sevilla

Un precedente ridículo

Como no solamente los documentos serios reflejan la historia, sino también, a veces, los minúsculos y ridículos, transcribimos una denuncia que hizo un falangista famoso, el camarada Andino, de un cura de un pueblo de Burgos.

Secretaría de Cámara y Gobierno
del Arzobispado de Burgos.

Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor, ha recibido una comunicación que, copiada a la letra, dice así:

«Burgos, 14 de mayo de 1938.—Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos.—A esta Delegación Provincial Sindical llega la exposición del siguiente hecho: Que en el pueblo de Bercedo de esta provincia, y sin que pueda determinarse la causa original del hecho, se ostenta en el interior de la Iglesia Parroquial desde hace tiempo una bandera del Requeté. Que en ocasiones varias, el Camarada Cura Párroco de la citada Iglesia, al rezar los responsos por los mártires de la Patria, que deben realizarse en un sentido general, en cuanto afectan a todos aquéllos que han ofrendado su vida a la Patria, ha pedido por los requetés muertos en el frente exclusivamente. Como la cuestión referida atañe indiscutiblemente a la unificación que en todo momento debe reinar en F. E. T. y de las J. O. N. S. me permito ponerlo en su superior

conocimiento, al objeto de que no subsistan hechos de esta naturaleza, que de tal manera contrarían a la confraternidad que en todo momento debe existir, según proclama con reiteración nuestro Caudillo y lo exigen las normas en que se inspira y desarrolla el Movimiento Salvador de la Patria.

Reverentemente y con todo respeto le besa la mano s. s. José Andino.»

Visto lo expuesto en la preinserta comunicación, sírvase V. informar a esta Secretaría acerca de los extremos en ella señalados a los efectos consiguientes.

Dios salve a España y guarde a V. muchos años.

Burgos, 18 de mayo de 1938.

II Año Triunfal.

Dr. José Ortega Alonso.—Secrio.—Rubricado.

Sr. don Eliseo González y González, Cura Ecónomo de Bercedo. Hay un sello que dice: «Arzobispado de Burgos».

CONTESTACION

El que suscribe, Presbítero, Cura Ecónomo de la Iglesia parroquial de San Miguel Arcángel del pueblo de Bercedo, Arzobispado y Provincia de Burgos, en contestación a la comunicación dirigida al Excmo. y Rvdmo. Sr. Arzobispo de Burgos, por el señor Jefe Provincial Sindical de F. E. T. y de las J. O. N. S., y en descargo de los hechos que en ella se le imputan, a V. S. atentamente y con todo respeto informa:

Es cierto que se ostenta en el interior de la Iglesia Parroquial la Bandera Nacional junto con la bandera del Requeté y en el centro de las dos el Sagrado Corazón de Jesús.

Origen de la colocación de estas banderas en el templo parroquial.—El día 23 de agosto del año 1937 y a las ocho de la mañana las primeras fuerzas nacionales que entraron en esta su querida parroquia liberándola de la Horda Marxista, fue el 4.º Bon de Milicias Voluntarias de Burgos, «Tercio de Santa Gadea», de Requetés, cuyo Comandante de Carabineros, dignísimo Jefe del mismo, don Julió Molera Cebrián, muerto gloriosamente por Dios, España y el Rey en el frente de Asturias q. s. g. h.; dejó como recuerdo histórico de dicha liberación, la Bandera Nacional y la del Requeté, con el encargo expreso al que suscribe y a los demás requetés voluntarios de esta Parroquia, júnicos feligreses que han salido y actualmente están luchando en el frente, defendiendo esta Santa Cruzada!, se colocarán dichas Banderas en el interior de este Templo Parroquial; dicho encargo fue cumplido una vez bendecido dicho templo.

Esta es la Verdad del expresado hecho.

Es absolutamente falso que al rezar los Responsos al final del Santo Sacrificio de la Misa —todos los de precepto se rezan— lo haya hecho exclusivamente por los requetés muertos en campaña, como se colige del anuncio que de los mismos se hace, a saber: «Por los Mártires de la Tradición y demás hermanos nuestros muertos en campaña».

Y finalmente, los días primero y último de cada mes, mientras dure esta Santa Cruzada, se empezó y continuará celebrándose en esta Parroquia una Misa, cuya intención de los donantes es la siguiente: «Para que los Requetés Voluntarios de esta parroquia vuelvan a sus hogares como de ellos partieron». ¿Está prohibido esto?

Es cuanto tengo que informar a V. S. sobre los cargos arriba expuestos.

Dios salve siempre a España y guarde a V. S. muchos años.
Bercedo, 19 de mayo de 1938, II Año Triunfal.

Eliseo González y González.—Rubricado.

V.—REFLEJOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

Ataques oficiosos a la persona de Don Javier.—Hoja, «Contra una cobarde agresión».—La radio de los curas.

La primera consecuencia, en un orden cronológico, de la vecindad del conflicto europeo fue el refuerzo de la congelación de la acción política en España, congelación impuesta desde el principio por la mentalidad política del general Franco. Ya se empezó a presentir en altos niveles, antes de que estallara la segunda guerra mundial. Esta congelación era una importante consolidación de la fisonomía anticarlista del nuevo Estado.

El año 1940 es brillante para las armas alemanas; realizan una triunfal campaña marítima; ocupan Dinamarca y Noruega, y finalmente, con increíble facilidad, Francia, llegando sus tropas a los Pirineos y entrando en zonas fronterizas del territorio español, en son de paz y de confraternización, pero creando así un gran impacto psicológico. Si brillantes eran los éxitos alemanes de por sí, más brillantes aún resultaban en la prensa española, que se mostraba exaltadamente germanófila con unanimidad que le daba su férrea sujeción a un mando estatal único.

Estas victorias alemanas enardecían a los falangistas, que se sentían respaldados por la equivocación, muy extendida, de confundir unas victorias parciales con la única y final victoria. Interpretaban el poderío militar triunfante de Alemania como una consecuencia de la bondad de su política interior, que por eso querían imitar aquí. La sensación de seguridad que tenían no les llevaba a la generosidad con sus compañeros de la Cruzada, los carlistas, sino a un radicalismo intransigente y exasperado respecto de todo y de todos, y también para con esos carlistas, a los que maltrataban.

Este fenómeno espontáneo estaba doblado y potenciado por unos servicios alemanes en España, que con mentalidad elemental y grave falta de flexibilidad querían jugar una sola carta, la de su alianza con Falange. En vez de atraer el Carlismo a su causa, mantuvieron el increíble error de tratar de invalidarlo. Esto agradaba, ciertamente, a los falangistas, y despertaba en los carlistas un alejamiento de Alemania, como iremos viendo, que así les convertirá, claro que también por muchas otras causas, en contrapeso de los afanes falangistas de entrar en la guerra a favor de Alemania.

Por su parte, Franco y su Gobierno, difíciles de distinguir de Falange, seguían un proceso relativamente paralelo. Años después, don Juan Aparicio, falangista, director general de prensa en aque-

llos tiempos, ha dicho que los rigores de la censura y otros rigores de entonces, fueron ineludible instrumento para asegurar la neutralidad de España. Hábil teoría pendiente de ser demostrada.

Durante la Primera Guerra Mundial los carlistas, dirigidos en este punto por Mella, estuvieron a favor de Alemania o por lo menos en contra de las simpatías aliadófilas del monarca usurpador. En la Segunda Guerra Mundial se produce una inversión en su actitud: estuvieron, si no directamente a favor de los aliados, cosa imposible por el reciente apoyo de éstos a los rojos, sí, desde luego, y decididamente, en contra de Alemania, que gozaba de las simpatías del Caudillo y del Estado. Este giro de ciento ochenta grados se produce por dos razones principales: por la incompatibilidad del nacional-socialismo con la Iglesia, y porque los carlistas identificaban una victoria de la Alemania nazi con la consolidación para muchos años de una Falange hostil. No fue decisiva en este cambio la vinculación de Don Javier a los aliados, porque éstos ya contaron con la de Don Jaime III en la Primera Guerra Mundial (1914).

Entre los documentos de años siguientes que publicaremos hay escritos de dirigentes de la Comunión Tradicionalista estableciendo razonadamente la postura de ésta ante el conflicto en curso (Véase en este mismo tomo, el manifiesto de «Tres Capitanes de Requetés», pág. 60)

Por unas razones y mecanismos o por otros, la realidad es que el Carlismo estaba en una situación de vencido y no en la de vencedor que le cabía esperar.

1. Ataques oficiosos a la persona de Don Javier.—La victoriosa campaña alemana sobre Francia en mayo de 1940 suscitó un asunto que se prolonga hasta nuestros días y sobre el cual, por ello, volveremos en más de una ocasión. Es el servicio militar de Don Javier en el ejército belga y su nacionalidad francesa, esgrimidos por los anticarlistas como hechos descalificadores de su persona para la Regencia, primero, y para el Trono, después. Publicamos a continuación el primer documento de vulgarización que apareció sobre el tema, titulado,

Contra una cobarde agresión (1).

Con fácil ocasión, que quita al acto toda gallardía, cierta prensa de España se ha permitido, días pasados, deslizar ataques contra la nobilísima figura del Príncipe Regente del Tradicionalismo español, S. A. R. Don Javier de Borbón-Parma y Braganza. Ni él ni sus leales pueden responder públicamente a esos agravios. En tales circunstancias, imposible el diálogo; la agresión, repetimos, es tan fácil como poco gallarda.

A los no enterados de la intimidad de nuestro viejo pleito dinástico, el suceso que vamos a exponer y comentar se les ofrece como un fenómeno esporádico, sin conexión ni siquiera relación con ese pleito. Para los que lo hemos vivido y seguimos viviéndolo, lo que ahora sale a la superficie tiene secretas aunque claras e inconfesables trabazones interiores. Se trata hoy, como desgraciadamente ocurrió en tiempos anteriores, de sembrar la confusión entre las «honradas masas del carlismo». Para que el propósito no prospere, es deber necesario y patriótico descubrir los hilos de la maniobra.

El gesto, digno de mayor respeto que ha realizado el Príncipe Don Javier, sirve en la circunstancia actual de motivo aparente para dar refuerzo a añejas intrigas. Porque ha de saberse que desde años antes de la muerte de nuestro llorado Señor Don Alfonso Carlos ya existía, dentro de la Comunión Tradicionalista, un grupo de partidarios de que fuera candidato sucesor al Trono Don Juan de Borbón y Battemberg, de la rama ilegítima, y que ese grupo conspiraba en acuerdo con un ilustre sanhedrín de alfonsinos.

No es, pues, que ahora con el pretexto de la posición adoptada por el Príncipe Don Javier, sea el momento ritual para rasgar las vestiduras. Es que hacía tiempo que la lealtad de esos intrigantes tenía muchos e inzurbibles desgarrones. Y la táctica, con su consiguiente oportunismo, tampoco es nueva ni original. Fue empleada por los liberales de Don Alfonso en instante análogo, al firmarse el armisticio de la Gran Guerra anterior, cuando con la frase: «Es la hora de las izquierdas», se subieron a la carroza a la sazón triunfal de los aliados. Entonces, todos los partidos de la monarquía liberal, intervencionistas o no, giraban en la órbita de la «entente», y el mismo Don Alfonso era aliadófilo. La única fuerza política que se manifestó germanófila, sin reserva, fue la carlista a pesar de que su Caudillo Don Jaime, por simpatía personal y por fidelidad a sus derechos a la Corona de Francia, estuvo, con la mente, al lado de esta nación. Se hizo la paz, y no pasó nada. Surgió la discrepancia de Mella, y a pesar de su palabra y de su pluma y de su indiscutible autoridad como definidor y apologista de nuestros dogmas, la Comunión se mantuvo leal a la jerarquía, porque ni en aquella ocasión ni ahora, ni nunca, la Comunión, españolísima ante todo y fiel a sus sustantividades, ha sabido servir de instrumento para el logro de las conveniencias extranjeras, ni actúa al dictado de ningún interés que no sea genuinamente nacional o con lo nacional coincida, ni deja de reaccionar cuando, engañada su buena fe, sorprende a los trapisondistas que en sus filas tratan de armar trapisondas. Fueron principalmente los carlistas los que salvaron la neutralidad de España, que se quiso romper a favor de los aliados; neutralidad especialmente recomendada por Don Jaime, a pesar de su posición singular; neutralidad que no ha intentado ni mu-

cho menos quebrantar Don Javier, aunque haya cumplido en los momentos de peligro sus deberes de oficial del Ejército belga al que pertenecía, como tantos otros Príncipes, como Don Juan de Borbón tuvo puesto en la Marina inglesa, en la que ganó sus grados en la hora sin riesgos de tropezar con minas y torpedos. Si además de por la sangre, por los voluntarios servicios militares prestados a Inglaterra es notoria la anglofilia de Don Juan, ello no ha sido obstáculo para que los juanistas propios y de prestado le sigan teniendo por candidato a la suprema jefatura.

* * *

Y vamos ya al hecho concreto que justifica la obligación que cumplimos de defender a un ausente.

Le Jour, de París, publicó el 1.º de junio una información, en forma de entrevista, de León de la Perouse con Don Javier de Borbón-Parma. El Príncipe llegaba de Dunquerque. El 10 de mayo, al ser Bélgica invadida, Don Javier, «verdadero hijo de San Luís», tomó un coche y se encargó del mando de una batería a las órdenes supremas del Rey de los belgas. Prescindiendo de todo partidismo, su rasgo es caballeresco. Al capitular el Rey recobró su libertad, y provisto de un salvoconducto del Coronel de su unidad se volvió a Francia. Por entre la zona en que ya se iban filtrando los alemanes, consiguió llegar a Dunquerque providencialmente. Relata las jornadas de la defensa de la ciudad y de su puerto, resistiendo entre las llamas, y hace un elogio del comportamiento de la Marina francesa. El convoy de transportes en que iba el Príncipe fue violentamente atacado, y la expedición desembarcó. Habla de la confianza en Dios que tenían los oficiales y soldados franceses con quienes habló del heroísmo, de la elevación de las almas, de la salvación de la Cristiandad.

Todo esto es laudable en extremo y honra una vez más al ínclito Príncipe Don Javier, el que pretendió empeñadamente venir al frente español como requeté y en todo momento ha servido abnegada y eficazmente la Causa de España.

No dice más la información de **Le Jour**; aunque la «quinta columna» ha circulado la especie, falsa y calumniosa, de que el Príncipe vertió en la información de **Le Jour** dicerios contra el Rey belga. A tanto les lleva el afán de que prospere su juego, para que si sus planes llegan a realizarse puedan ellos borrar las huellas de una conducta que no tiene disculpa.

* * *

De los periódicos españoles que recogen la interviú de **Le Jour**, unos se limitan al extracto objetivo; el diario **Arriba** la comenta para insistir en los orígenes franceses de la Casa de Borbón, y,

por último, **Informaciones** incurre en insidias de un estilo que el propio Alonso Mallol, el más adocenado de los periodistas rojos, desdeñaría. Dice que Don Javier es patriota de Francia y no debe suponerse que él fuese uno de los capitanes que mandaba una de las baterías francesas que disparaban contra nuestra cabeza de puente de Balaguer obedeciendo a Leon Blum.

Si uno sólo entre los redactores de **Informaciones** hubiese estado en Navarra en los meses que precedieron al Alzamiento Nacional, ese sería el primero en protestar de la mala intención con que se ha expresado su diario, y proclamaría el patriotismo españolísimo del Príncipe Don Javier, que, por sólo espíritu de amor a la Causa del Carlismo español, en cuyas filas ha militado toda su vida, como toda su familia, como su padre, el Duque de Parma, Don Roberto, en las filas de Carlos VII; sin interés alguno personal ni presente ni futuro, tras haber prestado en la conspiración para nuestra guerra de salvación relevantísimos servicios, en la organización de Requetés, en actividades complejas y de gran altura cerca de los sectores derechistas franceses, realizó por sí mismo importantes alijos de armas, que luego significaron para el Movimiento una trascendental aportación, como las de otras intervenciones de máxima importancia que algún día se sabrán. Por aquellos alijos de armas S. A. R. el Príncipe Don Javier ha padecido persecución policiaca de los Frentes Populares francés y belga y hasta condena de los Tribunales a crecidas multas, que tuvo que satisfacer. Ese mismo Príncipe, que desde que fue nombrado Regente se consagró a la Causa de España y del Carlismo con la mayor abnegación, con los mayores sacrificios personales y pecuniarios con grandes donativos para la compra de armas, con el reiterado deseo, puesto por obra hasta donde le fue permitido, de incorporarse como combatiente a los heroicos Tercios de Requetés, como en el de Navarra luchaba en absoluto incógnito y recibía graves heridas su hermano el Príncipe Don Cayetano.

Habla después **Informaciones** del «supuesto caudillaje del capitán francés sobre un grupo de españoles con pretensiones nada menos que de exaltarle al trono de España».

Gracias a ese capitán francés pudo el glorioso Mola salir de Pamplona y llegar a Somosierra, porque como lugarteniente de Don Alfonso Carlos ordenó a los requetés que se echasen al campo a defender la Causa de España, y gracias a la juventud —y también a muchos viejos— de aquel grupo con pretensiones de devolver a la Patria su régimen genuinamente legítimo se expugnó Irún, y fueron los del menospreciado grupo los primeros en entrar en San Sebastián y en Bilbao, y en cabeza iban por la Montaña, y por Asturias, y por Aragón, y el Maestrazgo, y en la doble conquista del Ebro, y en los grandes empeños por Andalucía y Extre-

madura, y en el alto territorio catalán hasta llegar al Pirineo. No conocieron la retaguardia ni la segunda línea, ni han hecho política a la que con el mismo derecho que otros grupos pudieron dedicar una parte de sus muchachos, hurtándolos a la muerte.

Ni el Príncipe Don Javier aspira a ser exaltado al Trono de España ni esa es la misión testamentaria que de Don Alfonso Carlos recibiera (2). La Comunión Tradicionalista conoce las vías legales, legítimas e históricas, por las que en momentos graves y culminantes la Monarquía, algunas veces descentrada, entró en su quicio, para seguir asegurando la continuidad de los destinos de la Patria. No es quien **Informaciones** para apelar a los muertos de la Tradición. El Evangelio dice que los muertos entierren a sus muertos. Entierre **Informaciones** a los muchos vivos que tiene muertos dentro de sí. Que los entierre pronto para que no hiedan, que ya se va sabiendo por lo españoles los antecedentes y servicios rojomasonicos de los de «la lista», que en breve vamos a publicar. Deje el diario madrileño en paz a los héroes del Carlismo, y esté seguro de que los nietos, como los padres y los abuelos, cumplirán siempre con el deber, por Dios, la Patria y el Rey.

Si el Príncipe Don Javier no aspiró nunca a ceñirse nuestra Corona, es inútil, además de injusto, tratar de inutilizarle. Oficial de Bélgica, llenó su obligación de honor de acudir en su puesto en los combates, no por la democracia de Francia, sino con su anhelo de siempre de la restauración de la Monarquía en aquella nación, ideal con que sueñan los monárquicos de allá, que siempre fueron amigos de España, y siéndolo tan especialmente afecto el Príncipe Don Javier, como queda bien probado, no es cortés ni injuriarle ni menospreciarle.

Pese a la singular posición en que el deber coloca al augusto Príncipe carlista, la Comunión no ha tomado partido por la Causa que él estuvo defendiendo, ni por ninguna otra, porque se atuvo a las órdenes del Generalísimo Franco, que nos ordenó a todos los españoles ser neutrales. Pudo también Carlos VII participar en Plevna en 1877, sin que sus fieles se mostraran rusófilos, y pudo Don Jaime combatir en el Ejército de los zares sin que las huestes carlistas se manifestaran en contra del Japón. Nipófila fue la mayoría de la opinión de España y con ella una gran parte del Carlismo, como fue ésta partidaria de los Imperios Centrales en la Gran Guerra anterior, según queda dicho, a pesar de que Don Jaime no compartió dicha causa, lo que no fue obstáculo para que pudiera vivir en Austria. La Comunión Tradicionalista, que luchó siempre en la avanzada de nuestra guerra de liberación, no puede olvidar ni olvida la ayuda que nos prestaron Alemania e Italia. No tiene para qué intervenir en la sustancia y formas de sus regímenes y cree merecer de esas grandes potencias con-

digno respeto para los ideales que la Comunión profesa, y que no abandonará para halagar hipócritamente a esas naciones ni a ninguna otra. Si hubo monárquicos de Alfonso XIII que se subieron al carro triunfal de los aliados, donde no se reciben, según frase de Maura, otra correspondencia que latigazos y ludibrio, los carlistas entienden que no hay mejor amistad que la que se conlleva con dignidad, y una cosa es ser amigo y otra danzantes que entretengan las alegrías del triunfo de los vencedores. Si alguien en España puede hablar con limpia ejecutoria y delante de todos contra las democracias políticas es el Tradicionalismo, el cual también puede estimarse como precursor, con doctrina propia, de las modernas concepciones orgánicas sociales. A nuestra doctrina fue siempre adicto el Príncipe Don Javier, amigo siempre de los monárquicos franceses y éstos enemigos de Blum. No es lícito producirse con confusiones cuando la honradez crítica y polémica aconseja hacer aclaraciones. Del primer procedimiento ha abusado el aludido diario de Madrid en cómodo monólogo. Seguramente no lo haría si estuviera permitido el diálogo, porque, libre el derecho para un examen comparativo de antecedentes y conductas, España podría conocer el abismo que existe entre ese dignísimo representante de la Casa de Parma y tantos y tantos rojos vestidos de azul o tantos llamados monárquicos al servicio de Inglaterra.

* * *

(1) En este episodio, como en tantos otros de los años siguientes, coinciden la persecución oficial del Carlismo, que le impide defenderse, con el carácter oficial del ataque de los periódicos. A la sazón no tenían éstos solamente una censura severísima que todo lo controlaba, sino que además recibían diariamente del Estado varios textos calificados como «de inserción obligatoria», y varias ideas en líneas generales que la redacción del periódico tenía que desarrollar por su cuenta con obligación de publicarlos inmediatamente.

No eran, pues, esos ataques cosas de los periódicos, sino que venían de más alto. Más aún en el caso del diario «Arriba» que era el más oficioso —oficialmente— de entre todos los oficiosos.

(2) Es curiosa la repetida afirmación de que Don Javier no tiene pretensiones a la Corona. Subjetivamente, es verdad que no sólo no las tuvo nunca, sino que las rehuyó siempre. Pero objetivamente sus posibilidades eran muy serias y necesarias, y esta afirmación desafina y extraña notablemente en el documento. Tal vez pueda explicarse por la verosimilitud de que fuera redactado por algunos de los que pensaban solamente en el carácter indefinido de la Regencia. Hay que tener en cuenta además que a la sazón ni el anhelo masivo de Rey ni otras circunstancias habían iniciado aún el posterior desplazamiento de Don Javier de la misión de Regente a la de Rey.

Relacionados con la guerra mundial en curso hubo dos asuntos que no tuvieron nada que ver con la Comunión Tradicionalista, pero que la involucraron por haber sido protagonizados por carlistas. Creo que conviene aclararlos brevemente, porque su carácter novelesco les ha dado una supervivencia que nunca merecieron.

2. **La radio de los curas.**—En junio de 1940 llegan las tropas alemanas a la frontera de Hendaya, e inmediatamente, con carácter turístico y también de avituallamiento, empiezan a penetrar en Guipúzcoa y Navarra, donde nunca pernoctan pero donde se les ve a diario. Nadie sabe si los alemanes permanecerán acantonados al otro lado del Pirineo, o si invadirán España, con una fórmula o con otra.

Algunos carlistas, recordando el apoyo prestado por Alemania en la Cruzada, simpatizan con ella. Hay que destacar entre ellos a don Antonio Lizarza Iribarren, jefe de los Requetés de Navarra antes del Alzamiento, que va a Behobia a fraternizar con los mandos alemanes. Otros menos representativos le imitan, pero esa actitud no suscita muchos seguidores. Antes bien, es criticada por otros carlistas, rebotados contra Alemania por las impertinencias de Falange.

Inglaterra busca ayudantes entre estos otros carlistas. Es natural y previsible que instale, en primer lugar, un dispositivo de información y de alerta en el punto alcanzado por el ejército enemigo; y en segundo lugar, que prepare una resistencia en el terreno que puede convertirse en zona enemiga si Alemania invade España.

Los agentes del Alto Estado Mayor de España descubrieron una emisora de radio instalada secretamente y oculta en el campanario de la iglesia de un pueblecito navarro, Urzainquí, la cual formaba parte de una red de alerta que tenía como misión avisar inmediatamente a Londres de que las tropas alemanas cruzaban la frontera española en son de guerra. Fueron procesados tres sacerdotes de aquellos pueblos y condenados a penas de prisión que cumplieron en un convento de San Sebastián. Daba la casualidad de que los tres eran entusiastas carlistas, como la mayoría del clero de aquella época y región; los tres habían sido capellanes de Tercios de Requetés en nuestra Cruzada. Algunas otras personas de aquellas tierras que fueron igualmente detenidas por menores grados de complicidad en el asunto eran también y naturalmente carlistas, como la inmensa mayoría de los habitantes aquellos a la sazón. Pero todos actuaban a título personal y particular y de ninguna manera en cuanto miembros de una organización carlista. Tanto es así, que resultó fallido y totalmente despedido su intento posterior de involucrar en el compromiso en que se encontraron descubiertos a don Joaquín Baleztena Ascá-

rate, el conocido dirigente carlista, de cuyo prestigio y relaciones esperaban una influencia liberadora que no alcanzaron.

Aquellos tres sacerdotes fueron exponente de un fenómeno psicológico más extendido y que interesa señalar brevemente: la Cruzada a la que asistieron, la guerra que contemplaron de cerca, con sus escenas impresionantes y grandiosas, produjo un impacto tremendo en algunos sacerdotes jóvenes y sencillos de origen campesino. Conservaron inmaculada su vocación y fueron sacerdotes ejemplares y admirables; después del Concilio, envidiables. Pero supieron hacer compatibles con el ejercicio intachable de su ministerio una afición desordenada a las intrigas y a las aventuras, que se originó en la guerra y se alimentaba de sus recuerdos seductores.

El otro asunto fue la preparación de guerrillas en la región vasco-navarra para perturbar una hipotética invasión alemana. Los ingleses tantearon la posibilidad de formarlas con grupos de rojos, aún en buena forma, y de separatistas vascos, buenos conocedores del terreno. También tomaron contacto con el mismo fin con algunos guipuzcoanos que eran carlistas pero que actuaban, como los anteriores, a título personal y no en cuanto requetés. Estas últimas gestiones no pasaron de su iniciación porque fueron abortadas por el Ejército español y por el propio Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista (ver año 1941 epígrafe, Reflejos de la Segunda Guerra Mundial).

VI.—ESTIMACION DE LA SITUACION EL 18 DE JULIO DE 1940

Manifiesto de «Tres Capitanes de Requetés».—Carta de don Gabriel Maura a don Manuel Fal Conde.

Con motivo del cuarto aniversario del 18 de Julio, fecha que resonaba con grandiosidad conmovedora, se difundió el largo escrito político que sigue. Aunque le suscriben «Tres Capitanes de Requetés», los lectores le atribuyeron al propio jefe delegado, don Manuel Fal Conde, y más aún los lectores más conspicuos. Por otra parte, no es difícil reconocer su estilo literario en la redacción y sus posiciones ideológicas; la selección de los temas que más urgía exponer está hecha de acuerdo con los mismos criterios que con certeza se le atribuían, y finalmente, se ve su huella en la repetición de conceptos, y hasta de frases, de la «Manifestación de los Ideales Tradicionalistas a S. E. el Generalísimo y Jefe del Estado Español», de 10-3-1939.

Por eso, porque no es una humorada de «Tres Capitanes de Requetés» sino el jefe delegado el que habla, le damos íntegro a nuestros lectores.

Nótese que está escrito en el momento de la fulgurante victoria alemana sobre Francia, en el cénit de la gloria de Hitler. Hay un profundo enlace entre la persecución política que denuncia y la situación internacional que se critica y desprecia de una manera insólita y asombrosa en aquellos momentos. Cuando todos temían llegar tarde a socorrer a los vencedores de dentro y de fuera, este documento, de una serenidad e independencia incomparables, muestra una vez más la aportación sin equívocos de la Comunión Tradicionalista a la neutralidad española en la GMII, y a la lucha contra el estado totalitario a la moda europea de entonces.

MANIFESTACION QUE HACEN LOS REQUETES EN EL CUARTO ANIVERSARIO DEL ALZAMIENTO NACIONAL, DE SU SENTIR Y DE SU PENSAMIENTO ANTE LA COMUNION TRADICIONALISTA Y ANTE ESPAÑA

LA RAZON DE ESTE ESCRITO

Dios, en sus inexcusables designios, ha permitido que, en las horas más decisivas, pesase sobre el Tradicionalismo una persecución tal que llega a impedirle la proclamación y defensa de sus ideales sagrados, como jamás se lo vedaron los regímenes más contrarios. Y ello, abusando de una situación falsa, montada a sus espaldas, mientras combatía en los frentes y por los mismos y a cuyas órdenes se puso, generosa y confiadamente, para salvar

una vez más a la Patria, con ríos de su más noble sangre.

Se pretende que demos por buenas y nuestras las doctrinas más extrañas y absurdas por mezclarse a las mismas alguna palabra o alguna idea de nuestro credo, con el mismo estilo con que se aceptaba una «enmienda» parlamentaria; se quiere que nos consideremos suficientemente representados por ambiciosos y advenedizos que significan lo contrario de lo que siempre hemos sido nosotros. Se hace lo peor que se puede hacer con nosotros: ir contra nuestra Historia y nuestro honor colectivo.

Contra tamaño desafuero se levanta la noble rebeldía de nuestras almas, aunque dominada por un pensamiento consolador, y es el de que Dios, cuya obra se verá más clara cuanto mayores sean las dificultades para actuar, prepara con esta última prueba, el triunfo definitivo de nuestra Causa.

Nada tiene de extraño que, en la incomunicación de nuestros hombres con los dirigentes autorizados de la Comunión, se produzcan estados de confusión, que es indispensable desvanecer con inequívocas declaraciones, máxime ante la acción de una propaganda oficial gárrula y absurda y la gravedad de los problemas del momento que entrañan las cuestiones más decisivas.

QUIENES SOMOS Y QUE REPRESENTAMOS

Los oficiales del Requeté, en número superior a cien, asumiendo, con plena conciencia, la representación de todos los requetés de España, hemos comisionado a tres de nuestros compañeros más competentes para que expresen nuestro pensamiento y nuestro sentir unánime, que es el de todos los carlistas españoles, porque no es posible ya seguir callando, después de que, a la injusticia con nosotros cometida, ha seguido el más completo fracaso del ensayo político, de torpe y pobre imitación, llevada a cabo por quienes se han alzado con el Poder.

Este fracaso es tal, que hubiera ya dado al traste con todo, si los acontecimientos europeos no hubieran venido a absorber la atención pública, imponiendo una tregua a las cuestiones interiores. Pero la situación es irremediable y la descomposición y la caída se producirán mucho antes de lo que imaginan quienes, sin idea fija, ni fe alguna, ni recuerdo de lo que fue inspiración profunda del Alzamiento Nacional, sueñan, al igual de los afrancesados de 1808, con implantar nuevamente aquí un modelo totalmente extraño pisoteando nuestra personalidad y nuestro genio, y adelantándose a ofrecer al que lo imponga, su entusiasmo mercenario y su esfuerzo miserable a cambio de figurar en las primeras filas.

No se diga que nos movemos en la clandestinidad. ¿Quién puede decir que el Requeté, que devolvió a España su bandera y la ha paseado en triunfo por todos sus campos, es una fuerza clandestina? Lo que sucede es que, al imponérsele injustamente silencio e impedirle la comunicación con sus miembros, tiene que recurrir, para llenar sus sagrados deberes, a los medios lícitos que están a su alcance y no puede ser tan insensato que entregue sus recursos y sus hombres a la infame persecución de quienes, contra todo derecho, toda razón y hasta la más elemental gratitud, le han declarado la guerra.

Hablamos para contestar a quienes, prosiguiendo la ruín política de sembrar la discordia entre cuantos no se pliegan a sus caprichos, han pretendido establecer diferencias entre nosotros, los Requetés, y los dirigentes de la Comunión, que nos formaron, nos dirigieron con acierto, comprobado con los hechos, y nos prepararon para la guerra cuya necesidad nadie, como ellos, supo ver. No los seguimos, sin embargo, por todo esto; porque el Carlismo no es un partido personalista y menos necesita de nadie para sobrevivir y triunfar; los seguimos por su abnegada fidelidad a los Principios y al Credo por el que tantos han muerto, y mientras se mantengan en ella y en la disciplina legítima que la refleja. Si ellos o nosotros diésemos oído a la vil tentación y abandonásemos nuestro puesto, que no se engañe nadie: la Comunión, con el ingente patrimonio de sus mártires, de su doctrina y de sus virtudes, no mudaría de posición; seguiría con los que permaneciesen fieles; porque los que claudicaran, según se ha dicho acertadamente, sólo llevarían tras sí la propia traición y su vergüenza.

EVOCAION DE DIAS GLORIOSOS

Pero ¿qué renovación nacional puede esperarse de los que en lugar de rendir culto a esa manera verdaderamente heroica y superior de sentir y concebir los ideales y las conductas, verifican su reclutamiento entre los incapaces de mantenerse en ella, buscando debilidades y miserias, en lugar de valor y virtudes, y entregados a los peores procedimientos de las épocas pésimas?

Nosotros, apartando la vista de este cuadro, la volvemos a aquellos días gloriosos de julio de 1936, cuyo recuerdo, evocado con orgullo y emoción sincera e inextinguible por cuantos participamos en aquel Alzamiento inolvidable de lo mejor de nuestro pueblo, enciende todavía el más arrollador entusiasmo. Plaza del Castillo de Pamplona y levantamiento carlista de Navarra, Alava y La Rioja, Oyarzún y Zaragoza; campos de Soria y Guadalajara;

Burgos, Somosierra y Alto del León; Sevilla, convertida en portavoz del Alzamiento, Galicia y Oviedo; y, para rubricar la certeza del triunfo, el Ejército de Africa, sublevado en el primer momento, llegando a la Península y emprendiendo, por Badajoz y Talavera, el camino hacia Toledo y Madrid, mientras, ante el asombro de Europa, se asaltaba San Marcial y se entraba en Irún y San Sebastián.

¿Quién, al revivir aquellos días inolvidables, aquel ambiente de generosidad y grandeza que llenó los primeros meses del Alzamiento, y aquel espectáculo sublime del renacer de un pueblo con sus sentimientos, su fisonomía y su modo de ser inconfundible, no siente sacudida su alma por el mismo impulso, ardiente, y generoso, que a tantos, de los que salieron aquellos días, les llevó al sacrificio y a la muerte? Allí encontramos la luz para juzgar todo lo que luego ha venido a suceder en España; allí, y en el recuerdo vivo de los mártires innumerables de la Cruzada, debe buscarse la inspiración profunda y sincera de lo que España quiso ser y recuperar, al lanzarse a la misma.

Con el pensamiento puesto en aquellas aspiraciones, lastimosamente burladas luego, vamos a proclamar y reiterar nuestra posición en este momento.

FRENTE A TODO ESO...

No por espíritu de partido, sino por fidelidad a la misma Causa de Dios y de España que salimos a defender y por la que tantos han dado la vida, estamos frente a todo eso.

Sin distinguos, atenuaciones, ni cobardías, y, por supuesto, sin dejarnos influir ni predisponer por consideraciones de orden personal; con la firme convicción de que los males que padecemos son el fruto natural del mal sistema y de los vicios esenciales del régimen, que agrava y acrecienta las dificultades en vez de resolverlas, estamos abiertamente los Requetés frente a todo esto, que sólo es un artillugio mal montado, bajo el cual la victoria se malogra y el país se descompone y agoniza.

Frente a un sistema basado en la mentira, en la falsedad cínica, en la suplantación de derechos y en la escandalosa injusticia con los que, más y mejor, lucharon en la guerra; que ha envilecido la Cruzada, convirtiendo en un pleito personal, la Causa, generosamente nacional, que salimos a defender en julio de 1936.

Frente a una política de secta y camarilla, sin más recursos que la discordia y el despecho y la corrupción.

Frente a un régimen débil e inestable, fundado sobre los mismos errores liberales que causaron la ruina de nuestro pueblo, esto es: sobre el despotismo del Estado, que, si antes encarnaba

en el derecho absoluto de una minoría parlamentaria, ahora encarna en el de un hombre; y que, si con el marxismo reclamaba todas las propiedades, ahora asume todos los derechos y se declara única fuente de los mismos.

Frente a una situación, en que sobreviven las malas esencias del pasado y no se han encontrado, para contrarrestarlas, más que simples formas externas, bajo las cuales aquéllas actúan como antes.

Frente a un estado de cosas, que, en sus orígenes, no tiene justificación alguna, como no sea el bárbaro derecho de conquista aplicable a las colonias, ni relación de continuidad con las grandes instituciones públicas de la Patria; que, en política moral y religiosa evocando las más tristes épocas de decadencia y descomposición, ha producido la desmoralización reinante y, junto a las manifestaciones externas y no siempre discretas de una religiosidad puramente privada, ha provocado continuos conflictos con la Iglesia, obligada a defender su doctrina y derechos, sin hallar una decisión que la colocara en el lugar de la vida nacional que le corresponde, como depositaria de la Verdad y por su magnífica colaboración en nuestra Cruzada; que no ha tenido nada que decir ni que hacer en el capital problema regionalista, como no sea la repetición de algunos conceptos cerriles y negativos, propios de cualquier burócrata del centralismo liberal y la supresión de los conciertos fiscales con dos provincias, no comprendiendo que, en lo foral estaban los cimientos de una nueva e irrompible unidad nacional y las mayores posibilidades de influencia y expansión exterior; que en lo administrativo lo ha empeorado y entorpecido todo, multiplicando, hasta lo inverosímil, la plaga enervadora de la burocracia y en lo económico ha puesto un intervencionismo tal y tan absurdo, que está por estrangular todas las actividades de esta índole; que, por espíritu de partido y afán contemporizador a la vez, ha matado las mejores y más genuinas creaciones militares de nuestro pueblo en la guerra, perdiendo, como tantas otras, la magnífica ocasión de popularizar, renovar y nacionalizar nuestras instituciones castrenses; y que, en fin, ante el gravísimo, fundamental y característico problema de esta guerra, que es el de la reforma social y económica que debía aniquilar los gérmenes del liberalismo y del marxismo, ha demostrado la más absoluta carencia de ideas y preparación, entregándose, en cambio, desde el Poder, a una serie de elucubraciones cabalísticas, sin seriedad ni sentido, a algunos ensayos pueriles y a un fácil e intempestiva labor de agitación demagógica, que recuerda la del bienio republicano-socialista y nos empuja, al igual de entonces, hacia el colapso nacional.

Frente a la nefasta iniciativa, que empleó los talentos y energías, necesarios a la resolución de todas cuestiones, en crear y mantener el partido oficial contra todas las indicaciones de nuestro Alzamiento que no fue «partidista», sino nacional; contra las lecciones de fuerzas semejantes en el extranjero, que imponían no formarlo desde el Poder; y despreciando las experiencias de la Dictadura de Primo de Rivera, entre nosotros mismos, al crear la Unión Patriótica cuyo fracaso no fue tan rotundo ni envolvió tanta peligrosidad como el actual.

Contra lo que este desdichado partido oficial (donde todo se ha corrompido y desfigurado, no acertando a satisfacer a uno solo de los militantes de las antiguas organizaciones que llegó a reunir), significa de arrivismo, de ficción, de corrupción, de procedimientos, de humillantes copias de lo ajeno, de improvisación e incompetencia, de aprovechado retaguardismo, de concepción social y política y de irritante burla de los ideales y sacrificios de todos, sin ninguna historia guerrera.

Contra el intento, apoyado por algunos teorizantes envilecidos por la adulación, de convertir un partido personal, improvisada guardia pretoriana de una situación sin arraigo, en rueda esencial de nuestra vida pública.

Frente a un régimen, fundamentalmente contrario a la Monarquía Tradicional que se justificaba por el respeto a las Instituciones y leyes naturales del país y porque identificaba el interés personal y familiar del Rey con el de la Nación, mientras que ahora no hay más ley ni más instituciones que el poder omnímodo de un hombre, y todos los problemas nacionales, por la fuerza misma de su falsa situación, se miran bajo el prisma de un exclusivo interés personal.

Necesariamente estamos frente a todo eso por el hecho de ser TRADICIONALISTAS ESPAÑOLES. Los pobres de espíritu y los de menguado corazón, que no comprenden cuanto de fe y lealtad a unos principios esto significa, aparentarán creer que nuestra actitud obedece a la sugestión o al mandato de unos hombres. Nada más lejos de la verdad: la fidelidad a aquéllos es, con toda evidencia, absolutamente incompatible con un estado de cosas como el descrito: aceptarlo, transigir y más aún, colaborar en él, es sencillamente abjurar de aquella fe y traicionarla. Sería así, aunque nadie se atreviese a decirlo con esta saludable claridad. Si quien tiene autoridad, mandase cosa distinta, emplearía la autoridad en traicionar la misma Causa que se le había confiado.

MALAS RAZONES Y VIEJAS EXCUSAS

Todas las razones o excusas que se alegan para justificar un proceder distinto, están constituidas por los viejos argumentos

del posibilismo, de la comodidad, la cobardía, la ambición, la falta de fe o la relación de virtudes contra los cuales, cuando se invocaban frente a la República, militaron tantos de los acomodaticios de ahora.

Lo que se ha pretendido de nosotros, después de una guerra por primera vez victoriosa para las filas donde el Carlismo luchaba y después del desahucio de todas las doctrinas contrarias al mismo, ha sido en realidad que los que ahora vivimos, lo disolviésemos y enterrásemos en aras de un nuevo ensayo u ocurrencia, muy inferior, en categoría y transcendencia, a los que pretendieron absorbernos durante el régimen liberal.

Se ha invocado, para ello, la necesidad de conseguir la UNIDAD entre los españoles; pero es, precisamente, la necesidad de conseguir esta unidad y el amor de la misma, razón fundamentalísima que nos obliga a estar frente al sistema imperante, que ha provocado, entre los españoles, el más tremendo estado de desunión y discordia, sobrado para juzgar del acierto de sus inspiraciones. La concordia y la unidad nada tienen que ver con el «Partido Único», característicamente liberal y formado al amparo de favores y del predominio de la autoridad; contrariamente, tienen aquéllas, por fondo e inspiración, la creencia única y la tradición patria y en el lugar y medio que realmente les corresponde y agrupan a todos por formar un orden profesional y nacional que coloca a cada uno en torno a un Poder único institucional, permanente y con el título insustituible de la Legitimidad.

SIN MIEDO A LA PERSECUCION

Contra esa actitud nuestra se recrudecerá la injusta e irritante persecución que venimos sufriendo. Lo sabemos; y ni nos importa, ni la tememos. Cuando se persigue sin razón y sin autoridad moral, sólo se consigue hacer de los perseguidos, mártires que engrandecen y aseguran el triunfo de su Causa, y acentuar la nota de opresión y tiranía que ha de precipitar la caída de los perseguidores. La verdad, que no se destruye con persecuciones, brilla más esplendorosa en la contradicción. Dios, por cuya causa entre los pueblos con toda rectitud combatimos, nos dará la fortaleza necesaria en las contrariedades y el triunfo a su hora.

Jamás, ante los dictados del deber, hemos mirado cuántos nos seguían; pero en esta ocasión podemos decir que en nuestra actitud contra el estado de cosas imperantes en nuestra Patria, nos acompaña todo el pueblo español que siente, en sus diversos sectores y actividades, los efectos funestos del mal gobierno y del desorden, cuyas causas políticas originarias tenemos nosotros el deber de descubrir y proclamar. Es más, todas las fuerzas vitales claman, desde su punto de vista, por medidas que, aun igno-

rándolo los interesados, coinciden perfectamente con nuestro Credo, que viene a convertirse en un centro polarizador de todas las sanas aspiraciones nacionales: las de los creyentes por un estado confesional y un orden católico; las de los profesionales y productores, por la conclusión de un intervencionismo burocrático y una disciplina basada en el autogobierno de sus actividades; las de los regionalistas, por un régimen foral, y las de los Municipios, por una restauración de la vida local; las de las clases trabajadoras, por el abandono de las viejas prácticas demagógicas y las reivindicaciones de sus oficios y derechos, conforme a un criterio gremial; las de todos los españoles, en fin, que desean algo definitivo y permanente; saber dónde vamos y un orden para todos, en la medida que a cada cual corresponda y no de monopolio y casta.

Aspiraciones, como es notorio, de profunda inspiración tradicionalista, de perfecta ortodoxia carlista, y, al recogerlas, ofreciendo darles satisfacción en su sistema, el Carlismo presta nuevo y capital servicio a la Causa que nos llevó a la guerra: el de impedir que el general descontento derive hacia nuevos cauces revolucionarios, al amparo del descrédito que recaería sobre toda la España nacional, si nuestra actitud de protesta no dejase patente que, del fracaso, resta libre la parte más importante y característica de la misma, salvando, con ello, todavía la victoria.

SIEMPRE MAS FIRMES EN NUESTROS IDEALES

¿Cómo podría ser de otro modo cuando hemos visto hundirse ante nosotros todos los sistemas que, a lo largo de un siglo, se nos opusieron; cuando, en un momento decisivo, la asombrosa demostración de vitalidad y juventud perenne, que supuso el levantamiento carlista de julio de 1936, lo mismo donde triunfó que donde fracasó, no por culpa nuestra, y el mantenimiento en los frentes, durante casi tres años, de esos gloriosos Tercios, que han vuelto por las mejores tradiciones de la Infantería española, y han reconstituido con todas sus virtudes de religiosidad, de abnegación, de grandeza de alma y de heroísmo, y hasta con sus modalidades más ordinarias de vidas, el tipo del soldado español de los grandes siglos; cuando sentimos que nuestro pueblo nos reconoce como entrañablemente suyos, y el mundo, de nuevo, nos contempla admirado?

Podrán entregarse a la admiración de cualquier modelo extraño, dispuestos a acatarle servilmente, cuando carecen de ideas propias y conciencia nacional y van constantemente a caza del último éxito aparente o de la última novedad forastera. Esta actitud, hija de una desoladora penuria interior, de la ignorancia y de la total

falta de fe en nuestro pueblo, mal disimulada con algunas frases de huerdo españolismo, no puede ser compartida por nosotros que, arraigados en el profundo conocimiento de nuestro ser histórico y en el sentimiento sincero y sin desfiguraciones de nuestro destino, no perdemos la cabeza ante los acontecimientos que nos rodean y sabemos situarlos en el sistema general de nuestras concepciones.

LIBERALISMO Y TOTALITARISMO

Lo esencial en Europa es el hundimiento de los regímenes liberales y democráticos, ya adoptasen la forma republicana o la monárquica, y el descrédito de su consecuencia, el comunismo marxista y ateo, que hoy sólo tiene un poder desorganizador.

Todo lo demás, hijo de la necesidad de reaccionar contra la descomposición y la ruina que aquellos sistemas acarreaban, es provisional y transitorio y no puede tomarse como la forma debida y constitución futura de los pueblos.

La destrucción liberal había calado tan hondo en la mayoría de los estados europeos, que había deshecho todas las unidades, comenzando por la de creencia y desorganizando todas las instituciones, desde las económico-sociales hasta las familiares y políticas, no dejando más realidades que el individuo y la masa. Era natural que la reacción, provocada por el instinto de conservación de los pueblos, amenazados de inminente disolución especialmente después de la depresión de una derrota, se apoyase en estos dos elementos: una masa angustiosamente movillizada sobre ideas simples y primarias y un jefe absoluto. Era lógico que, a la salida de un estado anárquico, en el que se había abusado criminalmente de las libertades y de las opiniones, no se quisiera oír hablar de otra cosa que de un mando indiscutible; y que, rota toda especie de solidaridad entre las gentes, se las quisiera mantener unidas por la fuerza de una disciplina férrea, formal y exaltada.

Los sistemas totalitarios tienen todas las características de un remedio necesario; pero **remedio**, característico de un período transitorio de defensa y reconstrucción urgente de lo esencial, en el que, forzosamente, han de recogerse muchos valores del pasado y para el que ofrecen estímulo y coyuntura las situaciones exteriores, que como las resultantes de la gran guerra y simbólicamente el Tratado de Versalles, permiten señalar a los pueblos divididos un objetivo exterior que polarice su atención y los aglutine.

El poder personal ilimitado, el encuadramiento de las masas en organizaciones de tipo militar, el predominio de las actividades

de la defensa armada y de la guerra, y el abandono sin reservas, por parte de las masas, de toda suerte de derechos, son caracteres fijos de esos estados, en los que lo importante es vivir y salvar a la colectividad de la disolución. Pero faltan en ellos los elementos fundamentales de un orden permanente, como una verdad suprema religiosa y moral, que establezca un concepto del hombre y del mundo, y de la que se derive la verdad política y la armonía entre las distintas funciones y partes del conjunto, y unas instituciones en las que se haga realidad durable las ideas inspiradoras de la constitución interna y natural de cada país. Existe un jefe, pero nada sobre él, ni más allá de él; existen unas formaciones, a veces numerosas, pero queda bajo ellas intacto el problema del hombre y de las organizaciones esenciales a su vida cotidiana. Todo se basa en fuerzas sobreexcitadas de desesperación y todo se concibe con un afán de nueva era, que prescinde, si no es para servirse de él frívolamente, de todo el inmenso tesoro cultural del pasado.

NOBLE MISION DE ESPAÑA

Reaccionar, empujado por las fuerzas profundas de esta gran Cultura que constituye toda la civilización de Occidente, apoyado en concepciones completas del hombre que conserva toda la dignidad de su ser y al amparo de las mismas instituciones que encarnaron y sirvieron a aquélla, sin tener que recurrir a los instintos primarios de conservación, ni utilizar las mismas gentes del enemigo, era una empresa de tal magnitud y grandeza que sólo podía acometerla el pueblo que conservase, libres de la destrucción liberal, aquellos valores que dieron a Europa el magisterio del mundo.

Este pueblo ha sido España, a la que se reservó esta misión por su lucha contra la Reforma y su resistencia a la invasión de las revoluciones liberales; y el núcleo, que en ella ha guardado esas esencias, ha sido el Carlismo; creyente, como la Cristiandad de antes; monárquico, como las naciones que la integraban; foral, gremial y corporativo, como las sociedades organizadas bajo su inspiración insustituible; vigoroso y fuerte, como ninguno de los movimientos que últimamente han aparecido.

Si, con olvido de todo esto, se nos quiere empujar a la imitación de cualquiera de los nuevos sistemas, se pisotea nuestra dignidad, se rebaja nuestra categoría, se traiciona miserablemente nuestra Historia y se declara la vergonzosa incapacidad para comprender nuestro destino, que no es salvarnos nosotros, sino salvar la Civilización cristiana, haciendo prevalecer aquellos valores y aquellas esencias, comenzando por presentarlas realizadas en nosotros mismos.

Por lo cual, la fuerza que hoy aparece como de más profundo significado europeo, de más transcendencia salvadora y transformadora y de más potencia histórica es el Carlismo o Tradicionalismo español, cuyo triunfo total hacen inminente los acontecimientos; y pertenecer al mismo y profesar su Credo, es la máxima dignidad a que puede aspirarse.

¿Cómo no hemos de estar más firmes que nunca en él? ¿Cómo ha de hacernos vacilar una maniobra, cuya pequeñez y miseria a nadie se oculta?

Pero es que, además, su grandeza se descubre evidente, a quien considere sus concepciones en relación con las totalitarias imperantes. En el Tradicionalismo no hay partido único, pero está la creencia única que ha forjado a las naciones; el poder político no es un hombre que pasa, sino una institución que, como el pueblo de cuyas esencias se nutre, permanece; no hay oscuro panteísmo nórdico, sino claro realismo occidental y cristiano; la sucesión no depende del arbitrio de una voluntad, sino que se rige por una ley de legitimidad, inspirada en la naturaleza de las cosas, dictada con perspectivas históricas, y que reservada a la genuina representación, expresa la profunda y auténtica voluntad nacional; toma a los pueblos y a los individuos, no mutilados ni desposeídos, sino en la plena realidad de su ser natural e histórico; pone al frente de su sistema principios en lugar de hombres, y su poder de organización no para en formaciones externas, sino que llega a los individuos, y con los resortes morales que le presta la confesionalidad, disciplina las iniciativas y las voluntades.

Así, nuestro Carlismo se enardece y arraiga más, cuando examinamos atentamente su significado, la grandeza de nuestra Historia, la virtud que lo mantiene constantemente joven y vigorosa y la verdad y dignidad de nuestra doctrina.

NUESTRA POSICION INTERNACIONAL

Como en tantas cosas, al querer regresar al buen camino en el orden internacional, se ha tenido que ir al terreno ocupado de siempre por el Carlismo, buscar aquellas reivindicaciones, defendidas por él desde el testamento de Carlos VII hasta Mella, que, como Gibraltar, Africa, acercamiento a Portugal y a América, son las que están en la línea de nuestra trayectoria histórica y las únicas capaces de aunar las voluntades de todos, si se acierta a presentarlas como verdaderas aspiraciones nacionales y no se pretende convertirlas en remedio de una situación, por sí misma funesta, y en banderín de enganche de un partido unánimemente repudiado; pues, en uno como en otro caso, lo que por la fuerza de los acontecimientos se facilita y hace posible, se rodearía de

obstáculos, y aún, dado caso que viniera a nuestras manos, no sería con la garantía de conservarlo por nuestro propio derecho y con todo su fruto y podría suceder que sacrificásemos a un éxito parcial, personal e inmediato, todo el conjunto de nuestra acción exterior.

Todos nuestros objetivos de este orden han sido la consecuencia de nuestro fortalecimiento interno, de nuestra constitución definitiva como nación y de acertar a colocarnos en un lugar que nos marcaba nuestro destino. Así, pasamos al Africa empujados por la misma fuerza de la Reconquista, una vez terminada en la Península; nos encontramos y hermanamos con Portugal, rodeando al mundo, en alas de la misma misión descubridora; y esta misma misión evangelizadora y mantenedora de la Fe nos lleva a América y nos forzó a batallar en Italia y en Flandes. Al perder nuestras características y nuestra posición histórica, perdemos la influencia, las posesiones y el imperio; por lo cual, Mella decía, al proclamar los dogmas nacionales, que la condición inexcusable y previa de su consecución era librar a España del régimen liberal que la arruinaba y devolverle su propia constitución natural e histórica, única capaz de rehacer sus energías y organizarlas adecuadamente. Esta es también nuestra convicción, acentuada por las circunstancias: España no tendrá jamás una política internacional propia y fuerte, mientras no se constituye en régimen propio y definitivo. Sin éste, la política e iniciativa serán de otros y España no pasará de peón en el juego de éstos.

El Carlismo, defensor del Estado monárquico tradicional, es el único que tiene autoridad y fuerza para plantear con carácter y asistencia históricas y nacionales las reivindicaciones de España, y el único que ofrece garantías de conseguirlas por propio derecho y seguridad de conservarlas. Porque él, que tuvo ante sí, en las guerras carlistas, las mismas naciones que han estado frente a la España Nacional por iguales causas, y que se movió constantemente en el círculo de nuestras amistades y afinidades tradicionales, lo hizo todo por la misma fuerza de la inspiración histórica que le impulsaba, y no por ser entre nosotros, un efecto de la influencia de aquéllas en nuestro régimen interno. Porque nuestro régimen, que por ser el natural y propio de España no necesita, para implantarse y mantenerse en él, de apoyos ajenos, es el único que puede ofrecer la amistad y la asistencia de ésta con cuantas posibilidades es capaz de contribuir a la formación de un nuevo estado de cosas en Europa, entre las cuales no es la menos transcendental la de ser vehículo insustituible por su lengua, su situación y su cultura, de las relaciones con América, desplazadas del acostumbrado camino de Francia, pero impracticables por la vía directa de una acción germánica, en el estado de ánimo creado

allí por el planteamiento de la actual contienda.

La política exterior de España es un todo armónico y perfectamente relacionado, cuyas partes y etapas indisolublemente relacionadas, deben, no excluirse, sino re apoyarse unas a otras, y cuya ejecución, por su enorme transcendencia, no puede estar a merced de criterios particulares y pasajeros, sino a cargo de una situación con plenas garantías de continuidad.

El dominio del Estrecho debe ser el primer paso de la expansión en Africa y de la inteligencia con Portugal; como todo esto debe estar estrechamente relacionado con nuestra acción en América y nuestra definitiva intervención en los problemas europeos en los que la sola función de vínculo de unión con el Nuevo Mundo y solar de sus razas, es esencial a todo nuevo arreglo de los mismos y debe colocarnos en el primer plano de una política inteligente y previsoras.

Lo que disloque una de estas partes de las demás o las oponga, sacrificando, a un éxito personal o inmediato, la suerte del conjunto, debe ser rechazado y condenado, sea cualquiera su momentánea apariencia, porque sacrificará el interés y la verdadera grandeza nacional a una conveniencia, en el mejor caso, de situación o de partido.

Además, el desenvolvimiento de esta magna acción exterior no puede ser cosa de un hombre, ni de un grupo, sino empresa de generaciones, conducidas por una Institución que perdure y que, por su esencia, esté identificada con ella y forzada a conducirla. Hacerla depender de situaciones provisionales es malograrla.

NUESTRA ACTUACION EN EL NUEVO ORDEN EUROPEO QUE SE ANUNCIA

Para comprender nuestra misión en este nuevo orden, basta tener presente lo que puede ser éste, que no merecería tal nombre si se redujera a nuevos repartos territoriales, que habría de consistir en una ley de vida y de relación entre los distintos pueblos, diferente de la que, hasta ahora, ha regido para los mismos, y que, rota la gran unidad cristiana, ha sido la de los nacionalismos exaltados, revestidos de todas las formas políticas, militares y económicas, sin más variación que el fracasado intento, de carácter parlamentario y democrático de la Sociedad de Naciones, que condujo, como todos los de este orden, al absolutismo irresponsable y total del grupo dominante.

Esta nueva ley de convivencia ha de tener **realidad política**. A propósito del papel de España en la nueva Europa, no faltan quienes barajan palabras de nuestros grandes tiempos, con una confusión e inconsciencia bastantes a asegurar el total vacío que tras esas literaturas se esconde. La misión de España y su Estado

nacional no ha de ser de aquéllas que corresponde a otras potencias espirituales, sino la propia de su Poder político, y se deriva de las siguientes consideraciones:

a) Ante la necesidad de una idea general y de unos principios superiores sobre los cuales puedan desarrollarse las relaciones entre las naciones, deberá proclamar que esta idea y estos principios no pueden ser otros que los católicos, que tienen raíz viva en todas ellas y están mantenidos por la Iglesia de Roma, únicos que pueden ofrecer una base sólida a las demás ideas de justicia, moral y derecho, indispensables a aquellas relaciones y dar vida a las virtudes necesarias para su desenvolvimiento.

b) Esta idea, para tener efectividad política, o sea, posibilidad directa de modificar el actual estado internacional, necesita ser mantenida por una potencia política que la haga valer en este sentido. El marxismo ha adquirido su mayor eficacia y difusión desde que ha encarnado en el régimen político de Rusia. La idea católica, mantenida por la Iglesia, rendirá todos sus beneficios al orden internacional y a la vida pública de los pueblos, cuando pueda apoyarse en un Estado confesional que inicie la rectificación de la apostasía de éstos, comenzada en la Reforma, origen de la crisis de Europa.

c) La estabilización y normalización de la situación internacional, especialmente en Europa, supone la de los regímenes internos de las distintas naciones. Ello no será posible mientras éstos sean de tal naturaleza, que, como propios de estados de exaltación, necesiten del éxito para mantenerse. Deberán, por el contrario, ser adecuados para restablecer la vida de los pueblos sobre bases permanentes, ostentando títulos irrecusables para el ejercicio del poder, esto es, LEGITIMISTAS, en su más profundo sentido.

d) Las relaciones culturales y económicas entre los distintos pueblos deben encontrar su instrumento permanente en organizaciones gremiales y corporativas, hijas de una misma inspiración espiritual y, por tanto, de valor internacional, sin dependencia alguna de partidos nacionales, que las invalidarían a estos fines, y de sentido fuertemente profesional. Sobre ellas debería restaurarse una vida común, rota en perjuicio de todas y del mismo progreso material.

e) Las ideas que sirven de base a la actual recluta de los ejércitos y al planteamiento total y catastrófico de las guerras, son evidentemente hijas de las doctrinas democráticas, cuya quiebra, por otra parte, se proclama. Para resolver el problema de los rearmes y desvanecer el continuo estado de amenaza creado por ellos, sería de particular eficacia su revisión, sustituyéndolas por las del profesionalismo y de vocación en la milicias.

f) La superioridad y preponderancia de Europa, durante siglos, se ha basado en su gran unidad cultural y jurídica que, enriquecida por la variedad de sus pueblos, le ha permitido ejercer sobre el mundo un magisterio continuo y una influencia efectiva. Condiciones y fundamentos de aquélla han sido la unidad moral nacida de la creencia religiosa y las instituciones políticas legitimistas y tradicionales, que constituyen sus leyes naturales de vida.

Una acción dirigida a la consecución de estos ideales, según lo consintiesen las circunstancias, no se presenta posible sino para España; y para España, previamente purificada y puesta sin equívocos, bajo el régimen de Monarquía Tradicional que el Carlismo defiende.

Nosotros, que ante cualquier suceso exterior no daremos jamás pretexto a una discordia interna, debemos proclamar muy alto que sólo en el Carlismo puede encontrarse una política exterior, digna de nuestro destino, capaz de redimirnos y de un éxito tan seguro como grande es la gloria de su sola iniciación.

LA SITUACION INTERNA DEL CARLISMO

Para quien no cierre sus ojos a la luz, patente queda la importancia actual de la Comunión Tradicionalista para España y para el mundo, como ejemplar y modelo del que se deriva la fuerza que pueda salvarnos.

¿Cuál es su estado presente? Después del intento de suprimirlo por una moda, tan moda y extraña como el liberalismo, por el partido único, se encuentra perseguido con saña por el mismo Poder político que ayudó a instaurar en la guerra y que se dice restaurador de nuestra Patria y destino.

Es preciso recordar que quienes tomaron este poder, desde los primeros tiempos del Alzamiento comprendiendo que sería un estorbo para sus fines personalistas, iniciaron contra ella una labor que tuvo varias manifestaciones: intento de separar Navarra, a la que halagaban por serle necesaria, del resto del Tradicionalismo español y de reducir a ella el Carlismo creyendo que se la podía satisfacer con algunas recompensas locales; separar a los Requetés, como soldados admirables que de tanto sirvieron al Ejército, de lo que ellos significaban en ideas y doctrina, como reduciéndolos a la estimación que merecía un buen Tabor de Regulares; decir que una cosa eran los Requetés y otra los dirigentes de la Comunión, para que los primeros se limitaran a morir y los sobrevivientes no pidiesen nada, y, finalmente, la constante labor de zapa, buscando entre nosotros los más débiles o dúctiles, halagándoles, para luego tirarles y despreciarles; creando escisiones y empleando todos los recursos de la más ruin de las políticas.

Frente a todas estas maniobras infames no hay más que una orden, tajante y definitiva, que todos acatarán, pero que, de lo contrario estamos dispuestos a imponer: UNION, UNION Y DISCIPLINA.

¿Cómo se ha de lograr esta unión? De una sola manera: con el más completo acatamiento a la Jerarquía legítima de la Comunión, que, derivada de nuestro último Rey (q. s. g. h.) y mantenida por nuestro Príncipe Regente, ostenta en España, con la máxima dignidad y en medio de los mayores sacrificios y persecuciones, la Jefatura-Delegada de la Comunión.

Nadie debe ignorarlo: quien quiera, bajo cualquier pretexto, colabore con esta situación, defienda un interés local, discrepe de la táctica seguida, pretenda buscar por sí un Príncipe, etc., obra por su cuenta, compromete el éxito de nuestro triunfo, al dislocar la acción, y traiciona más vergonzosamente que nunca la sangre de nuestros muertos, la memoria de nuestros padres y la de nuestros Reyes, cuya providencial falta se aprovecha para clavar el puñal a nuestra espalda.

El renacer tradicionalista en España es incontenible y arrollador; no hay nada que pueda evitarlo, pues el pueblo en masa se nos une dondequiera; fuerzas insospechadas y decisivas forman entre nosotros, identificadas con nuestros ideales, mientras el odio y la desconfianza crece por horas, en torno a la situación actual. Únicamente los traidores pueden impedir nuestro triunfo, ya que nuestra dirección es superior a la que jamás haya tenido nuestra Comunión: en firmeza, en claridad de ideas, en saber lo que quiere y a dónde va.

No hay castigo bastante, ni oprobio y vergüenza suficientes para el miserable, rencoroso o ambicioso que, desde su enchufe o su vanidad, intente traicionarnos.

¿Qué razones hay o qué peligros contra la unión? Veamos:

1.º EL REGENTE

Se dice que ha tomado parte en la guerra. ¿No tomaron parte en otras, en las que España no participaba, Don Carlos VII y Don Jaime, siendo Rey el primero y Príncipe de Asturias el segundo?

Don Javier de Borbón-Parma, procesado en Bélgica por un alijo de armas, llevado personalmente para la España nacional en los primeros días del Alzamiento, cuando tanto canalla de los que ahora lo critican, estaban viviendo con los rojos y colaborando con ellos; que trabajaba activamente en estrecho contacto con el general Sanjurjo, cuando tantos de los que ahora mandan no se decidían a comprometerse; que desde el primer día quiso venir a luchar a la España nacional, y cuando no se le permitió, mandó ocultamente a su hermano, gloriosa y gravemente herido en el Tercio de Navarra, y que ha tenido a su hermana, la Princesa Isa-

bel, durante la guerra, en el Hospital Alfonso Carlos de Pamplona, era oficial del ejército belga, y como hombre de honor, al ir éste a la lucha fue con él. Este comportamiento suyo de hombre de honor, es la mejor garantía de que, con la misma fidelidad y conciencia, cumplirá sus deberes de Regente, y si algún día se le presentan impedimentos para ello, nadie tendrá que darle lecciones.

Pero atacarlo ahora, porque algún miserable recuerde ante su grandeza de alma, minúsculos agravios personales, es atacarnos a nosotros; ya que se tira contra él para ir contra nuestra unidad y nuestra Jerarquía, y el Carlista que hace el juego a esta maniobra, de no ser traidor, es el mayor de los insensatos.

El Regente es el depositario de un supremo encargo de honor, transitorio, que no borra sus demás condiciones, y las mismas leyes de partida establecían que, como Regente, podría gobernar a España un Príncipe no español. La realeza engendra nacionalidad, pero no la Regencia.

2.º LA ASAMBLEA DEL PARTIDO

No faltan algunos, que debemos suponer indocumentados, que andan propalando la idea de una Asamblea del Partido, para nombrar «a votos» un jefe-delegado...

Quieren hacernos un partido radical-socialista más.

En ese caso un grupo de españoles se reuniría para nombrar un Caudillo o Jefe de partido, frente al general que hoy ostenta estos títulos, en una concepción ajena a nosotros.

Y esto parece lo alientan servidores y amigos del Generalísimo.

Nuestra misión es mucho más elevada: no colocamos a un hombre frente a otro, sino que clamamos por una institución y una ley de vida de **legitimidad** frente a un hombre pasajero, sin títulos de Poder permanente y a cuya voluntad está todo el destino de la Nación.

3.º LA BUSCA DEL PRINCIPE-REY

Esta gran tarea no puede ser objeto de una improvisación ni estar a la iniciativa de un grupo. Se trata de un problema nacional amplio, que ha de contribuir a cambiar nuestro rumbo histórico y que, por tanto, se debe enfocar y resolver con la mayor alteza de miras. La Jerarquía de la Comunión piensa constantemente en él; pero sin ella, nada puede hacerse y todo puede estropearse. En el Carlismo todos los poderes proceden de la Jerarquía legítima, es decir, de arriba a abajo y ninguno de abajo a arriba.

Hemos planteado, conscientes de nuestra responsabilidad, este problema de manera irreprochable: Queremos instaurar la nueva Dinastía, que sea verdadera garantía de la renovación de España, por un cauce plenamente nacional: La REGENCIA. Pedimos a los

que ahora pueden —el Generalísimo y el Ejército— que abran este cauce con carácter de **legitimidad**; pero si no lo hicieren, nosotros haremos la designación que nos corresponde, aunque también por su cauce: la Jerarquía y la Regencia de la Comunión.

CONCLUSION

Hemos resumido nuestra actitud —la del Requeté, la de la Comunión, la de España —frente a todo; cada vez más firmes en nuestros ideales; iluminados por nuestra gran misión en el mundo y sabiendo, por tanto, nuestro camino en las actuales circunstancias del mismo; unidos más que nunca en la gran Comunión, llena de promesas de salvación para España y para Europa. Pero creyendo que el problema de España, si no se quiere que definitivamente se malogre la victoria, es solamente éste: el establecimiento de un Poder político digno de nuestra Historia y de la guerra, continuador de nuestras instituciones, monárquico y legitimista. Sin él, que dé firmeza a la situación, base al orden, seguridad a los derechos y claridad a los propósitos, sólo resta el caos.

Eso pedimos y no podríamos permitir que España muriese, ni que se malograra la victoria sin conseguirlo.

Por los que no se atreven. Por los que lucharon por Dios y por España; por el verdadero pueblo español; por los Requetés de todos los Tercios, suscriben esta declaración, como voz de España en el IV aniversario del Alzamiento, un centenar de oficiales y en su nombre y comisionados expresamente por éstos,

TRES CAPITANES DE REQUETES

* * *

En menor grado que el escrito anterior, pero con noticias estimables, puede también contribuir a una correcta estimación de la situación política de aquellos días, especialmente de la Comunión Tradicionalista, una carta de don Gabriel Maura (1) a don Manuel Fal Conde. Es muy larga, con extensos párrafos de erudición histórica. Solamente transcribirse lo más concreto y relacionado con aquella coyuntura. Omitiré la parte central de la carta que lleva la pretensión de que la Comunión Tradicionalista ruegue a Don Alfonso de Borbón que vuelva al Trono que abandonó. Sugerencia única, pieza codiciada de coleccionista, increíble proyecto que hasta los monárquicos alfonsinos habían sustituido ya en los tiempos de la Segunda República por el de dirigirse a su hijo, Don Juan de Borbón.

(1) Don Gabriel Maura, Conde de la Mortera y Duque de Maura, primogénito de don Antonio Maura.

Mortera, 19 de septiembre de 1940.

Excmo. Sr. don Manuel Fal Conde

Muy estimado amigo:

No vea usted en el encabezamiento, simple fórmula cortés. Aunque nuestro trato próximo haya sido breve, y sea el remoto poco frecuente, bastaron ambos para inspirarme sincera estimación. Por eso, desde el humilde puesto de vulgar espectador que ahora ocupo, no puedo menos de seguir su actividad con curiosa simpatía.

Advertí oportunamente su confortador ejemplo de rehusar fusiones insinceras, colaboraciones desnaturalizadoras y cargos de mera exhibición personal. Pero hace largos meses que de esa actividad no llegó a mí noticia alguna, y como lo sé incapaz de permanecer hoscamente retraído e impiamente desinteresado de la marcha de los asuntos públicos temo más bien la perduración de un deplorable fenómeno político, que tiene ya consistencia histórica. (...)

Pero esa lancinante tragedia de más de cuatro siglos: Imperio fallido, Monarquía desvirtuada, predominio de lo extranjerizo, perenne ineducación ciudadana, generadora de política picaresca, el caciquismo endémico, el individualismo salvaje y matón, la indisciplina y la holgazanería, esa tragedia plurisecular, digo, tiene hoy una compensación, levísima, en verdad, pero indiscutible.

Desde el punto de vista constituyente ha quedado reducida España a un vastísimo solar, sin el menor albergue donde procurarse refugio contra posibles inclemencias políticas, pero donde no se alza tampoco obstáculo ninguno que impida o estorbe edificarlo por entero de nueva planta.

No perviven aquí instituciones arcaicas, ni partidos políticos organizados, ni clases sociales definidas, ni corporaciones autónomas, ni agrupaciones consistentes, ni grupos indígenas enlazados con el internacionalismo masónico, judaico u obrerista. Ni siquiera embarazan para construir las ruinas de lo que fue, porque la Dictadura demolió las casamatas del sistema turnante, la República pulverizó los vestigios de la Dictadura, y el Movimiento ha barrido los escombros de la República.

Se arbitran ahora medios de gobierno, notoria y deliberadamente provisionales, hasta que llegue la sazón de los definitivos, todavía en agraz...

Momento oportunísimo el actual para que alcen su voz, cuantos la hayan de tener en el capítulo constituyente, y ¿quién con más títulos que el Tradicionalismo?

El tiempo, que es a la larga justiciero, acaba de darle la razón contra todos sus enemigos. Lo fue acérrimo el régimen parlamen-

tario, triunfante más de un siglo, y yace ahora desprestigiado y maltrecho. La intelectualidad pseudo científica que adobaba literariamente escarnios análogos a estos soeces prodigados por el vulgo callejero, servilón, carcunda, cangrejo, cavernícola, etc., acude ahora en romería penitente y entre vítores a la muchedumbre, al santuario de la Tradición para impetrar de lo pasado las fórmulas salvadoras de lo porvenir.

A esta flamante autoridad doctrinal, se juntan fehacientes motivos de gratitud, que comparten todos los buenos españoles. La Comunión Tradicionalista, colaboradora desde la víspera, en la Cruzada que nos redimió, fue por su previsión, apercibimiento y denuedo, efficacísima; y ninguna otra ofrenda de abnegaciones heroísmos y martirios supera, en volumen ni en calidad, a la de sus boinas rojas.

¿Por qué calla, pues, en esta coyuntura, la más propicia de cuantas le deparó la historia?

Oigo decir a los que no la quieren bien, que está absorta en la busca y captura de un rey extranjero. No podría creerlo, así lo predicaran frailes descalzos, cuanto más enemigos lenguaraces, que la calumnian atribuyéndola interés más vivo por las personas que por las ideas.

Aun decuplicados los méritos que acabo de enumerar, ni el común de los españoles ni sus propios adeptos, perdonarían a la Comunión que tergiversara su hermosísimo lema, adorando a un Dios distinto del de la Santa Iglesia, Católica, Apostólica, Romana; adoptando una Patria extraña, o proclamando a un rey que no sea el legítimo.

El orleanismo republicanoide de la monarquía electiva, es tan herético y galicano en política, como el jansenismo en teología.

No puedo creer que tradicionalistas sin tradición, reediten en este siglo aquella necedad octocentista de los monárquicos sin Reina que viajaron por Europa la Corona de España. Todavía los viajeros de antaño se regodeaban con la casi plena certidumbre de contemplar en el Trono a un cliente eventual. Los hipotéticos remedadores de hogaño, habrían de presumir casi indefectible el fracaso, o cuando más, resignarse a padecer, con agravantes de infortunio, las amargas vicisitudes de la triste aventura saboyana.

El genio de la Historia, domine severísimo, acaba de enseñar, por segunda vez a los españoles, con palmetazos muy más sangrientos que los de la primera, cómo y por qué elegir ellos el jefe del Estado equivale a franquear paso a la anarquía, precursora indefectible de la guerra civil.

No tuvimos que aprender esa lección quienes como usted y yo, reputábamos de siempre a la Monarquía institución necesaria en España. Tampoco ha menester de refuerzo la convicción, asimismo

común, de que la profiláctica virtud de esa forma de gobierno procede, no tanto de la unidad del mando soberano (circunstancialmente asequible con otros regímenes) como de su fijeza, extrañeza y superior a la voluntad movediza de los hombres; la cual fijeza se logra solamente merced a la continuidad dinástica. (...)

Pero la angustiosa interrogación que se formulan acongojados centenares de miles de españoles, no se concreta en el pleito dinástico ni siquiera en el de la forma de gobierno. Tiene la vasta amplitud del horizonte oteado desde la cumbre y la terrible trascendencia de cuanto puede favorecer o perjudicar a muy remotas generaciones.

La pregunta es ésta: ¿Cuál va a ser el estatuto orgánico de España? Transcurren días y días desde el venturoso de la victoria final; se ha festejado ya el primer aniversario, corre a zancadas el año segundo, y la magna cuestión prosigue sumida en el silencio y la tiniebla. Callan los ministros, forzados quizá a esta discreción por otros deberes de su investidura. Callan los consejeros nacionales que, en su casi totalidad, han de requerir todo su tiempo para completar sus estudios, ya que la vida no les dio todavía holgura ni ocasión de aprender nada de la experiencia. Callan los antiguos políticos, tácitamente condenados, con raras excepciones, al ostracismo y amordazados todos por la censura. Callan las fuerzas vivas del país acaparadas por otros quehaceres, excepcionalmente complejos y difíciles, a causa de las perturbaciones de nuestra postguerra, agravadas con las salpicaduras del conflicto internacional. Calla la prensa en cuyas raquíticas ediciones y menguadas columnas el tema capital de la reorganización se toca únicamente de modo esporádico, incompleto y casi siempre indocto. Calla la radio porque los contados minutos de sus emisiones informativas bastan apenas para dar noticias de la guerra y reseñar minuciosamente todos los actos públicos y privados del Movimiento. Callan, en fin, las poquísimas personas que, como usted, tienen aún cura política de almas y por ende muy serias responsabilidades ante España y ante Dios.

Cierto que los acontecimientos internacionales nos sitúan hoy en temerosa divisoria, donde puede aparecer obstruida y aún desviada nuestra ruta milenaria.

Está justificadísima que la traza general económica española se aplace hasta conocer el éxito de la crisis presente, ya que ni un solo aspecto de la producción ni del cambio se sustraerá al influjo más o menos decisivo, del resultado de la contienda bélica.

Excuso referir esto mismo en lo referente a rumbos diplomáticos.

Pero la España que se proclama a sí misma heredera conjunta del espíritu nacional de los Reyes Católicos y del imperial de Car-

los V transigiendo de este modo con maravillosa sencillez pragmática el más engorroso de nuestros pleitos seculares; la España una, grande y libre, no puede supeditar su destino propio al de los extraños, hasta el punto de abstenerse incluso de la previa deliberación acerca de las bases y líneas arquitectónicas de su futura reconstrucción interna.

Sería aún más absurdo y calumnioso suponer que aguarda la victoria para inquirir o adivinar la predilección del vencedor, y acomodar a ella, no ya las directrices del Gobierno, sino sus instituciones estatutarias, la entraña misma de su ser actual en el mundo, y de su proyección histórica en lo venidero.

Cuando fuésemos capaces de abyección tan inverosímil, ni a nosotros ni a nuestros mentores aprovecharía, como no aprovecho a la Segunda República ni a sus mentores de entonces el plagio imbécil de la Constitución de Weimar, con aduladores arrequives soviéticos.

Retirado a mi casa, va ya para diez años, no puedo comunicar mi tribulación a ningún jefe, ni aliviarla platicando con inexistentes correligionarios políticos. Por eso recorro a la amistad e impongo a usted la enojosa lectura de esta carta larguísima.

Acójala indulgente, pensando que no la habría escrito si no fuese tan veraz la estimación de que hablé al comienzo; y reciba, junto con mi demanda de perdón, un saludo cordialísimo de su buen amigo,

Gabriel Maura

VII.—MAS SOBRE LA CUESTION DEL TRONO VACANTE

1. Carta al jefe delegado don Manuel Fal Conde, de los Centros de Orientación Tradicionalista.—2. Hoja «Sobre Restauración monárquica. Un Aviso».—3. Carta de don Manuel Fal Conde a don Macario San Miguel.

Como dijimos al presentar el primer documento de este año de 1940, «Fijación de Orientaciones», la Regencia que en él se presenta, no pasó sin impugnaciones dentro de las filas carlistas; le acompañarán siempre.

En una de las actas de las reuniones dedicadas a la «Preparación de la Respuesta», de Don Javier a Don Juan (vid. epígrafe III, «La Cuestión Dinástica» de este volumen) hemos visto a los dirigentes carlistas participantes divididos por el seguimiento de dos proyectos distintos. Por un lado, don Luis Hernando de Larramendi, pidiendo razonadamente y con vehemencia que se acabe la Regencia y se proclame al Rey; nótese que es el autor del borrador del Real Decreto de Don Alfonso Carlos estableciendo la Regencia, y que por ello está a salvo de toda sospecha de parcialidad; por otro lado, los demás, partidarios de la Regencia, pero acusando la fragilidad e incomodidad de ésta y reflejando el sentir popular de que termine cuanto antes. Este espíritu está recogido en la Carta de los Centros de Orientación Tradicionalista a don Manuel Fal Conde, que inicia la parte documental de este epígrafe.

Paralelamente a esta cuestión, en cierto modo interna del Carlismo, se acusa en las filas de éste un gran nerviosismo y preocupación ante los rumores, lanzados por unos conspiradores realmente existentes, de regreso de la monarquía alfoncina. Preocupación y disgusto fundadísimos, como acontecimientos posteriores han demostrado con creces. Se desahogaba con hojas volanderas impresas y distribuidas clandestinamente. Damos como muestra una de las de aquellos días. Se titula, «Sobre la Restauración Monárquica.—Un Aviso»; tiene los rasgos de la redacción de los documentos clandestinos de todos los colores: olvido de palabras, que oscurecen el sentido de algún párrafo; abuso de calificativos ampulosos; sensacionalismo; imprecisión; falta de profundidad; pero compensándolos a todos, trae el aire fresco de la calle.

Finalmente, completa y cierra el epígrafe, una carta de don Manuel Fal Conde a don Macario San Miguel, prestigioso sacerdote navarro, en la que se defiende de los enemigos de su política, que es la Regencia, y razona a favor de ésta. Destinada en las mentes de su autor y de su destinatario a la difusión, se podría llamar con propiedad, «carta abierta». Era una ficción para burlar la opresión gubernamental que prohibía cualquier escrito carlista.

1. Carta de los Centros de Orientación Tradicionalista a don Manuel Fal Conde

Madrid, noviembre 1940

«Tenemos el honor de dirigirnos a V. E. por la presente con motivo de las sesiones inaugurales de dos centros de estudio, propaganda y orientación tradicionalistas, de común acuerdo y bajo el patrocinio de la A. E. T. de Madrid, que también suscribe ésta así como la A. E. T. de la región vasco-navarra (1).

Nos ha movido a emprender o, mejor dicho, a ampliar esta obra, que ya en el curso pasado funcionó en una casa particular, la visión de la dificultad inmensa de que nuestros santos ideales, nuestra fe y nuestros principios fundamentales, basados en la esencia misma de la civilización cristiana y alma y ser de nuestra patria, perduren y se mantengan puros e intactos en las conciencias y en el espíritu de nuestras juventudes, en medio de un siglo y de un ambiente hostiles, materialistas e impíos, sometidos a la sola propaganda del enemigo y a la influencia revolucionaria y en la imposibilidad de oír ni leer nuestro pensamiento y doctrina; y la necesidad de formar en ellas un criterio, una orientación firme que las salvede de estos peligros manteniéndola como una Covadonga de los modernos tiempos, inmaculada en su fe e ideales, y, sobre todo, de la formación de un núcleo perfecto conocedor de nuestras instituciones tradicionales y de nuestro sistema social y político y de su espíritu que sea en el día de nuestra victoria, que lo será también de Dios y de España, el sostén y el cimiento humano de nuestra Monarquía.

Hemos procurado, además, reunir en lo posible los grupos dispersos y disgregados de las juventudes de Madrid, y así el Requeté de Madrid, el Tercio de Santa Cruz (2), en perfecto acuerdo con nosotros proveerá con una selección de sus miembros a uno de nuestros dos centros de estudios carlistas, al mismo tiempo que el Requeté Escolar, dependiente de la A. E. T., estará en absoluta inteligencia para obrar con dicho Tercio.

Y al comenzar nuestras tareas, en bien de nuestra Fe y de nuestra Patria, nos dirigimos respetuosamente a V. E. para dos objetos esenciales:

(1) Ver en el año 1939 el epígrafe, «XXII, "Cuestiones Estudiantiles".—2. Renace AET en Madrid».

(2) Tanto el Tercio de Santa Cruz, como otros que con distintas denominaciones a los de la guerra se intentaron formar después de ésta en diversas ciudades, y como el Requeté Escolar, concebido para batirse en la Universidad de la posguerra, no pasaron en general del papel y de la buena voluntad de quienes los concibieron, y en algún caso más afortunado de algún grupúsculo de amigos. Eran Intentos de corregir la desmovilización del Requeté.

1.º Para ponernos a sus órdenes y colocar a su disposición estos centros culturales, como legítimo Secretario General de la Comunión Tradicionalista Española e indiscutible jefe directo nuestro.

2.º Pero al mismo tiempo que hacemos esta protesta de fidelidad y acatamiento a su autoridad nos tomamos la libertad de hacerle una humilde súplica que brota de lo más íntimo de nuestros corazones de españoles y de carlistas y que esperamos sabrá perdonarnos:

A nadie puede ocultarse los tristes momentos porque atravesara nuestra amada Patria que, saliendo destrozada de una heroica lucha que creyó de Liberación, a la que fue con su alma y su vida por los ideales de Dios y la Patria, se ve hoy nuevamente engañada, traicionada, empobrecida y entregada a un tiránico poder socialista y extranjerizante que confunde, al mismo tiempo, los espíritus con falsas declaraciones de Catolicismo y aún de Tradicionalismo, y desorienta a las gentes que, ante este nuevo fracaso, caen en el más triste escepticismo sin que a sus ojos se presente otro porvenir que la esclavitud, el látigo socialista, la servidumbre extranjera o la guerra, el hambre creciente y la miseria...

Pero estos gravísimos síntomas de descomposición social, triste es confesarlo, han llegado hasta nosotros, que siempre fuimos baluarte unido e inexpugnable frente a la disolución revolucionaria. Hoy nuestras filas, especialmente en las grandes capitales, están divididas en numerosos grupos de acción dispar cuando no encontrada y, con frecuencia, opuestos en su misma orientación y tendencia. A nadie se oculta la división de pareceres frente a la figura y actuación de S. A. R. nuestro Príncipe Regente (q. D. g.) y que hasta hay grupos que pretenden la proclamación, de espaldas a su autoridad, de un Sucesor carente de todo derecho y beneficio para la Patria, lo que constituiría una grave disidencia.

Frente a estas divergencias del pueblo carlista, desalentado y decepcionado, sólo sale un grito unánime:

¡Un Rey!, un Rey legítimo y tradicionalista que nos una en torno a sí y empuñe con nuevos bríos la bandera de la Tradición.

¡Un Rey!, que asuma el mando y la dirección de una **Comunión monárquica**, en los instantes de mayor peligro para ella y para la Patria.

Un Rey, que abra un horizonte, una perspectiva, una ilusión a la opinión general de la nación que hoy vuelve su vista hacia nosotros y no debe encontrarnos desunidos y en un interregno ya sin razón de ser. Un Rey que nos traiga a nosotros mismos la esperanza de triunfo de la que hoy carecemos desalentando así aún a los más esforzados.

Conocemos y admitimos la dificultad para su elección y proclamación, pero creemos en la posible eficacia de una Asamblea convocada por V. E., compuesta de representaciones del Carlismo de toda España, y presidida por S. A. R. el Príncipe Regente; y no podemos admitir que solucione nada el dejar pasar el tiempo ni, mucho menos, que su solución haya de estar supeditada al triunfo de uno u otro bando de los que contienen hoy en una guerra absolutamente extraña a nosotros.

Y tanto más cuanto que la suerte nos brinda soluciones de positiva utilidad para la Patria y alguna de tanta como la conclusión del ciclo integrador de nuestra Patria.

Consideramos, pues, una catástrofe para la Patria y para la Comunión la orfandad actual de Monarca, catástrofe quizás irreparable si no se aprovechan estos instantes supremos. Y no queriéndonos hacer responsables directos ni indirectos de tan triste situación como podrá sobrevenir, procedemos a dirigirle estas respetuosas líneas cumpliendo así con nuestro deber y descargando nuestra conciencia de españoles y carlistas.

Y reiterándole el testimonio de nuestra lealtad y acatamiento quedan a la orden de V. E.

Por los Centros de Orientación Tradicionalista,

Rafael Gamba

2. Hoja «Sobre restauración monárquica. Un aviso».

La guerra absorbió todas nuestras actividades, porque pusimos en ello el anhelo y el esfuerzo de nuestro corazón.

Y callamos.

Callamos porque el fragor de los combates y el estampido de las bombas no nos dejaba oír el sucio rumor de la retaguardia claudicante y conspiradora. Y porque el afán de vencer a un enemigo presente y real, a cincuenta pasos de nuestras trincheras, nos distraía de otro, más funesto todavía, que trabajaba a nuestras espaldas.

Pero acabó la guerra y, sin apenas haber regustado el cálido aliento de la paz, llegan a nuestros oídos, insinuantes y temerosos, primero, con insistencia después, por quienes no pudieron defender lo suyo y dejaron escapar a S. M., indeseable, el 14 de abril, sin más compañía que el lagrimeo histérico de media docena de lacayos.

Y el pueblo español, que jamás encontró apoyo en el malsano ambiente de la Monarquía liberal, contempló, con regocijo de carnavalada, el llanto de los asiduos concurrentes a Palacio, que veían irse el lujo afrentoso, las fiestas y las cacerías.

¡Ah, pero el grupo de conspiradores, emboscado en la mal llamada «Acción Española», conscientes de que el titulado Alfonso XIII —el de la huida cobarde—, no puede volver, sin que todos los españoles sintamos enrojecer el rostro de vergüenza, anda por ahí pregonando la pretendida legitimidad de su hijo Don Juan, alegando textos y conveniencias inexistentes, rechazados siempre por quienes iniciaron la cruzada redentora, al grito evocador de «Dios, Patria y Rey», sin mixtificaciones. Es decir: Rey católico, al uso tradicional; que NO PERTENEZCA a la rama usurpadora, ni haya sido cómplice de la revolución liberal.

Don Juan, hijo de tal padre, educado por los ingleses, ha hecho bueno lo actuado, pensado y dicho por su padre.

Y los que callaron durante la guerra, por mandato superior y porque el servicio de España lo exigía, inician con estas líneas su protesta, plasmada ya en solemnes juramentos secretos.

¡Alerta, españoles! ¡Alerta, requetés, excombatientes!

Vuestros jefes permanecen vigilantes (1). Estad prestos a secundarlos.

Dios es testigo de que por todos los medios a nuestro alcance —y no regatearemos ninguno—, impediremos esta nueva ofensa al espíritu auténtico de la verdadera España, que late en el corazón de nuestros requetés.

Hemos ofrendado nuestras vidas en servicio de la buena causa y SABREMOS librar a España de la nueva plaga que se le avecina.

Ya sabrán de nosotros en el momento oportuno. Hasta entonces no se pretenda buscarnos (2).

(1). Desgraciadamente, ni aquellos juramentos secretos, ni esta vigilancia, existían; eran un alarde vacío. Su ausencia es una de las causas de los males de entonces y de los que habrían de seguir. Han sido varios los tradicionalistas destacados que al contemplar con mirada retrospectiva la historia de la Comunión Tradicionalista de aquellos años, han coincidido en lamentar y en enjuiciar como gravísimo error la desmovilización del Requeté. Si el gobierno no le dejaba continuar existiendo con armas y con su fisonomía íntegra, debió al menos haberse realizado una forma subsidiaria o vicariante en la clandestinidad. El cansancio de los buenos, de que tan bien habló Pío XII, tiene en esto un dato precursor.

(2) Esta última frase es una mezcla de alarde y de ingenuidad. La policía conocía perfectamente los menores sucesos domésticos del Carlismo; recibía órdenes de los políticos de dedicarse a ellos tanto como a la Masonería o a otras actividades de mayor entidad y peligro para el tan invocado 18 de Julio. Adelantando el alzar un pico del manto que cubre aquellos años, diré más: el gobierno no se limitaba a oír a sus espías, sino que además y sobre todo, les usaba más que como colectores de un flujo centripeto de informaciones, como

Sin impacencias esperamos la hora de la verdad. Para aplastar de una vez a tanto desaprensivo que comercia con la sangre de nuestros gloriosos mártires.

Por Dios, por España y por el Rey, han hablado

Veinticuatro Capitanes de Requetés.

3. Carta de don Manuel Fal Conde a don Macario San Miguel

21 de octubre de 1940.

Sr. D. Macario San Miguel, Pbro.

Muy querido don Macario:

Voy a contestar a sus preguntas con verdadero gusto (1).

En dos órdenes podemos apreciar el asunto: Un orden de ideas, de programa, de visión política, de altura, de conveniencia nacional e internacional; orden de enjuiciamiento racional. Y otro orden de sentimientos y afectos, de fervores de nuestras masas. Yo no olvido aquello que siempre he creído y sigo creyendo sobre la verdad y seguridad de orientación que caracteriza esos sentimientos de nuestro pueblo que son un instrumento y hasta diría yo una luz divina que rige la conciencia colectiva que —bajo los principios fundamentales de la fe— se forma y mantiene por sentimientos a impulsos del corazón en vez de por elucubraciones de la mente. De modo que, normal y ordinariamente, en el pueblo cristiano, esas manifestaciones sentimentales son manifestación del criterio recto y modos de la gracia de Dios.

Pero eso no quita que excepcionalmente, se haya visto el pueblo cristiano, y a su manera nuestro pueblo carlista, desorientado en momentos de gran crisis o cuando menos llevados de naturales y legítimas impacencias que no siempre los directores han podido complacer.

Dejando para después lo que puede hacerse en este particular para salvar esos sentimientos, tratemos del asunto en los dos puntos u órdenes anotado.

Cuanto a lo primero, es, a mi juicio, incuestionable que no hay fórmula política que iguale a la de la Regencia, ni en perfección político-jurídica, ni en oportunidad adecuada, ni en capacidad de captación de las clases directoras nacionales, ni en crédito ante lo exterior, ni en seguridad de acierto. Tras largas delibera-

agentes activos para descomponer con intrigas al Carlismo, como terminales de una corriente centrífuga por donde llegaban a realizarse decisiones políticas empíricas, tomadas por encima y al margen de las informaciones que llegaban a los centros de decisión política. Esta inversión en la dirección clásica de las actividades de los agentes del primer escalón del dispositivo gubernativo, es una de las más importantes novedades de la guerra psicológica, cuyo dominio magistral ha sido uno de los pilares de la época de Franco.

ciones y estudios que llevamos hechos he llegado al convencimiento pleno de lo que antecede para poder asegurar que el bien común estará, cuanto en lo humano puede, atendido con la Regencia, mientras que se le pondría en peligro con la aparición súbita de cualquier Rey, aunque lo hubiera indicado por razones políticas. Es como si dijéramos que la legitimidad presunta en el ejercicio está más garantizada en la Regencia que en la realeza y si miramos que aquélla está instituida legítimamente en cuanto a su origen, por Don Alfonso Carlos (q. D. g.), se hace incuestionable que el orden de la legitimidad determina la Regencia y excluye a la Realeza.

Y así lo comprueban dos observaciones: La una la ausencia de un sucesor determinado inequívocamente por la ley sucesoria y más aún, predeterminado, en vida del Rey por la institución característica del Principado de Asturias. Y la segunda observación es la de que ni en la guerra ni en el presente momento toma parte el nombre de ningún Príncipe que tenga con el momento constructivo español una propia y personal razón de ser que le permita ponerse a la cabeza de este pueblo, que se lanzó a su defensa huérfano de Rey.

Si necesitare insistir sobre este punto tendría que llegar al reconocimiento de que el único Príncipe conocido de los españoles y alrededor del cual puede de momento formarse una aureola de prestigio —todo lo novelesco que se quiera— es Don Juan, precisamente el que por gravísimas y fundamentales razones de legitimidad, bien común y honor patrio tiene que ser excluido, en cuya misión de apartamiento definitivo el partido carlista tiene un grave deber.

Permítame que subraye de estas afirmaciones la de que la guerra pasó sin que interesemos los requetés más que a tres Príncipes de Parma, el uno Regente, el otro el heroico Don Gaetan y el tercero Don Luis, que tuvo con nosotros relaciones delicadas y entusiastas y sentó plaza aunque tuvo que retirarse por orden de Don Javier. También los Príncipes de Austria quisieron venir no permitiéndoselo su tío. Ciertamente ni esto siquiera es bastante, ¡cuánto menos podrá serlo el olvido y la ausencia completa de concurso de toda clase de los Príncipes hijos de Doña Blanca, que estaban especialmente obligados al servicio militar español y, en particular Don Carlos (2), pertenecía al reclutamiento del Ejército español! Dicen que dice que se ofreció al Generalísimo. No puedo creerlo y hay quien afirma que fue invitado por el Tercio de Navarra a venir a sus filas y no accedió. Pero si se hubiera ofrecido al Generalísimo ¿en qué lugar dejó los requetés? (3). Porque yo que he firmado tantos carnets y certifica-

dos de Requetés ¿qué podré contestar cuando se me pregunte dónde estaba Don Carlos cuando la guerra? Navarros hubo en el entierro de Don Alfonso Carlos y saben la admiración y afecto con que fueron vistas nuestras boinas en Viena, por los Príncipes de varias casas, por el Canciller Schussning, por el público en general, y pueden esos navarros dar fe de la amargura que nos dejó que Don Carlos se limitó a saludarnos en el entierro cuando fuimos presentados a él y ni se ocupó de la guerra de España ni nos ofreció una frase de aliento para nuestros muchachos y de amor para la Causa. No le volvimos a ver... (4).

¿Es que yo le recuso por estas u otras razones como la gravísima de esa boda que por leyes españolas le separa del trono? Antes al contrario, yo no tengo prejuicio alguno ni favorable ni adverso contra ningún Príncipe carlista. Digo: Príncipe carlista. O sea contra ninguna persona de la condición de Príncipe por estirpe, que sea carlista de ideario y de adscripción de su voluntad a esta Causa. Por falta de esta condición no soy juanista ni consentiré, a costa de mi vida, su advenimiento al trono. Pero siendo Príncipe Carlista, para mí cualquiera es bueno si está determinado por la Regencia.

Debo aclarar un punto. Somos legitimistas o sea partidarios de la constitución de la soberanía sobre bases de legitimidad, de legitimidad según el Derecho Natural y la Moral Cristiana y el Derecho Positivo Español, cuya legitimidad radica, primero en el recto ejercicio de la soberanía y al mismo tiempo o después en el orden sucesorio según norma de Genealogía que esté establecida por la Ley.

Intérprete de esa Ley en sus oscuridades y legislador en sus vacíos es el Rey; de modo que si la Ley es confusa —la de sucesión de Felipe V— o si deja algún vacío, Don Alfonso Carlos lo llenó ordenando la institución de la Regencia, en circunstancias por demás críticas para España y la Regencia es la que tiene que determinar quién es el legítimo sucesor. ¿De qué manera?

He dicho que en el Rey existe —¿cómo no?— una facultad o potestad legislativa en orden a la sucesión, dentro de lo que tienen de inmutables las leyes sucesorias. Pues bien, la Regencia ejerce una facultad judicial según se observa en el constante uso que de esta sabia institución se ha hecho en nuestra Historia. Así que por modo judicial la Regencia tendrá que determinar quién es el digno sucesor de la Monarquía española.

Ahora se ve bien claro que a mí no me toca, ni en conciencia puedo optar por unos o por otros, como si se tratara de un acto sujeto al albedrío humano; pues que es misión propia de la Regencia y sólo a ella compete.

Y por fin si la Regencia tiene esa facultad ¿cuándo debe ejercerla? Es como si preguntáramos: ¿cuándo es el momento de dictar el fallo?

Si se tratara de una cuestión especulativa, si se resolviera un problema empírico, tendría que dictar el fallo cuando hayan ocurrido todas las circunstancias necesarias para juzgar: presencia de las partes, alegaciones, pruebas... Y ni aún así podría ahora el Príncipe Don Javier resolver el asunto porque no están las cosas de Europa para que pueda ver claro quién de los varios Príncipes presentan mejores circunstancias para la determinación. Y mucho menos si miramos que España tiene que reconstruirse políticamente, que es un problema vital de la Nación y que está tan íntimamente ligado con el exterior que a nadie se le oculta que la designación que hiciera en este momento en favor de alguno de entre varios Príncipes, podría provocar un serio conflicto a la Nación. Si lo quiere ver más claro eche la vista a ese puerto de Lisboa y vea el éxodo a América de Príncipes de varias casas que parece como si huyera del viejo Continente el simbolismo de las verdaderas aristocracias católicas y gloriosas de Europa. Algunos de esos Príncipes llevan tras sí la condena de muerte declarada por ciertos tribunales y buscan en el Canadá refugio para salvar la vida. ¡Qué imprudencia sería lanzar ahora nombres que sonarían con el estrépito del rayo!

Advierta además esta providencialísima coincidencia: El Carlismo, por designios de Dios ha venido a parar a la Regencia como fórmula de legitimidad y no tiene Príncipe de Asturias ni ve en conciencia posible ahora mismo designar un Rey. Y por su parte la Nación se encuentra en gravísima necesidad de Regente, o sea de aquella institución monárquica, la única que tiene en las leyes y en la Historia plena capacidad constructiva. A la vez el Carlismo y la Nación han venido a parar a tesis de Regencia (5).

Pero... nuestras masas no entienden de silogismos y líbrenos Dios de que entiendan. Obran por nobilísimos impulsos y el noble y natural impulso de un pueblo monárquico que ha vivido un siglo siguiendo las banderas de Reyes determinados, es el de que les demos un Rey. Hacen muy bien en quererlo y hacen muy bien en pedirlo y no podemos obrar en desconocimiento de ese deseo. ¿Entonces para dar satisfacción a ese noble afán debemos motivar una designación de Rey en un Príncipe cualquiera, a espaldas de la Nación y afrontando su impopularidad? Si lo hiciéramos, para mí, que nos dificultábamos el acceso al poder y sí, contra lo que preveo, lo conseguimos, caeríamos en una oligarquía desenfrenada. En una palabra perjudicábamos al bien común y nos cerrábamos las puertas del poder.

En suma, lo que procede es esperar un poco, esperar lo que inevitablemente tenemos que esperar: la terminación de la guerra exterior, que pase este momento gravísimo para España en el que no hay otro remedio que estar a las órdenes de esta gente, porque ahora no hay posibilidad de derrocarla; esperar al menos que se vea claro lo exterior y entonces una de dos: o vamos al poder o quedamos reducidos a nueva espera histórica. Tenga usted la seguridad de que para lo primero vamos mejor con la Regencia que con un Rey improvisado, desconocido, traído a contrapelo. Si vamos al poder, entonces se instaura la Regencia con el Príncipe Don Javier o en Junta de Regencia, según él ordene y las circunstancias pidan y seguidamente, ley fundamental de constitución de la Regencia: Consejo del Reino, Gobierno de estructura genuinamente nacional, determinación del Príncipe que ha de ser conocido por ellos... un año o dos, cese de la Regencia y juicio de residencia a los Regentes si han sido en forma de Junta.

Y si pasando el hondo abismo en que estamos en lo nacional, un nuevo fraude nos aleja del poder, determinación del Rey de derecho y caudillo de la Comunión que la prepara a futuras reivindicaciones, tras las cuales el acto reivindicador, al igual que su labor de caudillaje de la Causa, le confieran ante los españoles esta razón de ser que ahora mismo falta a todos por ausentes de la guerra, para subir en este momento gratuitamente al trono.

No puedo seguir en el punto más delicado que queda de todo el raciocinio que continuamente llena mi preocupación. De veras lo siento, pero sólo podré insinuar lo que aquí falta.

Lo que falta es determinar qué puede hacerse para preveer de manera política algo del porvenir en orden a la sucesión. Porque ya en uno, ya en otro de los casos, últimamente fijados, es elemental que conviene atraer a esos Príncipes posibles, incorporar los al trabajo, hacerlos bullir, de la manera que cada uno pueda y la prudencia permita, en una palabra que cese ese general indiferentismo con que somos mirados por los Príncipes Carlistas, porque a los no carlistas no me refiero. Indiferentismo debido a que viven apartados, atentos a otros problemas, agobiados con la situación del mundo. Pero, ¡cuánto bien representaría que se incorporaran afectivamente a lo nuestro! El dignísimo proceder en la guerra de Don Gaetán, el más alejado por circunstancias personales y propia voluntad de una candidatura al trono, ¡cuánto ha consolado a nuestros muchachos!

Esa es la política que se ha debido seguir con Don Carlos. Sólo un mal pensamiento, alentado por el Ministerio del Interior puede explicar esa campaña realizada subrepticamente, con procedimientos desleales y empleando la falacia (6). ¡Qué duda que

es un Príncipe Carlista! Su nombre, su abolengo, dando al olvido muchas cosas, dicen cuanto más pueden decir al corazón carlista. Incorpórese a nuestra tarea, milite en la Causa y después sea o no designado, si sus circunstancias, comparativamente con las de otros, si su boda (7), si la voluntad de su madre y de sus hermanos mayores, lo permiten. Todo menos creer que al trono se llega saltando desde el puesto de pelayo en Barcelona antes de la República, después de disfrutar licencia ilimitada durante la misma y durante la guerra.

Crea, querido amigo, que en ese particular hay que tener en cuenta que la Causa tiene su ser propio, a la que tienen que servir los Príncipes, y si es verdad que los Reyes son para los pueblos y no los pueblos para los Reyes, hay que gritar a todos aquellos entre los que pueda estar el futuro Rey: ¡A las filas, a las filas!

Y para terminar no hay un solo problema de los que espanta el corazón en estos momentos que no rebasa con creces las fuerzas y la previsión humana. Insensato será el que no vea que fatalmente han de repercutir en lo fundamental de lo español, las resultas de la guerra exterior. Y ni en el exterior ni en el interior hay poder humano que pueda sacar a flote la nave, si no es por expresa y delicada Providencia de Dios. El tiempo perdido durante la guerra y después de la victoria hoy no puede recuperarse, la constitución a su tiempo de un régimen nacional con un programa de autenticidades y vida nacional, sin falsedades, sin la injusticia que nos azota, sin el descrédito que padecemos, sin el nepotismo con que se nos gobierna, sin la sangría a venas abiertas de todas nuestras energías... Un régimen en una palabra nacional con un programa de efectividades, nos hubiera colocado en inmejorables condiciones para afrontar esta borrasca. Sin más profundizar, basta considerar que no tenemos un programa de neutralidad, un programa definido y lleno de una política de neutralidad, ¿cómo vamos a pretender que se nos respete como neutrales? Por tanto, si todo rebasa a las previsiones humanas, hay que echar manos de cuantos medios sobrenaturales sabemos que pueden ganarnos la voluntad de Dios: Hasta en la oración y en el sacrificio se puede llegar al heroísmo. Y yo creo que a nuestras masas heroicas hay que llevarlas heroicamente por el sobrenaturalismo de la oración y de la confianza en Dios, Único que ha de salvarnos.

Encomiéndome muy de corazón en sus oraciones; le envío un fuerte y apretado abrazo y b. s. m.

M. Fal

(1) Me dijo don Macario San Miguel que no hubo tales preguntas. Es una ficción para dar al escrito forma de carta.

(2) Se refiere a Don Carlos de Habsburgo y Borbón, exaltado a la condición de pretendiente por el «Núcleo de la Lealtad» durante la Segunda República, más que por sí, para cerrar el paso a cualquier entendimiento con la dinastía liberal aprovechando la senectud y demás circunstancias de Don Alfonso Carlos. En breve aparecerá en primer plano con el nombre de «Carlos VIII», y nos ocuparemos extensamente de él.

(3) O mentira o quebranto gravísimo del procedimiento. No podía haber otro camino que la Jefatura Nacional del Requeté o la Secretaría General de la Comunión Tradicionalista. Saltarse esos organismos para ir directamente a Franco, hubiera sido, o fue, inferirles un tremendo desaire con la repercusión política de desacreditarles ante Franco, como únicos interlocutores válidos, liberar a éste del compromiso de tener irremediablemente que darles alguna beligerancia, y reafirmarle en el uso del artilugio político, tan bien aprendido de Mola, de entenderse directamente con carlistas individuales, en lugar de hacerlo con la Comunión Tradicionalista como entidad.

Estos tratos y acuerdos individuales irritaban enormemente a Fal, porque debilitaban su poder político más de lo que parecía. Este planteamiento era normal en cualquier situación política. A Don Hugo le tocó, en su día, padecerlo igualmente. Recuerdo con qué precisión de concepto y disgusto de ánimo me explicaba cómo Franco cultivaba con esmero el individualismo de algunos carlistas, y que si abocaba a un entendimiento con él, saltándose al Rey (a la sazón Don Javier había dejado de ser Regente, al menos para los carlistas), lo recompensaba con espléndidez.

(4) Romero Raizábal, el conocido escritor carlista, en su libro reportaje, «Boinas Rojas en Austria», sobre la muerte y entierro de Don Alfonso Carlos, escrito muy en caliente, le menciona de pasada, como uno más en la relación de los nobles presentes, y sin la menor alusión a sus pretensiones.

(5) Franco no podía pedir más; y, sin embargo, no quería entender.

(6) Este es el primer destello del apoyo de Franco a Don Carlos VIII para dividir al Carlismo y a los monárquicos en general. Volveremos sobre ello.

(7) Pocos años después hubo que completar esa objeción con otra referente al final de su matrimonio, como diremos en su momento.

VIII.—PERSECUCIONES POLITICAS

Carta del Director General de Seguridad a don José María Lamamie de Clairac el 4-6-1940, y respuesta de éste el 7 del mismo mes.—Carta de Lamamie al Subsecretario de la Gobernación el 23-7-1940.—Carta de don Luis Ortiz y Estrada a don con un anexo sobre vejaciones al señor, de—Ingresa en prisión don Mauricio de Sivatte.—Multa a la señorita Lola Baleztena.

Aunque ya el lector del año 1939 y de lo que va de este de 1940 va bien provisto de datos sobre la persecución política de estos años, que encontrará también en los siguientes, creo que no se debe omitir un epígrafe sobre las persecuciones políticas a personas físicas de carlistas porque completan y reafirman las noticias ya dadas más en abstracto sobre la permanente e hiriente colisión de la situación política entonces Imperante con el Carlismo; también, porque ocuparon buena parte de la atención de nuestros jefes y afiliados, distrayéndoles de tareas políticas más creadoras y porque ocupan notable extensión en la producción literaria carlista clandestina de la época.

Como es natural en cualquier planteamiento político de cualquier país, aun después de aminorarse, estas persecuciones dejaron una ruptura afectiva que en nuestro caso ha quedado sin remedio, y que fue no pequeña dificultad para que el pueblo carlista aceptara y siguiera el acercamiento a Franco que la Comunidad Tradicionalista oficial intentó al final de los años cincuenta, y para esterilizar algún que otro ademán de acercamiento de Franco hacia los carlistas, que aunque no fueron sinceros, venían presentados con habilidad, y hubieran podido engañar de no haberlo impedido la dicha ruptura afectiva. El amor propio es un factor político como cualquier otro, sobre todo a nivel popular, aunque a veces le desprecien los eruditos cultivadores del derecho político en las academias, en las aulas y en los despachos. Este amor propio herido de los carlistas ha trascendido a la historia más allá de la muerte de Franco.

Don José María Lamamie de Clairac y don Luis Ortiz y Estrada, miembros de la Junta Superior de la Comunidad Tradicionalista, se encararon con las autoridades en valimiento de personas atropelladas, carlistas y aun no decididamente carlistas. Don Manuel Fal Conde amenazó con crear una medalla honorífica y distintiva para los carlistas perseguidos. Parece que aquellas gestiones no alcanzaron grandes resultados pero el proyecto de la medalla se dijo que tuvo algún alcance disuasor.

Dejando aparte hojas volanderas y otros documentos menores con datos prolijos y minuciosos sobre este particular, cuya reproducción haría inacabable esta historia, transcribo a continuación una parte de la correspondencia habida entre Lamamie y el Director General de Seguridad, y entre don Luis Ortiz y Estrada y otra autoridad. Debo estos documentos al Departamento de Publicaciones, Archivo y Servicio Histórico, «Biblioteca Melchor Ferrer», de Sevilla. En los originales figuran los nombres de lugares y personas que en este texto impreso han sido sustituidos por líneas de puntos.

El Director General de Seguridad.—Particular.

St. Jean de Luz, 24-VI-1940.

Sr. D. José María Lamamie de Clairac

Lista, 11

MADRID

Mi querido amigo:

He recibido su carta de 1.º del actual, en la que en primer lugar se refiere a las denuncias que me hizo en nuestra última entrevista; entonces por no darle más importancia al asunto, no quise decirle que comprobé eran absolutamente falsas. No hubo ningún incidente en Ciudad Real, y lo de Salamanca debió de forjarse en la imaginación de su amigo, puesto que ni el Gobernador Civil ni nadie sabe nada del asunto.

En cuanto a lo de Murcia, me enteraré y hablaré con el Gobernador al que creo que Vd. conoce, para aconsejarle mayor moderación en sus determinaciones. Yo conozco bastante bien la provincia de Murcia y creo que aquella gente, bien pretenden ser antiguos falangistas, tradicionalistas o amigos de Don Juan de la Cierva, son en la mayoría de los casos nada más que una serie de intrigantes o de caciques.

Le agradezco me informe de ese bulo disparatado; esto viene seguramente del otro lado de la frontera, y con toda probabilidad no lo habrá inventado Prieto, sino los elementos separatistas vascos que desde hace algún tiempo están tratando de explotar una supuesta solidaridad con los carlistas disidentes, como puede verse en uno de los últimos números de «Euzko-Deya», que dedicaba dos páginas a Carlos VII y a su juramento de mantener los fueros y libertades del país vasco.

No necesito decirle que tendré mucho gusto siempre en hablar con Vd. cuando quiera, y mientras tanto queda suyo affmo. amigo q. e. s. m.

Firma: José Finat (1)

P. D.: Después de escribir esta carta, he tenido noticia de unas declaraciones de Prieto que bien pudieran haber dado lugar al rumor que me indica en su carta. Refiriéndose a su lucha con los comunistas, acusa a éstos relaciones incluso anteriores al Movimiento, con algunos elementos carlistas, destacando particularmente el caso de un tradicionalista navarro que fue canjeado y antes de esto, protegido decididamente por un tal Monzón, Gobernador Civil comunista y creo que también navarro (2).

Madrid, 4 de junio de 1940.

* * *

(1) Más conocido en el mundillo político de aquellos años por su título de Conde de Mayalde.

(2) En la obra «Yo fui ministro de Negrín», por Mariano Ansó, editorial Planeta, Barcelona, 1976, pág. 194, refiriéndose a Indalecio Prieto, dice su autor: «Me llamó por teléfono hecho un basilisco acusándome de haber facilitado la huida de Lizarza a Francia, aunque acabó por comprobarse que quien le había proporcionado la salida del país había sido Jesús Monzón, gobernador civil de Alicante, en virtud de un pacto por el que Lizarza se comprometió a obtener su canje oficial por el hermano de Monzón, preso en Pamplona».

El propio don Antonio Lizarza Iribarren, delegado de requetés en Navarra antes del Alzamiento, dedica muchas páginas en su obra «Memorias de la Conspiración» a explicar el lento y laborioso proceso de preparación de su salida de la zona roja y pase a la nacional. De ambos textos se deduce claramente que todo fue un asunto estrictamente personal y debido precisamente a que no había contactos entre los dos grupos para los canjes de detenidos, de lo cual se queja amargamente, y no sin razón, Lizarza.

A este respecto he sabido de fuentes absolutamente fidedignas que la no existencia de contactos entre carlistas y rojos para el cambio de prisioneros, contactos que hubieran entrado en lo normal de cualquier situación semejante y de ninguna manera implicaban necesariamente contactos políticos, se debió a su prohibición expresa por el general Mola. A finales de agosto de 1936 los comunistas guipuzcoanos tomaron la iniciativa de conectar con la Junta Carlista de Navarra para proponerle el canje de don Joaquín Beunza y otros carlistas en su poder, por elementos comunistas detenidos en Pamplona. Avanzaron las negociaciones y poco antes de realizarse el canje para el que ya estaba todo dispuesto, se enteró el general Mola, que no solamente lo suspendió, sino que prohibió bajo severísimas penas cualquier actividad de este tipo. Don Joaquín Beunza fue asesinado en el fuerte de Guadalupe, de Fuenterrabía, por los rojos, lo cual disgustó no poco a sus compañeros de la Junta Carlista de Navarra. Posteriormente, en enero de 1937, se produjo la matanza de presos nacionales de las prisiones bilbaínas de El Carmelo y otras, que fueron asaltadas por las turbas rojas y separatistas; entre aquellas víctimas suyas había carlistas notables, y ello reavivó el disgusto anterior de la Junta Nacional Carlista de Guerra por la prohibición de las negociaciones de canje particulares. Fueron a visitar a Mola para expresarle ese disgusto, y éste, después de reafirmar sus órdenes y explicar los criterios en que se basaban, dejó caer, no obstante, que sería más comprensivo en el futuro si se le pedía a él que hiciera gestiones de rescate. No se pidieron, porque poco después surgieron los episodios peligrosos

Madrid, 7 de junio de 1940

Excmo. Sr. D. José Finat

Director General de Seguridad

MADRID

Mi querido amigo:

He recibido la suya, contestación a la mía de 1.º del corriente, y no quiero dejar sin respuesta los diversos extremos que comprende.

En relación con nuestra última conversación, me dice Vd. haber comprobado que mis denuncias eran absolutamente falsas. Comprenderá Vd. que es esto un poco fuerte para que yo no replique.

Me habla Vd. de Salamanca, y yo de esta ciudad y provincia nada le hablé.

Mi conversación se refirió a estos casos: 1.º Palma de Mallorca, en relación con don José Zaforteza Musoles (no supe entonces darle el segundo apellido, y le dije que podía haber confusión con otro de igual nombre y primer apellido). Contra lo que a Vd. le hayan informado, yo le aseguro que el hecho es cierto y puede Vd. mandar instruir el oportuno expediente a persona que ofrezca garantías para el interesado de que no habrá represalias contra él, y que se le invite a declarar; y él puntualizará todo; y aún puede que llegue Vd. a averiguar si es cierto que alguien muy significado de la Falange de allí dijo, disculpándose, que a él se le había dicho de Madrid que «mucho ricino». El propio general Kindelán quizás pueda saber algo de todo esto e informarle a Vd. si le preguntase. El 2.º caso se refería a Ciudad Real, aunque yo no supe dar detalles. Los pedí según le ofrecí a Vd. y van expuestos en la adjunta cuartilla. Investigue a fondo, si también esto es falso, y si es cierto, como le han dicho, que no ha habido ningún incidente en Ciudad Real. 3.º Dije a Vd. además que no le podía concretar nombres,

para la propia Junta que acabaron en el Decreto de Unificación (19-4-1937); ésta fue disuelta y sus miembros amedrentados; poco después murió Mola, y fue cuajando el nuevo Estado en torno al Ejército, que ya bien organizado fue cubriendo necesidades que al principio de la Cruzada no podía atender y quedaban por ello al alcance de la iniciativa particular.

El resumen de lo oído sobre canjes es que en la designación de quienes se van a rescatar pesan no poco las intrigas internas del propio bando de los candidatos.

pero que sabía que había habido más casos en Mallorca. De esta isla no me habla Vd. nada, y fue lo del señor Zaforteza lo más concreto que yo le di. Si Vd. no ha investigado si allí hubo efectivamente más casos, quizás yo le pueda llegar a dar datos de ellos.

Como ve Vd. me afirmo en todo esto sin admitir el calificativo de «falsas» para mis aseveraciones. Me queda el caso de Zaragoza, de que hablé. Efectivamente, por el propio interesado supe que el caso no era cierto, aunque algo había habido, menos grave, pero muy sospechoso, dos o tres meses antes, de lo que dio cuenta a aquellas Autoridades, que le ampararon. El relato de aquello, hecho a un personaje oficial, sin especificar fecha, y con detalles que agravaban lo sucedido, motivó lo que yo le dije Vd. creyéndolo verosímil puesto que conocía los hechos a que antes me refiero.

Quedo enterado de que se proponía Vd. intervenir en los casos que le refería de; y puedo asegurarle que el señor no es ningún intrigante ni cacique, y que en todo caso, en un Estado respetuoso del Derecho, no cabe que se proceda así ni con los intrigantes ni con nadie. Si se delinque, hay Tribunales, y si se infringen disposiciones hay sanciones, pero éstas no son ni el corte de pelo ni el ricino, ni hay derecho a que se apliquen las que legítimamente se impongan, por organizaciones o individuos, que no son la Autoridad ni sus representantes.

Como ve Vd. ha motejado un poco precipitadamente las indicaciones que en nuestra entrevista le hice. Supongo que tampoco ignorará la administración de ricino en Zamora al delegado del Subsidio Familiar en su propia oficina oficial, situada dentro de la Caja de Previsión, y a la vez a un Requeté, todo ello por un grupo en el que figuraba el chófer del gobernador de aquella provincia. El que haga unos meses de ello no quita verdad ni importancia al hecho.

En cuanto a lo del bulo, supongo que Vd. no atribuirá transcendencia ninguna de orden político al hecho —si es cierto, que yo no lo sé— de que un tradicionalista salvase su vida o su libertad merced a la protección de un comunista. El haber sido, ayudado o protegido por algún elemento izquierdista para salir de la España roja, ha sido un hecho harto frecuente, por mil razones independientes de la política, y a veces ha recaído sobre personas que adquirieron gran relieve en la España nacional, sin que a nadie se le haya ocurrido atribuirle por eso posteriormente contacto ni solidaridad alguna con el izquierdismo ni con el comunismo, ni con el separatismo.

Me habló Vd. el día pasado de Rafael Olazábal, creyéndole en contacto con dirigentes separatistas. Y yo, que podría contarle muy relevantes servicios suyos a la Causa Nacional, en daño y en contra de los separatistas, me contento con decirle que Vd. sin duda no sabe, que cuatro de sus hijos pasaron un martirio de persecución en las cárceles con constante peligro de muerte, hasta que se liberó Santander, debido todo a la persecución separatista, y que uno de ellos, víctima de esta persecución, fue asesinado en el asalto de las cárceles de Bilbao. Ya ve Vd. pues lo absurdo de la especie.

Perdone lo largo del escrito, pues yo doy una gran importancia, que Vd. no parece darle, a hechos de esta especie, por lo que son en sí, por el síntoma que revelan, y por el peligro que entrañan, si no se corrigen con ejemplaridad.

Suyo affmo. amigo q. e. s. m.

José María Lamamie de Clairac

* * *

Madrid, 23 de julio de 1940 (1)

Excmo. Sr. D. José Lorente

Subsecretario de Gobernación

MADRID

Mi distinguido amigo:

Varias veces he dado quejas de la actuación del Gobernador de al Director General de Seguridad, referentes a detenciones bastante arbitrarias, incomunicaciones hasta de veinte días en los calabozos de la Comisaría (una de ellas de una señorita), las cuales mantenía con tan absoluto rigor que no permitía ni pasar comidas, ni ropa ni siquiera un colchón; purgas de ricino dadas en el propio Gobierno Civil, cortes de pelo ordenados por él y ejecutados en el domicilio de Falange; todo ello dando yo al dicho Director nombres, apellidos y toda clase de detalles.

Supe que el expresado Gobernador había sido llamado aquí y se me dijo que iba en actitud bien distinta de la observada hasta entonces; pero es lo cierto que después de ir

(1) Sobre esta carta, totalmente terminada y escrita en limpio como para ser enviada, hay una inscripción manuscrita con letra de su propio autor, Lamamie de Clairac, que dice: «No se mandó esta carta». A pesar de ella, la reproduzco, porque refleja la situación en el momento en que se escribió.

de aquí ha vuelto a adoptar actitudes análogas, de las que le señalo, como muestra, los hechos a que se refiere la adjunta nota.

Le añado que se me dice que cobra las multas en dinero y no en papel de pagos y hasta ha reaccionado contra un recurso por imposición de mil pesetas de multa, encerrando incomunicado en los citados calabozos al Registrador de C....., que era el recurrente durante ocho días.

Seguramente apreciará Vd. la improcedencia de esta conducta, mucho más después de haberle sido llamada la atención, y en sus manos dejó el asunto confiando en que informará, si, como creo, lo estima procedente, al señor Ministro a los efectos procedentes.

Se reitera suyo affmo. amigo q. e. s. m.

José María Lamamie de Clairac

* * *

D. P. R.

Luis Ortiz y Estrada

Clarís, 119, 4.º, 2.º

BARCELONA

Sr. D.

MADRID

Mi muy querido amigo: El famoso Gobernador de sigue haciendo de las suyas y faltaría a mi deber y al encargo que tuvo a bien confiarme el señor Ministro si no ponía en antecedentes a Vd. A este efecto y en notas separadas doy el relato de diversos atropellos cometidos después de su regreso a a raíz de la visita que hizo a Madrid llamado precisamente para sufrir la repulsa de otros atropellos y recibir la orden de que enmendara su conducta. Inútil decir que las fuentes de mi información son fidedignas en absoluto. De todas maneras por los relatos de las notas se ve claramente que responden a la manera de ser y de obrar que el señor ha venido revelando a través de los diversos gobiernos que ha ido desempeñando.

La reprensión que sufrió en Madrid no ha dado el fruto que era lógico esperar; antes bien el resultado ha sido contraprudente. En le temen más ahora que antes. Los casos de la señorita y del señor en su inter-

vención en el del señor son harto elocuentes. Ni se atreven siquiera a interponer los recursos legales y preciso es reconocer que el temor es justificado. La señorita se niega en absoluto a interponer el recurso, aunque me he ofrecido a presentarlo yo mismo, porque sabe lo ocurrido al señor y al Registrador de C..... y la asusta el pensar en que nuevamente la llame el Gobernador. Estoy seguro de que si se enterara de esta intervención mía habría de dolerle por miedo a las consecuencia. En cree todo el mundo que es inmovible el Gobernador; que nadie puede con él sean cuales fueren sus atropellos y abusos de poder. Antes de la reprensión pudo creerse que o se ignoraba su conducta o que no era contrario a los designios de sus superiores jerárquicos. Ahora o se ha reforzado este criterio o se ha llegado al convencimiento de que su apellido o lo que fuere le da fuerza bastante para incluso desagradar al Ministro.

Esto último es lo que ha deducido el propio Gobernador si ha de juzgarse por su conducta. En cuya caso, y si no se pone pronto coto a sus arbitrariedades cortándolas de raíz, Dios coja confesados a los pobres o a quienes tengan la desgracia de estarle sometidos si es que se le traslada. Yo esoy seguro de que dejará de ser autoridad si es que no se exigen responsabilidades y reparación de los agravios que ha causado.

En esta confianza queda de Vd. afectísimo s. s. y amigo
q. e. s. m.

NOTA SOBRE EL GOBERNADOR DE

Caso del señor

Adjunta va una nota o instancia que el Presidente de la Adoración Nocturna envió al Ministerio de Justicia acerca del atropello de que fue víctima el señor antes de que hiciera el viaje a Madrid llamado por el Ministerio a raíz de la visita de inspección.

La referida nota o instancia fue a parar a manos del referido posiblemente a través del Ministerio de la Gobernación y quizás para que el Gobernador la informase. El caso es que el Gobernador llamó al autor de la instancia don y vino a decirle: «Ya ve usted la que ha conseguido; la instancia me la mandan a mí y a usted no se le hace caso y sigo yo de Gobernador».

Copia

Excmo. Sr.:

El que suscribe, Presidente del Consejo Superior Diocesano de la ADORACION NOCTURNA ESPAÑOLA, en esta Diócesis de, residente en, Plaza de, 7, 2.º, con el debido respeto a V. S. expone:

Que, en la noche del 30 al 31 del mes de mayo próximo pasado, celebraba esta Sección Adoradora una Vigilia solemne, reglamentaria, en la Iglesia de de esta ciudad, a la que asistían representaciones de esta vasta Diócesis con sus banderas, y algunas de la limítrofe de y un acompañamiento que pasaría de dos mil personas.

Después de terminada la fiesta tuve noticia de un incidente escandaloso causado, al parecer, según versiones que merecen entero crédito, por la primera autoridad civil de la provincia y es como sigue:

Siendo las doce de la noche, en cuya hora correspondía la meditación de la «Oración y prendimiento de Jesucristo en el Huerto», y estando en el sitio que le correspondía ante Jesús Sacramentado, meditando en tan alto misterio, el adorador activo, vecino de esta capital,, fue detenido por agentes de la autoridad antes citada, y llevado a su presencia como reo por el delito de haber llevado en el pecho, con anterioridad al acto, las insignias pertenecientes a los gloriosos Requetés.

Por tal delito, según versión del citado, fue injuriado, mofado y escarnecido en el despacho del Gobernador, y después le dieron una gran poción de aceite ricino, que ha puesto en peligro su salud, y a continuación fue encerrado en un calabozo donde estuvo toda la noche, llevándolo por la mañana a otro alto tribunal (Jefatura de Falange) donde lo pelaron, y con ludibrio fue echado a la calle con la cabeza que parecía afeitada.

Hay otros casos y castigos abusivos similares, aún más escandalosos, pero como representante en la Diócesis de esta Obra Eucarística sólo debo darle cuenta del presente por creer que, por el sitio donde se ha perpetrado el hecho y por el acto de culto que se celebraba corresponde elevarse ante V. S. pidiendo justicia y reparación del escándalo producido expuesto.

Lo que tengo el honor de poner en su conocimiento para los efectos que crea pertinentes.

Dios guarde a V. S. muchos años.

....., a 24 de junio de 1940.

Excmo. Sr. Ministro de Justicia. MADRID.

* * *

Ingresa en prisión don Mauricio de Sivatte

Por el relieve, significación y afecto que siempre ha tenido en las filas del Carlismo su protagonista, damos aquí la noticia de que el primer aniversario de la liberación de Barcelona (26 de enero) fue celebrado por el presidente de la Junta Regional Carlista de Cataluña don Mauricio de Sivatte, en la cárcel Modelo, de Barcelona, en calidad de detenido político. Permaneció allá una semana y ni al detenerle en su domicilio ni al ponerle en libertad, le explicaron por qué lo hacían.

La noticia de su ingreso corrió rápidamente por la muchedumbre de detenidos políticos rojos que pensaron en la posibilidad de una alianza nueva. Por ello, el domingo siguiente, después de la Misa en el patio central, en el canto entonces reglamentario de los himnos «Cara al Sol» y «Oriamendi», boicotearon el primero y cantaron el segundo con especial énfasis, tan notable, que fueron objeto de una amonestación por el director de la prisión.

* * *

Multa a la señorita Lola Baleztena

Sin que se trate propiamente de una persecución, pero por tratarse de una dificultad más con los dueños de la situación política, pondré en este lugar la referencia a una visita que hizo a mediados de 1940 la señorita Dora Maqueda a Pamplona. Era dirigente de la Sección Femenina de Falange y fue a ver a la señorita Lola Baleztena, para tratar de unificar la Sección Femenina en Navarra, cosa que se había retrasado por no tener ningún ambiente.

La entrevista fue agria porque la señorita Lola Baleztena le hizo ver que en todas partes la unificación había sido una absorción. Dora Maqueda dijo que ella no sabía quién era Don Carlos, que nadie le conocía en España, y cosas semejantes.

No obstante días más tarde la señorita Lola Baleztena recibió un nombramiento de Jefa de la Sección Femenina en Navarra.

Pero empezó por borrar en los membretes del papel oficial donde decía Revolución Nacional Sindicalista, poniendo a mano «Dios-Patria-Rey». Al cabo de un mes la destituyeron poniéndole una fuerte multa que dijo que no pagaría. Alguien aconsejó que no se envenenara más la cuestión con lo del pago de la multa por la gran influencia de los Baleztena en Navarra, y el asunto se sobreesayó.

Don Manuel Fal Conde confinado en Sevilla

Hemos visto en el epígrafe del traslado de los restos del general Sanjurjo, del año 1939, que don Manuel Fal Conde recuerda en una carta posterior, que «aquellas aclamaciones me costaron el confinamiento en Sevilla siete años sólo interrumpidos por el destierro a Menorca».

En una carta manuscrita a don José María Arauz de Robles, de fecha 13 de febrero de 1940, hay una nota al margen que dice: «Mi confinamiento está feo. He pedido permiso para ir a Málaga, y no quieren contestar».

En otra carta al mismo destinatario, de fecha 17 de junio del mismo año, termina diciendo: «He pedido permiso para veranear en una playa del sur. Aún no sé nada».

IX.—EL MUSEO DE RECUERDOS HISTORICOS DE PAMPLONA

La Cruzada y su preparación encendieron el entusiasmo de viejas familias carlistas que el paso del tiempo después de perdida la segunda guerra y el relevo de generaciones habían ido entibiando y distrayendo del servicio a la Causa. Con las nuevas ilusiones, los recuerdos y objetos de más fecundas y gloriosas épocas, arrumbados y olvidados, silenciosamente despreciados, se empezaron a mirar de otra manera, a querer, a valorar y a exhibir con satisfacción. Paralelamente, los gentiles que habían visto deslumbrados la epifanía del Carlismo el 18 de julio, se interesaban por esos recuerdos históricos que así se pusieron rápidamente de moda. En aquel ambiente, la llegada a la familia Baleztena de las banderas de Loredán (ver epígrafe «El desfile de la Victoria; historia de la bandera Generalísima», tomo I) actuó como un cristalito en una solución sobresaturada e hizo realidad en torno suyo el Museo de Recuerdos Históricos.

Se pensó en un viejo caserón, de gran dignidad, de la calle del Mercado, de Pamplona; estaba abandonado y había sido una fundación de los Marqueses de Murillo, en 1734, para seminaristas del Valle de Baztán; la fundación estaba regida por un sacerdote en nombre de un patronato. Estos aceptaron inmediatamente el requerimiento de préstamo de la infatigable Lola Baleztena y de sus hermanos. La Marquesa de San Millán les ayudó con un importante donativo para el acondicionamiento del local y siguiente instalación de los trofeos.

La iniciativa tuvo resonancia y aceptación; inmediatamente empezaron a llegar de todas partes objetos valiosos relacionados con el viejo Carlismo: banderas, armas, cuadros, documentos, uniformes y objetos variados. Fue otro despertar del Carlismo. Lola Baleztena no se conformó con encajar la avalancha de donativos, sino que desplegó una gran actividad escribiendo cartas a los más destacados Príncipes de las Casas Reales de Europa y a otras personas que se sabía poseían recuerdos de especial interés, en las que los pedía en depósito para el Museo. La Segunda Guerra Mundial dificultó o interrumpió estos contactos prometedores; peor aún: varios cajones llenos de objetos valiosos se encontraban en Viena esperando una oportunidad para su envío, cuando los rusos entraron en esta capital y desaparecieron y se perdieron para siempre.

El Museo se abrió al público el 1.º de julio de 1940, inaugurándose con solemnidad recatada que no trascendió a la prensa local controlada por el gobierno. El aflujo de visitantes fue constante

durante veinte años; se convirtió en un lugar de obligada visita para las personas notables a quienes se enseñaba la ciudad durante un breve tránsito por ella.

Hacia 1960 el viejo caserón se empezó a cuartear y hubo que desmontar y embalar la exposición. Guardada sigue hoy porque a pesar de las manifestaciones oficiales de tradicionalismo de aquellos años de desarrollo material, ni el Ayuntamiento, ni la Diputación, ni el Estado resolvieron el problema de una nueva instalación, que había alcanzado ya un volumen muy superior al asequible a la iniciativa particular, a pesar de los requerimientos y gestiones que insistentemente se hicieron para ello.

En 1942 se editó en Pamplona —Gráficas Bescansa— un «Catálogo de Banderas», de las expuestas en el Museo. En 1955, Publicaciones Españolas —O'Donnell, 27, Madrid— publicó dentro de su colección «Temas Españoles» un folleto titulado «Museo Histórico de Pamplona» y escrito por Dolores Baleztena; en él se enumeran y describen los principales objetos expuestos, y de paso, se engarzan breves narraciones históricas interesantes.

X.—CAMBIOS EN EL GOBIERNO

A lo largo del año 1940 se producen varios pequeños cambios en el Gobierno nombrado el 9-8-1938. Son los siguientes:

El 15-3-1940 cesa el general Muñoz Grandes en el Ministerio de la Secretaría General del Movimiento, que queda vacante hasta el nombramiento de don José Luis Arrese para el mismo el día 19-5-1941.

El 27-6-1940 el general Vigón sucede al general Yagüe en el Ministerio del Aire.

El 15-8-1940 don Rafael Sánchez Mazas cesa como ministro sin cartera.

El 16-10-1940 el «camarada» Ramón Serrano Súñer sustituye a don Juan Beigbeder Atienza en Asuntos Exteriores, a la par que continúa desempeñando el cargo de ministro de la Gobernación.

El mismo día don Demetrio Carceller Segura sucede a don Luis Alarcón de la Lastra en Industria y Comercio.

Continúan, en el Ministerio de Justicia, don Esteban Bilbao; y en el de Educación Nacional don José Ibáñez Martín; este último nunca se tituló carlista, ni dio lugar a equívocos en este punto; pero como realizó una política profundamente religiosa en la enseñanza y desterró de ella los últimos vestigios del laicismo, fue del agrado de muchos carlistas poco doctrinarios; ello a pesar de seguir con la universidad napoleónica y de ignorar que en el ámbito de la enseñanza teníamos, como en todos, además de las religiosas, otras pretensiones, políticas, como la autonomía de las universidades.

Los demás ministros, entrantes y salientes, eran representativos de una lealtad personal a Franco, y no producían la menor emoción en el ánimo de los carlistas. No así el «camarada» Serrano Súñer, hacia el cual sentían una antipatía vivísima y le vituperaban cuanto podían; se había ensañado contra los carlistas desde el principio de su encumbramiento, y así continuaba y continuó; por eso, su consolidación con la acumulación de las dos carteras de Gobernación y Asuntos Exteriores, ésta última más importante en aquellos momentos que habitualmente, se interpretó como una confirmación y aumento del alejamiento hostil de Franco respecto del tradicionalismo; algunos, además, interpretaban también esta concentración de poder en el «cuñadísimo» como una especie de indicación de que podría ser nombrado sucesor en la Jefatura del Estado. Con él, y en aquellos meses, la Alemania nazi y no pocos falangistas corresponsales suyos en España desarrollaron la mayor presión anticarlista, doctrinal y práctica, ideológica y personal, de toda la postguerra.

Lógicamente, aquellos carlistas, cada vez menos numerosos, que impresionados por el ambiente de la guerra habían concebido a título estrictamente personal una incoherente y alicorta política de colaboración, o fueron barridos de los puestos secundarios que como migajas se les habían adjudicado, o se marcharon motu proprio. No todos, aunque numerosos, sí, tuvieron el valor del hijo pródigo para volver a la auténtica Comunión advirtiéndole que la Unificación era un engaño. Unos se retiraron de la política a sus casas; otros empezaron a deslizarse hacia Don Juan, que les permitía cultivar el reciente rencor que habían concebido bruscamente contra Franco; especial mención haremos de los que dos o tres años después «picaron» en el nuevo ambiente de Franco al Carlismo, que fue la promoción de Don Carlos VIII.

XI.—CAMPAÑA A FAVOR DE DON CARLOS DE HABSBURGO Y BORBON

Visita de Doña Blanca de Borbón y Borbón a Sevilla y entrevista con Fal Conde.—Escrito de Fal Conde a Doña Blanca.—Entrevista del señor Careaga con Fal Conde (*).

En el período que transcurre desde la muerte de Don Jaime III (2 de octubre de 1931) hasta que Don Alfonso Carlos establece la Regencia (23-1-1936) hubo constantes presiones para que éste declarara legítimo sucesor suyo al destronado Don Alfonso de Borbón (XIII) o a su hijo Don Juan de Borbón y Battemberg. Esta posibilidad horrorizaba a muchos carlistas que poco antes de morir Don Jaime, y viéndole sin sucesión directa, habían constituido el llamado «Núcleo de la Lealtad» con el expreso designio de oponerse a cualquier entendimiento con la dinastía liberal. Lentamente se fue dibujando en sus filas la candidatura de Don Carlos de Habsburgo y Borbón, hijo de Doña Blanca de Borbón, hija a su vez de Don Carlos VII y hermana de Don Jaime. No agradaba esta candidatura a Don Alfonso Carlos, que implícitamente la postergó al establecer la Regencia y nombrar Regente a Don Javier de Borbón Parma. Pero a falta de otros donde escoger y ante las nuevas asechanzas de los liberales, muchos carlistas le promovían ya con el nombre de Carlos VIII, con el cual le dejó Franco presentarse y moverse por España a partir de 1943 hasta su muerte, en 1952, siempre en pugna con la Regencia de Don Javier de Borbón Parma, como iremos viendo.

En el tomo siguiente, del año 1941, estudiamos el Núcleo de la Lealtad a propósito de la abdicación de Don Alfonso de Borbón (XIII) en su hijo Don Juan y la presentación de éste como pretendiente. Las líneas precedentes son un anticipo hecho únicamente para que se pueda comprender lo que sigue:

Visita de Doña Blanca a Sevilla y entrevista con Fal Conde.—

El señor don Jesús de Cora y Lira, uno de los promotores del Núcleo de la Lealtad, había avisado al señor Fal Conde que Doña Blanca pasaría por Sevilla, en tren, camino de Cádiz donde había de embarcar, el día 3 de noviembre. Un desajuste en la combinación de trenes permitió que Doña Blanca se quedara unas horas en Sevilla. A la estación fueron a saludarla don Melchor Ferrer y don José Acedo, a los que se sumó don Alfonso Lascurain, destacada personalidad carlista de Vitoria, que pasaba unos días en

(*) Debo la documentación de este epígrafe al Departamento de Publicaciones, Archivo y Servicio Histórico, «Biblioteca Melchor Ferrer», de Sevilla.

Sevilla con motivo del traslado de los restos del requeté mártir Antonio Molle Lazo. No se dio cuenta del asunto a los correligionarios hasta saber qué grado de incógnito traía Doña Blanca. Los citados explicaron a Doña Blanca que don Manuel Fal Conde no acudía de inmediato porque estando perseguido y desconociendo las relaciones de la señora con las autoridades españolas, no quería presentarse sin pedirle antes la venia y obtener de la misma audiencia. Venían en el tren acompañando a Doña Blanca don Ignacio Careaga y su esposa. Este señor era el iniciador en aquella época de una nueva fase de propaganda a favor de Don Carlos de Habsburgo; era un antiguo carlista que se había separado de la Causa para ser gobernador civil de Logroño, con Primo de Rivera.

La señora se sorprendió mucho de que se conociera en Sevilla su llegada, preguntando insistentemente y con mucho afecto por el señor Fal Conde. Se observó entonces y se confirmó plenamente en su estancia en Sevilla, que no había sido informada de hechos de la mayor actualidad y de gran importancia para la Comunión; desconocía el confinamiento del señor Fal Conde, que entonces cumplía un año, y de las persecuciones de que eran objeto los más destacados dirigentes de la Comunión, la incompatibilidad patente que existía con Falange, etc. Pero sí se advirtió también desde el primer momento el grandísimo amor que profesaba a la Causa, la incondicional unión cordial con la Comunión Tradicionalista, el recuerdo verdaderamente efusivo de Fal Conde y el más vivo deseo de tener una entrevista con él.

Se hospedó en el Andalucía Palace y a la mañana siguiente —día de San Carlos— asistió de incógnita al funeral que los carlistas sevillanos ofrecían a Don Carlos VII. A la salida de la iglesia se despertó alguna curiosidad, y ya se supo su presencia en Sevilla. Mandó llamar a don Manuel Fal Conde al hotel y tuvo con él una entrevista que se sintetiza a continuación, supuesto que la señora no pidió reserva alguna y, antes al contrario, quería desvanecer equívocos y confusiones.

Su Alteza dispuso a Fal Conde la acogida más amable y le distinguió con frases y alabanzas llenas del mayor afecto. Le mostró su decidido propósito de no dar un paso fuera de lo que la Comunión Tradicionalista determine y en especial le declaró la mayor confianza a Fal Conde, afirmando repetidamente que no consiente que se haga nada que a ella o a su hijo se refiera, sin la aquiescencia de Fal Conde.

Invitó a éste a que fuera a Viarreggio y a informar a Don Carlos de la marcha de la política española y de la Comunión Tradicionalista y principalmente a disuadirle del error que tratan de inculcarle ciertos carlistas de que tiene «deber» de levantar

bandera de derechos al trono de España. «Yo no sé si tengo algún derecho o no —dijo repetidamente—, y si por tanto lo pueden tener mis hijos. Mucho lo dudo, pero si tuviere algún derecho nunca haría nada que sea en contra de la Comunión Tradicionalista y de lo dispuesto por mi queridísimo tío». Lamentó con verdadera emoción que quieran hacer creer a su hijo que tiene deberes y aseguró que ni ella ni su hijo concebían que ahora se pueda perturbar lo nacional y la unidad del Carlismo con tales tensiones.

Dijo que venían agobiándola ciertos carlistas con la exigencia de que renuncie sus derechos en Don Carlos y éste se proclame Rey de derecho, y agregó: «Yo he dicho terminantemente que durante la guerra no diré si tengo o no tengo derechos, ni consentiré en que se haga labor alguna en este sentido». Pidió explicaciones que le fueron ampliamente dadas sobre el alcance de la Regencia, quedando muy complacida y reconociendo que con ella se puede resolver el problema nacional, y que quien sea designado por la Regencia podrá con razón considerarse Rey de todos los españoles, agregando: «Mi hijo y yo creemos que el Rey que venga ahora a España tiene que ser reconocido de todos los españoles y no comprende él cómo eso pueda ser de la manera que pretenden "éstos" que se haga».

Manifestó con repetición su incondicional adhesión al Rey y a la Reina, ocupándose en frases emocionadas de la actual situación de S. M. Doña María de las Nieves, y en cuanto al Príncipe Don Javier, sin ocultar cierto distanciamiento particular o privado de índole absolutamente familiar y doméstico, dijo que ello no obsta en lo más mínimo a que en el orden de lo político sea él el llamado a regir la Comunión Tradicionalista por el cargo en que quedó designado por el último Rey. Para terminar, las frases con más frecuencia dichas fueron las muestras de afecto delicadísimas y confianza plena en Fal Conde, profundamente extrañada y sorprendida por su confinamiento y como quiera que por éste fuera imposible su viaje a Viareggio, le dejó los encargos que a bien tuvo para que se desvanezcan equívocos y para que, libre de falsos entendidos, el Príncipe Don Carlos viva más de cerca la vida del Carlismo y también la egregia señora quede más en comunicación y asiduo conocimiento de nuestras cosas.

Seguidamente de esta entrevista, que tuvo que ser cortada por haber llegado la hora de una visita que había anunciado al Convento de Santa Clara, fue a estar con estas religiosas, y después visitó el Museo del Requeté, siendo allí recibida por unas sesenta personas, señoras y caballeros destacados en el Carlismo sevillano, y con abundancia de oficiales. Tampoco tenía noticias de la existencia de este Museo, que le impresionó grandemente.

En la mañana del día 5 continuó para Cádiz siendo despedida por un grupo de personalidades carlistas sevillanas, y reiterando su afecto y confianza a don Manuel Fal Conde. Este no había ido a la estación por razones de prudencia en evitación de que la señora pueda ser considerada mal por las autoridades, pero le envió algunos obsequios y una carta de despedida acompañada de copias de los documentos carlistas de mayor importancia durante estos años y de unas notas que se transcriben a continuación.

* * *

Escritos de Fal Conde a Doña Blanca

Serenísima Señora:

De verdadera emoción ha sido para mí la ocasión de esta mañana de ofrecer mis respetos a S. A. en fecha tan evocadora como la de hoy y habiendo recibido de la bondad de S. A. tan inmerecidas atenciones.

No debiendo ir a la estación por razones de prudencia que ya S. A. conoce, permítame formular en estas letras mis gracias y mi despedido con votos y oraciones a Dios Nuestro Señor para que la acompañe en el viaje y la ilumine con Sus gracias en los asuntos tan arduos y trascendentales para España, en los que la Hija mayor del glorioso Carlos VII (q. D. g.) tiene significación muy destacada.

En el hotel habrá encontrado unos libros para los ratos de ocio del viaje y adjuntos van dos sobres con una reliquia del requeté mártir Antonio Molle y con recordatorios diversos de gloriosos muertos de nuestra Comunión y de las intenciones de las Misas que en número de trescientas diarias celebra nuestra Cruzada de Oraciones por la Paz y el Reino de Cristo.

Permítame, además, enviarle una breve nota, síntesis de la conversación que, por bondad de S. A. hemos tenido y copias de algunos escritos de más actualidad.

Con la renovación de la mayor reverencia queda una vez más a las órdenes y servicio de S. A.

Serenísima Señora

M. Fal

* * *

A su Alteza Real Doña Blanca de Borbón

En el momeno español, por demás grave, se encuentran en situación de Regencia, a la par, la Comunión Tradicionalista por falta de determinación precisa del sucesor en el Trono de los

Reyes de España, y la Nación. Situación de Regencia prevista en las leyes históricas españolas y experimentada muchas veces en los Reinos diversos de nuestra Patria.

Y como queda dicho, al mismo tiempo que la Comunión Tradicionalista está constituida en forma de Regencia, en el interregno de la muerte del último Rey, sin haber quedado Príncipe de Asturias reconocido, y la designación que se haga del Rey de Derecho llamado a suceder a aquél. Y al mismo tiempo, la Nación española, constituida en un régimen de tipo dictatorial y por naturaleza transitorio, se encuentra en la necesidad de que se instaure en el Poder la forma monárquica en tipo de Regencia, o sea de la institución adecuada, por las leyes y usos tradicionales españoles, para restablecer las instituciones monárquicas que, como los Consejos y las Cortes, son complementarios del ejercicio de la autoridad Real.

Esto supuesto, es elemental el deber de la Comunión Tradicionalista de suspender la designación del Príncipe sucesor, mientras pasan las gravísimas circunstancias que pesan sobre la Patria en el orden interior y en lo exterior, en primer término, porque tal designación perturbaría la marcha que quisiéramos fuera regular de la gobernación española, y en segundo lugar para que sea posible dar a España un Rey que, trayendo un derecho por razón del origen de la dinastía legítima, le sea reconocido por la Nación española.

La guerra pasada no ha sido hecha bajo las banderas del Rey Carlista como las del siglo XIX. Ha sido hecha por la Nación y no puede sustraerse la concurrencia de la misma, adecuada, organizada y representada, de la determinación del Rey que ha de recoger tanta gloria y encauzar los futuros destinos nacionales.

En las adjuntas copias podrá refrescar la memoria S. A. sobre la forma en que fue constituida la Regencia de la Comunión Tradicionalista por el inolvidable Rey Don Alfonso Carlos (q. D. g.) y al propio tiempo conocerá la carta reservada, por entonces, que puso el Rey a Don Javier en forma de instrucciones para desempeñar su cometido y la última carta que he recibido del Rey sobre la misma cuestión, pues aunque es de fecha 3 de julio del 36, apareció en un sobre cerrado para que me fuera entregada después de su muerte. El punto capitalísimo para el Partido Carlista, por razones de legitimidad y honor del apartamiento de los miembros de la dinastía liberal, queda perfectamente garantizado, como verá S. A., en estos documentos. No siendo ningún Príncipe de esa dinastía, la Comunión Tradicionalista no tiene prejuicio alguno ni favorable ni adverso en relación a ningún Príncipe, entre aquéllos que con verdad pueden ostentar el nobilísimo calificativo de carlistas. Y no tiene prejuicio alguno, ni puede tenerlo,

porque en conciencia, como españoles, y como carlistas, tenemos que servir la grave necesidad española de unidad, bajo los principios fundamentales, de lealtad a la Regencia decretada por el último Rey y de altísima conveniencia del bien nacional que reclama la instauración de la Regencia en este momento reconstitutivo, para que con plena capacidad jurídica pueda ser designado el Príncipe que, con indiscutible título, pueda reinar sobre todo este pueblo español, no impuesto por una minoría, que aunque la más selecta, y aunque la más heroica en la guerra, no ha librado la Cruzada bajo las banderas de un Rey determinado.

Mas si la política de persecución del Partido Carlista prosiguiera y pasara el momento oportuno de instauración de la Regencia, quedando, dolorosamente, otra vez relegada la Comunión a la misión de reserva histórica, podría levantar el Caudillo de derecho que la guiara en su proscripción y encabezara futuras luchas de reivindicaciones de las que hemos de pedir a Dios nos veamos libres, porque su misericordia no consienta que pase esta hora sin dar el triunfo de Su Causa.

Mas si eso ocurriera, el partido tendría derecho a darse un caudillo y la Nación sabría cuál habría de ser su Rey si esta Causa, bajo las banderas de aquél, llegaba al Poder. Ahora, no, ahora la nación sabe que la Comunión tiene un programa, verdaderamente generoso, verdaderamente nacional, programa de Regencia tras el cual el Rey será con plenitud de derechos, tanto en el orden ideológico como en el jurídico, Rey de todos los españoles.

Y si éste es mi pensamiento, ¿cómo expresar a S. A. la emoción que me ha producido oírle tan espontáneamente declarar que mientras no acabe la espantosa guerra mundial no dirá si se cree o no con derechos a la sucesión del Trono de España? Emocionalmente, Señora, he oído esa declaración, y no puedo por menos de agradecer a Dios que se la haya inspirado, porque incomunicada S. A., por fuerza de las circunstancias con la Comunión Tradicionalista, y aconsejada por ciertos elementos más o menos separados del Carlismo, que tratan de influenciarla en el sentido de una quimérica proclamación de derechos, ¡qué sino la Providencia de Dios, ha inspirado a S. A. esa acertadísima resolución!

Porque en las presentes circunstancias la proclamación de cualquier príncipe sería perturbadora en lo nacional, causa de división profunda en el Carlismo, descrédito de la Causa en lo internacional, y el mejor ambiente en favor de Don Juan. Esto sería así, aunque la Comunión Tradicionalista, con el Príncipe Regente a la cabeza y su actual jerarquía, cayeran en el error de esa prematura proclamación. ¿Qué virtualidad podría tener, por tanto, esa proclamación hecha por un grupo de hombres, al-

gunos de ellos bien intencionados, pero por lo general despegados de la Comunión Tradicionalista, ausentes en sus luchas, no seguidos por la masa de nuestro pueblo, y por los heroicos requetés de nuestra guerra? Pues si tal proclamación llegara a hacerse, mucho me temo que el Príncipe que fuera arrastrado a esa equivocación, quedaría en tan desairado papel que se dificultaría su designación para el día de mañana. Entienda Su Alteza que establezco esta aclaración no más que para refozar este argumento: La Comunión Tradicionalista tiene ante el pueblo español el gran prestigio de que el Rey que designe la Regencia que a lo tradicional se constituya, será el Rey de todos los españoles y a ese prestigio repugna la vinculación imprudente a un Príncipe determinado por puro sentido partidista.

Y no me queda más que recoger con la mayor emoción la frase de S. A. sobre el deber de los príncipes en este momento. Bien dice S. A. que hacen mal los que hablan a Don Carlos del supuesto deber, que ciertos señores le atribuyen, de levantar bandera de derechos personales en este momento. No puede haber deber en contra de la lealtad a la Causa y en contra de la gran conveniencia nacional. Antes al contrario, el deber de los Príncipes en estos momentos es militar efectivamente en la Comunión, como tales Príncipes, como nuestro Estado Mayor, como nuestros Jefes de Derecho, como posibles Reyes de la Nación Española. Quizás la Comunión tenga la pena de no haber recibido de manera más inmediata y próxima, el calor, la asistencia moral, de todos los Príncipes que comulgan en nuestras ideas, que llevan sangre de nuestros reyes, que no claudicaron ante las tiranías usurpadoras del liberalismo. Con el calor de nuestros Príncipes la Comunión Tradicionalista está segura del porvenir y puedo responder a S. A. de que tenemos fe cierta de que, en la gran crisis de España, la Comunión Tradicionalista está indicada por los más amplios sectores nacionales para ser la que ocupe el poder y en él, con plenitud del derecho, restaurar la dinastía de los Legítimos Reyes.

Procuraré enviar a S. A. Don Carlos una exposición sobre la situación política española y ampliando y documentando estas breves notas y tengo la esperanza de que él ha de aceptar puesto en nuestras filas de combate, lleno de confianza en Dios, asegurado de que hemos de esperar pacientes estos críticos momentos y estar preparados para un futuro que Dios ha de depararnos.

Sevilla, a 4 de noviembre de 1940.

Fiesta de San Carlos Borromeo.

¡Viva Cristo Rey!

¡Viva España!

¡Viva el Rey!

Minuta de la conversación celebrada entre el señor Careaga y don Manuel Fal Conde.—En la tarde del domingo 10 de noviembre ha estado a visitar al señor Fal Conde, don Ignacio Careaga, que venía de Cádiz de haber despedido en el barco a Doña Blanca de Borbón.

Expuso el señor Careaga al señor Fal Conde aquellos antecedentes que creyó convenientes, para dar una explicación a su actuación política de estos últimos tiempos. Se había distanciado de la Comunión Tradicionalista, dijo, por los años 1918 al 1920 por discrepancias con otros miembros del Consejo Supremo de la Comunión al que él pertenecía, y no ha vuelto a actuar hasta después de liberado Madrid, donde pasó el período rojo. Pensó él, y comunicó a otros amigos, que era conveniente actuar en F.E.T. y de las J.O.N.S. para infiltrarse y dominarlos, pero luego ha comprendido lo inútil de esta política. Después, creyendo que lo que hacía falta era resolver la cuestión sucesoria, estudió este asunto, llegando al convencimiento de que los derechos de la Dinastía Legítima correspondían a Don Carlos de Habsburgo, en cuyo sentido redactó un escrito que ha enviado hace un poco de tiempo al señor Fal Conde, y que éste no ha recibido. Dio a conocer aquel escrito a algunos amigos y a Juan José Pradera (1), a requerimientos de éste. Como Pradera le manifestara que era muy interesante aquella tesis, accedió a su ruego de que la diera a conocer a Gamero, el que también le comunicó en entrevista al efecto que estimaba interesantísimo el trabajo y que podría ser que la sucesión en favor de Don Carlos resolviera el problema nacional, por lo que se proponía dar cuenta al señor Serrano Súñer y esperaban que habían de serles concedidas ciertas facilidades y medios de propaganda.

Entonces pensó el señor Careaga en que tal vez sería una política interesante realizar esta labor con estas facilidades, para después dominar en las esferas. Declaró repetidamente, que no ha pretendido hacer nada contra la Comunión Tradicionalista y que ha obrado en el supuesto que le habían manifestado, entre otros Plazaola, de que Fal Conde no se oponía a esta campaña.

Le interrumpió Fal Conde estableciendo el siguiente distingo: No es verdad, dijo, que yo no me oponga a esa campaña. Yo no me opongo a Don Carlos pero sí me opongo a la campaña en su favor porque la creo altamente perjudicial.

Desvanecido este punto, Careaga se esforzó en dar toda clase de explicaciones con verdadera efusión y cordialidad, pretextando no haber pretendido nunca, y menos ahora, ser rémora ni obstáculo a la marcha de la Comunión, que él acata como carlista, al igual que los demás carlistas que han mirado con simpatía o bien han colaborado en dicha campaña.

Se aludió entonces a don Esteban Bilbao, informando el señor Careaga de la política que había seguido en este asunto, declarando ya blanco, ya negro, según la persona a quien se dirigiera, y como el señor Careaga hiciera la declaración de que don Esteban durante toda su vida se ha caracterizado por ese modo de proceder, indicó que no obstante no puede negársele la condición de carlista, porque ya una vez durante la Dictadura fue expulsado por el Rey, mientras que ahora como no tenemos Rey no puede ser expulsado de una manera auténtica.

Fal Conde objetó a esa consideración consignando que don Esteban Bilbao, el Conde de Rodezno, don Luis Arellano y todos los que como ellos han prestado colaboración en cargos políticos destacados, no sólo sin la autorización de la jerarquía, sino abiertamente en contra de la orientación de la Comunión, se han salido ellos mismos de ésta. No podemos negar la cualidad de carlistas a muchos que no militan dentro de la Comunión. El ser de carlistas es ante todo subjetivo: de convicción, de amor a unos ideales. Pero el Carlismo no es un pensamiento difuso sino un ser orgánico de acción común a unos fines sociales; una comunidad de leales a la Causa y a los Reyes portaestandartes de la misma. De modo que hay muchos carlistas que no pertenecen a la Comunión pero que siguen siendo carlistas. Ahora bien, si los que con su proceder han marcado una actuación política distinta de la Comunión han salido de sus cuadros, ¡cuánto más aquéllos que no sólo han marcado una actuación distinta, sino manifiestamente contraria, sirviendo a nuestros perseguidores!

Ahora bien, siguió diciendo Fal Conde, una cosa es lo dicho y otra distinta que no conviniera declarar oficialmente una expulsión. En aquellos momentos de la Unificación y del Consejo Nacional una orden de expulsión de tan calificadas personalidades, ministros, consejeros, gobernadores, etc., hubiera sido estimada como una agresión política al Generalísimo, y graves razones de prudencia vedaron hacerlo (2). Pero bien entendido que si hubiera habido lugar a tal expulsión, yo no comprendo que la de don Esteban hubiera de ser dictada por el propio Rey, ni por el Príncipe Regente, ni tan siquiera por el Jefe Delegado. La expulsión hubiera bastado que la hubiera decretado el Jefe local, como ya otra vez fue expulsado don Esteban Bilbao por orden del Jefe Regional de Vizcaya.

A cada momento el señor Careaga fue mostrándose más y más cordial y respetuoso, cambiándose mutuamente entre los dos frases de la mayor estima y comprensión y acabando por pedir al señor Fal Conde que le informara de una porción de hechos que él desconocía y cuya existencia fue viendo en el curso de la conversación. Efectivamente, fue informado por Fal

Conde de las dificultades hasta ahora insuperables para hacer la designación del Príncipe cabeza de estirpe a quien corresponde el derecho de la dinastía legítima española. Facultad legislativa la que ejercerá la Regencia en la restauración de las instituciones monárquicas. Pero lo legislativo, lo que aplicará, es la determinación de la persona porque no se trata de elegir el Príncipe, sino por modo judicial o arbitral con plenitud del derecho soberano, resolver qué es el sucesor legítimo, o sea el Príncipe de mejor derecho.

Y si hasta aquí se ha tolerado esta campaña, desde este momento no se volverá a consentir que se siembre la cizaña en nuestro campo, empezando por requerir el concurso de todos los príncipes que con dignidad pueden llamarse carlistas para que se acabe de una vez la tibieza y apartamiento en que viven y empiecen a demostrar su amor a la Causa y a rendir su servicio, más calificado que ninguno, servicio de jefes de nuestras filas.

Así lo he suplicado a Doña Blanca y he encontrado en ella la acogida más efusiva y cordialísima.

En su consecuencia quedaron acordados, en que el señor Carrea dirá a sus amigos que el servicio de la Causa exige la suspensión de todas esas actividades y dirigirse a Don Carlos en el sentido últimamente indicado, seguros como estamos todos de que será el primero en dar tan magnífico ejemplo.

Sevilla, 11 de noviembre de 1940.

(1) Juan José Pradera fue Jefe Provincial de Guipúzcoa de F.E.T. y de las J.O.N.S. y durante el tiempo que desempeñó dicha Jefatura persiguió implacablemente a todos aquéllos que se mantenían fieles a la lealtad carlista. (Nota del original.)

(2) En este sentido se pronunció S.A.R. el Príncipe Regente de la Comunión Tradicionalista, Don Javier de Borbón Parma, en su Decreto de 5 de diciembre de 1937. (Nota del original.)

XII.—LEYES SINDICALES EN 1940

Recuerdo de la Obra Nacional Corporativa.—Las Leyes Sindicales.—Carta de don José María Arauz de Robles a don Ramón Serrano Súñer sobre este tema.—Resumen del «Plan de la Obra Nacional Corporativa».—Dos cartas de Don Javier a don José María Arauz de Robles.

El año 1940 empieza con una Ley de la Jefatura del Estado sobre «Unidad Sindical», de fecha 26 de enero (Aranzadi 177); y termina con la Ley de Bases Sindical de 6 de diciembre, que ha estado vigente, aunque con retoques crecientes, hasta 1970. Es, pues, un año muy importante para este tema.

El Decreto de Unificación de 19-4-1937 acabó con la creciente rivalidad entre las centrales nacional-sindicalistas de Falange Española de las JONS, y las delegaciones de la Obra Nacional Corporativa, de la Comunión Tradicionalista; ambas poblaban la zona nacional en la que mantenía un esfuerzo permanente por dilatar su influencia, y se apresuraban a tomar posiciones en la zona progresivamente liberada. La rivalidad no acabó por fusión, acuerdo, federación, mezcla, arreglo o unificación, sino por la simple supresión de la Obra Nacional Corporativa y la concesión del monopolio del asunto a las CNS. Este proceso llevó algún tiempo, pues en la retaguardia había muchas cosas por hacer, mucho desorden y muchas improvisaciones.

Recuerdo de la Obra Nacional Corporativa

Reproducidos a continuación una circular de los comienzos de la O. N. C.; nótese los puntos 3 y 6 que acusan la indicada rivalidad con la C. N. S.

JUNTA CARLISTA DE GUERRA DE GUIPUZCOA

La Junta Carlista de Guerra de Guipúzcoa se considera en el deber de llamar poderosamente la atención de todos los organismos locales de la provincia sobre los siguientes extremos relacionados con actuaciones de orden social:

1.º LA OBRA NACIONAL CORPORATIVA NO ES UNA EMPRESA POLITICA pero para nadie es un secreto que por coincidir exactamente sus orientaciones con las doctrinas sociales del Tradicionalismo nuestra Comunión apoya resueltamente esta organización, cuyos iniciadores y dirigentes más destacados militan en nuestras filas.

2.º En consecuencia todos los organismos de la Comunidad Tradicionalista y muy en especial las Juntas Locales, deben impulsar las actividades de la OBRA NACIONAL CORPORATIVA promoviendo sus actos de propaganda, facilitando Centros de reunión a las Entidades adheridas a la misma, poniéndose a disposición de sus propagandistas y protegiendo en general a todos sus afiliados.

3.º Conviene muy en especial insistir en la necesidad de que los adheridos a la OBRA NACIONAL CORPORATIVA deban tener la máxima seguridad de apoyo de todas las entidades Tradicionalistas y fuerzas del Requeté en lo que se refiere a su libertad de trabajo y estabilidad en el mismo, no permitiéndose por ninguna otra organización se les haga la menor insinuación a este respecto.

4.º Todos los Tradicionalistas, Requetés y Margaritas que por sus ocupaciones se crean en el caso de dar su nombre a alguna agrupación de carácter social, deberán forzosamente adherirse a entidades unidas a la OBRA NACIONAL CORPORATIVA.

5.º Los Pelayos especialmente deben ponerse siempre que sean requeridos por conducto de sus superiores a disposición de los propagandistas y representantes de la citada Obra para la distribución de la propaganda.

6.º Es de suma importancia que por las Autoridades Tradicionalistas se procure dar máximas facilidades para que se cumplan las instrucciones emanadas del Secretariado de la OBRA NACIONAL CORPORATIVA, en Guipúzcoa, y que por las mismas se observen las actividades sociales de otras organizaciones, vigilando sus movimientos, recogiendo su propaganda y dando cuenta de cuantas novedades ocurran a este respecto a la Delegación Social de la Junta Carlista de Guerra de Guipúzcoa.

¡VIVA ESPAÑA!

San Sebastián, a 12 de abril de 1937.

El Secretario General,
en funciones de Presidente,

Antonio Arrúe

Sr. Delegado Local de la Junta Carlista de Guerra de Guipúzcoa.
SAN SEBASTIAN.

* * *

Del libro, «Plan de la Obra Nacional Corporativa», transcribimos una relación de lo conseguido hasta la Unificación

En Zaragoza, se ha constituido brillantemente la primera Asociación precorporativa de la Cultura correspondiente a su distrito universitario.

De Ondárroa a Fuenterrabía, toda la población marinera, se ha puesto en pie, y ha constituido, la primera Asociación precorporativa de la Pesca, cuya extensión por todo el litoral hispano se ofrecía rápida y fácil.

Se inician ensayos cooperativos como el de la imprenta de Badajoz netamente gremial, cuyo valor sintomático es incalculable.

Las más caracterizadas asociaciones estudiantiles y juveniles de España, se incorporan gozosas a la tarea de crear un Orden Nuevo.

La más importante organización mutualista sanitaria del territorio liberado —de Aragón— se incorpora a la Obra y se dispone a extender sus beneficios por toda España.

Los más valiosos y representativos elementos de Vizcaya, Valencia y Cataluña refugiados en la España nacional, montan las organizaciones, para implantar el sistema en sus regiones, acompañados de la conquista, sin perder un solo momento.

Se constituye en Soria un núcleo organizador de la primera Precorporación de la Madera, cuyo folleto, como el de la Pesca, se publica por la Obra.

Nace por primera vez, en este clima del Orden Nuevo, una profunda preocupación por los problemas de la salud y de la sanidad de la Raza, con la publicación de los libros sobre la materia del gran doctor español, Vallejo Nájera, patrocinada por aquélla.

Se comienza con el máximo fervor, la organización de las Ordenes Profesionales, Ingenieros, de Profesores de Comunicaciones con la que comienza, la magnífica institución de los Requetés Técnicos.

Tiene lugar en Tarazona de Aragón, a los pies del Moncayo, que sirve de inmensa caracola al llamamiento, una magnífica asamblea de la que el campo español presente en los labradores de Aragón, Castilla y Navarra, crea y lanza el Movimiento Nacional-Agrario al que inmediatamente se incorporan los Sindicatos y Federaciones de Tarazona y Teruel y piden hacerlo otros muchos, cuando las circunstancias obligan a suspender los actos de Lugo, León y Plasencia.

Por todas partes un clamor de júbilo y esperanza que era resurrección de la tragedia, nos llama, nos alienta y atestigua la certeza y la verdad de nuestras concepciones.

Las Leyes Sindicales

La Ley de «Unidad Sindical» (26-1-1940) fue un paso provisional pero importante en la cristalización según el molde totalitario de aquel enjambre de iniciativas y actividades. Afirma que según el Fuero del Trabajo debe de haber un solo orden de sindicatos, que será precisamente el de la Organización Sindical de Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Deroga la Ley de 27-10-1938 (Aranzadi 1259) y deja a las cooperativas clasificadas en tres situaciones: las anteriores a esta última ley, ahora derogada, podrán sobrevivir si se les concede una convalidación; las posteriores se integrarán en los sindicatos, y las nuevas cooperativas que el 26-1-1940 tengan en tramitación su expediente de constitución se encuentran con que éste se suspende indefinidamente.

Y eso que la Ley de 27-10-1938, ahora derogada, ya estaba llena de reticencias contra las cooperativas e indicaba inequívocamente el rumbo absorbente de la Organización Sindical única del nuevo Estado. Su artículo primero definía lo que es una cooperativa. Se entenderá por Sociedad Cooperativa la asociación de personas naturales o jurídicas (...) que ajustándose a la legislación y tendiendo a evitar el lucro tenga por objeto satisfacer alguna necesidad común, procurando el mejoramiento económico social de los asociados, mediante la acción conjunta de éstos en una obra colectiva, así como colaborar con los Sindicatos Nacionales en la solución de los problemas de tipo económico.

Esta manifestación espontánea de la sociedad, tan querida de los tradicionalistas y de los católicos en general, que las fomentaron cuanto pudieron, va a morir a manos del nacional-sindicalismo. Primero, se le herirá con reticencias inequívocamente amenazadoras en esta ley de 27-10-1938; después, esos augurios, aumentados, se plasmarán en disposiciones taxativas de la ley de 26-1-1940, y finalmente en la Ley de Bases de 6-12-1940 desaparecerán para largo tiempo los resquicios por donde pudieran filtrarse algunas esperanzas de resurrección.

En aquella Ley de 27-10-1938 los heraldos del totalitarismo aparecen ya en la misma parte expositiva: «Las disposiciones vigentes mantienen principios tanto en lo que afecta a la definición y naturaleza de las cooperativas como a las normas porque se rigen y por las que se desenvuelve su acción directora, que no están en armonía con la orientación del nuevo Estado. Es necesario inspirar el movimiento cooperativo español en principios de permanencia en la obra y autoridad en la función, lo que exige la existencia de órganos rectores autoritarios, competentes y responsables de su gestión. Por otra parte, el nexo que habrá de existir entre las entidades económicas cooperadoras y los Sindicatos

Nacionales que hayan de construirse, hace indispensable establecer en su actuación una delimitación clara (...).

Una vez recogida la experiencia de esta primera modificación de las leyes vigentes (...) sobre cooperación y el funcionamiento de las entidades cooperativas en su relación con los Sindicatos afines correspondientes, se dispondrá de base más amplia de conocimiento que permita el mejoramiento y unificación de esta legislación».

Ya se entiende que unificar la legislación es centralismo tiránico, y dispersarla, dar libertades concretas.

El artículo 8 dice que las cooperativas dependerán del Ministerio de Organización y Acción Sindical con el que se comunicarán a través del jefe de la Central Nacional-Sindicalista. No se admitirán nuevas cooperativas, y los sindicatos podrán sustituirlas donde fueran necesarios.

Con todo, esta ley todavía admitía la existencia de unas uniones de cooperativas a distintos niveles, provinciales, regionales y nacionales, paralelas a los sindicatos pero subordinadas a ellos.

Ya hemos dicho al empezar, esquemáticamente, que la ley de Unidad Sindical de 26-1-1940 es una poda de cooperativas. Es la tala que rutinariamente hacen los estados totalitarios de cualquier forma espontánea de vida social. Cuando desaparecen las dictaduras, lo primero que hay que hacer es repoblar urgentemente el desierto que es su huella, con organizaciones sociales autónomas.

En la sociedad tradicional, los gremios eran únicos y verticales en la letra, pero tan libres que su espíritu aplicado a las magnitudes y características de hoy no hubiera sido opuesto al pluralismo de la libertad que Dios ama. Lo que realmente era imperdonablemente lesivo de la doctrina tradicionalista que el nuevo Estado debía respetar, y que decía mentirosamente hacerlo, era, no tanto la unicidad en una sociedad extensa y complicada difícil de auscultar, sino la falta de representatividad de las nuevas estructuras.

Con ser tan divergente de lo tradicional ese rumbo firmemente fijado con esa Ley de Unidad Sindical de 26-1-1940, no suscita, sin embargo, ninguna reacción seria y documentada por parte de la Comunión Tradicionalista. Existía, ciertamente, una represión política y personal y es un atenuante de peso para esa ausencia llamativa; pero eximente no nos parece, porque de unas maneras o de otras, objeciones a otros temas ya se hacían, aunque fuera en hojas volanderas clandestinas y mal impresas.

El resultado fue que en pocos meses, a fin de año, aquella política alcanzó su madurez en la Ley de Bases de diciembre. No hay que insistir en que hubo concausas de más influencia.

Pero hay que señalar que la repercusión de una protesta razonada y seria, de altura, de los carlistas de entonces, hubiera podido pesar más de lo que se imaginan los lectores de hoy, para quienes aquel *modus vivendi* preñado de paradojas y de absurdos resulta indescifrable.

Esa Ley de Bases, de más fuste y arboladura, que ha durado hasta nuestros días, mereció un comentario particular de don José María Arauz de Robles, la máxima autoridad carlista de entonces en esta materia; es una carta a su amigo Serrano Súñer, compañero en el cuerpo de abogados del Estado, que reproducimos a continuación. Pero de la Comunión Tradicionalista en cuanto tal, no hubo la menor réplica, a pesar de estarse esperando desde enero, con motivo de la Ley de Unidad Sindical.

Los únicos documentos que enjuiciaban esa política desde el lado carlista eran anteriores, la «Manifestación de los Ideales Tradicionalistas a S. E. el Generalísimo y Jefe del Estado Español», de 10-3-1939, insuficiente en este punto, que el lector hallará en el tomo 1.º de esta obra y el «Plan de la Obra Nacional Corporativa», libro de 175 páginas sobre el tema, redactado apresuradamente durante la guerra por el mismo don José María Arauz de Robles, y al que el Decreto de Unificación (19-4-1937) sorprendió en la imprenta. Agotada rápidamente su edición, no se hicieron más. Hoy es difícil de hallar y por eso ofrecemos un pequeño resumen del mismo después de la carta de su autor a Serrano Súñer; amplía y confirma muchos conceptos de ésta. Servirá para desmentir la calumnia, que algún viso de realidad ya tiene, de que a los carlistas no les interesaban las cuestiones puramente políticas y menos las laborales.

Años adelante, la Comunión Tradicionalista no dejó de pronunciarse en sus principales documentos sobre materias laborales, de organización del trabajo y de justicia distributiva. En su momento reproduciremos los textos principales. De los estudios novísimos de estas cuestiones desde el punto de vista carlista, hay que recomendar el contenido en el libro de don Rafael Gambrá, «Tradición y mimetismo. La encrucijada política del presente» (Instituto de Estudios Políticos, 1976).

* * *

Carta de don José María Arauz de Robles a don Ramón Serrano Súñer

Zaragoza, 21 de diciembre de 1940

Excmo. Sr. don Ramón Serrano Súñer

Ministro de Estado

Madrid

Querido amigo:

Este verano, cuando tuve el gusto de hablar contigo, me dejaste encargado, que si alguna cosa me parecía mal, acudiese a ti con toda lealtad, para exponerte mi punto de vista en el asunto de que se tratase, seguro de que lo acogerías con generosidad por opuesto que fuera a vuestras convicciones.

Es claro que no iba a tomar pie de esta autorización que realmente te honra y enaltece, para importunarte a cada paso, en cuestiones secundarias o ya decididas, sin posible o fácil rectificación. Pero no resisto a la tentación de hacer uso de ella con motivo de la publicación de la Ley Sindical, sobre cuyo contenido y orientaciones querría dejarte expuesta mi modesta pero fundamental discrepancia, a la par que llamar honradamente tu atención sobre el desaliento que en el ánimo público van sembrando estos intentos, que no logran cuajar una reforma real de las cosas y sobre los que pesan fatalmente una serie de tópicos aceptados con excesiva ligereza y de la misma naturaleza de los que han esclavizado y esterilizado la buena voluntad de tantos gobiernos y reformadores.

Ante todo, llama la atención el cambio en el procedimiento seguido para la redacción y promulgación de la ley. En la primavera de 1939, primera vez que se intentó aprobarla y publicarla, fueron convocadas en Burgos autorizadas y amplias representaciones de la Economía nacional, a las que se sometieron, con deseo de acertar y prudente celo por las repercusiones de la misma, los proyectos preparados por el Gobierno. Las objeciones fueron tan generales y fundadas, que estos proyectos fueron retirados. Ahora se ha prescindido por completo, según parece, de estos asesoramientos. Pudiera creerse que se estimaron aquéllos suficientes; pero al prevalecer en la nueva ley las tendencias más combatidas entonces, parece que lo que se ha querido es imponer a las realidades económicas la concepción doctrinaria que ellas rehusaban; esto es, se da la sensación de legislar, ante todo, para dar satisfacción a una doctrina particular y al partido que la adopta.

No veas en esto una acusación caprichosa. De los que lo ejercen, es la responsabilidad del Poder. Pero no habrá habido quizá otro en nuestra Patria, a cuyo acierto y éxito hayan estado ligados tantos y tan profundos intereses, como son los sacrificios y esfuerzos de cuantos contribuyeron a instaurarlo. Sería más que lamentable que pudiera creerse que en ningún caso huía de las ásperas y duras realidades nacionales, por contrarias que fuesen, para refugiarse en un doctrinarismo más, desconocedor de aquéllas, dejando la defensa de éstas a otras fuerzas, que Dios no permita, fuera una de las subversivas, que hemos creído vencer para siempre. Si hay algo de común en todas las grandes catástrofes políticas es este volver la espalda de los que ejercen el Poder a las realidades del pueblo que gobiernan. El caso de la Segunda República española está todavía —sin metáfora— chorreando sangre.

Y el Poder surgido del levantamiento nacional, no puede incurrir ni en apariencia, en errores semejantes.

Entrando en el contenido de la Ley, tendría que señalarte reparos de idéntica naturaleza. Es acaso fácil hablar de la Comunidad Nacional-Sindicalista que se dice forman todos cuantos intervienen en la producción, pero es más difícil organizarla y hacerla marchar como tal comunidad efectiva; no todos los conceptos literarios fueron realidad viva que deba ser recogida por la ley. La manifestación externa de esa Comunidad no se descubre sino en la Jefatura y mando de la misma, que se atribuye a la Delegación Nacional de Sindicatos. Pero, ¿para qué es este mando? No parece por su especificación que se limita a lo puramente político en cuanto se refiere a estos sectores de la vida nacional o a defender respecto a ellos el bien común, misión característica y general de todo el poder público; ni parece que fuera necesario con tal carácter para ordenar los asuntos de la vida económica que corresponderían más propiamente a la competencia y al interés de los mismos elementos productores. Por la natural tendencia de todo poder a extender sus atribuciones y más todavía por la tendencia total de la Ley, este mando, de suyo incompetente para lo económico, aunque tuviere gran competencia su titular que no encontraría allí el lugar adecuado para desenvolverla, se inmiscuirá en la marcha de la producción, con iniciativas y preocupaciones extrañas, querrá estar presente en todas sus manifestaciones y en su afán por mantener esa «comunidad» de la que es cabeza y exponente, forzará el encuadramiento y violentará la «formación» nacional-sindicalista, de manera que no tardará en hacer odiosa a los productores hasta la misma solidaridad normal y natural que evidentemente les liga. La consecuencia de este sacar las cosas de quicio, puede preverse sin esfuerzo; una reacción dis-

gregadora que nos llevará, si antes no se remedia, a una época de una mayor disociación, declarada o clandestina, de la economía.

La manifestación más cercana o inmediata a los productores de este nuevo mando o jefatura de la «comunidad», está a no dudar, en las Centrales nacional-sindicalistas, de las cuales ya saben aquéllos por su actuación hasta hoy, sin que deba aquí decirte otra cosa sino que tales organismos no responden a ninguna necesidad realmente económica o de vida social, ni siquiera a la de una acción oficial que ordinariamente debiera entenderse atribuida a los Delegados de Trabajo, sino a ese propósito de estructuración nacional-sindicalista, viniendo a constituir fuera de esta misión, algo superfluo y extraño, que fácilmente derivará en pernicioso.

Pero lo que más ha de chocar, es que la que se proclama revolución nacional-sindicalista deje los factores de la vida económica tal y como los creó y conformó el liberalismo. En realidad nada fundamental cambia del desorden que tan rotundamente se condena; propiedad individualista exclusiva, libre juego del gran capitalismo y de las faenas financieras, mercado del trabajo; todo sigue lo mismo en esencia, sin más correcciones que las que pueda aportar la intervención oficial y burocrática que se organizará para colocar obreros, hacer estadísticas de paro, cobrar cuotas y en fin, intentar poner puertas al mercado liberal del dinero, de los hombres y de los productos, que abierta y clandestinamente seguirá rigiendo con tales bases la vida de la producción nacional.

Las tremendas realidades creadas por el doctrinarismo liberal que pudo desarrollar toda su eficacia desorganizadora, por la aparición de esas fuerzas que se llamaron capitalismo financiero, gran industria o industria pesada, y maquinismo, y que trajeron como consecuencia inevitable al desaparecer los gremios la aparición del proletariado, estas realidades hoy vivas y actuantes todavía, no pueden liquidarse con una cuantas frases.

Es cierto que sobre ellas actuaron, aprovechándolas, doctrinas políticas francamente nefastas, como el liberalismo político y económico, para acrecentar las concentraciones capitalistas y procurar la omnipotencia financiera, o como el marxismo, para reunir, movilizar y utilizar al proletariado contra la constitución de los pueblos de Europa. Pero parece evidente que a la vez que des-enmascarar y deshauciar estas doctrinas, lo necesario era modificar a fondo las condiciones que les fueron propicias, corrigiendo las causas que dieron nacimiento a aquellas realidades características de la inorgánica economía liberal.

Cerrar los ojos a estas realidades, como son la de un inmenso proletariado obrero que tiene en el conjunto productivo función

e intereses propios y necesita por tanto para sus problemas tener la posibilidad de crear organizaciones adecuadas, o la de una clase patronal en gran parte caracterizada por las concentraciones de capital anónimo, que ha permanecido por esto principalmente desligada de aquéllos, es sencillamente empujar a actuaciones clandestinas a unos y a otros, ya que su posición actual no variará porque la Ley condene tal estado de cosas o se motejen despectivamente de paritarias sus formaciones profesionales.

Tal posición de los factores que intervienen en la producción en lo que tiene de anormal y viciosa, no es sino la consecuencia de aquellas medidas antisociales y atomizadoras del individualismo liberal que como las desamortizadoras, desvinculadoras y disolventes de los oficios y cuadros gremiales, privaron de soporte material y de base económica a las instituciones sociales y orgánicas más características y despojaron a los obreros de su patrimonio profesional y al trabajo de su dignidad y eficacia, convirtiendo las poblaciones artesanas en masas y estableciendo sobre el solar de los talleres dismantelados el inhumano mercado de la nueva esclavitud proletaria.

Una reforma verdaderamente fundamental y noblemente ambiciosa hubiera comenzado por una reconstitución de estas instituciones primarias, propiedad y trabajo, según las leyes de la naturaleza, ya que de su desnaturalización se resiente hace tiempo toda la vida económica; hubiera preparado el camino con una reglamentación de las fuerzas financieras, corrigiendo sus abusos, pero respetando cuanto en ellas es necesario al actual estado de la vida industrial y mercantil; hubiera organizado lo que naturalmente pedía organización, huyendo de lo superfluo, que todo lo perturba; y en fin, no hubiera olvidado que una sociedad no se restaura sino según los planos y leyes con arreglo a los cuales fue creada por Dios, esto es los de su naturaleza.

Un designio generoso, que aspirase a dejar huella real, en lugar de entregarnos a la imitación más o menos disimulada de modelos extraños, tarea en la que se consumió nuestra decadencia, hubiese reivindicado para nosotros la misión de poner acordes con los actuales desenvolvimientos técnicos e industriales, las instituciones y las doctrinas que sirvieron para crear el último orden de cosas fecundo y duradero que el mundo ha conocido, reanudando el desenvolvimiento y progreso de las mismas, catastróficamente interrumpido por las primeras revoluciones religiosas y políticas cuando era más necesario, o sea cuando la técnica iniciaba los grandes descubrimientos industriales.

En esta descompensación y desequilibrio producido por el magnífico progreso de las ciencias positivas y la técnica aplicada y el establecimiento, anarquía y retroceso de las morales y polí-

ticas, que no acertaron a procurar a aquéllas las fórmulas de vida y organización en que pudieran desarrollarse adecuadamente y por el contrario con las utopías y desaciertos revolucionarios de todas clases, han convertido frecuentemente en males aquellos progresos y han malbaratado en breves épocas de locura el esfuerzo de generaciones enteras, ha estribado y continúa estribando en gran parte la causa más inmediata de la honda crisis porque atraviesa nuestra civilización occidental.

Era tentador para España que se libró de culpa en aquella brusca interrupción del progreso moral y político de Europa, colocándose frente a la primera revolución religiosa que fue la reforma protestante y que ha mantenido clarivamente la necesidad de reanudarlos con la actitud del tradicionalismo y más propiamente del Carlismo, poner ahora mano en empujarlo al nivel de las actuales circunstancias, restableciendo el equilibrio roto.

Otra cosa que se parezca a tomar los elementos disgregados por el individualismo liberal o sea las masas o las empresas de este tipo, para agruparlas caprichosa y artificialmente en centrales o en sindicatos, hijos de una concepción extraña del Estado, como antes se les agrupaba en partidos, tú puedes y debes comprenderlo, no es crear nada fundamental distinto de lo que se condena, sino seguir la serie de ensayos y de experiencias sobre esta sociedad sacada de sus quicios a la que no se le quiere volver al centro de sus leyes naturales de vida. Es abandonarse a un romanticismo más, el romanticismo de las revoluciones, como ya se ha calificado, sin ver que todo esto está en franco declive y que no queda otro rumbo salvador que el contrario, o sea, lo que bien pudiera llamarse la vuelta al clasicismo, única cosa que justificaría el esfuerzo heroico de los ejércitos, si quería aplicarse a algo verdaderamente nacional y trascendente, redimiéndose de la servidumbre liberal que durante un siglo de pronunciamientos lo tuvo al servicio del partido de moda o de los ensayos y ocurrencias más divergentes.

Nada he de decirte sobre la total ausencia que se nota en la Ley de cuanto pudiera orientarse a coordinar y articular con las organizaciones productoras, lo financiero, evitando el dominio con que ahora las oprime y atribuyendo a aquellas funciones de defensa y de regulación de precios y de productos, imposibles de ser ejercidas eficazmente ni por las centrales nacional-sindicalistas, ni por los sindicatos nacionales faltos de muchas representaciones y en cuyas funciones podría encontrarse el medio adecuado para prevenir las coyunturas económicas, corregirlas o regular sus efectos cuando fuesen inevitables.

Pero sí he de llamarte la atención sobre dos notas de la Ley que nos ocupa: Una, la subordinación de lo económico a lo polí-

tico; y otra, el control de toda la organización que se proyecta por el partido.

La subordinación de lo económico a lo político no es en realidad ninguna novedad importante; se ha dado siempre que ha habido un Poder digno de tal nombre, que ha sabido concebir las cosas según la jerarquía de las mismas y ha acertado a servir con santa libertad al bien común.

Pero para conseguir esta subordinación, no se ve que sea necesario situar en cada centro de la actividad económica una representación de elementos políticos que la intervengan. Es una cuestión de orden y no de mezcla y confusión de esferas. Como para que un Estado sea católico no es preciso que gobiernen los sacerdotes, sino que la ley moral y la fe religiosa ocupen el lugar preeminente que les corresponde y la Iglesia goce de todos los derechos indispensables para mantenerla.

La intromisión de lo económico en lo político que se manifestó en las últimas épocas del régimen parlamentario, no obedeció a ningún principio de éste, ni fue cosa querida por ninguna de sus constituciones sino una corrupción inevitable, nacida del mismo origen del Poder político en el sistema, que al hacerlo derivar del sufragio universal, abrió el camino al dinero como factor principal en las elecciones y permitió a la alta finanza dominar los parlamentos y los gobiernos.

Pero el mal estaba en el sistema y para los que sabían ver apareció entonces clara la fuerza y la dignidad de las Legitimidades que hacían nacer aquel Poder de fuentes religiosas, morales e históricas y le dotaban de un título insustituible que lo llevaba naturalmente, y más cuanto más se perfeccionase con el progreso moral y político, a procurar restaurar las leyes de vida de los individuos y de sus organizaciones naturales. Por eso, su caída fue la caída de los oficios y de los gremios y corporaciones, de las universidades, de la vida local y las libertades reales. El único poder que naturalmente legislaba para todos porque no necesitaba especialmente de ninguno y no se debía ni a un grupo ni a una concepción particular, y podía afirmar que no tenía otra fe que la que formó a su pueblo ni otro partido que la nación entera.

Si insisto en esto es porque creo firmemente que esta libertad y verdadera soberanía del Poder político que se persigue con la subordinación de lo económico, sólo se conseguirá cuando sea aquél legitimista. Y porque no quiero dejar de exponerte la razón que me movió a propugnarlo en lo que proyecté sobre esta materia, sin que en ello hubiera desconocimiento alguno de otras situaciones como la nuestra, justificada por sí misma en su misión y naturaleza.

Finalmente, el control del «Partido» destruye en la organización que la Ley propone todo carácter profesional; hará desaparecer la fisonomía auténtica de la nación, tal como se manifiesta en sus distintas actividades, bajo el barniz partidista; invalidaría las instituciones que se creasen, aunque en sí fuesen acertadas, para servir de instrumentos y vehículos de relación con otros pueblos al ponerse en contacto con órganos semejantes de los mismos; y en fin, contagiaría a la producción muchos vicios sin comunicarle virtudes.

Creo sinceramente que es vana la esperanza de reunir por este medio una selección de verdaderos valores de la economía y las empresas; sabiendo que lo que más se ha de cotizar en la nueva organización es la condición de «falangista», puede preverse con seguridad el resultado: Los hombres verdaderamente capaces y peritos en una actividad, de ordinario entregados a la misma, no serán los que se preocupen de aparentar este carácter; pero aquéllos que profesionalmente no han tenido éxito en su trabajo, los que no son capaces de levantar sus empresas con el esfuerzo y la competencia profesional que ellas piden, encontrarán un puerto de salvación o un atajo en este camino que se les brinda, para ascender rápidamente a manejar no sólo sus negocios, sino los de los demás.

Una vez más la selección al revés habrá de producirse; y los fracasados, los dados a la aventura o los excesivamente ambiciosos, revestidos de fervor falangista, ascenderán con frecuencia al mando en sindicatos y actuarán perniciosamente sobre el conjunto de la producción.

En suma, creo que la Ley malogra el propósito de reforma social y económica que todo el mundo estaba dispuesto a aceptar después de la guerra, dejando intactas las bases del sistema liberal, creando organizaciones superfluas y plegándose a un doctrinarismo, fácilmente aceptado en lugar de buscar el verdadero mundo del trabajo, el «país real» que dirían otros, o la constitución interna defendida por los tradicionalistas.

No por esto pienso que ha habido ni falta de celo, ni carencia de buena voluntad. Creo en el ferviente deseo de acertar de cuantos han intervenido en este asunto, en su extraordinaria competencia, en su patriotismo y espíritu de sacrificio. Pero creo también que contra todas estas virtudes militan posiciones iniciales y políticas sin cuya profunda rectificación es inútil todo.

Por eso te he hablado de cosas que pudieran parecer extrañas a la materia.

Espero que recibas estas objeciones o con indulgencia si te parecen triviales o con generosidad de ánimo si las crees agrias, considerando que te las hace no uno de tantos que busca vuestro

favor y vuestro agrado, sino uno de aquéllos que querrían vuestro acierto, aun a costa de vuestro disgusto y enemiga y en consecuencia desearía deciros a aquellas empresas fundamentales, sin las cuales los aciertos parciales serán cada vez más escasos y la salud de España se alejará y se hará más difícil.

Que el año nuevo os traiga muchas felicidades y cuanto quierais de tu siempre affmo. amigo q. e. t. m.

Firmado:
José María Arauz

* * *

Resumen del «Plan de la Obra Nacional Corporativa» Mayo, MCMXXXVII, España

En la portada interior lleva un subtítulo que dice: «Para un resurgimiento de España y del mundo, a un orden nacional y cristiano».

En las primeras páginas se reproducen párrafos de autores franceses (George Viance, Fernin Baconnier, La Tour du Pin, Maurice Olivier) y españoles (Eduardo Aunós y Menéndez Pelayo), sobre la crisis del liberalismo, la reforma de la sociedad y el estado corporativo; se confirma así la ambición universal del subtítulo, que se remacha en las palabras finales del libro: «Imperio, no en el trivial sentido en que lo manosea atolondradamente la inconsciencia pueril y vulgar de la moda; sino como competencia de mando primero y sobre todo, porque esta fórmula de las sociedades libres, con su soberanía específica, diferente de la del Estado, es tan profunda y española como universal, y como se basa en una concepción cristiana y redentora de los pueblos, es susceptible de aplicación a todos sin mengua de su personalidad; y así España, que tomó a su cargo su defensa, y que a su extensión consagró lo mejor de sus empresas políticas y militares, podrá volver a propugnarla de nuevo entre las demás naciones».

«Y éste será su Imperio. El conjunto de los pueblos restaurados por su influencia, no según una fórmula estatal, sino con arreglo a una concepción sobrenatural y cristiana de la vida y de la constitución y régimen de los pueblos. Y por eso, porque no tenemos otro, porque todo Imperio es el conjunto de pueblos que se desenvuelven bajo una misma influencia civilizadora y, nosotros, serviremos siempre con fervores apostólicos las derivadas del Evangelio, dicen los carteles de esta Cruzada, en pueblos semi-deshechos y ciudades reconquistadas, que nuestro Imperio tiene límites y confines de Cristiandad.»

El prólogo dice que cuando España se levantó en armas, no lo hizo solamente contra el desorden instalado en el Estado, sino contra males más profundos. Entre ellos, «las profesiones y actividades todas, hasta las más elevadas, ejercidas sin vocación y sin honor, sin más estímulos que sus rendimientos económicos, ni más medida que éstos para su dignidad e importancia».

Otros párrafos de este prólogo:

«Cuando pase el tiempo, costará trabajo pensar que hubo una época en la que los pueblos se gobernaban por opiniones y en que sobre las realidades vivas de su pasado y de su presente, prevalecían los pareceres irresponsables de las masas, obligadas a decidir sobre lo que ignoraban. Sólo en este medio pudo nacer la idea de que los pueblos se «estructuran» y arreglan a capricho de sus gobernantes de ocasión; sólo así pudo estar toda la marcha de un país a merced de un grupo de amigos, de una influencia periodística, de una maniobra o de la presión de un corro financiero, y perdida la noción del valor de las ideas y los sistemas, traicionarlas en cada «componenda» e introducir en la vida pública, para llenar el vacío de todas las virtudes, el mito imbécil de los superhombres.» (...)

«Toda nuestra concepción arranca de una reivindicación decisiva de la espiritualidad católica, de sus derechos y de sus valores básicos. No es posible edificar nada realmente humano y viable, sin apoyarlo en una interpretación verdadera de la vida del hombre y en la primacía y excelencia que tienen en ella los destinos sobrenaturales y trascendentes. Todo lo que no sea esto, es una mutilación insostenible y una quiebra del pensamiento que jamás aceptará la lógica española.»

(...) «Todo orden que se base sólo en la coacción exterior ha de ser necesariamente efímero y débil, pero más entre nosotros. Las Naciones que hasta hoy han reaccionado con eficacia contra el materialismo marxista, han buscado en las reservas más profundas del alma colectiva, las raíces espirituales en qué apoyar sus movimientos. Y así, han creado una mística de la raza, una mística del poder y de la fuerza, de la nacionalidad y de la Historia.»

«Estaba reservado a España alumbrar de nuevo la mística de Dios y de la inmortalidad, porque esta recia y magnífica personalidad que distingue a nuestro pueblo y lo hace inadaptable a las fórmulas del anonimato y de la masa, está clamando constantemente en cada uno de nosotros por una razón suprema de sus actos, que los explique como si fueran únicos en el mundo de las criaturas y sea a la vez la razón de los actos de los demás, ligando a los hombres y a los pueblos, en una preocupación y en unas inquietudes comunes.»

«Y esta razón no es otra que la que dio fisonomía, sentido y estilo a nuestra Historia; la razón suprema del ser y del vivir, del obrar y del padecer: la salvación de las almas. El negocio de los negocios, y la cuestión de las cuestiones, que cuando falla, hace que crujan en nuestro camino todos los resortes y empresas. El negocio que no vieron jamás los pobres miopes del materialismo y que fue uno más entre tantos, para esa concepción lastimosa del catolicismo liberal, que ponía su fe a ras de todas las opiniones y su espíritu a nivel de todas las cobardías y miserias.» (...)

«Sobre tal base, se desarrollan en este libro las líneas generales de nuestra concepción social, económica y política. Damos en él una versión general de la idea corporativa, adecuada a nuestro temperamento y características nacionales y dejamos trazadas las líneas fundamentales del sistema.» (...)

«También nosotros, desde hace un siglo, venimos combatiendo los partidos políticos, denunciados vigorosamente por la pluma de Pradera —mártir gigante de esta lucha—, como «organismos supuerpuestos a la nación, que sobre ella vegetan parasitariamente». Pero sobre todo, es preciso dejar aquí señalada la autenticidad de aquella concepción política y del Estado tan nuestra, tan universal, tan certera, tan ágil y propia, que señalaba el mismo Pradera, cuando comentando el primer acto fascista en España, decía que el «Tradicionalismo, al separar el Gobierno de la Representación hizo a aquél función de la Soberanía y entregó ésta a los Cuerpos de la Nación (Corporaciones) a los del Estado y a las clases sociales».

«Y de todas estas concepciones magníficas y genuinamente españolas ha querido ser parcial traducción este Plan, que la coyuntura histórica hace posible realizar. Por eso, como coronamiento del mismo, están las cinco Cámaras Corporativas, llamadas a constituir con los demás elementos las Cortes en que ha de encarnar la auténtica Representación, a la que acudirá el Poder político, para exponer sus empresas y recoger el aliento y los recursos para realizarlas.» (...)

«No se trata, en fin, de un «caporalismo» o reforma de la Sociedad por Decreto, como diría Baconnier; sino de una Obra, que es ante todo de la sociedad libre, que se hace de fuera a adentro y que no necesitará para su total perfeccionamiento y eficacia más que la consagración de la Ley y el reconocimiento por el Estado, que será nuevo y nacional cuando se ampare e inspire en ella.» (...)

«La mentalidad económica que hasta hoy ha imperado, especialmente durante el período de epilepsia capitalista que siguió

a la Gran Guerra, se ha caracterizado por prestar una atención preferente a las actividades de especulación y concretamente a las monetarias y bancarias. El fenómeno perturbador para la producción y la economía en general de la intervención y el predominio de la Banca en los negocios, gobernados y dirigidos no según exigían su naturaleza y las condiciones del país, sino con miras a la especulación bursátil montada sobre sus valores y sobre el descuento aventurado de sus desenvolvimientos, tuvo en este período manifestaciones desmesuradas que crearon con frecuencia un ambiente de pública inmoralidad. Las cuestiones relativas a las divisas, a su estabilidad y variaciones como medidas de los precios y valores, han sido también a menudo consecuencia de una especulación de tipo semita concentrada sobre las mismas o atraída sobre ellas, dando lugar por otra parte a los fabulosos negocios de la estabilización sobre el patrón oro, de los que algunas casas y grupos bien conocidos han hecho su especialidad y más de un profesional su espléndida carrera.»

«Quien se ha educado en este ambiente y estos modos —y a ello redujeron frecuentemente sus conocimientos e investigaciones los que en la Cátedra, en el mundo financiero o en los Ministerios acapararon el título de técnicos de la economía—, ¿qué garantías de renovación puede ofrecer en el porvenir?» (...)

«Uno de los síntomas más destacados de la corrupción de la vida pública ha sido en casi todos los pueblos, las relaciones inconfesables entre los partidos y las finanzas, esto es, entre las dos degeneraciones más características del orden: la de la política y la de la economía. De su alianza han nacido esos contubernios opresores de los pueblos y las clases, cuya característica ha sido la supervivencia de los grandes grupos financieros a través de todas las situaciones, regímenes y gobiernos.»

«El nuevo Orden económico que implican las Corporaciones es precisamente lo contrario del predominio de las actividades especulativas. Es el cambio y la dignificación de los estímulos económicos, con el robustecimiento de los resortes espirituales que avivan los sentimientos del deber y el sacrificio y la moralización de toda la economía, mediante la incorporación al mundo del trabajo de un sentido de dignidad y creación y mediante la sumisión de las actividades económicas al interés y a las necesidades públicas.» (...)

«Un Orden Nuevo es la necesidad suprema de España y del mundo y la consecuencia inexcusable de la guerra. No sólo una reforma económica, social y política. Algo más que esto: la revisión de los conceptos del hombre y de la vida, restituyéndoles el contenido trascendente de que se les quiso vaciar para prostituírlos a lo largo del período histórico que ahora se cancela. Ya

no se admiten por nadie concepciones particulares y mutiladas de la Política, de la Economía o de la Historia. Son concepciones distintas del hombre y de su destino, las que cambian y desvían el curso de aquéllas.»

«Movimientos Nacionales».—Ha nacido la Obra Nacional Corporativa bajo tres influencias esenciales: la honda preocupación de un desorden social; la inspiración de aquellos modelos de organización social y económica característicos de nuestro genio que fueron suficientes para garantizar y presidir la paz y prosperidad de otras épocas y que hoy son suficientes para resolver nuestros problemas si se adaptan las instituciones al actual estado de la economía de los pueblos; y el designio de hacer una cosa eficaz y fecunda.

Queremos ante todo, que nuestra Obra no sea una fría creación de la ley, sino que tenga el calor y la vibración de la vida real de nuestro pueblo.

Hay algo que diferencia esencialmente nuestra idea de otras concepciones que al exterior pudieran parecer similares. No se trata solamente de un movimiento nacional que aspire a dictar y a imponer al país un orden determinado, al que sería de temer que faltaran en la raíz los resortes íntimos de eficacia y fecundidad. Este movimiento aspira a nutrir el Orden Nuevo con diversos movimientos que se apoyan en las ideas, intereses y preocupaciones de las clases, esto es, en lo que llena la vida cotidiana de las gentes; llevan al Estado la savia de las inquietudes nacionales y restablecen en las Cortes representativas la articulación directa entre éste y la sociedad.

Sólo a condición de alentar y promover movimientos de las fuerzas vitales, dotándolos de una nueva dignidad nacional, será eficaz la instauración de una dictadura nacional y de un organismo político único que lleve adelante esta gran empresa.

Se reconocen cuatro movimientos: El Movimiento Nacional Agrario, que se propone unir, levantar y dar conciencia de fuerza decisiva a los labradores; el Movimiento Nacional de los Mares que aspira a recuperar nuestra vocación marítima; el Movimiento Nacional Corporativo, para la nacionalización sindical, la repatriación de las masas, la incorporación de las angustias proletarias a las nacionales, y la reivindicación de nuestra producción industrial y de nuestro comercio; y el Movimiento Nacional de la Cultura, acerca del cual puede verse el epígrafe «Cuestiones estudiantiles», del tomo del año 1939.

«PLAN.—Consideraciones iniciales».—La Obra Nacional Corporativa es la realización en la sociedad de abajo a arriba de la idea

corporativa, a fin de que preceda a la implantación legal del sistema por el Estado, una realidad vigorosa que asegure su acierto, su eficacia y su éxito. Vamos a crear desde el primer momento una obra corporativa que junte, armonice y haga convivir desde el comienzo a los distintos factores de la producción, sin perjuicio de sus funciones respectivas y sin estabilizar antes a patronos y obreros en organizaciones que recuerden a las antiguas de lucha. El sindicato patronal u obrero son necesarios a fin de agrupar y organizar a quienes tienen una u otra función y por consecuencia, intereses, problemas y preocupaciones comunes. Pero considerados siempre como elementos de la Corporación, transformados en tales desde que ingresan en la O. N. C. o constituidos a tal fin con los que individualmente vengan a la misma.

Son rasgos fundamentales de este Plan corporativo, y a la vez diferencias del mismo con la Ley Sindical de 1940, los siguientes:

La designación electoral de los dirigentes; aquí el Caudillo no nombraría a nadie.—El respeto y el fomento a la organización horizontal, por clases, de las personas, obreros y patronos.—Simultáneamente, el fomento y respeto de una organización vertical, mixta y corporativa para las actividades y productos.—El enlace a todos los niveles geográficos de la organización horizontal y la organización vertical.—El fomento del asociacionismo libre, de todas las maneras, indeterminado, al margen de las asociaciones que constituyen los ejes oficiales del sistema.—La creación de patrimonios a todos los niveles y la gerencia de servicios autónomos para todos los miembros.—La redacción para cada entidad de estatutos autónomos con una parte general intocable y otra variable en cada caso.

Pero dicho queda que esto sólo deberá ser por imperativo de la realidad en cada caso, ya que el criterio de la Obra es que las organizaciones obreras y patronales no permitan olvidar nunca que se trata siempre de «elementos» de la organización corporativa y que lo que se busca es encuadrarlos en las actividades vitales restauradas.

El organigrama horizontal o puro, para las personas comprende las líneas de: sindicatos obreros; sindicatos patronales; órdenes profesionales de profesiones libres con título universitario.

El organigrama vertical o mixto para actividades y productos comprende las líneas de: precorporaciones; corporaciones regionales; corporaciones nacionales de actividades y productos; cámaras o grupos de corporaciones afines formando parte de las Cortes.

Servicios e Instituciones que completan la Obra Nacional Corporativa: la Obra de Postrabajo o Circunlabor (algo así como lo que luego se organizó oficialmente con el nombre de «Educación y Descanso»); el Servicio Nacional del Trabajo; el Instituto Nacio-

nal de Estudios Económicos; Cooperativas; Mutualidades; Enseñanzas Profesionales; Secretariados. Todos ellos presentes en todos los escalones del organigrama vertical o corporativo.

«Sindicatos Obreros».—La organización de los obreros y trabajadores debe hacerse agrupando en sindicatos puros a los de cada producto o actividad (corporación) en cada localidad o comarca. Excepcionalmente, cuando las circunstancias lo exijan, habrá sindicatos de extensión regional, y sindicatos con varios ramos o actividades diversas.

Los distintos trabajadores de una misma corporación (actividad o producto) pueden constituir distintos sindicatos. Por ejemplo, en la Corporación de la Construcción habrá sindicatos de albañiles, carpinteros, fontaneros, etc.; los cuales, para integrarse en la Corporación local crean, se unen previamente y forman una «unión corporativa de sindicatos».

Pero en general se tenderá a que los sindicatos puros, tanto de obreros como de patronos, coincidan con los calificativos de las Corporaciones (productos o actividades).

Para extensiones geográficas superiores al municipio, los sindicatos puros se unen formando **Federaciones** regionales y luego nacionales, siempre de cada producto o actividad (corporación) hasta la cumbre en que se unen los de todas las corporaciones de una Cámara en Cortes formando las Confederaciones Nacionales de Trabajadores.

En algunos casos habrá varias Federaciones en cada Corporación. Por ejemplo, respecto de un mismo producto, una por el ciclo industrial y otra para el ciclo mercantil. Para los productos del campo, una Federación para los obreros de la producción, otra para los del ciclo industrial, y otra para los del ciclo mercantil. (Y otras tantas federaciones de patronos.)

«Finalidades de los Sindicatos Obreros».—A los Estatutos que libremente se dé cada sindicato se añadirá preceptivamente una serie de finalidades de las que extractamos las más originales del sistema:

Renuncia a la lucha de clases y a sus modalidades de huelga, sabotaje, etc. Propuesta, conclusión y aplicación de Contratos colectivos de trabajo a nombre de la profesión u oficio que represente el Sindicato, y para determinar las normas generales o bases de la prestación del mismo en la localidad o comarca.—Obtención de contratos de obra en común y a tanto alzado, para ser realizadas por el Sindicato, que responderá ante sus miembros del pago de jornales y reparto de beneficios.

«Gobierno de los Sindicatos Obreros».—Los Sindicatos serán gobernados y dirigidos: Por un dirigente o jefe sindical designado por la Junta y responsable ante ésta y la Asamblea. Por la Junta, que estará compuesta por representantes de los distintos oficios y categorías, elegidos por los que las integren. Y por la Asamblea general que tendrá competencia específica para intervenir en todas las cuestiones de carácter económico y que podrá ser oída sobre los contratos colectivos de trabajo.

«Recursos económicos».—Además de los clásicos de cuotas, etcétera, se dice:

«Deberá procurarse la formación de patrimonios sindicales, que constituyan para todos los asociados la seguridad de su participación en una propiedad común, acabando con la situación de desarraigo de las masas.—La garantía de que las actividades sindicales se mantienen dentro de sus justos límites está en el empleo y manejo de los recursos económicos de los Sindicatos, por lo cual, la O. N. C. tendrá la obligación de intervenir en el empleo de los mismos y el Estado deberá hacerse cargo de esta obligación al implantar el sistema.»

«Representación sindical en la Corporación».—Seguimos extrayendo:

La O. N. C. reconoce el principio de libertad sindical de los trabajadores, que podrán asociarse en una u otra organización, especialmente con miras al trabajo en común y a la obtención de contratos de obras, créditos, perfeccionamiento del trabajo, etcétera. Pero la representación en la Corporación de la profesión o del oficio, la llevará exclusivamente el Sindicato reconocido por la Obra, que será el único que podrá integrar las Uniones Corporativas y las Federaciones que constituyen los elementos Corporativos. Estos Sindicatos reconocidos serán los encargados de: Proponer y aplicar los Contratos colectivos de trabajo.—Reorganizar los oficios dentro de la Corporación y restablecer sus categorías y jerarquías. Regularizar y controlar las colocaciones entre los patronos de la Obra.—Organizar la enseñanza profesional.—Intervenir en nombre del oficio y a través de la Corporación, en todas las cuestiones generales que afecten a la producción misma.—Organizar en beneficio de la clase u oficio, los servicios generales de Seguros, Mutualidades, Cooperativas, etc.

«Sindicatos Patronales».—Las organizaciones patronales serán también puras y correlativas en general a las de los trabajadores, correspondiendo a ellas la representación de la clase en las Pre-corporaciones o Corporaciones.

En cada localidad o comarca, los patronos pertenecientes a cada ramo de actividad o producción (corporación) constituirán un Sindicato o Asociación patronal. Cuando formen, como pueden hacerlo, más de un sindicato, éstos se agruparán para entrar en la Pre-corporación, en una Unión Patronal Corporativa, correlativa de la Unión Corporativa de Sindicatos (obreros). Los escalones siguientes son la Federación regional y la Federación nacional. Pero puede haber más de una Federación, tanto regional como nacional por Corporación, lo mismo que se dijo para las Federaciones obreras.

Para la constitución de estas entidades se podrán tomar como base las organizaciones actualmente existentes en muchas localidades y regiones, tales como Cámaras de la Propiedad, de la Industria, Comercio o Agricultura, Asociaciones Patronales, Federaciones, etc. Estas organizaciones, sin dejar de atender sus actuales finalidades cuando ello sea indispensable o conveniente, habrán de ser modificadas según las exigencias corporativas, uniéndolas o diversificándolas para acomodarlas a la clasificación general de las Corporaciones.

«Finalidades de los Sindicatos Patronales».—Además de las clásicas, se especifican otras más originales, a saber: Renunciar a la lucha de clases y a todas sus manifestaciones de lock-out, cierre, etcétera, y someter los conflictos de trabajo que pudieran presentarse a decisiones arbitrales dentro de la Corporación primero, y a la Magistratura del Trabajo en su caso, después.—Concertar con las organizaciones obreras correspondientes los contratos colectivos o normas para cada clase de trabajo y lugar.—Fomentar el sistema de producción gremial por los sindicatos obreros, otorgándoles con preferencia contratos a tanto alzado, bien de una obra total, bien de parte de ella, con acuerdo específico en cada caso y garantía de que quedarán cumplidas las bases o normas generales de prestación del trabajo de que se trate.

«Recursos económicos de los Sindicatos Patronales».—Las Asociaciones Patronales vivirán de las aportaciones de sus socios, pudiendo, como los obreros, constituir sus patrimonios y poseer toda clase de bienes. Estos recursos se invertirán en los fines propios de los Sindicatos y además en todos aquellos característicos de la concepción corporativa que inspira el sistema, como enseñanzas profesionales empresariales, perfeccionamiento y mejora de los métodos de trabajo empresarial, etc.

«Régimen y disciplina».—Estarán gobernados por un dirigente o jefe designado por la Junta y responsable ante ésta y la Asam-

blea, como en los sindicatos obreros. La Junta deberá estar compuesta por representaciones de las distintas clases y categorías y por los más capacitados y conocedores de la producción y de las empresas, sin consideración a la participación económica que tengan en la misma o a la importancia de la explotación que posean. La Asamblea deberá ser oída en todas aquellas cuestiones de índole económica de la organización, o que se reflejen en las mismas, como contratos colectivos de trabajo, etc.

Para los patronos, como para los trabajadores, existirá la disciplina sindical, fundada en las ideas de servicio nacional, renacimiento espiritual, sentido castrense de los deberes y responsabilidades que impone la condición de patrono, propietario o dirigente de una empresa, y exaltación de la capacidad, el honor, la virtud y los valores morales. Habrá la disciplina de la Corporación y la general y nacional de la Obra Nacional Corporativa.

«Ordenes Profesionales».—Constituyen una Cámara independiente en las Cortes. Son la organización de las profesiones liberales con título universitario sobre unas bases que sustituyan los imperativos de puro lucro que han gobernado su ejercicio durante el materialismo, por los trascendentales y nacionales que deben prevalecer sobre aquéllos en una concepción normal de la vida y de las cosas. La Obra Nacional Corporativa no se aviene a seguir proletarizando todas las actividades ni a seguir buscando la igualdad por abajo; sino que se propone depurar aquéllas, ennoblecerlas y levantarlas, incorporando a las mismas un sentido nuevo del honor, el deber y la responsabilidad.

La existencia de las Ordenes Profesionales (del Derecho, de la Medicina, de las Ingenierías, etc.) es perfectamente compatible con la de los Colegios y organizaciones semejantes, que se ocupan de la regulación del ejercicio de ciertas profesiones, así como con la de las de asistencia, mutualidad, etc. Cada Orden Profesional incluirá en su organización y en la jerarquía correspondiente a todas sus profesiones auxiliares y restablecerá el uso de los uniformes, la asistencia colectiva a fiestas, ceremonias y actos públicos y cuanto contribuya a restablecer el espíritu y la conciencia colectiva y nacional entre sus componentes.

«Finalidades de las Ordenes Profesionales».—Renovar las profesiones asegurando su rendimiento y dignificando su ejercicio.—Restablecer en éste unas normas o código del honor profesional y organizar de nuevo Tribunales de esta clase, para asegurar su eficacia.—Dar a las profesiones, a quienes corresponde la máxima responsabilidad en la constitución y rumbo del pueblo, la manera de comparecer y actuar como fuerzas nacionales directri-

ces en la preparación y establecimiento del Orden y el Estado nuevos, marcando en él un sello de autenticidad.—Constituir el Estado Mayor del nuevo régimen orgánico y corporativo y formar un pensamiento, una conciencia y un espíritu, que lleven por los cauces más eficaces hasta las últimas zonas sociales, la inspiración única, católica, nacional y restauradora de las esencias tradicionales de la España eterna, que anima el Resurgimiento.—Hacer de los que por su profesión tienen misión rectora, palanca decisiva para atraer a los patronos y a las masas a una nueva organización económica.

«Jerarquías de las Ordenes Profesionales».—La organización de cada Orden Profesional será la siguiente: Un Jefe Nacional, asistido de una Junta en la que tendrán representación las regiones y las diversas categorías y profesiones agrupadas.—Jefaturas regionales coincidentes con las Corporaciones regionales, con una Junta análoga a la anterior; delegados locales y comarcales.

En cada Región se constituirá una Diputación Regional de las Ordenes Profesionales, integrada por representaciones de todas ellas y presididas por el delegado de la O. N. C. hoy, y del Ministerio de Corporaciones en la oficialidad del sistema.

Para toda España habrá una Diputación Nacional de las Ordenes Profesionales, integrada en la misma o análoga proporción por los representantes designados por cada una de ellas en sufragio orgánico y cualitativo y por tres de la O. N. C. La presidencia de la misma corresponderá al ministro de Corporaciones del nuevo Estado o al jefe de la O. N. C. entre tanto.

«Organigrama vertical o mixto.—Las Precorporaciones».—La organización característica de nuestra concepción y nuestra Obra, es tal vez esta: La Precorporación; porque nosotros no realizamos la Corporación una vez constituidas y en marcha sin preocupación alguna corporativa y sin finalidades de este orden, las fuertes Federaciones Sindicales, que con su potencia y extensión nacional reavivan el sentido y el espíritu de clase horizontal en los obreros y en los patronos, dificultando su solidaridad efectiva y obligando a que ésta les sea impuesta por el Estado coactivamente y no para todos los fines propiamente corporativos, sino con preferencia para los que tienden a evitar la lucha y los conflictos entre ellos.

La O. N. C. aspira a poner en contacto inmediatamente y desde el primer momento, en todas las localidades y comarcas a los trabajadores, técnicos y patronos de cada una de las Corporaciones mencionadas, para que convivan, resuelvan sus problemas locales, creen entre ellos corrientes de verdadera solidaridad, des-

envuelvan la producción en régimen de franca colaboración, sirvan al interés de su pueblo o de su comarca e instauren desde los primeros momentos un verdadero sistema corporativo, que hará fáciles los desenvolvimientos posteriores del mismo y devolverá a las actividades el sentido gremial y el predominio en las mismas del interés colectivo y del trabajo.

Las Corporaciones son regionales y nacionales y a ellas corresponden a nivel local o comarcal las Precorporaciones. A la constitución de estas últimas debe preceder siempre la sindicación u organización de patronos y obreros.

«Funciones de la Precorporación».—Se enumeran muchas en el texto que estamos extractando; algunas de las más representativas son:

El establecimiento de un sistema de conciliación que permita dirimir dentro del organismo cualquier conflicto de trabajo, mientras llega el momento del reconocimiento oficial del sistema. Una vez implantado éste oficialmente, el trámite será obligatorio en la Precorporación, así como el arbitraje en la Corporación y constituirá la primera instancia, con apelación únicamente ante los Tribunales de la Magistratura del Trabajo. Entre tanto, será honor y empeño de las Precorporaciones que los trabajadores y patronos de las mismas no tengan que acudir a otras jurisdicciones que la suya, conciliadora y amistosa, para la resolución de sus conflictos.

Impedir, en todo caso, manifestaciones de la lucha de clases proscrita por el sistema.—Cuando existan bases de trabajo regular su aplicación, y cuando no, establecerlas.

Mantener en todas las actividades la atención preferente del interés público, procurando que en las de cada Precorporación queden atendidas siempre las necesidades de la localidad o comarca en que radique.—Procurar, que en los Ayuntamientos y en los demás organismos administrativos de la localidad o comarca tengan las clases productoras organizadas corporativamente, intervención principal.

«Gobierno de las Precorporaciones».—Estarán regidas por una Junta Precorporativa, integrada por un representante de la O. N. C. que mantenga en ella su espíritu; representantes de patronos y obreros por iguales partes, uno o dos por cada categoría o clase de trabajo; un representante de cada una de las obras complementarias, «Circunlabor», Mutualidades, etc.; un representante de las Ordenes Profesionales relacionadas con ellas. Además, todos cuantos tengan interés o intervención en la Precorporación se reunirán en Asamblea por lo menos una vez al año, al solo objeto de examinar las cuestiones económicas y dictaminar sobre la marcha general de la misma.

Las distintas Precorporaciones de cada ciudad, comarca o provincia constituirán entre sí un organismo de relación o enlace llamado Junta de Enlace de Precorporaciones; estará integrado por representantes de cada Precorporación y presidido por un representante de la O. N. C. Correrá a su cargo la representación en Ayuntamientos y organismos públicos.

«Las Corporaciones Regionales».—Los Sindicatos o Uniones Corporativas de Patronos y de Trabajadores pertenecientes a cualquiera de las clases o profesiones integrantes de una Corporación, formarán en cada Región, Federaciones Patronales y Obreras. Cada Corporación Regional se regirá por un Consejo compuesto por tres representantes de la O. N. C.; dos representantes de los patronos y otros dos de los obreros por cada actividad; un representante de cada una de las Ordenes Profesionales relacionadas con el objeto de la Corporación; dos representantes de las obras complementarias, Circunlabor, Cooperativas, etc. Cada Corporación Regional, al establecer sus Estatutos, determinará la forma de constituir el Consejo y elegir sus cargos, de los cuales, y especialmente en la primera época, la Presidencia corresponderá a uno de los representantes de la O. N. C.

La Asamblea de la Corporación se reunirá una vez al año para dictaminar sobre la marcha general económica y asesorar al Consejo; estará compuesta por las Juntas de todas las Precorporaciones de la Región.

«Consejo Regional de Corporaciones».—Las Corporaciones todas de una Región, constituirán un Consejo Regional de Corporaciones en el que podrá ser sustituida la palabra regional, por la indicativa de la región de que se trate. Esto es: Consejo castellano, vascongado, etc., de Corporaciones.

Dicho Consejo ostentará la representación, no solamente de la vida corporativa total de la región, sino de su vida económica y social y le deberán corresponder, una vez implantado oficialmente el sistema, funciones capitales de gobierno de la economía regional; estudio y decisión sobre sus problemas de reconstrucción y obras públicas regionales necesarias para las actividades en él representadas; forma de contribuir las mismas a las cargas fiscales del Estado y entidades regionales, con estimación de su capacidad y posibilidades; cumplimiento en la Región de los servicios públicos; adaptación de las normas generales a las particularidades sociales y económicas de la misma, etc.

La transcendencia revolucionaria, en sentido profundamente nacional, de nuestra Obra, se acusa más en estas Corporaciones Regionales que son, en el sistema total, la concesión a la territo-

rialidad, la única institución y forma que obedece a este criterio, y el cauce por donde han de incorporar al resurgimiento español las reservas y múltiples posibilidades de la variedad de nuestros pueblos.

El Consejo Regional recabará para las fuerzas corporativas la mayor participación posible en los organismos regionales y provinciales y se articulará con las políticas y las instituciones peculiares de cada lugar, procurando un mayor vigor y brillo en las manifestaciones en que se funden y solidarizan las clases.

«Corporaciones Nacionales de Actividades y Productos».—Constituyen los elementos esenciales del Estado Corporativo Nacional. Son la expresión del nuevo orden económico, social y político, en el que la agrupación de los individuos para actuar e intervenir en la vida nacional, y hacer llegar a los órganos de dirección y mando la inspiración auténtica de aquélla y el estado de sus necesidades, ya no se hace por opiniones políticas, base de los partidos parlamentarios, sino por lo que realmente los liga y une, que son las actividades, trabajos y preocupaciones que llenan su vida y las realidades que los definen como clases sociales, según constante doctrina del pensamiento Tradicionalista español.

Las Corporaciones nacionales, al dar esta organización totalitaria, vertical y realista a la Nación, implantan de hecho el reconocimiento y afirmación de la Soberanía social, atribuyendo el gobierno de cada actividad y producción a cuantos intervienen en ella, debidamente organizados.

Las Corporaciones Nacionales se constituyen con elementos directos y no sobre otras organizaciones de segundo grado. Esto es, que cada Corporación estará constituida: Por la Federación Nacional de todos los Sindicatos o Asociaciones de Patronos o Empresas patronales pertenecientes a la producción o actividades agrupadas en la misma, sean cualesquiera el número y clase de sus organizados en cada ciudad o comarca. Por la Federación Nacional de todos los Sindicatos o Uniones Corporativas de Trabajadores, de los ramos, actividades o servicios objetos de la Corporación. Por las Ordenes Profesionales en que se agrupen u organicen los técnicos que intervengan en ésta.

Será obligatoria la Federación en el organismo nacional, de todos los Sindicatos, Asociaciones o Uniones Corporativas, Patronales u Obreras, que figuren incorporadas a la Obra Nacional Corporativa en cualquier lugar o formen parte de Precorporaciones o Federaciones Regionales. Estas Federaciones nacionales se constituirán con arreglo a los Estatutos que sus iniciadores o fundadores elaboren en relación con la O. N. C.

«Régimen y Gobierno de las Corporaciones Nacionales».—Cada Corporación Nacional de las treinta que se constituyen, se gobernará por un Consejo compuesto por los siguientes miembros: Tres representantes de la O. N. C. en uno de los cuales recaerá normalmente la presidencia; de uno a cinco representantes de los Patronos y otros tantos de los obreros, por cada una de las clases de trabajo que integren la Corporación; dos representantes de cada una de las Ordenes Profesionales que participen en las actividades de la Corporación; dos representantes de cada una de las obras complementarias de la O. N. C. (Circunlabor, Mutualidades, etcétera).

«Funciones de la Corporación Nacional».—Las Corporaciones nacionales de actividades y productos tendrán las facultades necesarias para regular la producción, los precios y la calidad; aprobar o rechazar contratos colectivos de trabajo; organizar los instrumentos arbitrales para dirimir en su seno los conflictos que puedan presentarse; y muchos otros cuya transcripción sería larga.

«Cámaras Corporativas y Cortes nuevas y tradicionales».—Las consecuencias políticas del sistema son la nueva configuración de las Cortes y una auténtica representación nacional ante el Estado.

Una vez establecido oficialmente el sistema desde el Estado, las Corporaciones Nacionales de cada Sector constituirán una Cámara Corporativa. Habrá: Una Cámara Corporativa del Campo; una Cámara Corporativa del Mar; una Cámara Corporativa de la Industria y del Comercio; una Cámara Corporativa de Servicios Públicos y Nacionales; una Cámara Corporativa de la Cultura.

Los miembros de estas cinco Cámaras, reunidos con aquellos otros representantes que la ley establezca para completar el fiel reflejo de lo nacional, constituirán, reunidos en su día, las Cortes representativas del nuevo Estado, encargadas de articular todas las actividades nacionales; establecer en cada caso las posibilidades del país en relación con las empresas políticas; promover y tutelar la reconstrucción nacional en todos los órdenes; desterrar todo espíritu y manifestación de lucha de clases; recabar la aplicación de los recursos y medios del Estado a las auténticas necesidades públicas formuladas por ellas, etc.

La elección de los representantes que han de componer las Cámaras Corporativas se verificará por sufragio orgánico entre los miembros de la Corporación, que recaerá sobre los previamente aceptados por el Consejo. Estos representantes, en la defensa de los intereses que les están encomendados, actuarán, cuando lo reciban, bajo el régimen de mandato imperativo y con plena responsabilidad siempre.

«Gobierno, Jerarquía y Dirección del Movimiento Total Corporativo».—El establecimiento de un sistema corporativo como el aquí definido, no puede abandonarse a las iniciativas espontáneas de las gentes, expuestas a aparecer, en ocasiones, contradictorias o de difícil articulación, y exige una inspiración única, traducida en una Dirección de la gran empresa de su implantación que nosotros, actuando desde fuera del Estado, hemos llamado Obra Nacional Corporativa y que en el nuevo Estado ha de tener su coronamiento y mando supremo en el Ministerio de Corporaciones.

La Jerarquía de la O. N. C. asegura hoy la unidad y eficacia de la labor. El Ministerio de Corporaciones constituirá mañana la Jerarquía Suprema del nuevo orden corporativo. Su titular presidirá por sí o por delegación, las cinco Cámaras Corporativas y podrá presidir las Cortes, reuniendo en sí la aspiración renovadora del nuevo Estado nacido de la guerra y la representación de la sociedad liberada, por primera vez presente sin interposiciones en las tareas y preocupaciones de la gobernación del país.

Conceptos y declaraciones fundamentales de la O. N. C. sobre la Nación, el Estado y el Trabajo, que en la oficialidad del sistema podrían constituir la Carta Española del Trabajo

La Carta Española del Trabajo, establece los principios y derechos fundamentales de éste y de la nueva concepción, social y económica, con arreglo a los cuales:

Se reafirma la personalidad y la existencia de la Nación y la fidelidad a sus destinos históricos.

Se restablecen los cimientos y las características de un Estado corporativo y plenamente nacional.

Se emancipan las clases y las actividades, de servidumbres e influencias antinacionales.

Se recuperan para el esfuerzo, y la tarea común, las masas proletarias, privadas del disfrute del patrimonio nacional y lanzadas de la convivencia fraterna, por las fuerzas disgregadoras del liberalismo.

Se reorganiza la economía, sobre bases de solidaridad entre todos los factores de la producción, sumisión al interés de éste, de los intereses particulares de aquéllos, seguridad en los derechos, justicia en las relaciones, fidelidad en el cumplimiento de las obligaciones respectivas y servicio en todo del bien común.

Se procura en fin, despertar y poner en tensión, todas las actividades y reservas nacionales, para lograr la rápida reconstrucción de la Patria.

NACION Y ESTADO

I. La Nación española, es una realidad histórica, cuya unidad indestructible, forjada por la creencia y el destino común de los pueblos que concurrieron a formarla, se acrisoló en siglos de afanes, empresas y sacrificios también comunes. Como tal realidad superior, no sólo tiene derecho a la sumisión de los intereses temporales y pasajeros de los individuos que en cada momento la integran, sino a la fidelidad de las generaciones que se suceden en la misión providencial de continuar la labor de las precedentes y preparar la de los que hayan de seguirlas, sin que ninguna tenga derecho a rebelarse contra esta continuidad y destruir el patrimonio común, interrumpiéndola o desvirtuándola.

Sólo en la unidad superior de la Nación, podrán los individuos que la integran llenar sus fines temporales específicos, desarrollar la Sociedad su actividad, conseguirse la efectividad de la justicia y de los derechos y alcanzar los pueblos hispánicos sus máximos desenvolvimientos.

Guardarla y servirla, es el más sagrado de los deberes.

II. El Estado nuevo es la organización superior de la Nación. El Poder político preside y rige el Estado en el que se articulan las fuerzas vitales de la Nación organizadas corporativamente.

Como Estado nacional, responde exactamente en sus directrices y características, a lo que es, quiere y significa la Nación.

Es totalitario, en cuanto es para todos, y no está jamás a merced de ningún lado ni partido. No se funda sobre opiniones, sino sobre realidades vivas.

No es un Estado de clase, sino que está sobre la clase, y a todas ofrece acceso e intervención en el gobierno y régimen de los intereses generales.

Impone la fórmula de «todos para España»; pero hace también efectiva la de «España para todos».

Prepara en fin, los medios necesarios, para que las potencias espirituales de ésta puedan desarrollarse y extender su influencia benéfica entre los demás pueblos.

III. El nuevo Estado corporativo corresponde y es la concepción política adecuada a una sociedad orgánica y a una Nación fiel a sus tradiciones y a su destino, a la que sirve con todos sus órganos y en todas sus jerarquías en el servicio esencial de un buen gobierno.

No absorbe a los individuos, ni agota sus actividades, sino que las regula y endereza a los fines comunes y nacionales y al bien general. Los individuos conservan por tanto frente al Estado nuevo, que los reconoce, su personalidad y la integridad de los derechos inherentes a la misma dentro de una disciplina nacional; especialmente para la consecución del fin trascendental y reli-

gioso del hombre, cuya excelencia supera a todos los demás y da sentido a lo temporal, a la vida y a las cosas.

El Estado corporativo reconoce asimismo la soberanía de la sociedad para organizarse y dar cumplimiento a aquellos fines que le son propios y para los cuales dispone de medios adecuados.

IV. Ninguna de las mencionadas limitaciones debilita al Estado, sino que lo fortalece, evitando la dispersión de sus reservas y energías confirmando sus atribuciones y robusteciendo sus medios.

La intervención de los nacionales en el Estado no tiene lugar tumultuosa y anárquicamente como en las democracias inorgánicas, sino a través de aquellos organismos que definen a los individuos socialmente: Familia, Municipio, Universidad, Corporación, etc.

El individuo aislado, desarraigado y autónomo, no existe para el Estado nuevo y tradicional.

Una ley de **competencias** rige los derechos ciudadanos y en su virtud, se asegura a todos una intervención eficaz y adecuada a su situación, en todas aquellas cuestiones que social y políticamente le afectan y conoce por su profesión, actividades y vida; y acaba el dictamen suicida de la ignorancia sobre lo ajeno y desconocido.

El sufragio orgánico regula así las cuestiones circunstanciales y los intereses transitorios bajo las normas permanentes que emanadas del «sufragio universal de los siglos y las generaciones sucesivas» la Tradición recoge en sus leyes históricas y principios.

Por esta misma «ley de competencias» el Poder político, encarnado en quien reúne las máximas garantías de este orden, como primer oficio de la Nación y del Estado, asume la responsabilidad y la iniciativa de las empresas políticas, que regula y condiciona la Nación organizada, otorgando, denegando o reduciendo los medios para las mismas.

El Estado aparta y persigue cuanto puede ser causa de disensión y discordia entre los nacionales y por eso proscribe los partidos políticos y su sistema y alienta y estimula cuanto por ser lazo de solidaridad entre los individuos, constituye la trama íntima de la fraternidad real y de la permanencia nacional, como sucede con las ideas, sentimientos e intereses que definen las clases y actividades.

El Estado nuevo, fundamentalmente fuerte y plenamente soberano, habrá de serlo más como portador de un designio de reconstrucción nacional hasta que ésta esté íntegramente lograda.

V. El Estado y la Nación se desenvolverán como la sociedad y los individuos dentro de un orden nuevo, antimaterialista y profundamente español, nacido de la concepción religiosa y católica del hombre y de la vida, única verdadera, insustituible para nuestro genio nacional y fuente de nuestra espiritualidad.

Los valores eternos de ésta, como la virtud, el honor, el sacrificio, la laboriosidad, etc., pasarán a ser fundamento de las categorías y jerarquías sociales y políticas, hoy apoyadas frecuentemente en el culto de las riquezas.

Además de las leyes y normas generales o específicas, cada clase y actividad formará un código de su honor profesional, obligatorio para cuantos vivan dentro de la misma y cuya efectividad se impondrá por Tribunales de esta clase elegidos por ella.

PRODUCCION Y TRABAJO

VI. Dentro de este cuadro general de la Nación y del Estado, las clases productoras y las masas proletarias, incorporadas a uno y otro con la máxima dignidad de su función y de su carácter, restauran en la plenitud de su derechos y concepciones el mundo del trabajo.

El trabajo en todas sus formas, será considerado en adelante, como una obligación moral, engendradora de virtudes, un derecho y un deber social.

Como derecho, es correlativo al derecho a la vida; todos deberán obtener la ocupación para que estén capacitados, de la Corporación a que pertenezcan o del Estado supletoriamente.

Como deber, habrá de ser cumplido por todos en la medida de sus posibilidades y aptitudes. La desocupación y la holganza voluntarias, serán consideradas como desertión de los deberes nacionales y sociales y serán proscritas implacablemente.

Durante la juventud y en combinación con el servicio militar, todos los españoles sin excepción, deberán prestar un mínimo de trabajo al Estado, con destino a obras de interés y uso público y especialmente de reconstrucción nacional.

La exaltación del trabajo, cifrando en la perfección de sus obras el prestigio nacional, será signo del orden nuevo.

VII. Todo trabajador, tendrá derecho a la remuneración justa de su trabajo y obligación correlativa de prestar en él el rendimiento debido, en bien de la producción.

El rendimiento y la calidad del trabajo dependen de la capacitación profesional y ésta se asegura por medio de la jerarquización, el aprendizaje y la expedición de títulos correspondientes a la categoría de cada oficio. La perfección del trabajo nacional va ligada al pleno desarrollo de estos principios. El aprendizaje y la expedición de títulos, será en los oficios misión de los sindicatos y las Corporaciones.

El derecho a obtener ocupación y trabajo será exigible frente a las Corporaciones para todo aquél que posea título o autorización de cualquier clase expedido por las mismas.

Se considerará de primordial interés nacional la habilitación de todas las inteligencias suficientemente dotadas para su aplicación a los trabajos intelectuales, hasta conseguir que ninguna de éstas se pierda en la esterilidad y la ignorancia.

Esta habilitación se llevará a cabo por las Corporaciones y por las Universidades con sus recursos propios y en último caso por el Estado.

VIII. La justa convención del trabajo comprenderá siempre:

a) Las condiciones que aseguren la sanidad y la seguridad de quien la presta;

b) La previsión de cuantos accidentes puedan derivarse del mismo;

c) La posibilidad de cubrir tanto las necesidades particulares del obrero como las de su familia, considerando ésta como la máxima aportación de aquél al porvenir de su Raza y su pueblo.

Los incrementos de remuneración que las necesidades familiares impongan, por su mismo carácter, no recaerán directamente sobre la empresa que emplee al obrero, sino sobre la producción en general organizada a este fin y sobre el Estado en caso necesario.

El Estado corporativo cuidará especialmente de que los trabajadores del campo obtengan condiciones que no desmerezcan de los de la ciudad en relación con el medio en que viven, con sus necesidades y con las posibilidades de la producción agrícola, evitando que la desproporción sea el estímulo para abandonar aquél.

IX. La producción nacional forma un todo orgánico y armónico que el Estado nacional-corporativo conduce al bien general de todas las clases, al aumento de la prosperidad y de la potencia de la Nación y al servicio de los fines trascendentales y eternos del hombre.

La producción surge de la colaboración disciplinada, regular y constante, de cuantos elementos intervienen en ella, como son, el empresario, el técnico y el obrero, cuyas funciones han de ser respetadas y exaltadas, así como los derechos y prerrogativas inherentes a cada una.

Al interés superior de la producción se subordinan los intereses particulares de los factores que concurren a la misma y que se regulan por las posibilidades de ésta.

X. La iniciativa privada no sólo es un derecho indeclinable de la personalidad, condicionado en su desenvolvimiento al bien común y nacional, sino el medio instituible de promover y desarrollar la producción y en general, la vida social y económica.

El Estado y la Nación la amparan y protegen, queriendo extender los estímulos de la misma a todas las actividades necesarias a la reconstrucción interna.

La iniciativa particular crea y mantiene la empresa productora y asume su dirección y responsabilidad. El Estado sólo interviene activamente en la empresa de la producción, cuando aquélla sea insuficiente en aspectos fundamentales o se trate de producciones directamente relacionadas con el interés político o la Defensa nacional, pudiendo realizar esta intervención en cualquier forma.

Los técnicos y obreros participan y colaboran directamente en la empresa productora con el patrono o empresario que la crea y organiza.

XI. Los elementos patronales y obreros de la producción se organizan sindicalmente para la asistencia y auxilio entre sus componentes, la representación y la articulación de los mismos en el conjunto. Los técnicos se organizan en forma jerárquica y de responsabilidad, adecuada a la categoría y a la dignidad de su misión.

La organización total de la producción exige esta organización previa de los factores que intervienen en ella para representar cada función considerada como tal y hacer cumplir a los que la integran sus obligaciones.

El principio de la libertad de sindicación y agremiación, derogado por el individualismo liberal, queda plenamente restablecido.

No obstante esta libertad que para organizarse y sindicarse se reconoce a obreros y patronos, a todos los efectos corporativos, la representación de la clase estará atribuida al **Sindicato nacional** que sea reconocido como tal, el cual será el encargado de concluir los contratos colectivos y llenar todas las demás funciones corporativas.

La nacionalización de los sindicatos supone la liberación de los mismos de toda dependencia e influencia de las Internacionales marxistas y su incorporación al pleno sentido nacional y a sus tareas.

Será misión específica de los Sindicatos patronales todo aquello que se refiera al perfeccionamiento de la producción en todos sus aspectos; y de los Sindicatos obreros, el perfeccionamiento y la mejora de las labores y el trabajo.

XII. Los sindicatos correspondientes a cada producción se integran y organizan en la localidad, la comarca, la Región y la Nación, en forma corporativa pero sólo la Corporación nacional reunirá la plena representación y gobierno de la misma.

Las Corporaciones de cada Región, articuladas en un organismo regional, representan la totalidad de su vida social y económica.

Las Corporaciones nacionales, a través de su agrupación en los grandes sectores de la vida nacional, se articulan en el Estado corporativo.

El Estado corporativo tiene la misión de realizar plenamente la justicia social, mediante la coordinación de las diferentes clases y estamentos sociales, en orden al bien común.

El Estado corporativo sitúa a la economía tan alejada de la concepción anárquica liberal, como de la concepción estatista del marxismo; y propugna una Economía autodirigida, esto es, dirigida por la Corporación, cuyo sistema estriba esencialmente en devolver a los interesados en cada actividad, jerárquicamente organizados, el gobierno de la misma y de sus desenvolvimientos, dentro de un orden nacional definido y mantenido por aquél.

XIII. Las Corporaciones tienen funciones económicas, sociales y políticas.

Entre las primeras figuran:

La reglamentación de la producción, su adaptación a la capacidad del mercado y la vigilancia sobre las innovaciones en la misma;

La vuelta a las producciones de calidad;

La distribución de la producción industrial sobre el territorio;

La fijación del precio justo;

La defensa y perfeccionamiento de la producción, en servicio del bien común, etc.

Son funciones sociales:

El restablecimiento de la colaboración y la armonía entre los factores que concurren a la producción;

La elaboración y aplicación de las condiciones básicas de prestación del trabajo;

La absorción del paro, correspondiente al ramo o sector productivo;

La organización del aprendizaje y capacitación del trabajo;

El ejercicio de funciones arbitrales y conciliatorias, en todos los conflictos colectivos o individuales del trabajo, como requisito previo a la acción judicial;

La extirpación de toda manifestación de la lucha de clases, etc.

Las funciones políticas son las de representación ante el Estado de todas las actividades, la información al mismo, el cumplimiento de sus consignas nacionales dentro de cada actividad, la colaboración en las empresas políticas, etc. Las Corporaciones son organismos de derecho público y secundarán la acción política del Estado en caso necesario.

XIV. La vida económica y social se desenvuelve bajo postulados básicos de responsabilidad y disciplina. Los trabajadores y

técnicos son responsables ante sus organizaciones y ante el empresario director de la producción; y éste a su vez es responsable ante la Corporación y el Estado.

XV. Quedan proscritas de todas las relaciones sociales y económicas, la huelga, el sabotaje, el lockout o cierre y todas las demás manifestaciones de la lucha de clases.

El Estado corporativo nacional asegura mediante el establecimiento de la Magistratura del Trabajo no sólo las condiciones justas de éste, sino la efectividad plena de sus derechos y la justa e inmediata resolución de las controversias surgidas entre los distintos factores de la producción.

La Magistratura del Trabajo, a cuya acción judicial precederá siempre la conciliatoria de las Corporaciones, estará integrada por jueces o magistrados asistidos de asesores profesionales provenientes de las actividades características de cada asunto.

XVI. Las Corporaciones y el Estado corporativo procurarán para los trabajadores una participación e incorporación efectivas a la vida histórica y colectiva de la Nación en todas sus manifestaciones, como fiestas, conmemoraciones, actos patrióticos, religiosos y culturales, hasta restablecer la perfecta solidaridad de su espíritu con la misma.

A este efecto estimularán y auxiliarán todas las obras que después del trabajo tienden a dar satisfacción, sentido y espiritualidad a la vida de aquéllos.

Derecho superior del obrero será la obtención de todas las facilidades necesarias para el cumplimiento de sus deberes religiosos y las atenciones de su vida interior.

CONTRATO COLECTIVO DE TRABAJO

XVII. Las condiciones de prestación del trabajo en cada producción o industria no se abandonan a la libre contratación liberal, ni se imponen apriorísticamente por el Estado. Se elaboran en forma de convenciones colectivas entre las organizaciones sindicales de patronos o trabajadores de cada ramo o demarcación territorial, con la asistencia en lo necesario de las organizaciones regionales o nacionales y teniendo en cuenta las necesidades de vida y circunstancias locales, las posibilidades de la producción y la calidad y rendimiento del trabajo. La Corporación, en funciones de su representación unitaria e integral de la producción, habrá de aprobar estas convenciones o contratos colectivos, en los que quedarán establecidas las bases de prestación de todo el trabajo relativo a la producción o ramo de que se trate, con especificación de sus clases y categorías.

El contrato colectivo es la expresión de la solidaridad entre los distintos factores de la producción, cuyos intereses se subordinan al superior interés de ésta.

XVIII. Los extremos fundamentales que necesariamente ha de regular todo contrato colectivo de trabajo, son: la calidad y el horario del trabajo; su retribución y pago de la misma; y las sanciones disciplinarias para caso de infracción por cualquiera de las partes.

La retribución tiene como límite inferior el necesario para que queden satisfechas las exigencias mínimas de vida decorosa del obrero y su familia, apreciadas con arreglo a las condiciones del medio en que se desenvuelva, del costo de las casas y del índice monetario y de los precios y serán definidos periódicamente por cada Corporación, en vista de los datos estadísticos sobre los extremos mencionados o por el Estado.

En todo lo demás, el señalamiento de la retribución así como la forma de pago de la misma, será libre para las organizaciones sindicales que la establezcan, dentro siempre de las posibilidades de la producción y teniendo en cuenta que en caso de contratación de obras a destajo, deberán establecerse a requerimiento del obrero, anticipos semanales, quincenales o mensuales, que cubran sus necesidades mínimas.

XIX. El trabajo a destajo o por obra concreta y fija, contratado con los trabajadores aislados o con sus organizaciones gremiales y sindicales, serán especialmente fomentado como medio de emancipación de aquéllos y de resurgimiento del artesanado, con sus características de labores de calidad y arte, continuidad y propiedad de los oficios, personalidad y autonomía de los mismos y restauración del taller y de la iniciativa.

En estos casos se tendrá cuidado de que las tarifas y precios por unidad de obra cubran, en el supuesto de un rendimiento normal del trabajo, las bases establecidas para los de esta clase o similares en los contratos colectivos vigentes en cada momento.

XX. Los trabajos especiales por cualquier concepto serán objeto de una reglamentación también especial.

Así, el trabajo nocturno tendrá derecho a un aumento proporcional con relación al diurno y los de las mujeres y niños que se autoricen —teniendo en cuenta que el orden corporativo tratará de respetar en su integridad las funciones de la mujer en el hogar y favorecer el desarrollo intelectual y físico de los hijos— serán asimismo regulados, en vista del rendimiento, la calidad y las circunstancias de quien los presta, procurando evitar que se establezcan competencias con el del hombre. En todo caso, el trabajo

a domicilio estará sujeto a la regulación y disciplina de los contratos colectivos correspondientes.

XXI. El trabajador tiene la obligación de observar rigurosamente el horario del trabajo y de rendir en cantidad y calidad el que deba esperarse de una laboriosidad normal y de una capacidad adecuada a su labor.

Cualquier cosa que vaya contra esto se considerará una falta a su deber de colaboración en la producción.

Tendrá asimismo derecho:

a) A un día de descanso semanal, que será el domingo, salvo que las necesidades de trabajo o la naturaleza del servicio obliguen a que sea cualquier otro;

b) Al descanso en todos los días de fiesta religiosa o civil de observancia nacional y en las tradicionales de la localidad en que presta su servicio, con las limitaciones y acoplamientos ya indicados;

c) A una vacación anual retribuida;

d) A que se le respete su puesto en el caso de enfermedad no crónica de duración determinada y al ir a prestar el servicio militar o del trabajo a incorporarse a la milicia voluntaria en que figure inscrito;

e) A continuar en la empresa de trabajo continuo cuando ésta varíe de dueño, especialmente si se trata de una Sociedad Anónima;

f) A obtener en estas mismas empresas, en los casos de despido sin culpa, una indemnización en proporción a los años de trabajo.

XXII. Las infracciones de la disciplina, debidas a los deberes generales derivados de esta carta o del contrato colectivo del trabajo, cometidas por los obreros, serán castigadas con arreglo a las sanciones establecidas en aquél según su gravedad, con reprensiones, suspensión en el trabajo e inmediato despido en los casos más graves.

De las cometidas por la dirección o empresa dará cuenta el trabajador al órgano corporativo o a la Magistratura del Trabajo, según los casos y a los mismos fines.

COLOCACION DE LOS TRABAJADORES

XXIII. El régimen corporativo se propone restablecer por medio de las Corporaciones y con la Superior intervención del Estado, el equilibrio permanente entre las necesidades de colocación de los trabajadores y las posibilidades de la producción.

Los capitales, recursos e iniciativas de los nacionales, se estimulan y armonizan en el sistema, en el sentido de crear todas las actividades necesarias y viables, hasta conseguir absorber y dar ocupación permanente y adecuada a la masa trabajadora.

Mientras esto no se consiga, ninguna iniciativa ni recurso deberá permanecer en ocio o inactividad si es adecuadamente requerida.

XXIV. Es cometido principal de las Corporaciones el cuidado y estudio por medio de oficinas de estadística e información, de cuanto se refiera al problema del paro y colocación obrera en su ramo o sector productivo y la adopción de las medidas necesarias para la absorción de aquél en las empresas de la Corporación cuando exista y para evitarlo mediante la regulación del trabajo que se produzca.

El aprendizaje y la capacitación profesional se desenvolverán en adelante, teniendo en cuenta las posibilidades y desenvolvimientos de la producción a que se refiere.

Salvada la actual situación social y económica y reorganizados y jerarquizados los oficios, todo el que esté autorizado para ejercerlos, habrá de encontrar colocación y trabajo, en su Corporación respectiva.

XXV. Las Corporaciones, en cualquiera de sus grados en primer término, los Sectores de producción en segundo lugar y finalmente el Estado, reuniendo y articulando las de éstos, organizarán y articularán bolsas del Trabajo y oficinas de colocación, en las que se refleje constantemente el movimiento y situación de la población trabajadora, por localidades, regiones y productos y a los que acudirán los empresarios en sus necesidades.

Se consagra la libertad de éstos para elegir a los trabajadores entre las listas que les sean ofrecidas, pero dando preferencia a los que figuren colaborando activamente en la implantación del régimen corporativo.

Esta preferencia se acentuará en todo caso para los excombatientes de la guerra nacional.

Los sindicatos de trabajadores se cuidarán de que éstos sean seleccionados técnica y moralmente en las oficinas de colocación.

PREVISION, ASISTENCIA Y COOPERACION

XXVI. La previsión es un aspecto esencial de la concepción corporativa de la economía y el trabajo y una manifestación del principio de solidaridad y colaboración que la inspira. La Previsión es la protección organizada contra todas las contingencias que pueda sufrir el trabajador en su labor. Contribuyen a sus

gastos proporcionalmente, éste y el patrono. Conviniendo a las organizaciones de Previsión un apoyo mutuo, el Estado corporativo que estimula su creación a través de las Corporaciones, procurará articularlas e instaurarlas en un plano nacional.

XXVII. La Previsión y la Asistencia sociales se desenvuelven principalmente después de procurar las mejores condiciones en el medio en que el trabajo se presta, en un sistema de seguros que atiendan:

- a) A los accidentes del trabajo en todas sus formas;
- b) A las enfermedades profesionales y algunas otras como la tuberculosis, de importancia tan decisiva en la sanidad general;
- c) Al paro involuntario y a la vejez;
- d) A las necesidades de la maternidad y al fomento de los auxilios dotales para jóvenes.

El Estado corporativo promoverá también en este sentido, directamente o a través de las Corporaciones, la creación de Sanatorios, Dispensarios, Institutos de reeducación, etc.

En los Contratos colectivos se prevendrá el establecimiento de las necesarias Instituciones y asistencias de Previsión, como Cajas mutuas de enfermedad con régimen paritario, etc.

La asistencia a sus asociados por los sindicatos y organizaciones profesionales, es obligatoria y deberá estar regulada en sus estatutos, teniendo una de sus formas en la tutela de los mismos en las gestiones administrativas y judiciales relacionadas con los seguros.

Esta asistencia sindical podrá ser delegada en beneficio del trabajador y de su eficacia.

XXVIII. Será cuidado específico de los sindicatos y Corporaciones y en último término del Estado cuanto se refiera a hacer efectivo el cultivo intelectual y espiritual de los trabajadores, contribuyendo como ya se ha dicho anteriormente a las obras que lo atienden después del trabajo y facilitando su desarrollo en estos aspectos en relación con Universidades, Patronatos, etc.

También será cometido de los mismos la mejoría de condiciones de vida de las clases populares mediante el desarrollo de la Cooperación; cuanto se refiera a la conservación y fomento de la sanidad de la Raza y cuanto diga selección a hacer eficaz la reforma de las costumbres que postula el orden nuevo.

PROPIEDAD Y CAPITAL

XXIX. El Estado corporativo reconoce y mantiene el derecho natural de propiedad que asiste al hombre y a las personas y entidades sociales que el mismo crea. Este derecho se afirma en

todas sus formas y con relación a cualquiera clase de bienes como inherente a la naturaleza humana y a las condiciones del mundo exterior y mantenido a través de los tiempos.

Su ejercicio está condicionado a las exigencias del bien común y al servicio nacional. El titular de la propiedad aumenta sus obligaciones sociales y políticas en proporción a sus derechos como tal.

La propiedad colectiva y comunal —de Ayuntamientos, Sindicatos, Corporaciones, Universidades, etc.—, así como la de las Personas Jurídicas en general, se restablece plenamente sin otras limitaciones que las de la propiedad privada en su ejercicio y las nacidas de la condición de sus titulares. Estará atribuida a estas propiedades colectivas la satisfacción de las atenciones sociales —educativas, benéficas, etc.— propias de los organismos sobre los que se reedifica el orden nuevo.

La propiedad de la tierra y sus productos queda ampliamente reconocida como característicamente nacional, pero con el designio de ser extendida al mayor número por estímulos y correcciones económicas como medio de arraigar la población en el suelo y de hacer efectivos para ella el cumplimiento de todos sus deberes nacionales.

Se restablece asimismo la defensa del trabajo nacional por medio de la titulación, la facilitación de su ejercicio particular, la efectividad de los oficios como propiedad de los trabajadores, etcétera, y se restaurará a través de esta concepción **el Artesanado**, que habrá de sustituir en lo porvenir al proletariado, reabsorbido a través de esto y de las propiedades colectivas en el nuevo orden nacional.

Las propiedades intelectual, artística, etc., serán objeto de un especial cuidado y protección.

El reconocimiento y reafirmación del derecho de propiedad y la seguridad de su mantenimiento es esencial para el desarrollo de las iniciativas privadas que mueven la economía.

XXX. Los derechos del capital son asimismo reconocidos en el campo de la producción con todas sus prerrogativas.

No obstante, el Estado corporativo procurará a través de las Corporaciones ir organizando sus servicios de circulación y colocación, como nacionales y en concepto de tales servicios y dictará las normas eficaces para concluir con el imperio de las oligarquías bancarias y financieras, que han perturbado la vida económica y desorganizado la producción.

XXXI. El principio orgánico y de autodirección y solidaridad que implica la idea corporativa, no se limita a la Economía y será de aplicación a otras actividades, especialmente a las culturales, sobre una base universitaria.

CREDO SINDICAL CORPORATIVO

«**La Obra Nacional Corporativa** es la empresa magna de la reconciliación nacional; la fórmula de la Paz y del Orden nuevo; el régimen de los pueblos libres, fuertes y justos.

Yo, miembro de ella, proclamo con la convicción más firme y fe en sus principios y en sus realizaciones;

Creo en Dios, Padre de pobres y ricos, Redentor universal, justicia perfecta y clave de la vida y de la Historia;

Afirmo, sobre todos, los valores del espíritu —la virtud, la honradez, el talento, el honor, el valor, la lealtad, la laboriosidad, etc.—, únicos capaces de establecer el equilibrio, roto por las desigualdades de la posición y la fortuna;

Proclamo la dignidad y el orgullo del trabajo y de mi oficio, en cuyo fiel desempeño están mi honor y mi gloria;

Reivindico para él la totalidad de los derechos que se le deben, son necesarios para su desenvolvimiento y compatibles con la producción;

Sé que los bienes que poseo como empresario o patrono, en nombre del derecho esencial de propiedad que asiste al hombre, son también instrumentos de un servicio social y nacional superior que debo prestar fielmente, haciéndome digno de la misión que con ellos se me encomienda;

Reconozco la solidaridad entre cuantos elementos y factores concurren a la producción y a cualquier actividad social, y la necesidad de la existencia entre ellos de una disciplina y una jerarquía que aseguren su normal funcionamiento;

La producción es, además de un desenvolvimiento de la personalidad, con sus iniciativas insustituibles y su vocación y aptitudes, **una empresa nacional** y sus instrumentos, un patrimonio común que a todos toca conservar y defender;

A la relajación de las costumbres debe seguir una incorporación de las virtudes militares a todas las actividades públicas, sociales y económicas, hasta dar a la vida el tono ascético y místico, de deber y de sacrificio, que exige la recuperación espiritual necesaria;

Hay un mandato inexorable de los que cayeron: que no descansemos hasta levantar todas las ruinas y rehacer a España entre todos, más fuerte, más grande y bella que nunca;

Sé que el porvenir será del pueblo que acierte a dar la fórmula definitiva del nuevo orden social y económico, y quiero contribuir con mi colaboración a esta gran empresa y a que este pueblo sea España;

Quiero ver en mi hogar y en mis hijos lo mejor de mi vida y la reserva y la esperanza máximas de mi Patria, y reclamo para ellos todos los sagrados derechos que les corresponden;

Aspiro a crear, con todos los que conmigo constituyen esta gran Obra Nacional-Corporativa, una vida nueva, alegre, fecunda y llena de la ilusión magnífica de una constante creación;

Creo en España y quiero dejar la señal de su grandeza y de su genio en cada una de mis obras, hasta que el descanso eterno corone mi vida honrada y laboriosa.»

• • •

Dos cartas de Don Javier a don José María Arauz de Robles

A continuación reproducimos dos cartas inéditas de Don Javier de Borbón-Parma a don José María Arauz de Robles, delegado Nacional de Gremios y Corporaciones y autor del libro «Plan de la Obra Nacional Corporativa».

St. Jean de Luz, 25 de diciembre de 1936

Mi querido Arauz de Robles:

Mucho te agradezco tus sentimientos de adhesión y devoción personal así como los de los miembros restantes de la Junta Nacional, y bien sabe Dios que no es porque a mí se refieran, sino a pesar de ello, por mi cargo de Regente de nuestra gloriosa Comunión.

Te agradezco también tu felicitación de Pascuas y Año Nuevo, a la que sinceramente correspondo, lamentando tener que estar tan alejado de vosotros, contra mi voluntad, en estos días tan alegres que esta vez son tan tristes para los buenos españoles.

Yo también tengo que felicitarte por alguna otra cosa y lo hago con gusto. Me refiero a la feliz actividad con que llevas tu cargo de Delegado Nacional de Gremios y Corporaciones.

No debes olvidar que tu cargo es hoy acaso el más importante de todos. Y acaso el de mayor responsabilidad. Porque como tú dices muy bien el magnífico comportamiento de los Requetés nos brinda una ocasión de resurgimiento nacional. Dices una verdad muy grande. Y por eso mismo, por el heroico comportamiento de nuestros Requetés en los frentes, debemos organizar la retaguardia y de manera principal, por ser el mayor problema que nos trajo el liberalismo, debemos atender a la llamada cuestión obrera.

Green algunos que los tradicionalistas no tenemos soluciones para este pavoroso conflicto, cuya explotación política ha sido el factor más importante que ha dado el auge,

cuando no el triunfo, a los partidos socialistas de todas las naciones del mundo.

Green algunos, demasiados, porque nos desconocen, que el tradicionalismo es solamente una doctrina religiosa o un partido aristocrático, ignorando que son obreros y campesinos los que constituyen nuestra masa, y no saben que lo bueno que tiene el fascismo está tomado de nuestro viejo ideario que es viejo y modernísimo, como lo es la verdad. Que la verdad no es más que una, y esa está con nosotros, la tenemos nosotros. ¿Crees, si no, que podríamos existir después de un siglo, entre tantos escombros? ¿Por qué si no también se nos persigue con tanta saña y por todos los medios?

Es por eso, querido Arauz, por lo que es tan enorme tu responsabilidad.

Y como la mía no es menor y pudiera sobre ella caer la tuya, si la pudiera haber, yo te encarezco muy señaladamente, aunque sé que no es necesario, que no descanses en tu labor de orientación y propaganda hasta lograr que nuestro sistema corporativo sea una realidad en los últimos rincones de España. Celebraré que en la primera entrevista que tengamos me pongas al corriente con todo detalle del funcionamiento de nuestras centrales obreras y que me envíes mientras tanto todo lo que vayas haciendo de propaganda a Llorente, a su casa de San Sebastián, para que él lo haga llegar a mi poder.

Te saluda cariñosamente tu afectísimo

Francisco Javier de Borbón

* * *

Lisboa, 25 de julio de 1937

Mi querido Arauz:

Te agradezco muy cordialmente los magníficos ejemplares de tu obra que acaban de entregarme y las dedicatorias con que los ofreces.

Aparece tu trabajo en el preciso momento en que puede imprimir la orientación más eficaz a la nueva España.

Ofrece, además, a tantas inteligencias actualmente desorientadas la llave de nuestras aspiraciones que, con la ayuda de Dios, constituirán la futura base social. En la época en que vivimos, la confusión de ideas y conceptos sociales es tal, que el público no sabe orientarse. Existen una porción

de proyectos mal ideados, confusos, en los que el sentimiento domina la razón. Pocos son los que han estudiado los problemas sociales, pero todos hablan sobre los mismos erigiéndose en doctores o en defensores de conceptos extranjeros, inadaptables en el pueblo español.

Tu obra llega por consecuencia en el momento oportuno, ya que, dejando a un lado cuestiones de detalle, recoge lo esencial, lo traduce en formas prácticas y realizables por su sencillez y su buen sentido, y forma un proyecto sobre que tiene por base el concepto profundamente cristiano y español que ha de caracterizar nuestra reconstrucción.

Las peligrosas directivas del totalitarismo absorbente, que hace del Estado una pesada máquina administrativa, no sólo directora sino también ejecutora, que aniquila toda iniciativa de particulares o colectividades, que impone reglas fijas en vez de adaptarlas a cada categoría, reduciendo de ese modo la actividad humana a un mero trabajo de serie industrial, han sido felizmente apartados en tu proyecto por lo que te felicito.

El Estado no debe tener más intervención que la de «consejero director», y nunca debe adueñarse de la construcción social, porque en ese caso, si saliera de sus funciones, el individuo y la familia no vivirían mas que en función del Estado. El, que no debe existir mas que en función de los individuos o mejor de las células principales que son las familias.

Esa ha sido la enorme equivocación de la política social alemana y más mitigada, aunque también allí pesa, la del estatismo totalitario italiano.

Tu proyecto corresponde a nuestro concepto de cristianos y de pueblo inteligente y, por tanto, más individualista y más ágil.

Por ello se acerca a las fórmulas de Portugal y Austria, y eso se explica porque nuestro pasado tradicional ya lo ostentaba en sus fórmulas legales. Hubiera constituido el desarrollo natural de dichos países, si las revoluciones de estos veinte últimos años no lo hubieran retrasado.

En cambio, en países nuevos —la unidad alemana e italiana no remonta a más de cincuenta años—, la tradición se había perdido para dar lugar a un nacionalismo nuevo que, después de destruir el antiguo equilibrio tradicional que se adaptaba seguramente a los tiempos nuevos, ha tenido que sustituirlo por una centralización excesiva.

España es uno de los países en los que la tradición se ha conservado con mayor fuerza, y en donde la continuidad legal y monárquica, aunque deformada, había guardado las

grandes direcciones. Y a ello debe el haber podido alzarse en un gesto tan heroico en circunstancias en que cualquier otro país hubiera sucumbido.

Nuestro programa es el único adaptable y necesariamente constructivo, porque está injertado en un pasado útil, y a él se adapta para conseguir su continuación.

Me voy alargando demasiado. Te felicito de corazón, mi querido Arauz, y te agradezco ese hermoso trabajo realizado con claridad y energía. A nosotros corresponde ahora imponer su ejecución, aunque la hayan comprometido ciertas ideologías de nuestros... colaboradores.

Gracias muy especialmente por los ejemplares magníficamente encuadrados, destinados a mi madre, a mi hermana Zita, y a Otto. Haré que lleguen a sus manos en breve y te agradezco ese gesto de verdadero amigo.

No te había contestado a tu carta anterior, que he estudiado, por esperar un emisario seguro. He hablado largamente con Fal sobre su contenido y estamos de acuerdo sobre la mayoría de sus puntos.

Adiós, querido Arauz, y muchísimas gracias, quedo tuyo afectísimo,

Francisco Javier de Borbón

XIII.—CREACION DEL FRENTE DE JUVENTUDES. Recuerdo de los Pelayos

Creación del Frente de Juventudes

Una Ley de 6 de diciembre de 1940 instituyó el «Frente de Juventudes» y determinó sus funciones. Al final de la parte expositiva se lee: «Al Frente de Juventudes corresponden dos tareas: la primera en estimación e importancia consiste en la formación de sus afiliados para militantes del Partido; en segundo lugar le compete irradiar la acción necesaria para que todos los jóvenes de España sean iniciados en las consignas políticas del Movimiento. A este fin, el Estado debe asegurar al Frente de Juventudes los medios para ejercer la necesaria influencia en las instituciones de la enseñanza oficial y privada, así como en los centros de trabajo».

Desde el principio del Alzamiento, la Comunión Tradicionalista y Falange Española de las JONS montaron en grande sus organizaciones juveniles, con sus respectivos uniformes, doctrina y estilo. La de Falange se llamaba «Flechas» y la de la Comunión Tradicionalista, «Pelayos». Entre ellos y los combatientes había sendas organizaciones intermedias, la «Segunda Línea de Falange», y el «Requeté Auxiliar». El Decreto de Unificación de 19-4-1937 hizo desaparecer a los Pelayos, quedando dueños los Flechas del patrimonio unificado. Era un caso particular del fenómeno más general que hizo de la Unificación una absorción o liquidación de la Comunión Tradicionalista y de sus obras especializadas, como Frentes y Hospitales (véase año 1939).

La creación del Frente de Juventudes fue una creación más del Estado totalitario en construcción los años de la hegemonía del Eje Italo-Alemán. Con mentalidad centralista y monolítica se encuadraban en él —claro está que más en el papel que en la realidad— desde las niñas de siete años hasta los universitarios próximos a terminar su licenciatura, para que hicieran el servicio militar; posteriormente la Milicia Universitaria fue absorbida por el Ejército. Tan previsor y completo era el organigrama que no quedaba lugar para ninguna asociación juvenil, fuera del tal «Frente». Esto dio lugar a no pocas reticencias y fricciones con la Iglesia, que aspiraba a sus propias organizaciones juveniles. Cuando el Estado totalitario creía robustecerse, se empobrecía; con la absorción y desaparición de los «Pelayos» perdía para España una organización modelo que había contribuido notablemente a la rebosante salud de la retaguardia nacional. Una vez más, el centralismo uniformista y dominador, secaba la variedad espontánea de la sociedad. Por su parte, la Comunión Tradicionalista no podía

pensar en resucitar ni siquiera con una ficción en este sector tan inocente.

Recuerdo de los Pelayos

Esta organización para salvar a los hijos pequeños de los carlistas del ambiente republicano, entretenerles y formarles según su capacidad, data de los años de la gran resurrección y movilización del Carlismo como respuesta a la Segunda República. El diario «El Siglo Futuro» habla de ellos a partir de 1932, y posteriormente publicaba un suplemento dominical infantil titulado «Pelayín», que después del Alzamiento fue magnífico semanario independiente con el título de «Pelayos».

Pero antes del Alzamiento su número y actividad eran reducidos y no tenían más interés que el teórico. En cambio, después, en zona nacional su esplendor fue grande y alcanzaron la categoría de organización importante. Tuvo una participación notable y permanente en el caldeamiento del ambiente de patriotismo, entusiasmo y esperanza en una gran resurrección nacional que caracterizaba la retaguardia nacional y la diferenciaba de la roja.

En todas las capitales de provincia tenían los Pelayos grandes acuartelamientos, individualizados o dentro de los del requeté. En San Sebastián, en el Gran Kursaal, hoy desaparecido, se concentraban varios centenares de chicos. En Zaragoza, rebasaban el millar. Montaban guardias de ordenanzas o botones en las oficinas y dependencias de la Comunión y del Requeté. Aprendían la instrucción militar con armamento de madera fiel reproducción del verdadero, fabricado en Zarauz. Se les daban conferencias de formación religiosa, histórica y ciudadana. Hacían marchas y excursiones al campo. Los domingos, después de oír la Santa Misa en formación, lo cual no obstaba para que las comuniones fueran masivas, desfilaban con sus bandas de cornetas y tambores al frente por las calles de la ciudad entre aplausos y vítores de las gentes que se apretaban en las aceras para verles pasar.

Quando se liberaba una capital, los Pelayos de las más próximas acudían a ella a alegrarla y a hacer ambiente con sus desfiles, músicas, uniformes y banderas. El uniforme era caquí, con camisa y corbata caquis, como en el Ejército, y con boina roja; correa sencilla de color avellana; en el bolsillo izquierdo de la camisa iba un escudo del Requeté bordado, y en el bolsillo derecho se prendían algunas medallas y «detentes» a imitación de los combatientes. Los Pelayos que deambulaban por las calles saludaban militarmente a los oficiales y jefes del Ejército, y a los sacerdotes, que entonces se honraban con la sotana y los hábitos de sus Ordenes.

Los domingos se ponía a la venta una revista infantil llamada «Pelayos», con historietas y dibujos a varios colores, que fue el sucedáneo, ambientado con la coyuntura, del anterior y clásico TBO. Traía, además, un artículo religioso a toda plana, magníficamente escrito por el sacerdote catalán, fugitivo de zona roja, P. Vilaseca. Los dibujos de aventuras enlazaban con temas de historia patria, de la Reconquista, de la Colonización de América y de otras guerras. Era tan excelente su calidad que llegó a tirar y vender 70.000 ejemplares, cifra extraordinaria por lo reducida que era la población de la zona nacional y por las dificultades económicas imperantes.

Tenían un Himno-Marcha de gran empaque y calidad musical, cuyas estrofas decían así:

Pelayos, somos de España,
Decididos a luchar,
Para hacer de nuestra Patria,
Cuna de héroes, inmortal.
Somos niños, los Pelayos,
Más seremos sin tardar,
Los soldados más valientes
Que a su Patria salvarán.
Boina roja, tu serás:
El emblema del honor
Porque triunfe la Verdad
De la Santa Tradición.

El autor de esta recopilación ha repasado fragmentos de las listas de los «Pelayos» a que perteneció. En el transcurso de la vida, la mayoría se ha ido alejando del Carlismo. Pero no deja de ser curioso que, estudiados los casos uno a uno, se ve que este alejamiento ha coincidido en la gran mayoría de los casos, con el alejamiento de las prácticas piadosas. Algunos amigos al hacer el mismo estudio con otras listas de conocidos suyos han hecho la misma observación.

XIV.—BIBLIOGRAFIA

«Por Dios, por la Patria y el Rey», de José María Pemán.—Dos libros sobre Antonio Molle Lazo.—«Las Guerras Carlistas», de Juan José Peña Ibáñez.—«La verdad del Tradicionalismo», por Evaristo Casariego.—«Vázquez de Mella. Sus ideas. Su persona», por Rafael García y García de Castro.—«Pequeña historia del Reino de Navarra», por Eladio Esparza.—«El Infante Don Sebastián y la batalla de Oriamendi», por Francisco de Apalategui.—«Aparisi y Guíjarro», por Vicente Genovés.—«Tradición», por Juan Echave-Sustaeta.

«Por Dios, por la Patria y el Rey», de José María Pemán.

Era un álbum lujosamente editado con unos cuadros de Sáenz de Tejada, dibujante de precioso estilo personal inconfundible, alternando con unos pocos y breves versos, bellos y expresivos, de José María Pemán. Bien pudiera la calidad de los dibujos hacerles prevalecer, en la denominación de esta obra sobre la brevedad de la aportación de Pemán; pero la fama de éste le ayudó a destacar.

Las estampas y sus versos hablan del himno de Oriamendi, con notables errores históricos, y de Zumalacárregui. Cuestiones de hacía más de cien años, cuya inocuidad se asegura con un tratamiento poético. Esto era lo único que el nuevo Estado dejaba publicar de Carlismo. Seguía prohibida la edición de libros de más fuste conceptual, como «El sistema tradicional», de don Luis Hernando de Larramendi, que no verá la luz hasta 1952 y con el título cambiado por el de «Cristiandad, Tradición, Realeza», o como el «Plan de la Obra Nacional Corporativa», de don José María Arauz de Robles, con muy precisas pretensiones políticas en materia laboral de aquellos días, editado en 1937, agotado inmediatamente, y después difícilísimo de encontrar.

Renovamos, pues, puntualmente, por lo que toca al año 1940 que estamos estudiando, la denuncia, que seguiremos repitiendo en años venideros, de que el «establishment» de entonces utilizaba la tolerancia con el folklore carlista como coartada para negar o disimular su persecución en cuestiones puramente políticas, más interesantes e inéditas.

No es despreciable por esto el libro que analizamos. En su prólogo Pemán ofrece algunas ideas útiles para una comprensión del Carlismo en un aspecto suyo fundamental y muy querido, que es el rebosamiento de su entidad más allá de todo el perímetro de su propia política, y en el cual radica su supervivencia a las peores persecuciones. Al Pemán de entonces pertenecen estos párrafos:

«Corre por toda la Historia de España, y es su sostén, su cimentación y en los instantes decisivos su salvación, una fuerte e impetuosa corriente vital, hecha de valores elementales y humanos, resistentes a todo cambio y desfiguración. Ella pone todo lo que de fuerte y genuino tienen nuestras creaciones, así en el pensamiento como en la vida. Ella quita, a veces, por su propia y henchida vitalidad, facilidades para meter esa vida o ese pensamiento en perfiles clásicos y austeros. En literatura esa corriente produce el Romancero, el teatro clásico y romántico. En Historia produce la guerra de la Independencia o el Carlismo.»

«Esa corriente impetuosa parece a veces que se pierde; pero es únicamente que se ha ocultado, como el Guadiana, para reaparecer poco después. En definitiva, nada la detiene, ni la tiñe ni la desfigura. Con nada pacta ni se alía. Triunfan el endecasílabo y el soneto, pero siguen corriendo subterráneamente los octosílabos populares, dispuestos a renacer en décimas y en romances. Triunfa el afrancesamiento clásico o político, pero la vena nativa sigue corriendo oculta, dispuesta cualquier día a pintar como Goya o pelear como Daoiz.»

«O como Tomás de Zumalacárregui. Pocas figuras como ésta representan, con todas sus cualidades y defectos, un rebrote silvestre de lo más nativo y elemental de España. En un siglo de traiciones, exotismos y afrancesamiento, él encarna la España reacia: el fondo de reserva moral que nos salvó del Renacimiento, de la Reforma y entonces de la Enciclopedia. Repertorio de todas las elementalidades españolas, en él reviven las guerrillas de Viriato, la intransigencia clarividente de Felipe II, el honor calderoniano, la rebeldía cidiana. El es impermeable a todas las aportaciones, a las malas e incluso a las buenas, añadidas a este primer inventario de nuestro ajuar moral.» (...)

«Llegan estos romances hasta la Cruzada Nacional de 18 de Julio, que es también un último rebrote y erupción de esa corriente vital, salvadora, de que hemos hablado en estas líneas. Ahora, al encuentro de ella, vendrán otras influencias más intencionadas a meterla en perfiles clásicos, a organizarla y darle sentido civil

y administrativo, a ponerle en hora de acuerdo con el momento y el mundo. Pero este álbum, con sus estampas y romances de ayer y de hoy, quiere recordar que en los momentos críticos, "cuando hay que volver a empezar", cuando hay que retornar a la fuente, a lo elemental, España repasa siempre su cartilla en las consignas sagradas de la Tradición y en las cinco notas elementales del registro manual del "chistu". El Oriamendi está otra vez colocado antes de toda retórica. Es España que deletrea y hace escalas para volver a empezar.»

Dos libros sobre Antonio Molle Lazo

En 1940 se publicaron dos libros sobre el requeté mártir Antonio Molle Lazo, del Tercio de Nuestra Señora de la Merced. Ambos tuvieron resonancia, especialmente en lo que había sido zona roja hasta el final de la guerra, donde nada se sabía del asunto, y contribuyeron al lanzamiento de su figura como ejemplo para los jóvenes, carlistas y aún simples católicos, de aquellos años, asunto sobre el que habremos de volver.

El otro se titula «Un mártir de Cristo Rey. Antonio Molle Lazo», Mártir de Dios y de España». Charlas biográficas por el R. P. Ramón Sarabia, Redentorista. 1940. Editorial El Perpetuo Socorro. Manuel Silvela, 14, Madrid. 376 págs., 11 por 17 cms.

El otro se titula «Un mártir de Cristo Rey. Antonio Molle Lazo», por el Rvdo. P. Hilarión Sánchez Carracedo, Ord. Carm. Prólogo de Monseñor Fray Federico Costa. En nuestro Convento de Barcelona. Septimania, 50. 1940. Año del Pilar. 352 págs., 12 por 18 centímetros. Este segundo es más completo y reproduce datos del primero.

Los dos libros se parecen mucho. Como la narración de la vida de este requeté y la descripción de su martirio no dan para un libro, se han acumulado ampulosas y barrocas descripciones de la situación de aquellos años, de la Cruzada y de la fisonomía religiosa política de la Nueva España. Se transcriben documentos, cartas proclamando favores alcanzados por su intercesión, y recortes de prensa de aquellos días. En los dos se echan de menos las actas del Consejo de Guerra que juzgó a sus asesinos.

Resumimos a continuación los datos sobre la vida y muerte de Antonio Molle Lazo que figuran en los dos libros.

Antonio Molle Lazo nació en Arcos de la Frontera el día 2 de abril de 1915, de una familia modesta de gran abolengo carlista; a los cinco meses esta familia se trasladó a vivir a Jerez de la Frontera, a cuya población queda vinculada su biografía. En ella estudió en el Colegio del Buen Pastor de los Hermanos de Lasalle, y desde aquella época ya hay numerosos testimonios de su piedad y de su bondad natural. La primera colocación que tuvo al salir del colegio fue de meritorio en la estación del ferrocarril de Jerez; poco después, una ley reservó las plazas vacantes para los hijos de los empleados de la compañía y le cerró el paso. Se fue entonces de escribiente a una bodega de vinos. La crisis económica de aquellos años democráticos y republicanos arruinaba los negocios, y esto le obligó a peregrinar por varios despachos y a compartir con su padre el puesto de taquillero de un cine. Lo que se dice, una familia capitalista... Después de su martirio su cadáver fue trasladado a la iglesia del Carmen de Jerez, y en ella descansan sus restos.

A pesar de las dificultades económicas que padeció siempre, fue colaborador habitual y esforzado de todas las campañas piadosas que se desarrollaban, especialmente de las eucarísticas. Rezaba diariamente el Santo Rosario y en sus conversaciones daba constantemente testimonio de su fe.

Se afilió a las Juventudes Tradicionalistas en 1931, a los dieciséis años; junto con su padre, también carlista, luchaba contra los marxistas que dominaban en los sindicatos y desde ellos les asediaban en sus modestos empleos. Fue un artista en cuestión de pintadas, colocación de pasquines y reparto de octavillas (especialidad que ejercía, además, en los pueblos de la provincia de Sevilla), y siempre entre amenazas, silbidos, pedradas y golpes. Una vez fue cogido en plena faena y fue llevado a pie y esposado, entre insultos, a la cárcel de Jerez, donde estuvo mes y medio; coincidió allí con su hermano Carlos, también detenido por luchar contra los socialistas que querían asaltar el convento de Santo Domingo.

El 18 de julio los tres hermanos, Carlos, Antonio y Manuel Molle Lazo, se presentaron al comandante Arizón, salvador de Jerez que les dedicó a la ocupación de edificios públicos y desarme y detención de elementos socialistas. Asegurada la situación, corrieron por los pueblos de la provincia de Cádiz para decidir su incorporación al Alzamiento. Antonio Molle estuvo en Ubrique y en Sanlúcar, y luego en Sevilla en la liquidación de la resistencia roja en las zonas de San Marcos, El Pumarejo, San Julián y Triana. Volvió de Sevilla a Jerez con la bandera roja y

gualda, proclamada ya inequívocamente como bandera de la España Nacional, y formó con sus antiguos compañeros el Tercio de Nuestra Señora de la Merced, patrona de su ciudad. Salió este Tercio de Requetés a cubrir el flanco de las fuerzas legionarias que avanzaban sobre Madrid. Molle quedó con quince requetés y quince guardias civiles en Peñafior, donde los rojos habían cometido durante los primeros días varios asesinatos y desmanes.

El 10 de agosto estaban aquellos requetés oyendo una Misa por el general Sanjurjo en el convento de las Hermanas de la Cruz cuando les avisaron que una muchedumbre de rojos armados estaba entrando en el pueblo. Molle y otros se hicieron fuertes en una casa; pero agotadas pronto sus municiones, decidieron replegarse por unos corrales al encuentro de sus compañeros. Se retrasó Molle por ayudar a escapar a una señora y cayó prisionero. Estaba de uniforme y ya sin armas. Un tropel de milicianos le sacó a la calle con las manos en alto, y a empujones le llevaron al comienzo de la carretera de Lora.

En medio de un tremendo griterío le instaban a que vitoreara al comunismo y él sólo lo hacía a España y a Cristo Rey; después le exigieron que blasfemase a lo cual contestó con vítores a Cristo Rey. Fracasadas estas exigencias se reanudaron, reforzadas primero con el corte de una oreja, luego de la otra, de la nariz, del cuero cabelludo, del vaciamiento de un ojo y de la contusión de otro. El respondía con ayes y suspiros de dolor y con gritos de ¡viva Cristo Rey! que contrastaban con las blasfemias de sus verdugos. Finalmente, le remataron a tiros y a cuchilladas.

«Las Guerras Carlistas». Antecedentes del Alzamiento Nacional de 1936, por Juan José Peña Ibáñez. 1.^a edición. Editorial Española, San Sebastián, 1940. 384 págs., 16 por 24 cms.

Este fue un libro importante del que posteriormente se hicieron más ediciones y hoy, agotado y difícil de encontrar, bien merece reeditarse. El Carlismo, olvidado y desapercibido para unos, enterrado y despreciado por otros, fue la gran sorpresa y revelación del Alzamiento. Existió una gran avidez en vastos sectores de población de conocerlo y desentrañar el sorprendente enigma de su resurrección. No sólo en España, sino el extranjero. Este libro vino a responder a ese anhelo y a esa demanda, y lo consiguió cumplidamente.

Es bastante más que la descripción de «Las Guerras Carlistas» que anuncia su título. Empieza antes, con reflexiones de la Guerra de la Independencia, y termina después, con Don Alfonso Carlos y se ocupa del período intermedio; es una historia del Carlismo —guerra y paz—, de sus ideas y de su filosofía, y de la coincidencia de éstas con las de la España de los buenos tiempos. Cumple generosamente el autor lo prometido en el subtítulo: «Antecedentes del Alzamiento Nacional de 1936», quizá porque adivina que es lo más buscado. Con poco trabajo se llegaría a un equilibrio entre título y subtítulo, y aun a invertir el predominio de los dos grupos, de noticias y de ideas, de batallas y de reflexiones, en unas páginas separados y en la mayoría mezclados.

En las primeras 55 páginas explica que las guerras carlistas son la continuación de la Guerra de la Independencia. Son la resistencia a la invasión del liberalismo de la Revolución Francesa y equivalen a las guerras de religión que se libraron en Europa en siglos anteriores. De tantas citas como ofrece —«cuanto este libro encierra son cosas ya de antes dichas y que andan dispersas casi todas por libros viejos y olvidadas»—, hay una que no resisto a transcribir; es de Balmes y dice: «Nuestros innovadores han acarreado a su patria calamidades sin cuento por haber concebido una España semejante a otras naciones de Europa».

El lector que quede prendido de esta tesis de que España es diferente de Europa, no sólo en el folklore para turistas sino en su esencia sola para eruditos, no lamente que no transcriba más de lo mucho que dice Peña Ibáñez, porque en no pocos lugares de esta recopilación de apuntes y documentos correspondientes a años siguientes, encontrará abundantes y valiosos materiales de ese «corpus».

Prefiero recoger aquí, para terminar esta reseña, un fragmento que refleja y explica un fenómeno importante de la Cruzada de 1936, no comentado ni divulgado suficientemente, que es la incorporación masiva a los Tercios de Requetés de hijos de familias liberales. Con él se termina la introducción al libro.

«Surgió, por fin, el retorno al tocarse las últimas consecuencias revolucionarias. Viendo hoy luchar con denuedo la buena batalla contra el Comunismo a mozos apellidados con nombres de quienes hace sesenta o cien años combatieron a los carlistas, se piensa en que se ha producido un cambio transcendental. Y se hace cierta aquella afirmación de Donoso, diciendo a los liberales: "Cuando llegue ese día de la tribulación, la congoja será tanta, que llamaremos hermanos aún a los que son nuestros adversarios políticos; entonces os arrepentiréis, aunque tarde tal vez, de haber llamado enemigos a los que son vuestros hermanos".

«No ha sido a deshora. Con nuestros abuelos y contra nuestros padres, ha dicho poco más o menos la juventud actual recordando a De Maistre. Los descendientes físicos de quienes fueron antecedentes morales de los rojos, han vuelto a la verdad española. Lógicamente, aunque la cosa requiere tiempo, volverán tras ellos las gentes de menor guisa, numerosas e incautas, que guardaron durante más espacio el apego a lo tradicional, pero fueron al fin arrastradas por el creciente oleaje revolucionario.»

«La verdad del Tradicionalismo» y como subtítulo, «Aportaciones españolas a la realidad de Europa», por Jesús Evaristo Casariego. Madrid, 1940. Prólogo del Ministro de Justicia, don Esteban Bilbao.

Este libro es una pequeña enciclopedia carlista de 300 páginas. Digo enciclopedia, y no cajón de sastre, porque las noticias acumuladas, ordenadas y ofrecidas por Casariego, van muy impregnadas de pensamiento, conceptos, ideas e interpretaciones; hay también un gran acúmulo de pensamientos como tales en esta obra. Se trata, pues, de un libro serio e importante, que alcanzó una segunda edición.

El prólogo de don Esteban Bilbao es de estilo ampuloso y rico en ideas y doctrinas, que lo hacen interesante, ya que no estimable, por la incongruencia de mezclar con los mejores pensamientos tradicionalistas lisonjas a Franco.

Escribe don Esteban en el prólogo: «Salta la indignación a los puntos de la pluma cuando se acusa al Tradicionalismo español de no haber sabido propagar la verdad de sus principios salvadores. Todavía se nos pide con acuciante insistencia la fórmula pragmática de unas aspiraciones que son la quinta esencia del espíritu nacional vivo en leyes, pragmáticas, fueros, usos y costumbres, durante dilatados siglos. Quizá no haya partido político alguno en el mundo que haya profundizado más hondamente su propia doctrina, expurgándola escrupulosamente de pasajeros yerros. Quizá ningún otro la sistematizó más concienzudamente a la luz de una filosofía perenne, convertida por arte de sus grandes propagandistas en credo popular, inspirador de las mayores austeridades individuales y colectivas».

El libro pretende ser una reivindicación del Carlismo, frente a la marea de la propaganda enemiga desde el siglo XIX hasta 1936 según el autor. Tiene documentación interesante, como el

texto íntegro del Convenio de Vergara entre Espartero y Maroto; folklore, coplillas políticas y anecdotario bélico.

El subtítulo seductor de «Aportaciones españolas a la realidad de Europa» se realiza más bien disperso a lo largo de toda la obra, en sus exposiciones conceptuales, en cuyas definiciones se hacen necesarias o convenientes las referencias a sus contrarias europeas. Esta dispersión le quita lucimiento.

Aunque las ediciones están agotadas, recomendamos al lector vivamente este libro, que ojalá vea una nueva edición. Existe un ejemplar en la biblioteca general de la Diputación Foral de Navarra.

«Vázquez de Mella. Sus Ideas. Su persona», por don Rafael García y García de Castro, arzobispo de Granada. Granada, editorial y librería Prieto, 1940. 456 págs., 1 lám., 4.º.

La epopeya de la independencia estrelló las águilas napoleónicas contra las crestas del Pirineo. Pero habían traído sus alas ideas corruptoras y el légamo que dejó el torrente revolucionario al desbordarse por el suelo de Francia lo inculcaron en el organismo nacional, y de esta suerte los vencedores en la guerra fuimos vencidos en la paz. Vázquez de Mella fue el apóstol de las ideas tradicionales frente a la revolución. «El apostolado de la pluma lo perfumó siempre con el apostolado del ejemplo».

El capítulo XXIII está dedicado a recoger la opinión de Mella sobre los prohombres del Carlismo: Cabrera, Necedal, Aparisi, Navarro-Villoslada, Gabino Tejado y Eneas.

Perteneció Mella oficialmente a un partido político; pero vivió siempre sobre él y no se mezcló en las luchas y en las intrigas que trae consigo la política menuda y partidista. (Jaime del Burgo, Bibliografía del siglo XIX.)

«Pequeña historia del Reino de Navarra. El Rey. El Fuero. La Cruzada», por Eladio Esparza. Prólogo de Federico García Sanchiz. Ediciones Españolas, S. A., 1940. 148 págs., 2 h., 8.º.

Navarra no sólo se alistó en el voluntariado heroico en torno a los reyes carlistas Don Carlos V y Don Carlos VII para las guerras de 1833 y 1872, que fueron esfuerzos nacionales del siglo XIX para la Reconquista de España, sino que, fracasados militarmente

aquellos intentos, supo custodiar con firmeza y ejemplar perseverancia, resguardándolo de todos los cierzos liberales, el tesoro de las ideas defendidas en las guerras civiles. Navarra mantuvo intacto el perfil de la postura tradicionalista, mientras en el resto de España el residuo doctrinal desaparecía con la muerte de las personas que lo defendieron y aquel inmenso bloque carlista, casi de la extensión espacial de la Península, fue diluyéndose como piedra de azúcar en el agua que fertilizaba haciendas y enriquecía riegos. Lo admirable y —si se quiere— lo milagroso de Navarra es esto: haber sabido perseverar en su forma bélica de Cruzado. (Jaime del Burgo, Bibliografía del siglo XIX.)

«El Infante Don Sebastián y la Batalla de Oriamendi», por Francisco de Apalategui. San Sebastián, editorial Española, 1940. 152 páginas, 3 lám. y 10 gráficos; 8.º.

Dividido en tres partes con un breve prólogo e introducción. En ésta aclara que con motivo de la batalla de Oriamendi se celebraron diversos actos en San Sebastián durante los días 15 y 16 de marzo de 1937 y que el contenido del libro será lo que escuchó el público donostiarra en el Teatro Victoria Eugenia. Trae correspondencia del Infante con la Princesa de Beira. El P. Apalategui poseía el archivo de la Princesa. (Jaime del Burgo, Bibliografía del siglo XIX.)

«Aparisi y Guijarro». Breviarios del Pensamiento Español. Antología, selección y prólogo de Vicente Genovés. Ediciones FE, 1940. 280 págs., 8.º.

Segunda edición, Madrid, 1943.

Selecciones de las obras completas. I. El hombre y sus ideas.—II. Crítica del liberalismo.—III. Política de España.

«Tradición», por Juan de Echave-Sustaeta. Prólogo del Conde de Rodezno. Vitoria, Editorial Social Católica, 1940. 200 págs., 8.º.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1940

- I. FIJACION DE ORIENTACIONES, pág. 5.
- II. LA PROPAGANDA CARLISTA ES PROHIBIDA POR LA CENSURA, pág. 18.
- III. LA CUESTION DINASTICA, pág. 22.—Carta de Don Juan de Borbón y Battemberg a Don Javier de Borbón Parma el 8-3-1940, pág. 22.—Actas de preparación de la respuesta, pág. 26.—Carta de Don Javier a Don Juan de Borbón el 24-6-1940, pág. 19.—Notas: Juramento de Don Javier, inhumación de Don Alfonso Carlos, pág. 33.—Apuntes biográficos de Don Gaetán de Borbón Parma, pág. 34.—Carta de Don Alfonso Carlos a Don Javier de Borbón Parma el 10-3-1936, pág. 36.
- IV. EL CARDENAL SEGURA, EL GOBERNADOR CIVIL DE SEVILLA Y LOS CARLISTAS, pág. 37.—Notas intercambiadas entre el Cardenal y el Gobernador Civil de Sevilla acerca de la inscripción de los Caídos y otras notas del Cardenal sobre símbolos y doctrinas totalitarias, pág. 40.—Un precedente ridículo, pág. 48.
- V. REFLEJOS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, pág. 51.—Ataques oficiosos a la persona de Don Javier, pág. 52.—Hoja, «Contra una cobarde agresión», pág. 52.—La radio de los curas, pág. 58.

- VI. ESTIMACION DE LA SITUACION EL 18 DE JULIO DE 1940, pág. 60.—Manifiesto de «Tres Capitanes de Requetés», pág. 60. Carta de don Gabriel Maura a don Manuel Fal Conde, pág. 78.
- VII. MAS SOBRE LA CUESTION DEL TRONO VACANTE, pág. 82.—Carta al Jefe Delegado, don Manuel Fal Conde, de los Centros de Orientación Tradicionalista, pág. 83.—Hoja «Sobre Restauración Monárquica.—Un Aviso», pág. 85.—Carta de don Manuel Fal Conde a don Macario San Miguel, pág. 87.
- VIII. PERSECUCIONES POLITICAS, pág. 94.—Carta del Director General de Seguridad a don Jose María Lamamie de Clairac el 4-6-1940, pág. 95.—Respuesta de éste el 7 del mismo mes, pág. 97.—Carta de Lamamie al Subsecretario de Gobernación el 23-7-1940, pág. 99.—Carta de don Luis Ortiz y Estrada a don, pág. 100.—Con un anexo sobre vejaciones al señor de, pág. 101.—Ingresa en prisión don Mauricio de Sivatte, pág. 103.—Multa a la señorita Lola Baleztena, pág. 103.—Don Manuel Fal Conde confinado en Sevilla, pág. 104.
- IX. EL MUSEO DE RECUERDOS HISTORICOS DE PAMPLONA, página 105.
- X. CAMBIOS EN EL GOBIERNO, pág. 107.
- XI. CAMPAÑA A FAVOR DE DON CARLOS DE HABSBURGO Y BORBON, pág. 109.—Visita de Doña Blanca de Borbón y Borbón a Sevilla y entrevista con Fal Conde, pág. 109.—Escrito de Fal Conde a Doña Blanca, pág. 112.—Entrevista del señor Careaga con Fal Conde, pág. 116.
- XII. LEYES SINDICALES EN 1940, pág. 119.—Recuerdo de la Obra Nacional Corporativa, pág. 119.—Las leyes sindicales, pág. 122. Carta de don José María Arauz de Robles a don Ramón Serrano Súñer sobre este tema, pág. 125.—Resumen del «Plan de la Obra Nacional Corporativa», pág. 132.—Dos cartas de Don Javier a don José María Arauz de Robles, pág. 161.

XIII. CREACION DEL FRENTE DE JUVENTUDES, pág. 165.—Recuerdo de los Pelayos, pág. 166.

XIV. BIBLIOGRAFIA, pág. 168.—«Por Dios, por la Patria y el Rey», de José María Pemán, pág. 168.—Dos libros sobre Antonio Molle Lazo, pág. 170.—«Las Guerras Carlistas», de Juan José Peña Ibáñez, pág. 172.—«La verdad del Tradicionalismo», por Jesús Evaristo Casariego, pág. 173.—«Vázquez de Mella.—Sus ideas, su persona», por don Rafael García y García de Castro, arzobispo de Sevilla, pág. 174.—«Pequeña historia del Reino de Navarra», por Eladio Esparza, pág. 175.—«El Infante Don Sebastián y la batalla de Oriamendi», por Francisco de Apalategui, pág. 175.—«Aparisi y Guijarro», por Vicente Genovés, pág. 176.—«Tradición», por Juan Echave-Sustaeta, pág. 176.

INDICE ONOMASTICO DE 1940

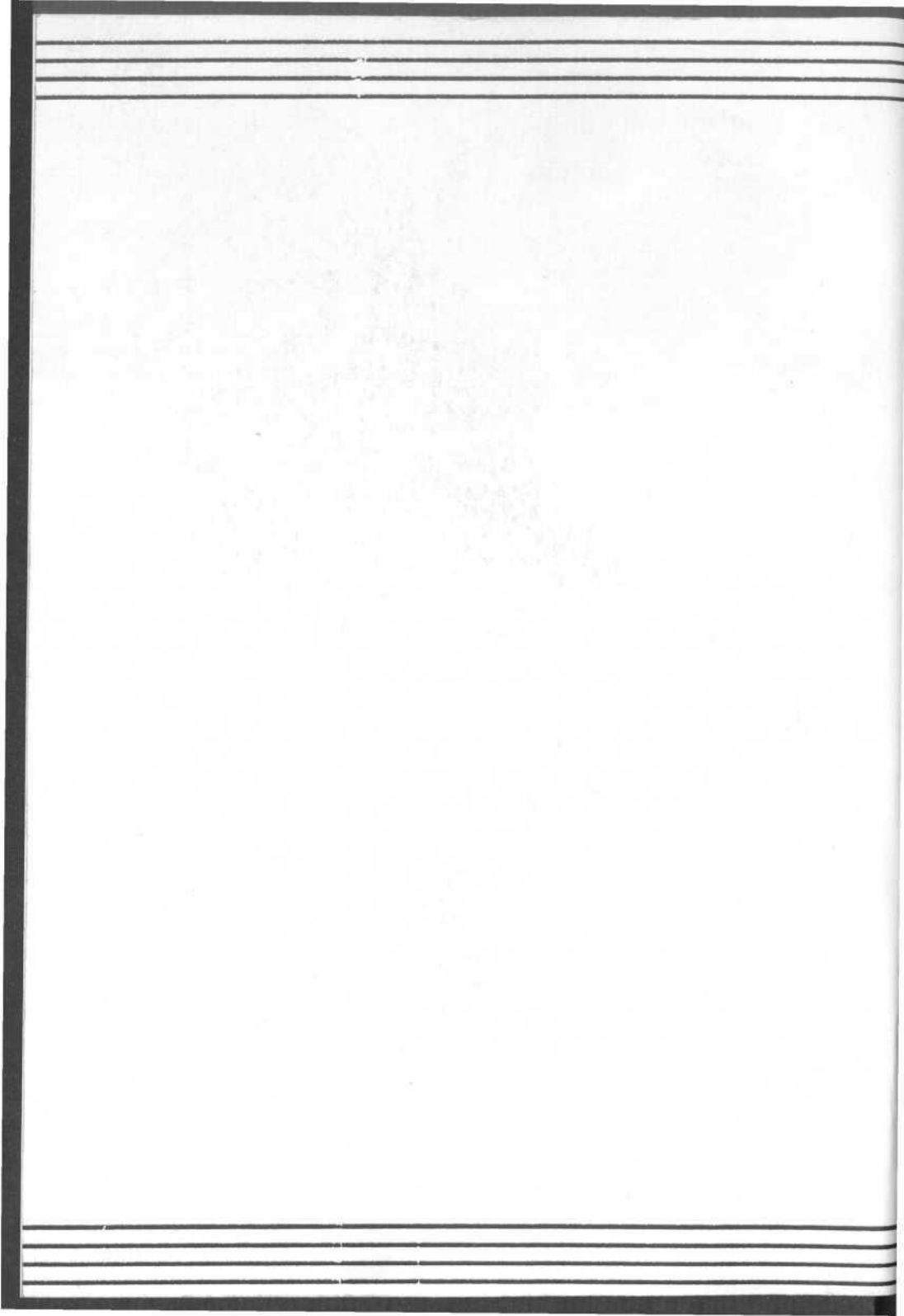
- Acedo, José.*—109.
- Alarcón de la Lastra, Luis.*—107.
- Alfonso (XIII).*—10, 25, 26, 35, 57, 109.
- Andino, José.*—49.
- Ansó, Mariano.*—96.
- Apalategui, Francisco.*—175.
- Aparicio, Juan.*—51.
- Aparisi y Guijarro.*—175, 176.
- Arauz de Robles, José María.*—39, 104, 124, 161, 168.
- Arellano, Luis.*—117.
- Arizón, comandante.*—171.
- Arrese, José Luis.*—107.
- Arrue, Antonio.*—119.
- Asís, Francisco de.*—31.
- Aunós, Eduardo.*—132.
- Bacconnier, Fermín.*—132.
- Baleztena Ascárate, Joaquín.*—58.
- Baleztena Ascárate, Lola.*—103, 105.
- Barón de Cárcer, don Joaquín Manglano y Cucalo de Montull.*—5.
- Beigdeber Atienza, Juan.*—107.
- Beira, Princesa María Teresa de.*—176.
- Bertodano, Federico.*—26.
- Beunza, Joaquín.*—96.
- Bilbao Eguía, Esteban.*—107, 117, 173.
- Blum, León.*—55, 57.
- Borbón y Austria-Este, Don Alfonso Carlos, S. M.C.*—22, 25, 26, 29, 32, 33, 35, 82.
- Borbón y Borbón, Doña Blanca de.*—109, 112.
- Borbón, SMC. Don Jaime III.*—22, 29, 32, 35, 52, 53, 75, 109.

- Borbón, María de.—24.
- Borbón y Battemberg, Juan.—5, 10, 22, 25, 26, 27, 29, 35, 54, 85.
- Borbón Bousset, Hugo.—93.
- Borbón Parma, S. A. R. Don Francisco Javier.—5, 6, 17, 22, 26, 28, 29, 33, 34, 35, 51, 52, 75, 91, 161.
- Borbón Parma, S. A. R. Don Gaetán.—17, 32, 33, 34, 91.
- Borbón Parma, S. A. R. Doña Isabel.—17.
- Borbón Parma, S. A. R. Don Luis.—9, 17.
- Borbón Parma, S. A. R. Don Roberto.—55.
- Burgo, Jaime del.—175.
- Cabrera.—175.
- Carceller Segura, Demetrio.—107.
- Careaga, Ignacio.—110, 115.
- Carlos VII.—36, 56, 75, 95, 110, 112, 175.
- Carlos VIII.—5, 17, 93, 108.
- Casariego, Jesús Evaristo.—173.
- Cicognani, Gaetano.—43.
- Cierva, don Juan de la.—95.
- Conde de Rodezno, don Tomás Domínguez de Arévalo.—5, 25, 117, 176.
- Cora y Lira, Jesús.—26, 109.
- Costa, Monseñor Fray Federico.—170.
- Daoiz.—169.
- Dávila, Sancho.—37.
- Delibes, Miguel.—20.
- Díaz Aguado Salaberri, Rafael. 26.
- Echave-Sustaeta, Juan.—176.
- Echeverría, Tomás.—25.
- Elizalde, Jesús.—26.
- Esparza, Eladio.—175.
- Fal Conde, Manuel.—5, 6, 22, 25, 26, 27, 28, 37, 39, 60, 78, 82, 87, 104, 112, 115.
- Felipe V.—89.
- Ferrer, Melchor.—109.
- Finat, José, Conde de Mayalde.—95, 97.
- Fraga Iribarne, Manuel.—20.
- Franco Bahamonde, Francisco. 5, 6, 9, 10, 14, 17, 51, 56, 87, 93, 94, 107, 174.
- Gambra Ciudad, Rafael.—85, 124.
- Gamero del Castillo, Pedro.—116.
- García y García de Castro, Rafael.—174.
- García Sanchiz, Federico.—175.
- Garrido Hernando, Martín.—38.
- Genovés, Vicente.—176.
- González y González, Eliseo. 49, 50.

- González Quevedo, Calixto.—26.
- Goya Luciente, Francisco.—169.
- Habsburgo y Borbón, Carlos de.—88, 93, 109, 110, 116.
- Habsburgo y Borbón, Don Otto.—164.
- Hernando de Larramendi, Luis.—6, 26, 27, 82, 168.
- Herrera Oria, don Angel.—38.
- Hitler, Adolfo.—60.
- Ibáñez Martín, José.—107.
- Jiménez Arnau.—19.
- Kindelam, general.—97.
- Lamamie de Clairac, Carmen. 40.
- Lamamie de Clairac, José María.—26, 94.
- La Tour du Pin.—132.
- Lascurain, Alfonso.—109.
- Lizarza Iribarren, Antonio.—58, 96.
- López Sanz, Francisco.—18.
- Lorente, José.—99.
- Llorente.—162.
- Lluró, Melchor.—5.
- Maistre, Conde de.—173.
- Mallol, Alonso.—55.
- Maqueda, Dora.—103.
- Maquiavelo.—19.
- María de Italia, Princesa.—9, 17.
- Marquesa de San Millán.—105.
- Marqueses de Murillo.—105.
- Maura, Antonio.—57, 77.
- Maura, Gabriel.—77.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. 132.
- Mola Vidal, Emilio, general.—25, 96.
- Molera Cebrián, Julio.—49.
- Molle Lazo, Antonio.—110, 112.
- Molle Lazo, Manuel.—170, 171.
- Molle Lazo, Carlos.—171.
- Monzón, Jesús.—96.
- Muñoz Grandes, Agustín.—107.
- Mussolini.—9.
- Navarro Villoslada.—175.
- Negrín, Juan.—10.
- Nocedal, Ramón.—175.
- Olazábal.—5.
- Olazábal, Rafael.—99.
- Olivier, Maurice.—132.
- Oreja, Benigno.—34.
- Ortega Alonso, José.—49.
- Ortiz y Estrada, Luis.—94, 100.
- Padilla, Ramón.—17.
- Paula, Francisco de.—31.
- Pemán, José María.—17, 168.
- Peña Ibáñez, Juan José.—172.

- Perouse, León de la.—54.
Pío VII.—45.
Pío XII.—86.
Portabales, Amancio.—26.
Pradera, Víctor.—134.
Pradera Ortega, Juan José.—116.
Prieto, Indalecio.—10.
Primo de Rivera, José Antonio.—40.
Primo de Rivera, Miguel, general.—23, 65, 110.
Romero Raizábal, Ignacio.—17, 38.
Rubio, Manuel.—43.
Sáenz de Tejada, Carlos.—168.
San Miguel, don Macario.—87, 92.
Sánchez Carracedo, Hilarión.—170.
Sánchez Mazas, Rafael.—107.
Sanjurjo Sacanell, José, general.—75.
Sanz de Diego, José.—39.
Sarabia, Ramón, R. P. Redentorista.—170.
Schussning, Canciller.—89.
Sebastián Gabriel, Infante Don.—175.
Segura y Sáenz, cardenal Pedro.—37.
Senante, Manuel.—26.
Serrano Súñer, Ramón.—19, 107, 125.
Sivatte de Bobadilla, Mauricio de.—38, 103.
Soria Sebastián, José.—37.
Tapia, doctor.—35.
Tejado, Gabino.—175.
Tomás Valverde, José.—40, 41.
Tornos, Juan.—17, 25.
Valde Espina, Marqués de.—17, 35.
Valiente Soriano, José María.—26.
Vallejo Nájera, doctor.—121.
Vázquez de Mella, Juan.—52, 53, 174.
Viance, Georges.—132.
Víctor Manuel, Rey de Italia.—17.
Vigón Suerodíaz, Juan, teniente general.—107.
Vilanova, comandante, Luis de.—17.
Vilaseca, P.—167.
Yagüe Blanco, Juan, general.—107.
Zaforteza Musoles, José.—97.
Zamanillo y González Camino, José Luis.—26.
Zita de Borbón Parma, Emperatriz de Austria-Hungría.—17, 164.
Zumalacárregui, Tomás de.—169.

Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres de Gráficas
Gonther de Madrid, el día de la
Festividad de San Fernando
el Año de Gracia de
1979



DOCUMENTOS
PARA LA
HISTORIA DEL
TRADICIONA-
LISMO

1

9

4

0

TOMO

2